

VICTORIA
VÍLCHEZ



¿Si
de verdad
TE QUIERO?

Copyright

EDICIONES KIWI, 2015



info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Primera edición, mayo 2015

© 2015 Victoria Vílchez

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: Thinkstockphotos

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Dedicatoria

*A todos los que alguna vez han cometido un error por amor y han tenido valor suficiente
para intentar enmendarlo.*

Cita

«Dile que sí, aunque te estés muriendo de miedo, aunque después te arrepientas, porque de todos modos te vas a arrepentir toda la vida si le contestas que no.»

Gabriel García Márquez

1

¿Y si me estaba equivocando? ¿Y si todo eso del compromiso/boda/luna de miel no era más que un inmenso error? ¿Y si? ¿Y si?

¿Y si...?

—¡Eh! ¡Ese es mi coche!

El policía, de pie junto al bordillo de la acera, ni siquiera se giró para comprobar quién era la loca que gritaba y gesticulaba de forma exagerada desde el otro lado de la calle. Él me ignoró, pero un par de chicos, sentados en la parada del autobús, se rieron a carcajadas de mí.

No me quedó más remedio que correr como si participase en los cien metros lisos y aspirase a ganar una medalla de oro. El muy cretino ya tenía el talonario en una mano y un bolígrafo en la otra.

—¡Que es mi coche! —repetí al llegar a su lado, resollando.

O eso me pareció a mí que le había dicho entre jadeo y jadeo.

El tipo levantó la vista del formulario, que ya había empezado a rellenar, y me miró a través de los cristales tintados de unas Ray-Ban aviador. Le quedaban mejor que al modelo del anuncio. Una sonrisa de suficiencia se le extendió por las mejillas. Tenía que tocarme a mí el único policía de todo Madrid que estaba bueno.

Nunca me habían llamado la atención los hombres de uniforme hasta ese momento. Pero es que aquel morenazo parecía hecho a medida para lucir los pantalones y camisa azul oscura bajo los cuales se adivinaba un cuerpo duramente trabajado. Muy duramente.

«Deja de pensar en cosas duras», me reprendí. Mantuve la vista alta, solo para evitar tentaciones.

—Puedo ayudarla en algo, señorita —repuso, enseñándome la blanca perfección de su dentadura.

Una muela picada era mucho pedir, ¿no?

Deseché el pensamiento y cerré la boca, que tenía abierta a saber por qué motivo.

—Es mío —atiné a responder al fin, y señalé a mi pequeño Mini Cooper Bayswater edición especial 2013, con pintura metalizada en tonos azules y grises, llantas negras...

Adoraba ese coche.

—Bien.

—¿Bien?

—Sí, así podré entregarle la sanción en mano —apostilló el policía, muy pagado de sí mismo.

—No creo que sea necesario. Ya me voy —comenté de la forma más educada posible.

—Bien.

—¿Bien?

La conversación era cada vez más absurda. El tipo no me contestó sino que siguió apuntando los datos del vehículo. Tenía que ser una broma.

—¿Me va a multar? —le interrogué, perpleja.

—A ti no. Al coche.

Resoplé en su cara. Fue algo entre un rebuzno y un relincho, justo en sus narices. Y no pareció hacerle demasiada gracia, pero menos me la hacía a mí la dichosa multa.

—El vehículo está invadiendo la salida de ese garaje —prosiguió—. ¿Ve la raya amarilla pintada en el suelo? —Asentí, sintiéndome una imbécil—. Pues la rueda justo encima de ella es

del vehículo que según indica es de su propiedad.

Su condescendencia me hizo poner los ojos en blanco. Me pregunté a cuánto ascendería la multa por agresión a un agente y si tendría que pasar la noche en el calabozo. Tras valorarlo unos instantes, decidí que era mejor continuar en la ignorancia.

—¿Me estás tomando el pelo? —exclamé indignada, pasando a tutearle sin ningún tipo de reparo.

Él dejó de escribir y me observó por encima de las gafas de sol.

Ojos azules. Un moreno con ojos de un azul casi cristalino y con sonrisa de anuncio, eso sí que era una broma. Qué pena que fuera un imbécil integral.

«Te vas a casar, ¿recuerdas?», apuntó mi conciencia.

Cómo iba a olvidarlo si el pedrusco que me había regalado Sergio pesaba en mi bolso como si llevara un muerto descuartizado dentro. El porqué no lo lucía en mi dedo anular era otra historia.

—Estás infringiendo el código de la circulación.

«Tú sí que infringes las leyes de la naturaleza.»

—En realidad no estaba circulando —bromeé, sin demasiado éxito a juzgar por la cara que puso.

—Señorita...

—Laura, me llamo Laura —exploté—. Deja de llamarme *señorita* con esos aires de superioridad...

En ese punto me callé. Casi esperaba que sacara las esposas del cinturón y me rodeara las muñecas con ellas. Me miró con tanta intensidad que la idea no me pareció tan desagradable.

—¿Tenemos que sumar un delito de desacato a la autoridad a la multa de aparcamiento? —preguntó muy serio, pero en su mirada atisbé un brillo de diversión.

—¿Por qué hablas en plural? —repliqué yo, desviándome de nuevo de la conversación.

Miré a un lado y a otro en busca de su compañero. Cuando mi atención regresó al policía, él había pasado a cruzarse de brazos y a apoyarse en ¡mi coche! ¡Había plantado su trasero —un trasero magnífico, por cierto— en mi adorado Cooper!

—Te importa. —Señalé a mi pequeño, dándole a entender que mi coche no era un asiento.

Pero él se limitó a sonreír. Esta vez no dejé que los destellos de su sonrisa me cegaran. Lo agarré del brazo y tiré de él.

—Levanta el culo de Cooper.

La firmeza de su bíceps estuvo a punto de distraerme, pero me contuve y fruncí el ceño para darle más énfasis a mi petición. Yo sabía que ponerle nombre a un coche no era lo más común. Sin embargo, había ahorrado cada céntimo de aquella preciosidad durante años y todavía me restaba por pagar una parte. Al demonio con lo que era normal y lo que no. Cooper se había ganado tener nombre propio.

—Me estás tocando —apuntó el policía.

—Lo sé. —Se me escapó en respuesta.

Retiré la mano —muy apenada, para qué nos vamos a engañar— y la escondí detrás de la espalda. Él no fue capaz de disimular la risa. Aquello no hacía más que mejorar, o empeorar, depende de lo que esperase sacar de la estrambótica situación.

«Prometida. Prometida.»

Desde luego, mi conciencia hoy estaba haciendo horas extras. Lo cual siempre me daba hambre. Había una tienda de *cupcakes* calle arriba.

Cupcakes...

—¿Señorita? —La voz del poli duro me trajo de regreso del mundo del bizcocho de chocolate, la nata y las virutas de colores.

—Laura, es Laura, agente...

—Hernández. —Dudó unos instantes—. Leo.

—¿Eh?

Ahora el que resopló fue él.

—Me llamo Leo.

—Vale, agente Hernández. —Hice hincapié en su apellido. Sí, ya veis, rebelde hasta el final—. Su trasero sigue sobre el capó de Cooper y me está poniendo nerviosa.

Se puso en pie —¡aleluya!— y yo respiré aliviada sin molestarme en disimular.

—Pues ahora que todos nos hemos presentado —terció él, en una clara alusión al hecho de que mi coche estuviera bautizado—, voy a continuar con mi trabajo.

Y se puso manos a la obra con el maldito boletín. Mi conciencia se rio de mí. Alto y claro.

La ignoré y me lancé a comprobar si Cooper estaba ileso. Pasé la yema de los dedos por la carrocería con una devoción que incluso a mí me resultó vergonzosa. Hasta que me di cuenta de que Leo —alias el agente Hernández— me estaba mirando las piernas.

Esbozó una sonrisa al saberse pillado y, contra todo pronóstico, la traidora de mi conciencia no protestó.

—¿Y esto no es un abuso de autoridad o algo así?

—¿El qué? —disimuló él.

—Todo este rollo de las sonrisitas y lo de mirarme las piernas.

Su sonrisa se amplió y se le formaron unas adorables arruguitas en torno a los ojos.

«Son patas de gallo», se burló mi Pepito Grillo particular. Le hice una peineta —a Pepito, no al poli, solo me faltaba—. Aquel tío no podía haber cumplido los treinta.

—No tengo ni idea de a qué se refiere, señorita.

Los turistas que a esas horas pasearan por Sol debían de estar oliendo el aroma de su mentira, y eso que estábamos en la calle Velázquez.

—Si la abona antes de treinta días puede acogerse a una reducción del cincuenta por ciento —recitó, tendiéndome la copia de la denuncia.

Se la arranqué de las manos con una dignidad admirable y reprimí las ganas que tenía de decirle lo que pensaba de su *multita*, no fuera que al final sí que acabara en comisaría.

—La voy a pagar solo para no continuar escuchando cómo me llama señorita.

Arrugué el papel y lo metí en el bolso de mala forma. El poli enarcó las cejas.

—Si la pierde, no podrá pagarla.

Rodeé a Cooper y abrí la puerta del conductor.

—Y eso sería todo un drama —murmuré en voz baja.

Si detectó el sarcasmo, no dio muestras de ello. Giró sobre sí mismo y echó a andar por la acera, mientras yo cedía a la tentación de recrearme la vista con su retaguardia. Caí en la cuenta de que era probable que Cooper fuera una chica, porque yo tampoco hubiera protestado si el macizo que se acababa de sentar a horcajadas sobre su moto se hubiera apoyado en mí.

2

—Voy a cancelar la boda —escupí en plena cena.

Mi hermana continuó masticando su filete al punto sin inmutarse.

—La boda con Sergio —insistí, viendo que no me tomaba en serio.

—¿Es que planeas casarte con otro?

Le lancé una patata frita y simulé ofenderme. Candela imitó mi audacia, pero la de ella estaba embadurnada de ketchup y acertó de pleno en mi blusa blanca. Sus risas no se hicieron esperar.

—Genial, hermanita. Acabas de dejarme sin ropa para salir esta noche.

—Puedes ir desnuda o en topless —sugirió muerta de risa.

—Seguro que no me dejarían entrar en esos locales tan *chic* que frecuentas. Te imaginas la cara de Sergio. Oh, Sergio —exclamé, recordando el motivo de la conversación.

Me limpié la camisa con una servilleta de papel bajo la atenta mirada de Candela, que de repente sí que parecía interesada en lo que le estaba contando.

—¿No tendrás otra de tus crisis «Y si»?

Puse más empeño en eliminar la mancha, aunque era obvio que no había nada que pudiera hacer. Siempre podría salir así y fingir que me habían pegado un tiro...

—Tierra llamando a Laura.

Solté la servilleta sobre la mesa y conjuré mi expresión más inocente. Aquello no había quién se lo tragara, pero bueno.

—La tienes, ¿no?

—No —contesté, alargando sin querer la o—. Sí. Mierda.

Y acto seguido mi hermana, esa dulce postadolescente de pelo rubio y nariz de duende, la misma que mis padres creían que estaba en un campus universitario de París y que en realidad llevaba dos semanas durmiendo en un estudio de tamaño ridículo a pocas calles de mi casa; esa hermana, estalló en carcajadas.

Sí, definitivamente esa era mi hermana pequeña. La que se había llevado la poca sangre aventurera que corría por las venas de mi familia, que a decir verdad no podía ser mucha. No podíamos ser más diferentes. Ella se atrevía con todo; lo mismo daba que fuera montar en una atracción de feria de aspecto mortal que liar el petate y marcharse a estudiar al extranjero, o decidir volver sin dar ninguna explicación al respecto. Esa era otra de sus virtudes: ser capaz de arriesgarse a equivocarse. Porque que nuestros padres no estuvieran al tanto de su reciente cambio de residencia obedecía más a un intento de conservar su cordura que no a que Candela temiera su reacción.

Yo, por el contrario, era la reina de los «Y si». Tomaba decisiones, sí; me arriesgaba, quizás; pero siempre titubeaba y una vez que realizaba mi elección, no daba marcha atrás ni aunque hubiera pedido por error una ensalada con marisco. Y eso que era alérgica. Me gustaba pensar que mi voluntad era firme, pero solo era algo que me gustaba pensar. Nadie me decía que fuese cierto.

En lo único que coincidíamos era en que ambas éramos descaradas. Ella de forma intencionada y yo por despiste.

Solo con Candela exteriorizaba mis dudas. Y a veces incluso con ella me ponía límites porque, tal y como estaba demostrando, le encantaba reírse de mí.

—A ver, Laura. —Se secó las lágrimas, procurando no estropear el perfecto delineado

negro de sus ojos—. ¿Quieres o no quieres a Sergio?

—Sí, le quiero.

Esperé, deseosa de que la emoción casi insana que me sobrevenía durante el primer año de noviazgo hiciera acto de presencia. Seguí esperando... No pasó nada.

Al final me di por aludida y meforcé a decir algo para justificar la sonrisa estúpida y lo falso que había sonado mi afirmación.

—Sí que le quiero. Congeniamos.

Me tenía que haber quedado callada.

—¿Congeniáis? —repetió, y detecté cierto retintín despectivo—. Vamos, que el tío es un muermo.

—No, no le conoces. Es muy atento y tenemos intereses comunes.

—¡Por dios, Laura! Parece que estés hablando de tu jefe y no del tío al que te estás tirando.

—¡Candela!

—¡¿Qué?! Es verdad. —Dobló la rodilla y la encogió contra el pecho, apoyando el talón del pie sobre la silla. Mataría por su flexibilidad—. No puedes casarte con un tío porque te sujete la puerta para que pases o porque le guste escuchar El Canto del Loco mientras pasa la aspiradora.

La fulminé con la mirada, o lo intenté. Nunca se me había dado bien lo de la expresión corporal.

—Has dicho que tenéis intereses comunes. —Se rió.

—Él es más de música clásica.

—Aburrido hasta para eso.

—Eres incorregible.

—Lo sé —admitió encantada, y no pude evitar sonreír—. Pero no te desvíes. Tienes que estar segura.

Escondí la cara entre las manos. ¿Por qué había aceptado? ¿Por qué le había dicho a Sergio que sí?

No. Estaba segura. Iba a casarme. Mi pequeña crisis «Y si» solo era producto de los nervios.

Sergio me había pedido en matrimonio tres meses atrás. Después de una cena romántica en nuestro restaurante favorito había hincado la rodilla en el suelo y pronunciado las palabras mágicas, aquellas que había estado esperando tras tres años de noviazgo. No comprendía por qué ya no me sonaban tan bien.

Tenía veintisiete años y la idea de una boda nunca me había impresionado, hasta ahora. De pequeña yo solía fingir ser la novia que llevaban al altar mientras que Candela era más de representar *Novia a la fuga*.

—¿Cuánto tiempo tienes hasta que vuelva?

La pregunta me hizo pensar en Sergio como un secuestrador y en mí como la víctima con Síndrome de Estocolmo. Tenía que dejar de ver películas policíacas.

¿Alguien había dicho policía?

Agité la cabeza para borrar la imagen del agente Hernández de mi mente.

—Poco más de un mes. Está en Kuwait con un proyecto, algo relacionado con unas placas bases y circuitos electrónicos —agite la mano para restarle importancia— en *no sé qué* aeropuerto.

Candela se metió otra patata en la boca para no echarse a reír. Casi se ahoga.

—¿Qué? —le pregunté.

Masticó y tragó antes de contestar.

—Intereses comunes decías, ¿no?

Aquello desató una batalla encarnizada de patatas, servilletas de papel con forma de aviones —que por supuesto no volaban— y algo similar a aros de cebolla pero cuyo sabor atentaba contra la integridad física del que osara probarlos.

—Para, para —supliqué al ver que se preparaba para lanzarme un proyectil haciendo uso de la pajita de su refresco.

Una pelotilla de papel húmedo se me estampó en la frente. Destapé mi cola y me dispuse a proporcionarle un refrescante baño de burbujas con él.

—¡Tregua!

—Cobarde —la chinché, sintiéndome vencedora.

—Coqueta más bien.

Alzó las manos y se señaló la ropa. Llevaba un vestido rosa chicle, algo bastante alejado de su habitual estilo, con un escote trasero que dejaba gran parte de su espalda al aire. Lo había conjuntado con unos taconazos nude y la melena rubia ondulada a golpe de plancha.

—Lo que me recuerda que no voy a poder acompañarte —apunté, para ver si colaba, y señalé mi blusa.

Tendría que haber adivinado sus intenciones cuando entornó los ojos para mirarme, o al verme arrastrada en dirección al caballete que le servía de armario. O cuando tomó el vestido más corto que debía tener y me lo puso contra el pecho y me observó cual ave de presa que ha avistado un indefenso ratoncito de campo. Pero la dejé hacer.

Iba a tener que aprender a decir *no* en algún momento.

—Este no. —Desechó la prenda y fue apartando perchas hasta dar con lo que buscaba—. Este.

Su elección era un vestido ceñido al pecho y con falda de vuelo, sin mangas y en color azul cobalto. Una monada, en realidad, pero demasiado para mí.

—No llevo medias —alegué.

Vaya mierda de defensa. Como abogada seguro que no me ganaría la vida.

—Estamos en mayo y hace una noche increíble. No necesitas medias.

No, medias no. Pero iba a necesitar mucha paciencia para sobrellevar la noche de fiesta con mi hermana. Le había prometido que la acompañaría a encontrarse con una antigua compañera de instituto, y la cara de gato con botas que me estaba poniendo dejaba claro que no iba a permitir que me echara atrás.

Definitivamente, tenía que aprender a decir que *no*.

3

—Estás increíble —comentó Candela justo cuando atravesábamos la puerta de un pub en Juan Bravo—. Esta noche ligas seguro.

—Estoy prometida, hermanita.

—Pero no estás convencida.

—Tú tampoco eres de mucha ayuda —le reproché, y ella respondió agarrándome del brazo para detenerme.

—Está bien. Esta noche no más boda, no más Sergio y no más «Y si». Solo tú y yo, un par de chupitos y la pista de baile.

A eso no iba a decirle que no. Olvidar todo por una noche me vendría bien. Mañana la crisis desaparecería tan rápido como había aparecido, el anillo regresaría a mi dedo y, con él, las cosas retornarían a su lugar.

Asentí y accedimos al local. No lo conocía. Al contrario de lo que esperaba no me disgustó. La música española ayudaba bastante y que la gente rondara mi edad, y no la de mi hermana, también.

—No está mal —comenté, alzando la voz por encima de un potente guitarreo.

—Mujer de poca fe.

Nos deslizamos entre los grupos de tíos que miraban con ojos ansiosos a las chicas bailar, parejas haciéndose arrumacos y algún que otro chico solitario con pinta de no comerse un colín. La barra nos recibió como si se tratase de un oasis en pleno desierto; un oasis con *overbooking*, eso sí. No había un mísero hueco libre.

Candela contoneó las caderas y se hizo la luz entre dos tíos. Solo les faltó ponerle la alfombra roja.

—Eres mala. —Me reí cuando pasó a ignorarlos y buscar a un camarero con la mirada.

No me extrañaría que le plantara la delantera en la cara para que nos invitara a las copas.

—Es divertido y no hago daño a nadie.

—Dañas su ego.

Se encogió de hombros y prosiguió a la caza y captura del barman. Pobrecito de él.

A las dos de la mañana nos habíamos bebido tres tequilas, dos margaritas, un cubata y algo a lo que el camarero le había prendido fuego previamente. Invitó él, por supuesto. Candela aseguraba que estábamos contentas, yo que íbamos pedo. Pero nos lo estábamos pasando en grande. Hacía tanto tiempo que no salía de fiesta con ella que casi había olvidado lo fácil que resultaba divertirse a su lado. Sin dramas, sin falsas sonrisas. Solo ella y yo.

—Acabo de ver a Eli —me gritó, y me hizo señas para informarme de que iba a buscarla.

La dejé marchar con lo que debía ser la típica sonrisa de borracha y seguí bailando al son de El Canto del Loco. Cerré los ojos mientras cantaba aquello de: *Y es que la madre de José me está volviendo loco*. La canción acabó y la característica voz de Ariel Rot tomó el relevo con su *Dos de corazones*.

—Me lo juego todo al dos de corazones —canturreé, sin dejar de moverme.

—Pues como apuestas igual que aparcas... —comentó una voz en mi oído.

Acto seguido pasaron dos cosas: me puse nerviosa sin motivo aparente y tropecé con mis propios pies. Aunque no sé si fue por ese orden. Unas manos me rodearon la cintura desde atrás y me sujetaron antes de que besara el suelo e hiciera el ridículo. Aún más.

—Muchas gra... —El agradecimiento se me atascó en algún lugar entre las cuerdas vocales

y los labios—. Oh, tú.

El agente Hernández, sin el uniforme reglamentario, me mantenía sujeta contra su abdomen, y en esta ocasión era mi trasero lo que reposaba en su... Bueno, en algo suyo. Torcí un poco más el cuello para verle mejor la cara.

—¿Estoy bajo vigilancia hasta que pague la multa o algo así?

—Eh, no —contestó él, cohibido por primera vez.

Debía de ser por aquello de que iba sin placa ni esposas. Esposas...

«Céntrate, Laura, que te pierdes.»

—Entonces ¿por qué me estás cacheando?

Me solté tan de repente que casi me voy al suelo, por lo que tuvo que volver a agarrarme; del brazo, eso sí.

—Lo siento.

Me alisé el vestido y tiré del dobladillo hacia abajo, aunque por el calor que sentía casi me hubiera venido mejor quitármelo. Él aprovechó para darme un repaso exhaustivo con la mirada.

—Ya, se te ve muy arrepentido —me burlé, incapaz de mantener la boca cerrada.

Nos observamos durante unos instantes. No sé en qué estaría pensando él, pero mi mente, repleta de alcohol, música y uniformes, se lo estaba imaginando sin esa camiseta blanca que llevaba puesta. La imagen resultaba demasiado tentadora.

—Necesito otra copa.

Lo dejé plantado y me fui en dirección a la barra. El camarero me sirvió otro de sus cócteles molotov y se negó a cobrarme. Me lo tragué sin pensar. Si iba a despertarme con una resaca de mil demonios, al menos haría que mereciera la pena.

Al darme la vuelta me topé con el pecho de Leo. Me pregunté si sabría tan bien como olía. Mi conciencia no hizo acto de presencia. Traidora.

—¿Me darás la condicional o vas a dedicarte a escoltarme por todo el local?

Esa noche estaba sembrada.

Leo alzó las cejas, pero una sonrisa tironeó de las comisuras de sus labios.

—Vale, no más chistes fáciles.

—No te prives, resultas muy divertida.

Ahora fue mi turno para las miraditas interrogantes. Tenía que zanjar ese tonto surrealista, si es que él estaba tonteando.

—Ha sido un placer verle de nuevo, agente Hernández.

Decidí ir en busca de Candela que por lo que estaba tardando en regresar con Eli bien podía haber tenido tiempo de seducir al pincha discos, al portero y a algún par de desgraciados que le salieran al paso. Pero no había avanzado ni un metro cuando Leo me tomó de la mano para detenerme.

—Espera. No has tirado la multa, ¿verdad?

Me quedé de piedra.

—Estás un poquito obsesionado con todo eso de la ley y el orden —exclamé, perpleja.

Cabeceó con desgana. En cualquier otro tío el gesto me hubiera recordado a mi abuelo echando una siesta en el sofá, pero en él resultó de lo más sexy. Y que nuestras bocas quedaran a escasos centímetros no tuvo nada que ver.

—No, no la he tirado —le dije, con la vista fija en sus labios.

—Bien.

—¿Bien?

—Ajá.

—¿Lo de no dar explicaciones os lo enseñan en la academia? —pregunté, y se me escapó una risita tonta.

—¿Quién habla ahora en plural?

—*Touché*.

Meforcé a apartar la mirada de aquellos labios generosos y repletos de pecado, y realicé un nuevo barrido visual de la sala. Mi hermana seguía desaparecida y las mariposas de mi estómago, o las copas de más, se habían transformado en elefantes en plena estampida.

—Baila conmigo —me pidió Leo, con su mano todavía sobre la mía.

—Tengo que buscar a mi hermana.

Y alejarme de él, antes de que mi crisis de «Y si» se convirtiese en una letanía de porqués.

—Solo una canción —me rogó, y su pulgar me acarició el dorso de la mano—. Luego te acompaño a buscarla.

Puede que Candela hubiera salido fuera y no me hacía ilusión vagar por ahí sola, así que acepté.

—Solo una.

No había acabado de hablar cuando ya íbamos de camino a la pista. Estaba tan abarrotada que me apreté contra él más por obligación que por elección propia. Por los altavoces comenzó a sonar *Antes de que cuente hasta diez*, de Fito y Fitipaldis, y yo no sabía dónde meterme. ¿Cómo se suponía que iba a bailar aquella canción con él?

Mi desconcierto aumentó cuando Leo me pasó las manos por la espalda y comenzó a moverse en perfecta sincronía con el ritmo de la música. Lento al principio, más rápido al llegar el estribillo. Me acomodé a sus movimientos enseguida y él exhibió su mejor sonrisa.

Mientras bailábamos percibí que conocía la letra y en determinados momentos acercaba la boca a mi oído.

—Que ahora viene el viento de otro lado. Déjame el timón —tarareó, y el vello de la nuca se me erizó.

»He aprendido a derrapar y a chocar con la pared...

No recuerdo si ya tenía el pulso acelerado o se me desbocó al sentir sus labios rozarme el lóbulo de la oreja. Había algo cálido y reconfortante en la forma en que Leo me había acurrucado contra su pecho, o tal vez fuera el alcohol que corría por mis venas, quién sabe. La cuestión es que me sentí como en casa, por muy extraño que resultase, y segura. Y no tenía nada que ver con que él formara parte de las fuerzas de seguridad del estado.

4

Para cuando la canción llegó a su fin, los escalofríos habían montado una fiesta en mi espalda y mis manos se habían colado —de forma ilegal— bajo la camiseta de Leo. Las retiré, avergonzada por haberme dejado arrastrar de una forma tan irreflexiva por el calor del momento, y empujé al tío que tenía detrás para interponer una distancia prudencial entre mi pareja de baile y yo. Sergio no se merecía aquello. No había crisis existencial ni policía macizo que lo justificara.

Leo, en cambio, no parecía incómodo. Aunque no era él quien había aprovechado el bailecito para meterme mano, y seguramente tampoco tuviera novia, mucho menos prometida.

Admito que me quedé pensando en esa posibilidad más de lo debido.

—¿Estás bien?

—Sí —contesté demasiado rápido, mirando a todas partes menos a sus ojos—. Voy a buscar a Candela.

Me batí en retirada y me marché directa al baño. Allí podría esconder mi vergüenza y aplacar mi culpabilidad. Como si de un milagro se tratase, no encontré la consabida cola. Apoyé las manos en el lavabo y me miré al espejo. Mi melena pelirroja, cortada a ras de las orejas, había duplicado su volumen, y las puntas de varios mechones parecían empeñadas en rebelarse contra el resto. Y, sí, mis pecas seguían exactamente en el mismo lugar de siempre, repartidas por toda mi cara. Igualita que Pumuki; aunque al menos yo no tenía la nariz roja.

Inspiré un par de veces hasta tranquilizarme, pero mi reflejo continuó con cara de histérica.

—¿Qué es lo que quieres de verdad, Laura? —me pregunté a mí misma.

No esperaba una respuesta que no fuera la de mi Pepito Grillo, así que casi me muero del susto cuando escuché a mi hermana llamarme desde algún lugar a mi espalda.

—¿Laura? Estoy aquí.

Reconocí sus zapatos a través de la parte inferior de una de las puertas y acto seguido se escuchó una arcada.

Además de ser una pésima novia, o prometida, o lo que fuera; era una pésima hermana. Yo imaginando a Candela en los brazos de algún tío bueno y ella en el baño vomitando hasta el alma.

—Algo me ha sentado mal —se lamentó al abrir la puerta para dejarme entrar.

—Sí, la ronda de chupitos, los margaritas, el ron. Agita todo eso y...

Se dio la vuelta de forma apresurada y devolvió de nuevo.

—Perdón —me excusé con una mueca.

Alzó la mano para darme a entender que me callara.

Una parte de mí —la misma que había disfrutado más de lo debido bailando incrustada en el pecho de Leo—, se regocijó ante la idea de que tuviera una capacidad de aguante frente al alcohol mayor que la de mi hermana.

Lo dicho: mala novia, pésima hermana.

El estómago de Candela se contrajo con otra arcada para darme la razón. Me acucillé a su lado y le sujeté el pelo mientras la cena se iba por el retrete. Me compadecí de ella.

—¿Has visto a Eli? —preguntó tras limpiarse la boca con un trozo de papel.

—Pensaba que estarías con ella y con algún par de tipos guapos.

«Se cree el ladrón...».

Ella negó con la cabeza.

—Al separarme de ti empecé a encontrarme mal y apenas me dio tiempo de llegar hasta aquí. —Cerró los ojos durante varios segundos, como si estuviera ordenándole a su estómago que dejara de vengarse por sus excesos—. ¿Y tú? ¿Has estado bailando hasta ahora? Debo llevar al menos media hora rezando ante el trono.

Permaneció a la espera de mi respuesta, pero yo me quedé en blanco. En mi mente cantó un grillo. Diría que incluso había eco.

—Es una larga historia. Ya te la contaré.

Sus hombros se convulsionaron, evitando que pudiera continuar con el interrogatorio. Ah, divina providencia.

Después de aquello decretamos que la noche de juerga había llegado a su fin. El cuerpo de Candela protestaba exigiendo un colchón y el mío... El mío también, aunque puede que por motivos muy diferentes.

La acompañé a su apartamento y la ayudé a desvestirse y meterse en la cama. Cayó en los brazos de Morfeo antes siquiera de que pudiera desearle *buenas noches*. Yo me lancé sobre el sofá después de cambiarme de ropa y eliminar el maquillaje de mi cara con una toallita que afané de entre sus cosas.

Me dolían los pies y la habitación había comenzado a dar vueltas en algún punto del trayecto entre la puerta del aseo y la sala de estar. Al mareo se sumaron unas encantadoras náuseas. No sabía si eran debidas al sentimiento de culpa, a las copas o a ambos. Preferí achacarlo a mi desliz con el alcohol. Y aunque no debí tardar mucho en quedarme dormida, mis sueños estuvieron plagados de canciones de Fito y Fitipaldis y hombres uniformados. O más bien de un hombre; uno con sonrisa libidinosa y ojos azules repletos de «Y si».

—¿Qué tal estás? —me preguntó Candela mientras desayunábamos.

Era más de mediodía, pero yo me había atrincherado en el sofá con una cafetera y dos bollitos a punto de caducar que rescaté de uno de los armarios de su cocina.

—No soy yo la que anoche buscaba *vete tú a saber qué* en el fondo del váter.

Puso los ojos en blanco y creo que el gesto le valió un pinchazo en la sien, amén de un buen retortijón, porque se llevó las manos al abdomen.

—Me refería a tu crisis, ya sabes.

—Superada —contesté con una sonrisa tirante.

Señor, qué mal mentía.

Le di un sorbo a mi taza de café y agradecí a todos los dioses, cristianos y paganos, que mi hermana dispusiera de una buena reserva de cafeína en su diminuto apartamento. Bien sabe dios que lo último que me apetecía un sábado de resaca era correr en busca de un supermercado ladrando incoherencias.

—Hermanita, mientes fatal.

Bebí una vez más de la taza con cara de circunstancia. Disimular se me daba aún peor.

Se acurrucó entre los cojines y apoyó las piernas sobre mi regazo. Creo que se sentía el doble de mal de lo que parecía, que ya es decir. Me hice con la manta de punto que colgaba del reposabrazos y se la eché por encima.

—Mmm. Gracias, hermanita. —Suspiró, más relajada—. Y ahora cuéntame esa historia tan larga que me perdí anoche.

Escupí el líquido que no había llegado a tragar. Regué mis piernas, parte de la manta, e incluso el suelo. Boca en función aspersor, para que lo entendáis. Candela soltó esa risita armoniosa tan típica de ella, lo que me hizo pensar que tal vez estuviera fingiendo para que la cubriera de mimos.

—Larga e interesante por lo que veo —señaló. Odiaba que me conociera tan bien—. ¿Te ligaste a algún tío?

—No sé si se le puede llamar así. Más bien creo que me han puesto en algún tipo de plan de protección de testigos.

Mi hermana, acostumbrada a mis excentricidades, respondió con un codazo para hacerme continuar.

—Se trata de un poli.

Aquello sí que llamó su atención.

—¿Te has liado con un policía? Joder, hermanita, y parecías tonta cuando te compramos.

—No, no, no —me apresuré a aclarar—. Nada de líos. Me puso una multa y está obsesionado con que la pague, eso es todo.

Pero la mente de Candela, más imaginativa incluso que la mía, ya estaba a años luz de allí.

—¿Les dejarán llevarse a casa las esposas y todo el kit de poli duro?

—¡Candela!

—Como si tú no lo hubieras pensado —se defendió.

Sí, lo había pensado. Mucho. Demasiado para estar felizmente comprometida. Y ese ni siquiera era el mayor de mis problemas. Lo peor era la joya de oro de dieciocho quilates y diamantes que continuaba oculta en el fondo de mi bolso en vez de relucir en mi dedo. Me sentía cruel, rastrera, una completa hipócrita. Pero sobre todo, egoísta y cobarde.

Candela se quedó dormida y yo agradecí no tener que darle más detalles de mis hazañas delictivas. Las nauseas regresaron con mayor intensidad. Le dejé una nota y me marché, con nocturnidad, premeditación y alevosía —aunque fuera de día—, ansiosa por un buen baño y algo de soledad.

Sergio me llamó al móvil mientras ahogaba mi amargura en espuma y sales de baño, y más tarde fue mi madre la que decidió que era un buen momento para una charla madre-hija. Rechacé ambas llamadas. No sé a quién de los dos compadecía más, si a Sergio, por motivos obvios, o a mi madre cuando se enterara del cambio de residencia de su hija pequeña. Aquello le valdría a mis padres un buen disgusto, aunque ya deberían estar acostumbrados a los desmandes de Candela. Pero para disgusto si se me ocurría cancelar la boda.

No, no iba a cancelar nada. Quería a Sergio. No pasaba nada porque la pasión inicial se hubiera apagado un poco entre nosotros y ya no me estremeciera al escuchar el sonido de su voz. Era normal que con los años se suavizaran las reacciones impetuosas de los primeros tiempos. Lo importante era que ambos deseábamos estar juntos para toda la vida.

Toda la vida.

El nudo en la boca de mi estómago se apretó. Hundí la cabeza en el agua y me quedé en el fondo hasta que mis pulmones ardieron reclamando oxígeno. Pero el nudo no se aflojó.

¿Y si no lo hacía nunca?

La siguiente semana pasó sin que me diera apenas cuenta del transcurso de los días. Mi trabajo como secretaria del director general de uno de los hoteles más importantes de la ciudad me mantuvo lo suficientemente ocupada como para que no asomaran nuevas dudas en el borrascoso horizonte de mi mente. Mi jefe era un cuarentón metódico y disciplinado que requería de atención constante, y no podía meter la pata con él porque era la clase de hombre incapaz de pasar por alto el más mínimo error.

Mi prometido no llamó de nuevo hasta el jueves, lo cual no era extraño en él. A veces pasaba una o dos semanas sin dar señales de vida. Según él, Kuwait no era el destino que había soñado, y yo estaba convencida de que eso le deprimía aunque nunca lo admitiría ante nadie, ni

siquiera ante mí.

Nuestra charla no duró más de diez minutos y fue un monólogo sobre la gran cantidad de obstáculos que estaba encontrando para finalizar el proyecto y lo duro que trabajaba para regresar cuanto antes a la comodidad de su casa. No me preguntó qué había hecho el fin de semana, por lo que yo omití cualquier referencia a mi escapada nocturna; no fuera que acabara confesando mis delitos vía telefónica. Y para rematar el sentimiento egoísta que me carcomía, me alegré de que estuviera a miles de kilómetros de Madrid.

—Cuando regrese tendremos que decidir en cuál de las dos casas vamos a vivir —comentó antes de colgar.

El tema había sido motivo de reiteradas discusiones desde que nos planteamos la idea de vivir juntos.

Paseé la vista por mi refugio, un acogedor piso de dos habitaciones en la zona de Argüelles, sabiendo que mi futuro esposo no iba a ceder en aquello. Su recordatorio solo era una forma de decirme: «prepara las maletas».

5

—¡Fiesta! —gritó Candela en cuanto descolgué el teléfono, dejándome medio sorda.

Me la imaginé dando saltitos por su salón y con la expresión de felicidad de una niña de seis años la mañana de Reyes.

—No.

Gruñó al otro lado de la línea, y de inmediato pensé que la niña había descubierto que solo le habían dejado carbón.

—Acabo de salir de trabajar, Candela. No tengo ninguna intención de meterme en un garito lleno de humo y soportar los empujones para llegar a la barra con la música reventándome los oídos.

—Hace años que no se puede fumar en los bares —replicó ella—. Pero da igual porque no vamos a un bar. Esto es mucho mejor.

Su tonito emocionado no me gustó nada.

—Candela.

—Mete un par de mudas en una maleta. Te recojo en una hora.

—No es no —insistí, pero me ignoró por completo.

—Y no olvides algo de ropa interior mona. Nunca se sabe.

Colgó sin darme opción a replica, pero yo, igualmente, solté cuatro barbaridades antes de tirar el móvil sobre la encimera de la cocina. ¿A qué venía eso de la ropa interior?

Tiré del cuello de mi blusa y miré con el ceño fruncido el sujetador blanco de algodón que llevaba puesto.

—No le hagas caso —lo consolé—. Eres muy cómodo.

Y yo estaba loca. ¿Qué iba a ser lo siguiente? ¿Cantarle a mis bragas?

Candela entró por la puerta de mi casa dos horas más tarde —la puntualidad nunca fue lo suyo— como un ciclón. Se enfadó muchísimo cuando vio que estaba tirada en el sillón en pijama, comiendo palomitas y viendo una reposición de CSI Las Vegas. Sí, el alma de la fiesta. Mi actitud más que enfriar sus expectativas le dio alas.

Sin pedir permiso ni perdón, se metió en mi dormitorio y salió pocos minutos después con mi maleta en una mano y un revoltijo de ropa en la otra. Eso es lo que pasa cuando le das a tu discola hermana un juego de llaves de tu casa y motivos para creer que tu vida es... Bueno, que no es como esperabas.

—O preparas tus cosas y te cambias o me encargo yo y te vas a Burgos con esas pintas —me amenazó muy seria.

—No se me ha perdido nada en Burgos.

—Tu coche.

—¿Qué pasa con Cooper? —repliqué, poniéndome en pie de un salto.

El bol de palomitas salió despedido por los aires y trazó una trayectoria descendente directo a mi alfombra preferida. No me importó.

—¿Y bien? ¿Qué pasa con él?

—Que se va a perder en Burgos seguro. Ya conoces mi pésimo sentido de la orientación.

—Tiene GPS y tú no vas a poner tus zarpas en el volante de mi pequeño ni en sueños. Antes lo meto en un ferry y lo mando con destino a Canarias, lejos de tu tendencia a destrozar vehículos ajenos.

Candela poseía muchas habilidades, pero conducir no era una de ellas. Dos días después de

sacarse el carné abolló todo el lateral del Volvo de nuestro padre, en primero de carrera empotró contra un muro el Seat Ibiza rojo de un compañero de clase, y no hacía ni tres semanas que uno de sus ligues parisinos había dejado de hablarle después de mejorar la ventilación de su Renault de una manera bastante drástica: hizo saltar en pedazos la luna trasera, y ni siquiera ella sabía cómo había sucedido.

Lo suyo con los vehículos de cuatro ruedas era un poltergeist en toda regla.

—Por eso vas a venir conmigo —se regodeó, mostrándome la muñequita de acero que acompañaba a las llaves de Cooper.

Salté sobre ella como una leona cuyas crías se hubieran visto amenazadas. Creo que incluso se me escapó un rugido. La perseguí por todo el salón. Hasta que sacó la mano por la ventana y señaló a Cooper, aparcado a tiro de piedra —o de llavero—.

—Puedo acertarle desde aquí.

Gemí. La buena puntería sí que se contaba entre sus habilidades. Yo tenía una cicatriz en la frente que lo atestiguaba.

—Iré —cedí sin dudarlo. La creía capaz de eso y de mucho más.

—Ve a vestirte.

Mi mirada fue de su cara a las llaves y de vuelta a ella, que sonreía, satisfecha por su capacidad persuasiva.

Víbora.

—Ve —ordenó sin meter la mano en el interior—. Te hace falta algo de diversión y olvidarte de las preocupaciones.

—Ya, lo que sea.

En algo tenía razón. Puede que un cambio de aires fuera lo que necesitaba para volver con las pilas cargadas y las cosas claras. Renovarse o morir, ¿no? Me convencí de ello mientras me enfundaba unos vaqueros y refunfuñaba en voz alta. No obstante, me alegraba tenerla de vuelta en mi vida. Candela me llevaba siempre al límite, pero no había manera de aburrirse a su lado.

—No necesitamos este cacharro —aseguró una vez en el coche.

Llevábamos media hora calentando los asientos de Cooper y todavía no había arrancado. Al pedirle la dirección se había puesto a toquetear el GPS de una forma burda y con bastante poco éxito. Yo quería ir sobre seguro y ella vivir una aventura, como si no fuera suficiente el paseo hasta Burgos en plena noche.

—¿Qué tienes en contra de la tecnología?

—¿Qué tienes tú a favor? —replicó ella, apagando el navegador y poniéndose el cinturón de seguridad.

—Nos facilita la vida.

No pareció muy convencida. Me miró muy seria unos instantes para luego estallar en carcajadas.

—Yo soy más del cuerpo a cuerpo, ya sabes. —Elevó las cejas varias veces—. Mi generación tiene el cerebro frito con todo eso de los chats, los mensajitos y la era digital, pero lo divertido está en hablar con alguien frente a frente, observar sus reacciones, sus expresiones. Poder olerle y palparle. El contacto físico nunca estuvo tan infravalorado.

La mayoría de las veces Candela actuaba como una irresponsable, vivía al día, sin guardarse nada para el día siguiente, pero no era tonta. De vez en cuando, como en ese momento, lanzaba reflexiones sobre temas que deberían preocupar a todo el mundo, y me sorprendía descubrir sus opiniones al respecto, mucho más maduras de lo que cabría esperar. Soltaba esas perlas siempre recubiertas de su consabido humor, como si tratara de quitarle importancia a sus palabras para no

perder la reputación de chica alegre y despreocupada.

Me incliné sobre el espacio que quedaba entre los dos asientos y le di un beso en la mejilla. Ella respondió pasándose la mano por la cara con excesivo dramatismo.

—¿A qué ha venido eso?

—Me estabas vendiendo las virtudes del contacto físico, ¿no?

—¡Me refería a los tíos!

Su aparente indignación no me hizo dejar de sonreír. Arranqué el motor y saqué el coche del aparcamiento.

—Burgos, allá vamos.

—En realidad no vamos a Burgos ciudad —me corrigió Candela, pero ni siquiera así perdí el buen humor.

—A donde sea. No quiero saberlo.

Candela me observó por el rabillo del ojo hasta que llegamos a la M-30, aunque debía pensar que no me estaba dando cuenta. Sea lo que fuera que había planeado iba a pasármelo bien a su lado, por lo que fingí que no me percataba de ello y puse la radio. Pero más me hubiera valido quedarme metida en casa los siguientes dos días, porque cuando mi hermana preparaba una fiesta lo hacía a lo grande, sorpresas incluidas. Y aquella escapada me iba a deparar más de las que hubiera imaginado jamás.

Nos perdimos dos veces. Llegar a un caserón dejado de la mano de Dios y del que dudaba incluso que dispusiera de agua corriente, sin GPS y siguiendo las indicaciones de Candela *mepierdoenmipropiacasa* Arteaga, resultó casi misión imposible. Me sentía como Tom Cruise en busca de la guarida de los malos de turno, pero con menos recursos y una compañera de espionaje cabezota.

—Es por ahí. —Señaló una pista de tierra que se adentraba en un páramo desolado.

—¡Ni de coña! En ese camino, por llamarlo de alguna manera y siendo generosa, hay socavones del tamaño de un cráter lunar. No voy a hacer a Cooper pasar por eso.

Mi hermana suspiró con cierto aire de resignación.

—Haberte comprado un todoterreno —replicó, alzándose de hombros, y permaneció a la espera de que tomara el desvío.

«Quejica, llorona.»

¿Lo era? Me había propuesto divertirme y ya estaba reculando. No quería ser la quejica del grupo, bastante tenía con ser la indecisa crónica.

Metí primera y fui sorteando los baches lo mejor que pude hasta que me di cuenta de que, a ese ritmo, no íbamos a llegar nunca. Cooper parecía estarlo llevando bastante bien. Me envalentoné y pasé a segunda, luego a tercera. El coche se bamboleaba de un lado a otro y Candela se reía y me animaba. Y esa es la historia de cómo rajé dos ruedas y le destrocé el eje trasero. Sí, sí, partido por la mitad.

Ni qué decir tiene que lloré como una niña mientras mi hermana llamaba a uno de sus amigos para que viniera a rescatarnos, y no paré hasta que un Jeep —con tracción a las cuatro ruedas— se detuvo a nuestro lado veinte minutos después.

6

Rubén, el chico que nos recogió, debía rondar los veinte años y, por la forma en que raspaba la caja de cambios cuando pasaba de una marcha a otra, supe que el coche no era suyo. No parecía el tipo de compañía que frecuentaba mi hermana, aunque a estas alturas no sé por qué creía ser capaz de prever lo que Candela podía o no hacer, o con quién se relacionaba.

Tenía el pelo castaño engominado hacia atrás, los ojos de color miel y su atuendo parecía sacado de algún club de campo: un polo de marca cara, pantalones de pinza y... ¡unos náuticos! Me compadecí de él. Seguro que Candela también lo había arrastrado hasta allí sin decirle dónde se estaba metiendo. No obstante, me reservé el derecho a opinar sobre su carácter hasta poder conocerlo más.

—Así que tú eres la hermana del duendecillo travieso.

Oh, sí, aquel tío tenía que ser íntimo de mi hermana.

—Eso dicen nuestros padres y mi partida de nacimiento, pero yo no lo tengo del todo claro —respondí, rumiando aún el fatídico destino de Cooper desde el asiento de atrás, mientras mi trasero rebotaba de aquí para allá.

Dado lo avanzado de la madrugada y que la pista solo daba acceso al caserón al que nos dirigíamos, habíamos decidido dejar mi coche allí y llamar a una grúa al día siguiente.

—Ni caso —intervino ella—. Gruñe mucho, pero muerde poco.

—Cooper yace en mitad de un camino de cabras, herido de muerte, por tu culpa —la acusé muy seria—. Hoy es probable que acabes con marcas de dientes.

Rubén soltó una risita.

—En vuestro caso creo que no necesitamos prueba de paternidad para asegurar que sois hermanas.

—¿Cómo se llama al asesinato entre hermanos, Rubén?

—Fratricidio —apuntó Candela, que no parecía nada arrepentida.

—Pues eso.

El resto del trayecto lo pasé enfurruñada y en silencio, más por molestar a mi hermana y hacerla sentir culpable, aunque dudaba de que sirviera de mucho.

Estaba manteniendo a raya mi crisis «Y si» y, en realidad, destrozarse el coche hubiera sido una experiencia bastante emocionante si no fuera porque era el mío.

En el exterior de la casa no había más vehículos. O la fiesta era muy, muy exclusiva, o el resto de invitados estaban aún en la entrada de la pista de tierra echando a suertes quién sería el siguiente en fastidiar los amortiguadores de su vehículo.

La vivienda era una casa de campo con dos plantas, buhardilla y bodega, decorada con multitud de detalles encantadores y con todas las comodidades. Resultó que sí había agua corriente. Candela ejerció de guía, paseándose con soltura de una habitación a otra; deduje que no era la primera vez que estaba allí.

—Es propiedad de los padres de Murphy —me explicó—. A su madre se le da bien el interiorismo y además es una mujer fascinante.

A mi pregunta de si estaba liada con el tal Murphy casi se ve obligada a pedir el comodín del público. Al final me aseguró que habían tenido un rollo muy breve, pero que mantenían una relación de amistad excelente. Tanto era así que su madre la adoraba.

Ocupamos uno de los dormitorios de la planta superior que disponía de dos camas y vistas al campo, como todas, porque estábamos rodeadas de él. Dejé la bolsa sobre una colcha con

aspecto de haber sido hecha a mano y la abrí. Mis ojos toparon con algo que estaba segura no había introducido.

—¿Qué significa esto? —Alcé el sujetador negro de encaje para que lo viera. También estaban las braguitas a juego.

—Solo por si acaso.

—Candela, si no te conociera pensaría que estás desesperada por que cometa una infidelidad.

El problema era ese, que la conocía, y parecía dispuesta a dar al traste con mi matrimonio antes incluso de que se produjera. Los motivos solo ella los sabía. Empujé el conjunto de lencería al fondo de la maleta y me hice con el neceser. Los demás llegarían a la mañana siguiente, es decir, en unas pocas horas, y el anfitrión se había aventurado cerro arriba, cerro abajo, en busca de madera.

—¿Leña? ¿En mayo?

—Estamos en Burgos, hermanita. Dan lluvia para el fin de semana y a Murphy le gusta estar preparado. —Se desplomó sobre la cama, pero no hizo ademán de deshacer su equipaje—. Además, mañana planeamos una barbacoa.

—Bueno, yo voy a ducharme.

Cogí mis cosas y me dispuse a comprobar si además de agua corriente la casa contaba también con un calentador. Candela continuaba tirada sobre el colchón.

—Vas a dormir aquí, ¿no? —pregunté desde la puerta.

Asintió y yo respiré aliviada sabiendo que, aunque compartiéramos habitación, tendríamos que acostarnos tras asegurar bien la ventana y la puerta. Me alegró comprobar que esta contaba con pestillo. Y no es porque creyera que Rubén o Murphy fueran a pasarse de listos durante la noche, todo lo contrario. El problema es que cuando estaba estresada o inquieta solía dedicarme a deambular dormida de un lado a otro, y no sería la primera vez que amanecía tirada en la alfombra del salón.

Sí, soy sonámbula. Podéis reiros aunque yo no lo haga. A Candela aquello la hacía partirse de risa. A la mañana siguiente de su fiesta de despedida, antes de que marchara a la capital francesa, me desperté en el sofá. No tendría nada de malo si no fuera porque lo primero con lo que me encontré al abrir los ojos fue la cara de uno de sus amigos con el que yo ni siquiera había cruzado más de dos frases. Un chico con novia, por cierto. El malentendido quedó aclarado, pero yo lo único que quería era que me tragara la tierra.

—Tranquila, no va a pasar nada —apuntó mi hermana, y tuve ganas de coger mis cosas y salir de allí corriendo.

—Cada vez que dices eso acabo metida en un lío.

Resopló ante mi desconfianza. Se levantó y vino hasta la puerta.

—Estarás bien —aseguró, y pasó el pestillo para dejar claro que no tenía de qué preocuparme.

Ambas esperamos a que resonara el consabido *click*, que no llegó. Lo intentó de nuevo. Adelante y atrás. Pero cada vez que tiraba del pomo la puerta continuaba abierta. Miré al techo rogando algo de ayuda. Un milagro tampoco estaría mal.

—Esto no es una buena idea. —Volví sobre mis pasos y me senté en la cama.

Mi hermana se cruzó de brazos y me echó una de sus miraditas impacientes. Nerviosa, observé la habitación en busca de una solución. Apenas había mobiliario. Solo contaba con las camas, una cómoda de madera maciza que tenía pinta de pesar más que Candela y yo juntas y que difícilmente podríamos mover, y un armario descomunal de idéntico aspecto. La decoración

la completaban un par de alfombras y algunos cuadros repartidos por las paredes.

Candela fue hasta la ventana.

—Al menos no podrás tirarte desde aquí —señaló, risueña, tras asegurarse de que esta estaba firmemente cerrada.

—Sí, eso me deja más tranquila —ironicé. Podría deslizarme en la cama de un desconocido o meter la cabeza en el horno, pero no lanzarme al vacío. Muy tranquilizador.

—Le diré a los chicos que cierren las puertas si eso te hace sentir mejor.

—Pues como todos los pestillos funcionen igual...

Puso los ojos en blanco. Si algo detestaba Candela eran mis arranques de negatividad. Para ella el vaso siempre estaba medio lleno o más bien a rebosar. El mío solía tener un agujero en el fondo.

Respiré hondo y me convencí de que no había nada que pudiéramos hacer al respecto. Recordar que Cooper yacía abandonado en el camino y que, por tanto, no podía correr de vuelta a Madrid, tampoco ayudó mucho a que me sintiera mejor. Pero lo dejé estar, decidida a cerrarle la boca a la insidiosa voz de mi mente que no hacía más que llamarme quejica.

—Voy a ducharme. Y no quiero que les digas nada a tus amigos, con suerte no llegarán a enterarse.

Candela soltó una risita y yo le enseñé la lengua. A veces no estaba segura de quién de las dos era la hermana pequeña y quién la mayor.

La dejé en el dormitorio, rebotando contra el colchón como lo haría alguien que planea hacer resonar los muelles durante la noche entera. No quise preguntar. Candela hacía ese tipo de cosas a menudo.

Me detuve en el exterior de la habitación y contemplé con desconfianza el largo pasillo que se extendía ante mí. Estaba tan oscuro que, por mucho que me esforcé, no alcancé a vislumbrar el final. El protagonista de *El resplandor* haría virguerías en aquella casa; solo le faltaban las gemelas al fondo y un niño con un triciclo pedaleando arriba y abajo.

¿He dicho ya que soy una miedica? Oh, sí, de las que duermen con la manta hasta el cuello incluso en verano. Porque de todos es sabido que una manta es como una capa de acero que te hace prácticamente invencible. También tengo la costumbre de no sacar ninguna extremidad de la cama, ya sabéis, no sea que haya escondido alguien bajo la cama.

Tras tantear la pared en busca del interruptor de la luz, masculé una palabrota muy poco femenina; hubiera sido mucho pedir que estuviera al alcance de la mano. Apreté el neceser contra mi pecho, como si la pasta de dientes y el champú hidratante fueran a protegerme de cualquier peligro que me acechara entre las sombras, y me infundí valor. Tras varios segundos de duda hice lo que toda mujer adulta haría en esa situación: correr. Me lancé a la carrera por el pasillo sin fijar la vista en ningún sitio. Por ver casi no veía ni a dónde me dirigía, pero no quería mirar las sombras del siniestro corredor. Si las miraba comenzarían a moverse a mi paso y bastante tenía con mi productiva imaginación.

Mi hermana me había indicado que debía llegar hasta el fondo del pasillo y girar a la derecha. Encontraría el baño tras la primera puerta que me saliera al paso. La carrera se me hizo interminable, hasta que al fin doblé la esquina y me estampé contra un sólido muro de piedra, un muro de piedra al que le salieron brazos. Hubiera gritado, ansiaba gritar como una loca, pero el golpe me había arrancado hasta la última gota de aire de los pulmones. El neceser resbaló de mis manos y parte del contenido se esparció por el suelo. Por mi mente pasaron las imágenes de todos los protagonistas de películas de terror que había visto en los últimos años.

«No has mantenido relaciones sexuales en meses», pensé de inmediato. No podía ser yo a la

que mataran primero. Era una regla no escrita en ese tipo de *films*. Sexo era igual a muerte, así que yo no podía ser la primera en caer.

Sí, seguro que ese razonamiento convencía al loco que me sujetaba con firmeza entre sus brazos y que, por otro lado, olía de maravilla, a una mezcla de gel, campo y cítricos. Qué pena que fuera un asesino en serie.

La presión sobre mi espalda disminuyó y la lámpara del techo destelló, iluminando la escena del crimen. Parpadeé hasta que mis pupilas se adaptaron a la luz.

«Oh.»

Tardé medio minuto largo en reaccionar a la cara del tío que me miraba, entre divertido y sorprendido, y otro minuto más en ser consciente de que había varias zonas de nuestros cuerpos que se estaban tocando. Zonas que no deberían entrar en contacto.

—Agente Hernández —tartamudeé. El corazón me golpeaba en el pecho con tanta fuerza que estaba segura de que él lo notaba rebotar contra el suyo.

El alivio de no estar a punto de morir a manos de un desequilibrado mental me duró poco. En cuanto percibí la desnudez de la mitad superior de su cuerpo, la manera en que sus dedos se deslizaron por mi espalda en dirección a mi cintura y la cercanía de su boca, mi nerviosismo se duplicó. Llevaba el pelo mojado y peinado hacia atrás, pero un mechón rebelde había escapado y le caía sobre la frente. Sentí un deseo irresistible de apartarlo con los dedos. Me mordí el labio inferior para no ceder al impulso y su vista se desplazó de mis ojos a mi boca.

Me devané los sesos en busca de alguna frase coherente que decir ya que él parecía empeñado en mantenerse en silencio y mirarme como si fuera un ángel caído del cielo.

—No he pagado la multa. —Sí, vale, muy coherente—. Pero no hacía falta que vinieras hasta Burgos para recordármelo.

Las cejas del que ya consideraba mi escolta particular se alzaron, interrogantes.

—No estoy muy seguro de quién persigue a quién —terció él, con su pecho aún pegado al mío, que subía y bajaba con esfuerzo. No me había equivocado respecto a su forma física, los músculos bajo mis dedos estaban tensos y bien formados, lo que no ayudaba en nada a concentrarme en lo que estaba diciéndome—. Esta es mi casa.

—Oh.

Como he dicho, nada coherente. Intenté rehacerme y dejar de dar la impresión de una quinceañera con las hormonas revolucionadas y serios problemas mentales. Lo empujé para recuperar el espacio vital perdido, pero él se resistió a dejarme ir.

—Ya puedes soltarme —sugerí, preguntándome cómo, de todas las posibles amistades con las que contaba mi hermana, había ido a parar precisamente a la casa de mi policía.

Mi policía. Agité la cabeza, negando, y Leo debió de pensar que mi boca decía una cosa pero mi subconsciente me traicionaba. Sonrió, y algo se removió en la parte baja de mi estómago. Y no, no era la cena.

¿Qué demonios me estaba pasando? ¿Por qué un tío que me había puesto una multa y que apenas conocía despertaba en mí emociones tan contradictorias? Nunca había sido dada a cometer locuras o actuar de forma impulsiva. Mi comportamiento era algo extravagante, tal vez, pero no de una manera premeditada y nunca, jamás, me había descubierto deseando a un hombre desconocido, por muy bueno que estuviera. Yo era más de ir paso a paso, recorriendo con calma el camino desde la primera cita hasta la cama, si es que llegaba a ese punto.

Cama. Esposas. Uniforme... ¡Santo dios!

Sonreí sin querer. Leo acortó la distancia y su aliento me calentó los labios. Si seguía acercándose aquello iba a acabar mal, muy mal.

Sin pensarlo eché la cabeza hacia atrás. Leo soltó una carcajada, me tomó de los brazos y me colocó a dos pasos de él. Reprimí un puchero.

—Acabas de hacerme la cobra —dijo, y no se trataba de una pregunta.

La sangre me calentó las mejillas de inmediato y no sé qué me molestó más, si que se tomara tan bien mi rechazo o... que se tomara tan bien mi rechazo.

—Lo superarás —dije, agachándome para recoger el neceser. Él hizo lo propio y me fue pasando productos de higiene sin inmutarse.

Había algo en su forma de actuar, esa naturalidad con la que decía lo que pensaba, que me sacaba de quicio. Que me observara como si se muriera por saber qué ocultaba bajo la ropa tampoco ayudaba demasiado.

—No sé, has herido mi orgullo. —Lo dijo sonriendo, sin rastro de reproche.

—Es una pena que ciertas cosas no sean motivo de multa...

Se me descolgó la mandíbula y casi me caigo de culo al darme cuenta de lo que Leo acababa de recoger de entre mis pertenencias. Definitivamente, lo del pícaro conjunto de ropa interior que Candela había introducido en mi maleta era un juego de niños.

Le arranqué los preservativos de la mano y los guardé a toda prisa. El fratricidio había escalado puestos hasta situarse en mi más inmediata prioridad.

No me atreví a mirar a Leo a la cara. No quería ni imaginar lo que estaría pensando.

—Me alegro de que Candela te haya invitado.

Me tomé aquello como una burda referencia a los condones.

—No voy a acostarme contigo —escupí sin más, poniéndome en pie.

Ah... cuánta delicadeza.

Leo silbó entre dientes, pero no pareció ofenderse. Le rodeé, decidida a encerrarme en el baño, meter la cabeza en el váter y tirar de la cadena.

—Es bueno saberlo. Me alegro de que lo hayamos dejado claro. —Se rio, y su serenidad me desconcertó.

—No te veo muy afectado —comenté, y acto seguido me maldije por no tener filtro entre mi mente y mi lengua.

Tenía que trabajar lo de disparar primero y preguntar después.

Él se limitó a colocarme un mechón del flequillo detrás de la oreja y dedicarme una sonrisa ladeada. El roce de sus dedos contra mi mejilla envió un buen surtido de descargas por todo mi cuerpo y el aleteo de mi estómago regresó. Si había alguien que ejemplificara la definición de tensión sexual no resuelta era yo en aquel preciso momento. ¡Y apenas me había tocado!

Una ducha fría, eso era lo que me hacía falta. Empezaba a darme igual si no había calentador en la casa; el fin de semana se preveía calentito, calentito.

—Lo estoy —me indicó, con un susurro quedo.

—¿Eh?

Di un paso atrás y agarré la puerta del baño. Si perdía la cabeza del todo siempre podía estampársela en las narices. Leo se metió las manos en los bolsillos y los vaqueros que vestía resbalaron hasta el límite de la indecencia. Mi vista fue de sus ojos a la línea oscura que descendía desde su ombligo hasta perderse por debajo de la cinturilla de los pantalones.

—Afectado, muy afectado. —Nunca tan pocas palabras resonaron tan sucias en mis oídos —. Vamos a picar algo, por si te apetece bajar a la cocina cuando termines.

El cambio de tema consiguió aturdirme del todo. ¿Acababa de insinuar que no le importaría acostarse conmigo para luego invitarme a una cena tardía?

—Creo que voy a pasar.

Ladeó la cabeza y la malicia brilló en sus ojos azules. Se sacó las manos de los bolsillos y yo respondí aferrándome a la puerta casi con desesperación.

—Está bien. Tú te lo pierdes.

Durante la media hora que pasé bajo el chorro de agua —casi helada— no pude dejar de pensar en qué era lo que me estaba perdiendo exactamente.

De regreso al dormitorio caí en la cuenta de que si Leo resultaba ser el anfitrión, ¿por qué demonios lo llamaban Murphy? ¿Un apodo? Me prometí preguntarle a mi hermana de dónde venía y de qué lo conocía. No quería pensar en la cara que iba a poner cuando se enterara de que el agente Hernández y mi policía eran la misma persona.

«No es tuyo, guapa», me echó en cara mi conciencia.

Refunfuñé un par de incoherencias en respuesta mientras decidía qué hacer. La idea de meterme en la cama no me atraía demasiado. Cuantas menos horas durmiera, menor probabilidad había de que acabara vagando por la casa o danzando en pijama por el monte y, para qué mentir, sentía curiosidad por saber más de Leo. Mi crisis «Y si» había pasado directamente a un código rojo. Lo que quería decir que iba a terminar metiendo la pata sí o sí. Solo era cuestión de tiempo.

Nunca, en todos los años con Sergio, nuestra relación había estado en un punto tan delicado. Me daba la sensación de que el control de la situación se me escapaba de las manos por momentos. Reflexioné sobre los últimos meses, desde que habíamos hecho oficial nuestro compromiso todo había ido cuesta abajo; aunque si lo analizaba, los problemas habían empezado mucho antes.

El primer año de noviazgo se desarrolló de forma más o menos idílica. Y digo más o menos porque tampoco es que Sergio hubiera sido nunca un dechado de romanticismo. Tenía sus detalles, pero sin pasarse. No era de los que iba pregonando su amor a los cuatro vientos ni haciendo grandes alardes. Pero nos llevábamos bien.

Me dieron ganas de golpearme contra la pared. Me imaginaba lo que diría Candela si pudiera meterse en mi cabeza.

Nos llevábamos bien, nos llevábamos bien...

Seguramente saldría corriendo en busca de una jarra de margaritas en las que ahogar sus penas y las mías.

¿Y si me estaba equivocando? ¿De verdad podría pasar mi vida con Sergio, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad...? Aparté la pregunta de mi mente, aunque sabía que la bola de nieve seguiría creciendo hasta que fuera capaz de hacerle frente. O eso, o cambiarme el nombre y huir a un país remoto en el que no hubiera Sergios, Candelas, bodas ni policías buenorros que te hicieran dudar incluso de tu nombre.

Rebusqué en la maleta pensando en enfundarme el pijama, pero de alguna manera terminé vestida con unos vaqueros y una camiseta de manga larga. Cuando me quise dar cuenta bajaba las escaleras guiada por el rumor de las voces que llegaban desde la cocina. Todo con tal de borrar de mi mente la imagen de una novia huyendo a la carrera de su propia boda.

8

—Mira quién ha decidido unirse a la fiesta —anunció Candela al verme aparecer.

Rubén, Leo y ella estaban distribuidos alrededor de la mesa y charlaban animadamente. Frente a ellos había restos de comida y en el ambiente flotaba el aroma a pizza. Supuse que alguno de ellos debía de tener cierta mano con la cocina, porque no me imaginaba al repartidor de Telepizza adentrándose campo a través en busca de aquel caserón perdido. Y desde luego, Candela no contaba con ningún tipo de habilidad culinaria. La casa estaría en llamas si hubiera sido ella la que la hubiera preparado.

—¿Una cerveza? —me ofreció Leo, aprobando mi presencia con una sonrisa torcida.

Iba a tener que pedirle que dejara de hacer eso. Sus sonrisas deberían venir acompañadas de ciertas advertencias, como los medicamentos: mantener fuera del alcance de mujeres prometidas, puede crear dependencia.

Reí en silencio la broma y tuve que reconocer que estar allí con Leo me ponía nerviosa.

Asentí y me tendió un botellín. Le di un sorbo y casi me trago la mitad de golpe, no supe si porque tenía sed o debido a la ansiedad.

—La pizza aún debe de estar caliente —señaló Candela. Estaba sentada en una silla y sus piernas reposaban sobre el regazo de Rubén.

Mirándolos con detenimiento se apreciaba lo cómodos que se sentían el uno con el otro. Los dedos de él acariciaban sin pausa su rodilla en un movimiento inconsciente.

—No tengo hambre.

—Esperaba que dijeras eso.

Rubén estiró el brazo y se hizo con el último trozo sin dar al resto la menor opción. Lo engulló en cuestión de segundos. Señor, ¡qué forma de tragar! Me senté junto a él y enfrente de Leo. Pero apenas había tomado asiento cuando propusieron subir a la buhardilla, que al parecer estaba habilitada como sala de juegos.

—¿Qué tal una partida al billar? —sugirió Leo.

Había ido directo hacia la mesa, a pesar de que también contaba con un futbolín, máquina de dardos y un surtido de lo más variado de juegos de mesa. La sala disponía de un sofá y varias mesitas auxiliares. También había una pequeña barra de bar y un mueble repleto de bebidas. Claro que allí, en mitad de la nada, no me extrañaba que los dueños tuvieran que buscarse algún entretenimiento.

Ni siquiera esperó a que respondiéramos para empezar a colocar las bolas sobre el tapete, lo que me indicó que se le debía de dar bien. Rubén se hizo con una cubitera y se marchó de vuelta a la cocina en busca de hielos, mientras Candela se lanzaba a comprobar la comodidad del sillón y yo apuraba mi cerveza.

—¿Sabes jugar? —me preguntó Leo. Tomó uno de los tacos y me lo pasó.

—Un poco.

Me callé que había participado en varios campeonatos y que mi técnica era bastante buena. Primero quería ver de lo que él era capaz. Si iba de sobrado me iba a encantar ponerlo en su sitio a base de golpes —de golpes de taco, se entiende—. Me concedió el honor de romper y se situó a mi espalda. Estaba segura de que me estaba mirando el culo.

Nos fuimos alternando para tirar. Me mostraba indecisa cuando me llegaba el turno, disimulando a la perfección mis conocimientos. Rubén volvió y, tras servirse un cubata, se dejó caer junto a Candela.

Sinceramente, pasados unos minutos ya me había olvidado de ellos. Todos mis sentidos estaban concentrados en la partida y en mi apuesto contrincante. Cada vez que se apoyaba sobre la mesa, los vaqueros le marcaban el trasero y mi temperatura aumentaba un par de grados. Él tampoco se cortaba mirando. Al final, no se sabía muy bien a qué le prestábamos más atención, si al tapete o a los movimientos del otro.

Solo quedaban dos bolas lisas sobre la mesa mientras que yo aún tenía cuatro rayadas. Leo me sonrió y se paseó en busca del mejor ángulo para cerrar la partida. No estaba regodeándose en su más que probable victoria, pero era obvio que ya la saboreaba. Decidí no dar al traste con sus ilusiones, me lo estaba pasando bien y había dejado de darle vueltas a las dudas que me abrumaban. Leo erró el tiro y de inmediato supe que lo había hecho a propósito, buscando alargar la partida. Metí dos bolas más, lo que nos dejaba empatados. Cuando fue su turno me lanzó una mirada fugaz y clavó la vista en el tapete.

—La bola roja en la tronera de en medio —anunció, y su voz ronca rebotó en mi mente hasta que el eco se transformó en: «la pelirroja en mi cama sin remedio». Freud tendría cosas muy interesantes que decir sobre mí.

Agité la cabeza en un acto reflejo y mi flequillo pelirrojo onduló ante mis ojos. La sangre me calentaba las mejillas, resaltando el color de mis pecas. Agradecí que mi contrincante estuviera concentrado en el juego porque todo lo que yo veía era a él, sonriendo y articulando «roja» como si de una blasfemia se tratase. Leo golpeó la bola blanca, y la roja se deslizó con suavidad hasta el agujero.

Me imaginé cómo sería perderse entre sus gruesos y apetecibles labios, y a punto estuve de caerme del taburete en el que me había sentado. Aquello no era normal. Debía de tener algún tipo de desequilibrio hormonal o trastorno de personalidad, porque si no a cuenta de qué babeaba de esa forma por un tío.

Perdí la partida. En la última jugada Leo apareció a mi espalda y me rodeó con sus brazos, corrigiendo mi postura. No había espacio alguno entre nuestros cuerpos. Sus dedos se habían posado sobre mis manos y mi cadera se ajustó a la forma de la suya. Y simplemente encajamos, como si hubiéramos hecho aquello miles de veces. No necesitó que le dejara ganar. Estaba desconcentrada. Ni siquiera me di cuenta de en qué momento Candela y Rubén abandonaron la buhardilla. Cuando regresase a la habitación esperaba encontrar a mi hermana allí, aunque su presencia tampoco aseguraba que no me marchara en mitad de la madrugada a dar un *paseo* por la casa.

—¿Otra? —sugerí, y él asintió entusiasmado.

—Bien.

—¿Bien? —repliqué. Solté una carcajada, consciente de las veces que habíamos repetido ese mismo diálogo.

Esta vez fue Leo el que inició el juego. Yo ya iba por la cuarta o quinta cerveza, pero el alcohol, en vez de disminuir mis reflejos, tuvo el efecto contrario. Me relajé, olvidé las incertidumbres que sobrevolaban mi cabeza, el compromiso, mi crisis... Y arrasé. Mi escolta particular no dejaba de observarme desconcertado mientras, una a una, las bolas desaparecían de la mesa. Hacia el final atisbé un brillo de comprensión en sus ojos.

—Antes me has dejado ganar —repuso convencido.

Me encogí de hombros, restándole importancia. En realidad no había sido así, pero él no tenía por qué saber que la elegancia de sus movimientos ejercía sobre mí una influencia bastante preocupante.

—El último año de instituto hacíamos novillos y nos íbamos a jugar a unos recreativos que

había a dos manzanas.

Recordaba aquellos días con cariño y algo de nostalgia. Días en los que la felicidad no era más que pasar horas con los amigos y apostarnos quién pagaría las copas ese fin de semana. Todo era más sencillo entonces.

—Así que tienes un pasado oscuro —bromeó él—. Debería haberlo supuesto: fugarse de clase, no pagar las multas... Me gusta —añadió, bajando la voz hasta que no fue más que un susurro.

Devolvió el taco a su estante y me tendió una mano.

—¿Qué te propones?

—Quiero la revancha ahora que sé a lo que me enfrento —comentó, acercándose a mí y tomando mi mano sin esperar a que aceptara la suya—. Pero antes veamos si puedo confundirte lo suficiente como para tener alguna opción.

No supe qué decir ni dónde me estaba metiendo al permitirle que me arrastrara tras él escaleras abajo. Lo único en lo que podía pensar era en el agradable cosquilleo que me recorría el brazo. Al llegar a la entrada principal me tendió mi abrigo y se puso el suyo, tras lo cual volvió a cogerme de la mano. Su tacto era firme pero cálido. Me maravilló la familiaridad con la que parecía desenvolverse, como si nos conociéramos de toda la vida. Caminamos por el exterior de la casa, alejándonos de ella, pero sin perderla de vista. Hasta que Leo se tumbó sobre el suelo y tiró de mí para que siguiera su ejemplo.

La luna, en cuarto creciente, apenas iluminaba el cielo. Pero esa oscuridad, sumada a la casi total ausencia de nubes, nos permitió contemplar cientos de estrellas titilando sobre nuestras cabezas. En Madrid observar un espectáculo semejante era una utopía; y aunque se pudiera, era probable que nadie le prestara atención.

Permanecemos inmóviles compartiendo las vistas y el silencio varios minutos. El momento perdió la magia cuando me planteé si Sergio, allá en el país remoto que lo acogía, se encontraría mirando el mismo firmamento con otra persona. Tal vez con alguien que consiguiera que el vello se le erizara con tan solo un roce. Tal vez una extraña que, como Leo a mí, removiera su interior y despertara la chispa que como pareja parecíamos haber perdido.

—Ha sido una tontería sacarte a pasar frío para esta chorrada —afirmó Leo, malinterpretando mi expresión amarga—. Volvamos dentro.

—Son preciosas —repliqué yo.

Ya había cogido impulso para ponerse en pie, pero se detuvo a medio camino y volvió a sentarse a mi lado. Continué tumbada, observando el cielo.

—Son preciosas. Las estrellas —repetí, sintiéndome como una cría a la que sus padres han pillado en un renuncio.

Hay momentos en la vida en los que sabemos que las cosas van a cambiar, que tomarán un rumbo diferente hagamos lo que hagamos. Puede que se trate de un simple presentimiento más que de una certeza, pero aun así lo percibimos como una realidad irremediable. Y yo era consciente de que algo en mí luchaba por transformarse, por salir al exterior y gritar hasta que mi voz se desgarrara; aunque no supiera de qué se trataba con exactitud.

—Sí, lo son —escuché murmurar a Leo.

Bajé la vista y me encontré con su mirada azul fija en mí. Mi primera reacción fue apartar mis ojos de él, pero me fue imposible sustraerme de la atracción que aquellas dos gemas ejercían sobre mí. Creía que las cosas no podían empeorar hasta que su atención pasó a mi boca. En aquel momento lo vi claro. Vi sus dedos perfilar mi mentón, lo vi inclinarse sobre mí y acariciar mis labios para luego besarme. Puede que de forma tímida al principio, pero feroz en cuanto mi

cuerpo le correspondiera y mi lengua se aventurara a danzar junto a la suya. Lo vi tan claro como si estuviera sucediendo, como si hubiera perdido la cabeza al dejarme llevar por el deseo que aquel policía al que apenas conocía despertaba en mí.

Me levanté de un salto, con tanta celeridad que me mareé y casi tuve que volver a sentarme. Él también se incorporó, sorprendido por lo súbito de mi reacción. Si alguien me hubiera azuzado con un hierro al rojo vivo mi respuesta no hubiera sido ni la mitad de rápida.

—Tengo frío —aduje cohibida. Solo me faltó colocarme un cartel que dijera: «excusas pobres aquí».

Si se percató del repentino cambio en mi estado de ánimo no dijo nada. Asintió y comenzó a caminar de regreso al caserón, esta vez sin tocarme. Por muy despreciable que me sintiera, deseé que tomara mi mano de nuevo. Había algo real en su contacto. Sin embargo, no podía evitar los remordimientos que me recordaban que no debería estar allí con él. No podía dejarme llevar. Tenía a Sergio en mi vida, mi prometido, la persona que debía ocupar mis pensamientos y con la que deseaba estar.

El último pensamiento resultó no ser nada tranquilizador y me pregunté si mi crisis «Y si» no sería más seria de lo que quería admitir.

9

—¿A dónde crees que vas? —me interrogó Leo al llegar a la primera planta.

Señalé en dirección al dormitorio en el que rezaba por que Candela estuviera esperándome, aunque a estas alturas lo último que me importaba era si terminaba bailando desnuda bajo las estrellas. Bueno... tal vez sí que me importara un poquito, pero solo porque la idea de que Leo me contemplara cual ninfa del bosque resultaba inquietante.

—Tenemos que desempatar —añadió, esbozando una de sus impactantes sonrisas, como si no hubiera sucedido nada minutos atrás—. ¿Te estás rajando? Sé que crees que vas a perder, pero aun así...

Alcé una ceja en un movimiento reflejo.

—¿Quién ha dicho que vaya a perder?

Su sonrisa se amplió, como si esa fuera la respuesta que estaba esperando, pero continuó con su razonamiento.

—Entendería que te amedrentaras —prosiguió, subiendo el primer escalón que llevaba a la buhardilla—. No pagas las multas. No sabes perder.

Lo agarré del brazo para detenerlo e increparle por su insistencia con la maldita multa. ¡Ni que le dieran comisión! Pero antes de que me diera cuenta era él el que tiraba de mí y me rodeaba con los brazos. Nuestros labios no llegaron a tocarse. No obstante, el deseo traspasó mi pecho, desconcertándome de tal manera que no me hubiera resistido si hubiera tratado de besarme.

—Estás obsesionado —tartamudeé, en referencia a la sanción.

Sus comisuras se elevaron y, si tengo que ser sincera, aquello me aterrorizó.

—Puede —admitió. Se inclinó sobre mí y pensé que, esta vez sí, iba a besarme. El corazón pasó de saltarme en el pecho a atascarse en mi garganta. En el último momento se desvió hasta mi oído—. Soy hombre de pocas obsesiones, pero no suelo parar hasta que consigo lo que quiero.

Los segundos que transcurrieron hasta que me soltó y continuó ascendiendo por las escaleras resultaron eternos. Notaba las zonas exactas en las que nuestros cuerpos se unían como puntos calientes que me abrasaban la piel, volcanes en miniatura que escupían lava ardiente.

«Ay, madre. Ay, madre. Ay, madre.»

—Vas a perder.

—Ni en tus mejores sueños —acerté a contestar, recobrando la compostura y el aliento.

—No suelo soñar con partidas de billar —replicó por encima de su hombro—. Pero puede que esta vez lo haga.

Lo seguí escaleras arriba y mi boca se abrió antes de que pensara lo que iba a salir por ella. Muy típico de mí.

—¿Qué te apuestas?

Supe que me iba a arrepentir de aquellas tres palabras en cuanto las pronuncié. No era que no creyera en mí misma, más bien me asustaba lo que seríamos capaces de poner en juego. Leo fue hasta el frigorífico y sacó dos cervezas. Me tendió una y le dio un trago a la suya mientras reflexionaba.

—¿Tienes miedo de perder? —lo azucé, a sabiendas de que me estaba hundiendo más en el barro.

Estaba claro que no sabía cuándo callarme.

—No, solo pienso en qué voy a pedirte cuando pierdas.

«Tú y yo. Una cama, un uniforme y unas esposas. Di que sí, di que sí.»

Me obligué a beber de mi botella y a callar. Aunque emborracharse junto a aquel tío era, con seguridad, una pésima idea. Más aún si quería tener alguna oportunidad de ganar.

—¿Quieres apostar?

No, no y no.

—Sí.

Genial. La noche mejoraba por momentos. Miré la cerveza, como si fuera ella la que hablaba por mí. La risita de Leo no fue nada alentadora.

—Bien.

—¿Bien? —Casi temía preguntar, pero aquello ya era una especie de ritual.

—Voy a intentar no aprovecharme de la situación. —Levantó un dedo para silenciar la protesta que me bailaba en los labios—. Una cena, solo eso. Una cena cuando regresemos a Madrid.

Valoré la petición. Nada de desnudarnos y montárnoslo sobre la mesa de billar. Toda una decepción.

¡Qué demonios...! Sentí ganas de estamparme la botella en la cabeza, a ver si así perdía el sentido o recuperaba la cordura. Cualquiera de las dos cosas me valía.

—Vale, pero nada de trampas —lo avisé, y fui a por mi taco.

Yo pensaba emplear cualquier truco que me diera ventaja. Si bien cenar con él no representaba una tortura —no al menos en el sentido estricto de la palabra—, no pensaba perder. Se había convertido en una cuestión de orgullo.

—En el amor y en la guerra todo vale, pequeña delincuente. Todo vale.

Yo no lo sabía, pero el proverbio sentenció lo que sucedería a partir de ese instante. Jugamos, pero no solo al billar. Jugamos a provocarnos. Hubo roces, miradas insinuantes, sonrisas apremiantes... La partida se convirtió en una batalla y asustaba pensar en nombre de qué estábamos librando aquella guerra. Las mariposas de mi estómago habían muerto fulminadas en una ocasión en la que Leo me acorraló entre su cuerpo y la mesa. Me había sentado sobre el borde para acomodar mi postura y realizar el siguiente movimiento y él se empeñaba en que estaba levantando los dos pies del suelo. Atrapó una de mis piernas entre las suyas para asegurarse de que el pie se mantenía sobre el entarimado, y me sujetó por las caderas. A punto estuve de entrar en combustión espontánea.

No pensaba en la firmeza con que me sostenía o en que mi muslo se encontraba apresado entre los suyos. Tampoco en que al recostarme sobre el tapete con el taco a mi espalda, él imitó el gesto. No pensé en sus labios a centímetros de mi cuello ni en que si subía la otra pierna podría enlazarla en torno a su cintura. No, no lo pensé. O eso me decía.

Con Leo ocurría lo contrario que con algunas exquisiteces culinarias. Hay platos que sabes que no te van a gustar sin necesidad de probarlos. Da igual que todo el mundo insista en que son una delicia, tú eres consciente de que no necesitas pasar por ese trago para darte cuenta de que tu sentido del gusto difiere del de los demás. Pues bien, en el caso de Leo yo sabía que si nos besábamos iba a gustarme. Mucho. Muchísimo. Si sucumbía a la placentera sensación de paladear su boca, el amanecer iba a encontrarme perdida, y no precisamente sonámbula, aunque no por ello en plenitud de facultades.

Resumiendo, que si caía presa de nuestros jueguecitos, la noche se volvería mucho más sórdida.

Como era de prever erré el tiro. Leo, complacido, aprovechó mi fallo para tomar ventaja. El

calor que corría por mis venas se transformó en enfado y lo que se trataba de puro entretenimiento pasó a ser una competición en toda regla. Yo también podía jugar sucio. Cuando llegó su turno y se agachó para estudiar el punto en el que debía golpear la bola, me situé al otro lado de la mesa y me incliné para ofrecerle una panorámica de mi escote. Los ojos de Leo se desviaron de inmediato hacia mí.

Fruncí el ceño y chasquéé la lengua.

—No lo conseguirás —repuse, representando a la perfección mi papel—. Rozarás la amarilla y la blanca perderá fuerza.

Su mirada iba de la mesa a mí. Reprimí la sonrisa y rodeé la mesa para situarme a su lado. Él no se movió, así que me acerqué con lentitud hasta que mi pecho reposó contra su costado. Me alegré al ver que se estremecía. Mi mano derecha se deslizó por su brazo y la izquierda fue a parar a la cinturilla de los vaqueros.

—Más a la izquierda.

En realidad, mis indicaciones eran válidas. Si conseguía seguir las efectuaría una carambola limpia. Pero se trataba de que no lo lograra.

—Tienes que golpearla con mucha suavidad —murmuré cerca de su oído, y al retirarme mis labios acariciaron su mandíbula.

Apenas fue un roce, pero supe que había conseguido mi objetivo. El taco de Leo vibraba entre sus largos dedos; el temblor era mínimo, pero suficiente como para que no lograra el efecto deseado. Para rematar el efecto apoyé mi cadera en la suya.

—Buen intento —comentó, y sin verle la cara supe que sonreía.

Antes de tirar, introdujo una rodilla entre las mías, eliminando la posibilidad de una retirada. El taco osciló adelante y atrás, y golpeó el punto exacto que yo misma le había indicado. Maldije entre dientes. No solo había acertado sino que las consecuencias de mis insinuaciones se volvieron contra mí.

«Quien juega con fuego...»

—Si estás intentado alentarme para conseguir esa cena, lo haces genial —se burló.

Lo empujé con suavidad para que me dejara marchar, pero no se inmutó. De repente hacía demasiado calor en aquella buhardilla, y casi logro convencerme a mí misma de que no tenía nada que ver con el hecho de que Leo me estuviera sujetando contra su pecho.

—Vas a perder —aseguré, mientras todo lo que nos rodeaba desaparecía de mi vista y solo quedábamos él y yo, sus ojos y los míos.

Y allí, entre sus brazos, me sentí condenadamente bien y mal al mismo tiempo; traicionando, y a la vez traicionada por mis sentimientos. Deseé que el agente Hernández me besara y me odié por ello, porque él parecía decidido a hacerlo y aquello me asustaba más que cualquier otra cosa.

«No es más que pura atracción», me dije. Solo deseaba a Leo —de una forma feroz y arrolladora—, y no podía echar a perder mi vida por una burda reacción química. Mis células estaban fabricando dopamina, serotonina y oxitocina a marchas forzadas. Casi podía oírlas trabajar en mi interior, poniéndolo todo patas arribas en mi cerebro solo para que me abalanzara sobre el hombre que tenía delante.

«Ves demasiados documentales», se mofó mi Pepito Grillo.

Me di una bofetada mental y luché contra la avalancha de emociones que Leo despertaba en mí. Apelé a mi fuerza de voluntad y ladeé la cabeza. Mi pelo cayó entre nosotros como una cortina, lo que provocó que él aflojara su agarre. Puede que fuera un buen momento para confesar que estaba prometida, algo que, sospechosamente, se me había pasado comentarle.

—Vamos a cenar juntos —afirmó Leo, dejándome ir.

De inmediato me sentí vacía, como si un pedazo de mí se hubiera quedado clavado en su pecho. No me había besado. ¿Por qué no me besaba? ¿A qué estaba esperando? Puede que estuviera equivocada y la única que se moría de ganas de que sucediera algo entre nosotros fuese yo.

Aparté la incómoda sensación y me concentré en la partida. O ganaba o me iba preparando para lo que pudiera suceder en nuestra cita; eso si conseguía salir indemne del fin de semana. Conseguí encadenar un par de buenas jugadas y me adelanté. Las provocaciones no se detuvieron, aunque sí se suavizaron por ambas partes, como si ambos nos tanteáramos para luego correr a escondernos, asustados por lo que podíamos llegar a desatar.

10

—¡Sí! —grité, cuando colé la bola negra, ganando la partida.

La emoción me pudo y me lancé sobre Leo, que me recibió con los brazos abiertos y me alzó en el aire. Era raro estar celebrando que había perdido su apuesta de esa forma. No parecía contrariado, y me pregunté si, después de todo, el plan no le atraía tanto como había dado a entender.

—Bien —señaló. Me hizo resbalar por su pecho hasta que mis pies tocaron el suelo de nuevo.

No voy a contaros qué partes de mi cuerpo reaccionaron a la caricia, pero me avergoncé de inmediato y estaba segura de que el color de mi cara hacía juego con el de mi pelo.

—¿Bien?

¿Se alegraba?

—Apostamos una cena. Si ganaba yo, cenarías conmigo, pero como has ganado tú, cenaré contigo.

—¡No fue eso lo que acordamos!

La sonrisa le ocupó las mejillas por completo, descubriendo un par de hoyuelos que no había visto hasta ahora.

—¿De verdad? Porque yo creo que sí.

No supe si alegrarme o no. Podía aceptar y cenar con él, o negarme en redondo y hacerlo desaparecer de mi vida una vez que regresásemos a Madrid. Solo debía conseguir sobrevivir dos días.

Me imaginé a mí misma vestida de novia, avanzando con paso decidido hacia el altar. Feliz, segura de mi decisión. Mi familia me rodeaba y asentía a cada paso que daba. Sergio me esperaba, serio y contenido, y... ¿miraba el reloj? ¿Qué clase de tío mira el reloj cuando está a punto de dar el *sí, quiero*?

La ensoñación adquirió tintes de paranoia cuando mi prometido vino hasta mí y me llevó a rastras el tramo restante. Lo de tener una imaginación tan productiva iba a acabar con mis nervios.

—¿Cenarás conmigo?

—¡Sí! —acepté, con demasiado ímpetu para mi gusto.

Leo me dio la espalda para colocar el taco en su lugar y yo aproveché para dedicarme unos cuantos improperios. Seguía sin parecerme una buena idea que fomentara lo que quiera que estaba surgiendo entre nosotros. Era como si hubiera dos Lauras forcejeando en mi interior. Pero no debatiendo, ni siquiera discutiendo airadamente, sino a torta limpia. Me puse los ojos en blanco a mí misma.

Necesitaba dormir. Estaba demasiado cansada y las seis o siete cervezas que había tomado no me ayudaban a pensar con claridad, tampoco el hecho de saber que a la mañana siguiente debía ponerme en contacto con el seguro para que enviaran una grúa a por Cooper; cosa que, para mi vergüenza, había olvidado por completo hasta ahora.

—Creo que me voy a la cama —dije, exhausta. Me alejé en dirección a la puerta, sabedora de que si Leo me ponía ojitos me iba a ser difícil resistirme.

Señor, tenía una voluntad de mierda.

Sin embargo, no podía dejar de pensar en que Leo no había cedido a las provocaciones. Puede que solo estuviera poniéndome excusas, buscando una forma de alentar mis dudas, siendo

una cobarde. Eso se me daba realmente bien.

Me detuve al inicio de las escaleras y me giré. Leo iba de un lado a otro recogiendo botellas vacías y poniendo un poco de orden. Lo observé durante unos instantes. Su forma de moverse era un festival para los sentidos, la clase de espectáculo que todas deberíamos contemplar al menos una vez en la vida. No quise pensar en cómo serían sus movimientos en... en otras circunstancias. Tosí para llamar su atención y borrar la imagen que acababa de aparecer en mi mente.

—¿Necesitas algo?

Ni siquiera valoré contestar a esa pregunta con sinceridad, porque mis *necesidades* me daban miedo incluso a mí.

—¿Por qué no me has besado? —lo interrogué en un arrebato, y conforme las palabras abandonaban mi boca supe que no quería conocer la respuesta.

Arqueó una ceja y se cruzó de brazos. Temí que viniera hasta donde estaba y me acogiera en su pecho de nuevo, pero se mantuvo en el sitio. Tras unos segundos dejó caer los brazos a los lados y la expresión de burla de su rostro desapareció, reemplazada por una determinación que hizo que se me desbocara el corazón.

—Podría haberlo hecho. He deseado hacerlo desde que te conocí —admitió, y deseé encogerme hasta desaparecer. No sé si era eso lo que esperaba escuchar—. Pero... estoy bastante seguro de que me besarás cuando estés preparada. Lo estaré esperando, créeme.

No había rastro de arrogancia en su voz. No parecía el típico chulito de barra de bar fardando de sus conquistas, solo alguien ansioso, como un niño al que han prometido un succulento postre si se termina la comida.

Me quedé paralizada sin saber qué decir o cómo actuar. Me agarré a la posibilidad de que Leo buscara únicamente sexo, un rollo esporádico, y no funcionó. La promesa de un rato de cama con él era una tentación difícil de digerir sin atragantarse.

—Pensaba que sería más complicado dejarte sin palabras, pequeña delincuente.

Continué allí, inmóvil. Rogué a mis piernas para que corrieran escaleras abajo y me llevaran hasta el dormitorio, pero estaban demasiado ocupadas temblando sin control. La situación se había puesto tan intensa que ni siquiera mi conciencia se atrevía a asomar la cabeza.

—Creo que deberíamos ir a dormir un poco —sugirió, y de repente ya estaba junto a mí.

Inspiré con brusquedad y me hice a un lado para dejarle pasar. El roce de su pierna contra el dorso de mi mano envió una descarga que recorrió todo mi cuerpo, desde el último pelo de mi cabeza hasta la punta de los dedos de mis pies.

—Buenas noches —acerté a decir.

Él se detuvo y volvió atrás para depositar un beso en mi mejilla, que se incendió ante su contacto. No fue más que un leve beso, pero su ternura me arrancó de aquella realidad y me lanzó de golpe contra un muro de deseo satisfecho y felicidad, un mundo real y al alcance de mi mano en el que no había dudas, en el que cada mañana alguien rogaba por que despertases a su lado, en el que había cosas más importantes que anillos de compromiso y saludos de cortesía.

Cuando mi mente se dignó a regresar a aquella buhardilla, Leo ya andaba por la planta inferior y yo... yo sentía que estaba cometiendo un error. Lo peor de todo es que no sabía cuál.

Al llegar al dormitorio Candela ya roncaba en su cama. Suspiré mientras la tapaba con la manta que caía por uno de las laterales y me senté a su lado. En ocasiones como esta la envidiaba. No había obstáculo que le robara el sueño ni cima que no pudiera alcanzar. Eché la vista atrás, preguntándome en qué momento de mi vida me había vuelto tan indecisa —por no decir cobarde—. Recordé a Javier, mi novio del instituto, aquel del que me había enamorado

hasta la médula y al que había engañado en una estúpida fiesta de adolescentes. Le había rogado que me perdonara con la misma pasión con la que se ama en esos años y con idéntica pasión él se había negado a hacerlo, demasiado herido como para pasar por alto mi error.

—Deja de rumiar tus desgracias y métete en la cama —me ordenó Candela, no tan somnolienta como creía—. Das miedo ahí sentada en la oscuridad.

Me quité la ropa y me vestí con un pijama de pantalón corto gris con lunares rojos y camisa de tirantes. Al menos mi hermana no lo había cambiado por un camisón de gasa y encaje.

—¿Estás bien? —me interrogó, preocupada por mi silencio.

Agité la cabeza en un gesto a medio camino entre una negación y una afirmación. Candela giró sobre el colchón y yo terminé de meterme bajo las sábanas. La piel todavía me cosquilleaba, como si las caricias distraídas de Leo hubieran dejado un rastro impreso en ella, o puede que fueran mis remordimientos. No quise entrar a valorarlo.

—¿De qué conoces a Leo? ¿Y por qué hay un alijo de preservativos en mi neceser?

Soltó una de sus típicas risitas, pero estaba demasiado cansada como para reprenderla por ello. Me acurruqué bajo la manta y la situación me llevó de vuelta al pasado, cuando mi hermana y yo compartíamos habitación y nos quedábamos hasta las tantas cuchicheando en la oscuridad.

—Me lo presentó uno de los ligues de Eli hace años, cuando aún estaba en la academia —explicó entre bostezo y bostezo—. Es un buen tío.

—¿Qué pasó entre vosotros?

Noté una punzada en el costado. Quise pensar que eran gases y no celos, que era lo que realmente parecían. No podía creer que me sintiera amenazada por mi hermana pequeña, pero Leo y ella habían tenido una historia y, para mi desgracia, no podía dejar de imaginarlos a uno en brazos del otro.

—Nada que deba preocuparte.

—No estoy preocupada. Por enésima vez, Candela, estoy felizmente prometida.

Y cuanto más lo repetía, más vacía me sentía.

Rodé para darle la espalda.

—Si sigues insistiendo, puede que me lo crea —se burló ella.

—Candela...

—¿No te das cuenta de lo equivocada que estás? Desde que volví de París solo te he visto sonreír una vez, esta noche mientras jugabas al billar con Leo. Y hablo de sonreír de verdad, no de esa mueca forzada que pones cuando cuento un chiste malo.

—¿Y de verdad crees que la solución pasa por ponerle los cuernos a Sergio con Leo? —protesté—. ¿De eso va todo esto?

Me incorporé para mirarla, incapaz de darle credibilidad a lo que estaba insinuando.

—Duérmete, hermanita. Mañana será otro día.

—No voy a acostarme con él. —Ya estaba dicho, ahora solo quedaba cumplirlo.

Me derrumbé sobre la almohada y la golpeé como si de un saco de boxeo se tratara. No iba a cometer más errores. Cuando Sergio regresara de Kuwait las cosas volverían a la normalidad y yo recordaría estos días tan solo como un bache en el camino. Nadie dijo que las relaciones fueran fáciles, y aquello se trataba de un simple tropiezo.

Candela se preocupaba por mí más de lo necesario, y yo sabía que tenía buenas intenciones, pero qué sabría ella de relaciones estables si su noviazgo más largo lo había tenido en un crucero de dos semanas por el Mar Mediterráneo.

No hubo más cotilleos esa noche, aunque tardé en quedarme dormida lo que me pareció una eternidad. Al día siguiente pondría fin al tonto juego que mantenía con Leo. El policía, en esta

ocasión, iba a tener que mantener la porra y las esposas lejos de esta delincuente. El pensamiento me arrancó una sonrisa y, acto seguido, me sumí en un sueño inquieto y poco reparador.

11

Beber, acostarse tarde y machacarte con pensamientos deprimentes no eran buenos compañeros para el descanso. Prueba de ello era mi dolor de cabeza y la sensación de haber pasado la noche bailando en el infierno. Me desperecé, estirando mis músculos, que protestaron y rogaron piedad.

Dejé de respirar en el momento exacto en el que detecté que había una pierna que no podía mover porque otras dos, que obviamente no eran mías a no ser que hubiera sufrido una mutación repentina, la mantenían aprisionada.

«Por favor, que eso que estoy estrujando sea la almohada», supliqué con desesperación, aunque el calor que emanaba de ella me decía que no era así. Olía a gel y a... ¿cítricos? ¡Venga ya! Mi subconsciente no podía ser tan cabrón. De todas las camas que había en la casa no podía haberme llevado hasta la de Leo. Era, cuanto menos, una broma de mal gusto.

Recé por que la suave respiración que me acariciaba el cuello fuera de Rubén. Prefería enfrentarme a la vergüenza de tener que deshacerme en explicaciones con él que abrir los ojos y darme de bruces con el atractivo rostro del policía.

Se me ocurrió pensar que si no lo veía y él no se daba cuenta de que había estado allí, podía hacer como si nada hubiera pasado. Reprimí las ganas de saltar del colchón y salir corriendo por la puerta y forcejeé con lentitud para sacar mi muslo de entre sus piernas. Empecé a sudar de inmediato. Aquello no me podía estar pasando a mí.

Ya casi lo había conseguido cuando Leo se removió bajo las sábanas y su cuerpo fue a parar encima mío. La presión de su peso resultó tan agradable que se me escapó un suspiro de satisfacción.

«Esto está mal, muy mal.»

Por una vez le di la razón a las voces de mi cabeza. Tenía que salir de allí sin perder ni un segundo más. Y mientras mi mente me repetía que lo empujara y escapara de la habitación sin mirar atrás, descubrí que mis manos habían tomado sus propias decisiones y se deslizaban arriba y abajo por la espalda de Leo, delineando cada músculo con una devoción casi enfermiza.

—¿Qué diablos hacéis?! —las reprendí con un graznido.

—Intento dormir —señaló mi compañero de cama.

Me convencí de que hablaba en sueños. La otra posibilidad era demasiado inquietante. Pero como si el universo entero se hubiera aliado contra mí, lo siguiente que supe es que sus labios se deslizaban por la curva de mi cuello. Los dedos de los pies se me encogieron y de mi garganta surgió un bochornoso ronroneo. Mantuve los ojos cerrados, porque si los abría estaba segura de que aquel sueño —pesadilla, quise decir pesadilla— se convertiría en algo real.

—Esto es, como mínimo, allanamiento de morada —susurró en mi oído.

Se lo estaba pasando genial, de eso no había duda.

Intenté mimetizarme con el colchón, lo cual resulta bastante complicado cuando tienes a un tío sobre ti y vuestros cuerpos están en íntimo contacto. Muy íntimo.

—Esto... yo ya me iba.

Sí, sí que me iba a ir si no dejaba de mordisquear el lóbulo de mi oreja y frotar ciertas partes de su anatomía contra mí.

—Estoy prometida —solté a bocajarro, y apreté con fuerza los ojos, que aún mantenía cerrados.

Cada músculo del cuerpo de Leo se tensó en cuanto confesé mi sucio secretito. Lo sé

porque, por alguna incomprensible razón, seguía acariciándole la espalda. Su boca también detuvo su avance.

Dicen que hay un momento para todo. Pues bien, yo acababa de dejar claro que tenía un criterio penoso para elegir el adecuado.

—Estás abusando de mi confianza —proseguí, y casi suelto una carcajada. Lo dicho, no tenía criterio.

—No soy yo el que se ha metido en tu cama.

—Soy sonámbula —señalé, avergonzada.

—Y yo daltónico —replicó con un deje divertido en la voz—. ¿Los lunares de tu pijama son verdes o rojos? Si es que a este trapito se le puede llamar pijama...

Abrí los ojos al percibir los tirantes deslizarse por mis hombros. La piel se me erizó, y no en respuesta al frío. Se podría haber cocinado un huevo frito en aquella habitación y acompañarlo de unas tostadas. Todo sin salir de debajo de las mantas.

Leoladeó la cabeza y su nariz rozó la mía. Estábamos tan cerca que hubiera podido contar sus pestañas una a una. Dos centímetros más y sería demasiado tarde para echarse a atrás.

—No puedo irme si no te mueves.

—¿Y de verdad quieres marcharte?

Un centímetro. Un mísero centímetro era cuanto restaba para que mi cordura me abandonara.

¡Claro que quería irme!

—No, si quieres esperamos a que la *señora erección matutina* haga su aparición y las cosas se pongan más comprometidas.

Me puse la mano en la boca al comprender lo que había dicho.

¡Madre mía! Algo no iba bien en mi cabeza. Él, en cambio, funcionaba como un reloj suizo a juzgar por la presión que estaba empezando a notar contra mi ingle. Ya solo faltaba que alguien entrara en el dormitorio y nos pillara en...

—¿Murphy? —llamó una voz femenina desde el otro lado de la puerta.

¡Por el amor de dios! ¿Es que había pasado ante un desfile de tuertos y no me había dado cuenta?

—Ya salgo —gritó Leo, al que no parecía preocuparle en absoluto que nos encontraran. Yo seguía luchando para que mi corazón regresara a mi pecho y dejara de intentar salir por mi boca—. Me estoy cambiando.

—¿Te has vuelto tímido de repente? Los demás están preparando el desayuno. Tenemos tiempo —replicó la desconocida, aunque por lo que parecía Leo la conocía muy bien.

Lo empujé para quitármelo de encima y él no se resistió. La palidez que había adquirido su rostro no era una buena señal. Tenía gracia que fuera yo la que estaba indignada y no él, teniendo en cuenta que acababa de enterarse de que iba a casarme.

No, en realidad no tenía ninguna gracia.

—No es lo que crees —se defendió—. Es mi ex. No hay nada entre nosotros.

—No tienes que darme explicaciones.

Me quedé plantada en mitad del dormitorio, consciente de que si salía por la puerta, todos, incluida su exnovia, novia o lo que fuera, pensarían que habíamos pasado la noche jugando a algo más que al billar. A policías y ladrones, tal vez.

—Vístete y vete. —La orden sonó demasiado a pelea de enamorados.

—Esta es mi habitación —se quejó él.

Aun así hizo amago de salir de la cama. Me di media vuelta, no sin antes confirmar que

dormía en ropa interior, y esperé a que se enfundara unos vaqueros.

No había dejado de buscar motivos para mantenerme alejada de Leo. Pues ya tenía uno con nombre y apellidos. Era eso lo que quería, ¿no?

Entonces ¿por qué estaba tan furiosa?

—Claudia y yo rompimos hace más de dos años.

—Pues ella no debe de haberse enterado todavía —escupí, y el afilado sarcasmo de mi comentario me impresionó incluso a mí.

Suspiré y me tragué a la Laura cínica que en tan pocas ocasiones se apoderaba de mí. Lo único que quería era salir de allí; y no solo de la habitación, sino también de la casa. Lo mejor sería que regresara a Madrid y dejara de jugar con el desastre. Me estaba comportando como una inmadura, o peor, como una arpía, tanto con Leo como con Sergio.

—Lo siento, pero haz que se vaya. Necesito ir a mi habitación a cambiarme y llamar al seguro. Enviarán una grúa y un taxi para que me lleve de vuelta a casa.

Leo frunció el ceño. Se metió las manos en los bolsillos y se quedó mirándome. Evité sus ojos en la medida de lo posible. No podía decir que su pecho desnudo no fuera una excelente distracción. Estaba en forma, eso era indudable. Ahora entendía a la perfección la expresión «tableta de chocolate».

—¿Vas a marcharte?

Su tono tenía una parte de súplica y otra de sorpresa. No podía decirle que su presencia me resultaba tentadora como ninguna otra cosa, ni siquiera la llamada de los *cupcakes* —que resultaban mi mayor perdición— era tan potente como el deseo que sentía de hincarle el diente a Leo. Tampoco sería muy conveniente enzarzarme en una complicada explicación sobre mis reiteradas crisis ni lo cerca que estaba del precipicio en esta ocasión. Lo más fácil era huir de esa casa y no volver a verlo jamás. Devolver el orden a mi vida, eso era justo lo que necesitaba.

—Sí, tengo que arreglar lo del coche —admití, y me sonó a excusa incluso a mí. Una piedra tendría más poder de convicción que yo en ese momento.

—Ya ha venido el resto del grupo —señaló—, deberías quedarte. Candela insistirá en volver contigo y ya sabes cómo se pone cuando no se sale con la suya.

Que me hiciera sentir culpable no mejoró en nada mi malestar, más aún cuando llevaba razón. Mi hermana se tomaría muy mal que me marchara y, conociéndola, no habría manera de convencerla para que no regresara conmigo.

—Hagamos un trato —prosiguió Leo al ver que no daba muestras de ir a cambiar de opinión—. Establezcamos un pacto de no agresión: tú dejas de meterte en mi cama y yo procuro... no hacer lo que quiera que te esté poniendo tan nerviosa.

Como si fuera tan fácil. Tal vez si no me mirara de la forma en que lo hacía, si no me sonriera, si dejara de moverse con ese andar seguro y de tratarme con la naturalidad de los que han compartido decenas de momentos juntos... Tal vez. O tal vez no.

—Soy sonámbula —repetí—. No creas que quería amanecer aquí.

Puso cara de cachorrillo abandonado y de forma instintiva me dieron ganas de abrazarle. Resistirme a él era cada vez más difícil. Leo emanaba la clase de magnetismo que es imposible ignorar. Ese que gira cabezas a su paso y atrae miradas allí por donde pasa. Y yo, desde luego, no era inmune a él.

—Hubiera podido vivir sin saber eso. —Dio varios pasos en mi dirección. Yo retrocedí la misma distancia hasta que mi espalda chocó contra la puerta—. Aun así, quiero que te quedes. Prometo portarme bien.

12

No le creí, o no quise creerle. Si permanecía en el caserón y él cumplía su promesa, una parte de mí se sentiría decepcionada. Sabía que no estaba bien, pero tampoco me engañaba pensando que las atenciones del policía no conseguían remover algo dentro de mí.

Puse una mano en su pecho para evitar que siguiera acercándose. Su mirada descendió hasta el punto justo en el que lo toqué, donde se demoró unos segundos, y retornó a mis ojos.

—Estoy prometida —insistí.

—Bien.

—¿Bien?

Asintió, y me dieron ganas de gritar. O de lanzarme sobre él. No sé, no tenía muy claro a qué se debía el nudo que me apretaba la garganta.

—Y tú tienes no sé qué con tu exnovia. —Le clavé el dedo para acallar sus protestas—. No va a ocurrir nada entre nosotros.

En mi cabeza había sonado con muchísima más firmeza, pero proseguí de igual manera. No sabía muy bien a quién intentaba convencer, si a él o a mí misma.

—Esto no es más que simple atracción física.

—Así que admites que te sientes atraída por mí.

Una tímida sonrisa asomó a sus labios. Si me pegaba más a la puerta terminaría por fusionarme con ella.

Mi inquietud aumentó cuando apoyó las manos a los lados de mi cabeza y se inclinó sobre mí.

«¡Lo va a hacer! ¡Lo va a hacer!», chillaba mi mente entre histérica y emocionada.

Su boca avanzó y avanzó hasta rozar la mía. Más que un estremecimiento, lo que recorrió mi espalda fue una descarga de alto voltaje. Un rayo no hubiera provocado tantos destrozos a su paso.

—Voy a besarte.

Mi razón dijo no, mi corazón gritó sí y mis labios permanecieron entreabiertos. Las dos Lauras que me poseían batallaban para hacerse con el control, pero mi cuerpo no obedecía a ninguna de las órdenes de mi cerebro.

Su lengua se coló en mi boca y recorrió cada rincón de esta, explorando, acariciando, descubriendo. Una de sus manos descendió hasta mi cintura y me atrajo hacia él. Todo lo que nos rodeaba dejó de tener sentido. Las voces que llegaban desde algún lugar de la planta baja se fueron apagando y mis párpados cayeron en un acto reflejo. Se me escapó un gemido al notar cómo mordisqueaba mi labio inferior y su otra mano se anclaba en mi nuca; el pulgar acariciando mi mejilla.

Resultaba delicado pero insistente, tierno y a la vez feroz. Me besaba como si el ahora fuera todo cuanto importara pero también como si deseara hacerlo para siempre. Y eso me dio incluso más miedo que el hecho de que, por primera vez en tres años, estuviera siéndole infiel a Sergio.

—No. No. No. —Me retiré, jadeando—. No está bien.

Lo empujé con manos temblorosas y él me lo permitió. En sus ojos se reflejaba una avalancha de emociones, pero el arrepentimiento no estaba entre ellas.

—Dijiste que esperarías a que yo te besara —señalé, solo para seguir hablando. Puede que así no me dejara arrastrar por la necesidad de perderme de nuevo en sus labios.

—Me he cansado de esperar.

Esta vez se cernió sobre mí con ansias, con la misma urgencia del depredador que teme que su presa escape. Me devoró sin detenerse a esperar mi aprobación y, si soy sincera, he de decir que cuando llegó fue devastadora. Me entregué a él; caí rendida, sin medias tintas. Solo quedamos él y yo unidos por aquel beso voraz que calentaba mi cuerpo y me hacía desear más y más.

La intensidad del beso disminuyó y, sin embargo, Leo apuntaló su pecho contra el mío. Su embestida fue tan impetuosa que me golpeé la cabeza con la puerta. No me quejé, estaba demasiado ocupada permitiendo a mis manos descubrir su cuerpo, arañando su espalda e imaginando que el resto del mundo se había volatilizado y nosotros éramos los únicos supervivientes.

Repasó mi mentón con los labios, distribuyendo besos y provocadores mordiscos hasta alcanzar la curva de mi cuello. Se me aflojaron las rodillas. Casi podía sentirlo dentro de mí, y ese pensamiento fue todo lo que necesité para poner fin a aquella locura.

—No... no puedo.

Leo retrocedió de inmediato. Su expresión no denotaba remordimiento alguno, pero tampoco parecía satisfecho.

—No —repetí, aunque ya no me estaba tocando.

Lo agitado de su respiración dejó claro que se encontraba tan afectado como yo. Quería decir algo más y también me hubiera gustado mostrarme culpable, pero en ese instante no sabía muy bien qué sentía. Me giré y aferré el pomo de la puerta con desesperación. Empujé y empujé, tratando de abrirla, atormentada por lo sucedido y deseosa de huir de él. Solo me faltó lanzarme cual ariete humano contra la madera para hacerla estallar en pedazos.

—Es hacia dentro —me indicó Leo, dejándome en evidencia.

Empujé otra vez, más por inercia que porque esperara que se abriera, y cuando conseguí reunir algo de dignidad tiré hacia mí. El pasillo se descubrió ante mí como si se tratara de una autopista directa al cielo. Creí incluso oír trompetas y un coro celestial cantándome al oído.

—Laura. —Lo escuché llamarme justo cuando pensaba en salir corriendo como la cobarde que era. Leo me cogió de la mano y me detuvo—. Espera.

Accedí, pero no lo miré a los ojos. Si lo hacía, el cielo que había atisbado a través de la puerta se transformaría en una mera caricatura y sus pupilas en un dulce edén repleto de promesas imposibles. Sus iris contenían suficiente azul para evocar un paraíso perfecto y yo creía merecer el infierno.

—No ha pasado nada, solo ha sido un beso.

—Lo sé —repliqué.

Pero aquella mentira no podía creérmela ni yo. Puede que algunos ni siquiera considerasen un beso como una infidelidad, pero en mi interior habían ocurrido muchas más cosas en esos escasos minutos. La Laura egoísta saltaba sobre la cabeza de la Laura responsable cual maníaca, victoriosa y feliz, ansiosa por lanzarse en brazos de Leo y obviar lo que quiera que viniera después.

No sé si se dio cuenta de que estaba a punto de estallar, pero me sorprendió que se mostrara tan predispuesto a pasar por alto lo sucedido.

—No te vayas. Me comportaré.

—No es como si no hubieras dicho eso ya antes —repliqué, sin atreverme a mirarlo.

—*Mea culpa* —admitió, y supe que sonreía—. No volverá a pasar. Seré un buen chico.

—Hay muchas cosas de las que no estoy segura en estos momentos, pero puedo asegurarte algo: ningún *buen* chico besa de esa forma.

Leo frunció el ceño, pero no abrió la boca para contradecirme. Puede que se le hubieran acabado los argumentos. Yo continuaba intentando comprender qué me había llevado a claudicar de una manera tan estrepitosa ante él. No era el primer tío bueno que conocía y tampoco solía perder la cabeza por el primero que pasaba. Pero parecía que este no era el caso, y me asustaba pensar en lo que podía ocurrir si permanecía en la casa.

Regresé a la habitación rumiando en silencio mi vergüenza. No sabía cómo enfrentarme a los sentimientos que Leo despertaba en mí y, si algo agradecía, era disponer de tiempo para reflexionar antes de volver a ver a Sergio. Su anillo de compromiso me pesaba cada vez más, y eso que ni siquiera lo llevaba puesto.

Leo me había dejado marchar sin objetar nada al respecto; con Candela, en cambio, no iba a resultar tan fácil. Al no encontrarla en el dormitorio suspiré aliviada y me derrumbé sobre el colchón.

¿En qué preciso instante había lanzado la responsabilidad y mi buen criterio por la taza del váter? Solo me restaba tirar de la cadena y observar cómo los restos de mi ordenada vida giraban y desaparecían tubería abajo.

«Todo esto es una gran mierda», asumí, siguiendo la escatológica línea de mis pensamientos. Y para rematar la faena, Cooper estaba tan destrozado como yo.

Estallé en carcajadas. Una risa gutural y algo desquiciada que nació en alguna parte recóndita de mi interior y resonó en las paredes.

Torcí la cabeza para contemplar a Candela entrar por la puerta.

—Me preocupas, hermanita.

Vino hasta mí y se dejó caer a mi lado. No sabía cuántas horas habría dormido, es más, no sabía si habría dormido siquiera. Pero lucía una sonrisa exultante y le brillaban los ojos como a un niño frente al escaparate de una tienda de golosinas. Más que preocupada parecía feliz, abrumadoramente feliz.

—Me he despertado en la cama de Leo —le solté a bocajarro.

—A Claudia le va a encantar...

—Y... nos hemos besado —añadí, observándola por el rabillo del ojo para ver cuál era su reacción.

—¿Estabas despierta o dormida? Tal vez hicisteis algo más...

Le di un codazo a modo de reprimenda. A su regreso a Madrid habíamos pasado una noche viendo capítulos de *House* y en uno de ellos descubrían una paciente que no solo era sonámbula sino que sufría de sexomnia, un trastorno del sueño en el que la enferma podía mantener relaciones sexuales estando dormida. Candela me había torturado con sus bromas desde entonces.

—Ya, ya. Estás prometida y todo eso. Pero cuéntaselo a la arpía de su exnovia que después de dos años sigue considerando a Leo como algo de su propiedad.

Candela se puso de lado y se apoyó sobre un codo para mirarme.

—¿Y bien? ¿Qué vas a hacer?

Me extrañó que no continuara con sus burlas o no insistiera en que le contara hasta el más mínimo detalle de mi noche con el policía.

—Huir lo más lejos que pueda —afirmé, porque me parecía la mejor idea en ese momento.

Candela puso los ojos en blanco y volvió a recostarse sobre la almohada.

Yo sabía que era una actitud cobarde e infantil. Pero el mundo estaba repleto de gente con mis mismos miedos y yo no me creía más valiente que ellos.

—Quien quita la tentación quita el peligro. ¿No es eso lo que dicen?

—¿También le dirás eso a Sergio el día de tu boda? —Me machacó sin piedad, aunque era consciente de que tenía razón.

Estaba claro que mi futuro matrimonio hacía aguas por todas partes. ¿Y si el verdadero desastre no resultaba ser Leo sino casarme con Sergio? ¿Y si en esta ocasión no se trataba de una simple crisis sino de algo más serio? ¿Y si en realidad Leo solo era la excusa que andaba buscando para cancelar mi compromiso?

Demasiados «Y si». Demasiados interrogantes. Y yo no tenía respuesta para ninguno de ellos.

13

Bajamos juntas a desayunar. A mí me parecía que llevaba escrito en la frente la palabra «infiel» y que todos se darían cuenta de lo que había sucedido en cuanto atravesara la puerta de la cocina. En cambio, a Candela aquello no dejaba de resultarle gracioso. Puede que, porque de las dos, ella siempre había sido la que andaba metida en líos, mientras que mi vida solía ser más sencilla y, por qué no decirlo, más aburrida.

—No va a decírselo a nadie —señaló. Descendí tras ella por las escaleras, retrasando el momento de encontrarme expuesta a su grupo de amigos—. Leo no es de esa clase de tíos.

—Si es tan perfecto, ¿por qué no seguís juntos?

Se paró al llegar a la planta baja y se volvió para mirarme. Los mechones rubios de su rebelde melena escapaban sin control del moño que se había hecho. No llevaba ni una gota de maquillaje y, sin embargo, su aspecto era radiante. Donde yo tenía cientos de pecas, ella lucía una piel inmaculada y perfecta. Siempre había pensando que Candela era bastante más atractiva que yo y su carácter extrovertido y abierto no hacía más que realzar su belleza natural. ¿Por qué iba Leo a preferirme a mí antes que a ella?

Tal y como yo lo veía, era bastante probable que mi hermana hubiera puesto fin a su efímera relación. Aunque, en mi opinión, había que estar loca para rechazar a un hombre como él.

—Puede que siguiéramos juntos si él no me hubiera dado la patada.

Eso sí que no me lo esperaba. Por regla general, Candela se cansaba de sus ligues mucho antes de que a ellos les diera tiempo de conocerla a fondo.

—¿Te dejó? —insistí, muerta de curiosidad.

—Casi ni llegamos a estar juntos —murmuró, y lanzó una mirada rápida en dirección a la cocina—. Leo es un poco «especialito» en cuestión de mujeres.

Bajé la voz, aumentando el tono conspiratorio de la conversación, y comenté con ironía:

—Sí, bueno, Claudia tiene toda la pinta de ser encantadora.

—Claudia fue su mayor error, todavía se lamenta por ello. Pero esa es una larga historia, te la contaré si te quedas. Pero... no es que te interese para nada la vida de Leo, ¿o sí?

Me mordí el labio. Candela había lanzado el anzuelo y yo había picado casi sin darme cuenta. Me sentí como un gran besugo fuera del agua, atontado y boqueando.

—Es mejor que me vaya, no deberías animarme.

—No parece que necesites que te animen —se burló. He de decir que razón no le faltaba. Tiró de mí y me arrastró para que la siguiera—. Te quedas.

—Me voy —repliqué.

No pudimos seguir discutiendo al respecto. Entramos en la cocina, donde nos recibieron algunas caras sonrientes y otras menos emocionadas por nuestra presencia. Leo estaba apoyado junto a la encimera, al lado de la cafetera eléctrica. El aroma del café nubló mi juicio y casi me olvidé de saludar.

Me tendió una taza humeante en cuanto me acerqué y me dieron ganas de besarle solo por suministrarme la cafeína necesaria para que mi cerebro comenzara a funcionar.

—Buenos días —me saludó con un guiño, y añadió en un susurro—: Otra vez.

¿Por qué tenía que ser tan condenadamente encantador?

Le devolví la sonrisa y me giré para, ahora sí, analizar al resto de los presentes.

—¿Quién es nuestra Pipi calzaslargas? —inquirió la única chica del grupo sin contar con

Candela y conmigo.

Por descarte, era obvio que aquella tipa era Claudia, y su aspecto casaba a la perfección con su voz de pito. Cumplía a la perfección todos y cada uno de los típicos tópicos de las exnovias arpías. Lucía una melena rubia con ondas que estaba segura de que le había costado dos horas frente al espejo tirando de plancha, labios gruesos, maquillada como una puerta y vestida como si en vez de al campo fuera a una fiesta de alto copete. Bajé la vista hasta sus interminables tacones, recreándome en el momento en que atravesara el jardín en dirección a la barbacoa y se le quedaran incrustados en la tierra. Con suerte se torcería un tobillo y tendría que llevársela una ambulancia.

Me avergüenza confesar que sonreí ante el pensamiento. Puede que yo también tuviera que pedir plaza en el club de las arpías.

—Claudia... —la amonestó Leo.

No dejé que su pulla me afectara y le tendí la mano, que estrechó con desgana, y ambas esbozamos una mueca cargada de falsedad. Yo no le gustaba y ella tampoco a mí, eso estaba claro.

—Laura —señalé, apretando su mano con un poco más de fuerza de la debida.

Aparté la vista de ella y me fije en los chicos. Se nos habían unido dos más.

Un rubiales con gafas y pinta de intelectual que parecía sacado de un anuncio de Coronel Tapioca y otro de pelo castaño y ceño fruncido al que debían de haber arrastrado hasta allí en contra de su voluntad. Leo me los presentó como Quique y Javi.

—Así que tú eres la famosísima hermana de Candela —comentó Quique, y en un momento lo tenía a mi lado plantándome dos besos.

Me estrujó entre sus brazos un poco más de lo que se consideraría cortés, mostrando tanto entusiasmo que me pregunté qué les habría contando Candela de mí.

—Esa soy yo —atiné a contestar.

—Me encanta el rojo —repuso él con cierto tono lascivo.

No lo empujé para quitármelo de encima porque estaba demasiado desconcertada como para moverme. ¿Qué clase de amistades cultivaba mi hermana?

Agradecí que Javi interviniera y me liberara antes de que recuperara los ánimos y se me escapara alguna bordería. Este fue mucho más comedido. Me dio un apretón de manos y lo aderezó con una sonrisa tímida.

—Encantado.

—He hecho algunas llamadas y vendrán a recoger tu coche —comentó Leo una vez acabadas las presentaciones—. En media hora llegará la grúa.

Candela danzaba por la cocina y abría y cerraba armarios sin pudor. Sacó un par de magdalenas de uno de ellos y se sentó junto a Rubén, que, por su silencio, no debía de haberse despertado del todo aún.

Avancé hasta la ventana y observé el exterior. Frente a la entrada principal había aparcado un *crossover* gris metalizado, uno de esos a mitad de camino entre utilitario y 4x4. Supuse que los recién llegados habían venido todos juntos.

—No sé en qué pensabas al meter tu *cochecito* campo a través —terció Claudia.

¿Cochecito? ¿Acababa de llamar cochecito a Cooper? Y me lo decía la que se calzaba unos tacones de aguja para un día de campo.

«Sigue sumando puntos». Ahora entendía por qué era la ex y no la novia de Leo.

—Mi todoterreno, en cambio, no ha tenido ningún problema en llegar hasta aquí —se jactó, complacida.

Volví a mirar el coche y me giré hacia ella. Los demás no perdían detalle, y Leo no parecía muy contento con la actitud de su ex.

—Bueno, no deja de ser un pseudotodoterreno. Ni siquiera tiene tracción a las cuatro ruedas.

«Chúpate esa, víbora.»

De algo tenía que servirme haber aguantado al rollete del instituto y sus interminables monólogos sobre los coches que llegaban al taller de su padre. Salimos juntos un par de meses y fue lo más parecido a un cursillo acelerado de mecánica.

—Tu *cohecito* es un quiero y no puedo —escupí, con bastante mala leche.

Había elegido mal momento para tocarme las narices. Por las mañanas, y antes de que el primer café me hiciera efecto, podía ser una verdadera bruja.

Candela ahogó un risa y casi escupe el batido de chocolate que se estaba bebiendo.

Pensé en decirle que Cooper era más que un cohecito, pero admitir que tenía nombre propio no iba a ayudarme a quedar mejor que ella.

Claudia hizo un mohín, algo que debía haber estudiado frente al espejo miles de veces porque incluso a mí me pareció adorable, y ejecutó un cruce de piernas al más puro estilo Instinto básico. Quique se transformó en una especie de dibujo animado, con los ojos a punto de salirse de las órbitas y una incipiente babilla en la comisura de los labios, solo le faltó relamerse. Me alegró que Leo apartara la vista, aunque de poco le valió porque Claudia no tardó en levantarse e ir a ronronear en su oído como una gata en celo.

—Te acompaño a comprar —escuché que le decía—. Ya sabes lo bien que se me da elegir la carne.

Candela simuló meterse dos dedos en la garganta y fui yo la que sentí ganas de vomitar.

—Gracias por ofrecerte. Ve con Rubén. —El aludido chasqueó la lengua, lo que me dio a entender que no todos estaban tan hechizados por la rubia como Quique—. Yo tengo que ayudar a Laura con su coche.

—Yo también voy —se ofreció mi hermana, terminándose la bebida y poniéndose en pie. Me extrañó verla tan emocionada, dado que Claudia no parecía ser santa de su devoción—. Voy a por mi bolso.

Eso me dejaba a solas con Leo, Javi y Quique. Pero yo ya había decidido pedir al seguro que me enviara un taxi y regresar a Madrid, ¿o no?

—Puede arreglárselas solita —replicó la arpía, restregándose contra el costado de *mi* poli.

De nuevo, un desconocido instinto de territorialidad se apropió de mi voluntad. Leo no era nada mío, pero mirando a aquella tipeja me daban ganas de arrancárselo de los brazos y rugir en su cara cual leona que reclama su estatus dentro de la manada.

Aparté la vista del sórdido espectáculo justo después de que Leo se deshiciera del cepo de sus brazos, y me concentré en acallar la vocecita insidiosa que no dejaba de hostigarme. Me vino a la mente esa popular frase: «Si no puede ser mío, no será de nadie». Lo cual resultaba absurdo, infantil y, seamos realistas, bastante egoísta. Era solo un tío, un tío al que no conocía apenas. No importaba si en su presencia se me erizaba el vello, se me aceleraba el pulso o mis fantasías se disparaban de una manera bastante perturbadora. Todo se debía a una reacción puramente biológica.

Un momento... ¿Desde cuándo me había convertido en una persona tan práctica? Parpadeé varias veces, alarmada por el extraño rumbo de mis pensamientos, como si con el gesto pudiera apartar a un lado mis miedos. Leo seguía apoyado en la encimera, mirándome, sosteniendo su taza de café entre las manos y con la sombra de una sonrisa en los labios. Los demás habían

abandonado la estancia y nos habían dejado solos.

—¿Vas a dejar que te acompañe hasta el coche? —preguntó al ver que volvía a prestarle atención.

—¿Te abalanzarás sobre mí mientras esperamos a la grúa? —repliqué sin pensarlo dos veces antes de abrir mi enorme boca.

—Me contendré. —Eso fue lo que dijo su boca, pero sus ojos me contaban otra historia.

Aparté la vista del azul cristalino que amenazaba con absorberme y conté hasta diez antes de contestar. Me sentí tan ridícula como el que, desesperado, cuenta ovejitas en una noche de insomnio a sabiendas de que no servirá de nada, pero aun así incapaz de resistirse a intentarlo.

—Está bien, vayámonos ya.

—¿Caminamos?

Lo miré, sorprendida por la sugerencia. Estábamos junto a las escaleras del porche delantero y el sol se alzaba por encima de nuestras cabezas. Alcé la cara hacia el cielo, cerré los ojos, y dejé que sus rayos me calentaran el rostro. Es curioso como, a veces, detalles tan insignificantes pueden hacernos sentir tan bien, como un simple caramelo puede endulzarnos un día amargo o una sonrisa consigue arrancarnos otra, aunque lo último que deseemos es reír.

—¿Te has vuelto loco?

—Puede.

El sugerente tono de aquella única palabra me obligó a mirarlo. Error. Yo era de las que comía por los ojos, así que encontrarme con las comisuras de sus labios alzadas de forma muy tímida y un brillo travieso reflejado en sus pupilas resultó un excelente reclamo.

Escondió las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros y la tela de la camiseta se tensó sobre los músculos de su pecho, recordándome que pocas horas antes ese mismo pecho descansaba sobre el mío y lo agradable que había sido tenerle tan cerca. El pensamiento vino a mí no como algo de carácter meramente sexual, sino como algo reconfortante e íntimo. Del tipo de instantes que se suelen evocar años más tarde y siguen inmutables, tan claros en tu memoria como si hubieran sucedido el día anterior.

Me pregunté si a Leo le sucedería lo mismo, si él también atesoraría las sensaciones que yo pudiera haberle provocado. Y allí de pie, en medio de ninguna parte, me di cuenta de que yo le gustaba. Mucho. Muchísimo. De una manera sumamente peligrosa para mi escasa estabilidad psíquica. No sabría decir qué fue lo que dio lugar a aquella epifanía, solo que una vez que la revelación se instaló en mi mente me puse más nerviosa de lo que ya estaba.

Le rodeé y avancé por el camino de tierra a paso rápido, puede que demasiado rápido porque lo siguiente que supe es que uno de mis tobillos se dobló de una forma muy poco natural y el suelo avanzó hacia mí a toda velocidad. Leo llegó a mi lado después de que ya hubiera besado la tierra, literalmente.

—¿Estás bien?

Luchaba por no estallar en carcajadas y lo consiguió a duras penas, aunque no le hubiera reprochado que cediera al impulso.

—Yo sí, pero mi dignidad acaba de huir en busca de un lugar mejor en el que habitar —respondí mientras me sentaba entre quejidos.

—No me extraña —murmuró, lo que le valió un leve codazo en el estómago—. ¡¿Qué?! Eso te pasa por pretender escaparte de mí.

—No era eso lo que hacía.

—Sí, sí que lo hacías —me contradijo. Enlazó sus manos con las mías y tiró para ponerme en pie—. No te preocupes, me alegra que sientas esa necesidad, no me lo tomo a mal, al contrario.

Enarqué las cejas. Pero no me dio tregua. Sus brazos ejercieron más fuerza de la necesaria y el movimiento terminó conmigo estampada contra su cuerpo. Dudé de que fuera sin querer. Mi corazón me sacudió las costillas con tanto ímpetu que Leo lo debía de estar percibiendo. Sentía cada punto de mi cuerpo en contacto con el suyo como una zona en llamas, como si un pirómano hubiera ido prendiéndole fuego por diferentes lugares para asegurarse de que no había manera de extinguirlo.

—Deberías ser bombero y no policía —balbuceé, aunque bien sabía yo que en vez de apagar incendios los provocaba.

—¿De qué hablas?

Me entró la risa floja. Comenzó con una risita histérica que fue a más, hasta que lo único que oía eran mis carcajadas rebotando en mis oídos. Creo que, oficialmente, había perdido la cabeza. Llamadlo nervios, presión pre-boda o locura transitoria, cualquiera de ellas tenía su parte de culpa.

—Déjame ver. —Me agarró de los hombros y su mirada recorrió mi cabeza y mi nuca en busca de heridas—. ¿Te has golpeado al caer?

Su preocupación me conmovió, pero me fue imposible permanecer seria. Loca, sí, loca de atar. Sus dedos apartaron con mimo mi pelo, regalándome un escalofrío de placer que se deslizó por mi columna y estimuló las terminaciones nerviosas de mi espalda como si de una suave caricia se tratase, y de ahí pasaron a rodear mi cara. Me obligó a mirarle. No sé qué buscaba en mis ojos ni si lo encontró o no, pero yo dejé de reírme de inmediato. Permanecimos observándonos en silencio unos segundos, mutuamente hipnotizados por el otro.

—Estás loca —comentó en apenas un susurro.

—Cuéntame algo que no sepa.

—Que estás preciosa cuando te ríes así.

—¿Así cómo? —inquirí.

Me mordí el labio inferior y a él se le escapó un suspiro. Tardó tanto en contestar que creí que no lo haría.

—Como si la felicidad te estuviera besando en la boca.

Amagué una respuesta, pero no supe qué decir. Lo único que se me ocurría era que en ese efímero instante, en realidad, la felicidad estaba en sus labios.

Me aparté de él despacio, muy poco a poco, con cierto terror a abandonar sus brazos. Entre ellos me sentía segura e insegura a la vez. Alegre pero triste. Capaz e inútil. Y así hasta el infinito. Había cosas en mi interior que no entendía, como si de repente alguien se estuviera apoderando de mi cuerpo.

Suspiré.

Leo devolvió sus manos a los bolsillos y me guiñó un ojo.

—Vamos a por Cooper —me instó. Se dio la vuelta sin esperar para ver si le seguía.

—¿Ahora lo llamas por su nombre? —bromeé, aún cohibida, y me puse en marcha.

Negó con la cabeza varias veces.

—¿Siempre tienes una respuesta para todo?

—Ojalá —contesté, poniéndome a su lado.

Me hubiera bastado con conocer las que necesitaba para atajar mis dudas, resolver los grandes enigmas de mi vida, o al menos los más inmediatos, y no andar de un lado a otro hecha un manojo de nervios e indecisión.

—Bueno, ya sabes de mí que soy policía y tengo una casa en Burgos. Pero yo no sé nada de ti.

El giro en la conversación casi me cuesta un nuevo tropiezo, pero se quedó en un mero traspies. Avanzábamos sin prisa por mitad del sendero. A los lados se extendía campo y más campo saturado de verde, que no había podido apreciar a mi llegada la noche anterior, solo interrumpido por algunos árboles dispersos.

—Soy secretaria del director de un hotel de lujo.

Me miró de reojo, tal vez imaginándose detrás de un escritorio atendiendo llamadas y

llevando la agenda de un estirado ejecutivo. Pude entender sus dudas, yo tampoco me hubiera contratado a mí misma en una entrevista de trabajo. No obstante, en horario laboral la Laura ordenada y eficiente dirigía mis acciones con mano de hierro y no me permitía cometer errores. Puede que al final sí que tuviera algún trastorno bipolar.

—Parece interesante —apuntó, y yo me reí.

—Es tan aburrido que a veces creo que hice algo en otra vida y me están castigando por ello. Salvo cuando tenemos *overbooking* o nos visita alguna celebridad —proseguí—, entonces es tan estresante que me dan ganas de morir y avanzar para ver qué me depara la próxima reencarnación.

—No estará tan mal.

Resoplé.

—Tú tienes esposas y una placa y yo ¿qué? ¿Una agenda y un bolígrafo? Además, a ti no te multan por invadir apenas veinte centímetros de un vado.

Sonó a reproche porque, en cierta medida, lo era. Mi escaso respeto por las señales de tráfico había propiciado que acabara en aquel caserón junto a mi hermana, que parecía tener demasiado interés por dejarme a solas con Leo, y enfrentándome a la mayor crisis de todos los tiempos.

—No la has pagado. —Fue una afirmación, no una pregunta.

—No, ni pienso hacerlo. Esto se ha convertido en una cuestión personal.

«Y tan personal.»

Se detuvo y, por un momento, pensé que me llevaría a rastras de vuelta a la casa y me esposaría hasta que le prometiese que abonaría la sanción a mi regreso a Madrid. Confieso que la idea resultó más atractiva de lo que esperaba.

—Dame tu móvil —me exigió.

—No.

Puso los ojos en blanco. Nunca creí ver a un tío hacer ese gesto de una manera tan dramática, pero era obvio que le irritaba de maneras que ni siquiera yo comprendía.

—Dámelo, será un instante.

Saqué el teléfono del bolsillo de mi chaqueta y se lo tendí con recelo. Él lo tomó y se puso a toquetearlo sin ningún pudor.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Como no piensas molestarte en mirar la multa que te puse no vas a encontrar mi número escrito en ella —señaló, sin apartar la vista de la pantalla—. Quiero asegurarme de que lo tienes.

—¿Me apuntaste tu teléfono? ¿Qué esperabas? ¿Que fuera a pagarla y te llamara luego para agradecértelo?

Igual no era yo la única de los dos con problemas mentales.

—No era válida —admitió, devolviéndome el móvil—. No constaban todos tus datos ni los míos, solo rellené los primeros apartados.

Lo miré de hito en hito. Encogió los hombros, y el gesto lo hizo parecer vulnerable.

—Estás fatal. Podías haber sido algo más amable y pedírmelo sin más.

—Estaba trabajando —se excusó, pero ambos sabíamos que, el día que nos conocimos, había disfrutado llamándome señorita cada dos frases.

Echó a andar de nuevo y comprendí que ahora era él el que se estaba poniendo nervioso. Le seguí.

—Eso no te impidió ir por ahí garabateando tu teléfono, aunque no te sirviera de nada.

—Tenía un plan alternativo por si no llamabas, pero no quieres saberlo.

Solté una carcajada y el eco de mi risa nos envolvió.

—Oh, sí, sí que quiero.

—Pensaba buscar tu matrícula en la base de datos y rezar para que el coche estuviera a tu nombre.

—Hablas como un psicópata.

Se me quedó mirando con una expresión que no alcancé a descifrar. Fue raro, pero no de una manera escalofriante, sino como si estuviera esperando una reacción distinta por mi parte. La verdad era que habían intentado ligar conmigo de manera mucho más extrañas.

—Empiezo a sentirme como tal.

A partir de ese momento la conversación fue por otros derroteros. Dejamos a un lado el trabajo y charlamos sobre nuestras aficiones. Descubrí que, como a mí, le encantaba el cine. Diseccionamos el último capítulo de *Juego de Tronos*, le conté que estaba enganchada a una multitud de series y él confesó que se sabía de memoria los diálogos de *El señor de los anillos*.

Hablamos durante todo el trayecto, pisándonos el uno al otro. Casi siempre de tonterías. Mencioné, muy de pasada, mi debilidad por los *cupcakes*, mientras él admitía que le volvía loco la pizza solo con queso, jamón y cebolla. Ni siquiera parecía que nos escuchásemos, como si de repente estuviéramos ansiosos por exponernos a nuestra respectiva curiosidad.

Cuando nos quisimos dar cuenta nos encontramos a Cooper. Había huellas de neumáticos en el lindero, prueba de que el *cochecito* de Claudia había tenido que esquivarlo para proseguir su camino. La grúa no había llegado aún.

Desbloquéé las puertas y me tiré en el asiento del conductor, agotada por la caminata. Leo ocupó el sitio a mi lado.

—No tardarán mucho en venir a por él —señaló. Echó un vistazo hacia atrás—. Estarás en Madrid para un almuerzo tardío.

—Bien.

—¿Bien?

Asentí, aunque, después del agradable paseo, la expectativa de largarme ya no me parecía tan atractiva.

—Tienes algo en la mejilla.

Leo se inclinó sobre mi asiento y me frotó la mejilla con el pulgar. Llevábamos unos veinte minutos esperando y ya incluso habíamos abatido los respaldos hacia atrás para descansar más cómodamente. Las puertas estaban abiertas, pero aun así hacía bastante calor dentro del coche. Para estar en mayo, la temperatura bien podría ser la de cualquier día de agosto. Puede que tuviera mucho que ver con tener a mi poli a pocos centímetros de distancia, con los labios entreabiertos y una expresión de concentración deliciosa.

—Tierra —apuntó tras unos instantes.

Creo que a esas alturas yo ya no sabía por qué rezar, si para que se separara de inmediato de mí o se lanzara de una vez por todas.

Es complicado encontrarse en esta clase de situaciones, donde tu mente te dice una cosa pero tu cuerpo está a miles de kilómetros de ella, exigiendo algo muy distinto. Quieres ser madura y responsable, quieres hacer lo correcto, lo que está bien.

¿Bien para quién? No dejaba de preguntarme. Y aunque la razón me respondía que para mí, empezaba a pensar que lo único que en realidad se interponía entre la boca de Leo y la mía era Sergio.

El momento de tensión pasó cuando él se alejó y retomó su lugar. Cruzó los brazos detrás de la cabeza y se quedó mirando al techo del vehículo. Había cierto aire soñador en su postura. Podía imaginarlo en el prado que nos rodeaba, tumbado con el sol calentándole la cara y los ojos cerrados, como si durmiera.

—Creo que no le caigo demasiado bien a Claudia.

No sabría decir por qué saqué el tema, no me preocupaba en exceso que su exnovia viera en mí a una rival potencial. Se suponía que yo estaba fuera del mercado aunque ella no lo supiera.

—A Claudia no le cae bien nadie —replicó, sin rastro de incomodidad—. Tiene un carácter algo... especial.

Me moría de ganas de saber qué le había atraído de ella, aparte de sus infinitas piernas, su melena rubia y cuidada, su delicada piel... Sí, Claudia era lo más parecido a una Barbie. El sueño de cualquier tío.

Puede que no quisiera encontrar respuestas a mis preguntas.

—A veces se comporta como una bruja, pero en el fondo no es mala persona.

—Muy en el fondo, querrás decir —repuse yo. Alcé la mano y me dediqué a trazar con los dedos rutas imaginarias por el techo. Leo siguió mis movimientos con la mirada.

—¿Celosa? —inquirió con un tono esperanzado en la voz.

Se me escapó una sonrisa, porque puede que sí que lo estuviera.

—¿Por qué? Solo somos amigos, ¿no?

Ahí estaba la palabra maldita. Amigos. Eso era todo lo que éramos o debíamos ser. Y ni siquiera eso. Tener a Leo a mi alrededor complicaba mi vida, pero me resistía a sacarlo de ella. Pero contaba con que, una vez en Madrid, todo fuera distinto. Tal vez daba por supuesto muchas cosas últimamente.

—Me alegra saberlo —replicó, de forma sincera.

Encogí las rodillas, lo que me valió un golpe contra el volante, y me giré para mirarlo. Seguía con la vista alzada, pero había cerrado los ojos. Había tanta paz en su rostro que sentí envidia de él. Era fácil estar a su lado. Leo no parecía juzgar a nadie, no había vuelto a

mencionar siquiera mi compromiso con otro hombre o el hecho de que nos hubiéramos besado. No podía dejar de pensar en qué era lo que esperaba de todo aquello. Ni siquiera sabía que esperaba yo.

El sonido de un motor rompió la tranquilidad que nos rodeaba.

—Ahí está Rodrigo.

—¿Rodrigo?

Salí del coche para encontrarme con que una grúa se acercaba a nosotros. Me encontré deseando que la espera se hubiera alargado mucho más.

—Es un viejo amigo de mi familia. Tratará a Cooper con cariño y lo llevará, sano y salvo, a Madrid.

Que le diera tanta importancia como yo a mi coche me resultó tan tierno que tuve que reprimirme para no darle un abrazo. Ya había transitado ese camino y sabía a dónde me llevaría.

Un hombre de cuarenta y tantos años, bajito y algo entrado en carnes, descendió de la grúa y se aproximó a nosotros. Leo y él se dieron un abrazo que dejaba claro el cariño que se tenían. Tras los saludos iniciales, la atención de Rodrigo pasó a la desconocida, es decir, a mí.

—Así que esta es tu novia —comentó, complacido. Vino hasta mí y me plantó dos besos.

Mi cara debía de ser un poema. Pero Leo se rio y no lo sacó de su error, como si la confusión de su amigo le resultase no solo divertida, sino agradable. Yo tampoco dije nada, estaba demasiado concentrada en repetirme que solo éramos amigos.

—Vaya destrozo. —Rodrigo silbó mientras echaba un vistazo al eje trasero de Cooper—. ¿Cómo se te ocurre venir con este coche?

Me sorprendió que diera por sentado que había sido Leo el que se había aventurado por aquel camino de cabras con un vehículo tan poco apropiado. De nuevo, él no dijo nada al respecto.

Rodrigo cargó a Cooper sobre la plataforma trasera mientras charlaba con Leo, le preguntó sobre su familia y él se interesó también por el estado de la suya. Yo observaba los gestos de aprecio entre ellos en silencio, a la vez que no perdía detalle del proceso de remolque. Cuando el coche estuvo por fin sobre la grúa, ya era consciente del carácter amable que demostraba Leo con todos los que le rodeaban. Parecía ver siempre el lado bueno de la gente, incluso en el caso de su ex.

Le sonreí, dándole las gracias sin palabras, a lo que él respondió con una de sus resplandecientes sonrisas.

—Tendré que llevarlo al depósito. A estas horas es imposible que llegue a Madrid antes de que el taller cierre —expuso Rodrigo.

—Está bien. Llámame el lunes antes de salir y te diré a dónde tienes que llevarlo —replicó Leo.

—Gracias —añadí, y el hombre asintió.

Antes de despedirse de nosotros se ofreció a llevarnos hasta el caserón, pero declinamos su propuesta. Y no es que no estuviera deseando tragarme una botella entera de agua y refugiarme en el interior de la casa.

—¿Te llevas bien con todo el mundo? —pregunté una vez que nos quedamos a solas de nuevo.

Leo me tomó de la mano, con un gesto tan despreocupado que fui incapaz de oponer resistencia, y comenzó a desandar el camino.

—Los delincuentes no me tienen en gran estima —bromeó. Sus dedos jugueteaban en torno a mi mano.

Quizás le daba demasiada importancia a todo lo que él hacía, puede que fuera yo la que me estaba obsesionando con el trato que me dispensaba, a la facilidad con la que me desconcertaban sus actos. Tal vez no se diera cuenta de la influencia que ejercía sobre mí.

Caminamos, en esta ocasión callados, pero no fue menos reconfortante. Me percaté de que hacía horas que no divagaba. Mi mente parecía mucho más centrada de lo que había estado en las últimas semanas, lo preocupante era que el motivo midiera metro ochenta, llevara placa y estuviera andando a mi lado sin decir una sola palabra.

—Me alegro de que me multaras —escupí de repente. Y la frase sonó aún peor en voz alta.

Leo torció la cabeza para mirarme, en sus labios bailaba la sombra de una sonrisa.

—Y yo me alegro de que empieces a ver el lado bueno del código de la circulación —se burló, y me dio un empujoncito con el hombro.

No era eso lo que quería decir. No eran las normas de tráfico lo que me preocupaba, ni el hecho de haber sacrificado a Cooper en un arranque de inconsciencia, tampoco el saber que en algún momento tendría que decidir qué hacer con mi inminente enlace matrimonial, que la vida que había dejado en suspenso durante aquel fin de semana me alcanzaría en cuanto pusiera un pie en mi casa. Lejos de eso, todo parecía posible, incluso la felicidad completa.

—Sí, se lo veo —comenté, para no quedarme callada.

Tras varios minutos, retomamos la conversación insustancial que habíamos mantenido durante el camino de ida. Me contó anécdotas de sus veranos en aquella finca, cómo de pequeño se había partido un brazo al saltar las escaleras del porche principal delante de una de sus primas y varias amigas, con la consiguiente vergüenza. Para hacerle sentir mejor, le relaté la vez en que me había quedado encerrada en el diminuto cuarto de mantenimiento del instituto. No me habían encontrado hasta dos horas más tarde y, cuando lo hicieron, mi clase en pleno me esperaba fuera.

Nos reímos de nosotros mismos y nos olvidamos incluso de que no estábamos allí solos, hasta que el coche de Claudia se detuvo a nuestro lado y explotó la pequeña burbuja de complicidad que habíamos creado a nuestro alrededor.

El cristal descendió y la conductora me lanzó una de sus miradas envenenadas.

—¿No te ibas? —me espetó sin miramientos. Directa a la yugular, no se podía decir que fuera tímida.

Candela, que iba sentada en la parte de atrás, se asomó por el espacio entre los asientos delanteros. Esperaba mi reacción, al igual que el resto. Leo también estaba pendiente de mi respuesta.

—No —contesté, y le regalé una amplia sonrisa.

Quizás no debiera quedarme allí con el señor tentación llamando a mi puerta cada dos segundos, pero... ¡qué demonios! No deseaba irme. No ahora que parecía que Leo y yo habíamos llegado a un punto intermedio en el que ni él se lanzaba sobre mí ni yo me metía en su cama, aunque para descubrir si lo último era cierto habría que esperar a la mañana siguiente.

—¿Subís o queréis seguir haciendo ejercicio? —terció Rubén, que pateaba el suelo del coche impaciente. Debía de estar desesperado por llegar a la casa y perder de vista a la ex de su amigo.

Leo me interrogó con la mirada, dejando la decisión a mi elección.

—Creo que vamos a seguir andando.

El tobillo que me había doblado me molestaba y mi garganta reseca clamaba por cualquier cosa líquida, pero me hice atrás y les di paso con una mano. A Claudia no debió de gustarle mucho porque arrancó con tanta rapidez que la rueda trasera derrapó unos instantes para luego dejarnos sumidos en una nube de polvo.

—No vas a irte —señaló Leo todavía parado a un lado del camino.

—Prometiste portarte bien, ¿recuerdas?

—Tú has prometido casarte con alguien —replicó, sacando por primera vez el tema—. Supongo que somos gente de palabra.

—Sí —acepté tras unos segundos, sí que lo somos.

—¿Qué hay entre Rubén y tú?

Candela apuró su cerveza antes de contestar. Fingí que no me daba cuenta de que estaba haciendo tiempo. Lo normal era que respondiera incluso antes de que yo hubiera terminado de hablar. Era de respuestas rápidas, nada de meditar lo que iba a decir, en eso nos parecíamos.

—Nada.

—Es guapo —insistí, desviando la mirada hacia la barbacoa.

Rubén y Leo se afanaban preparando el fuego. No estaban empleando bolsas de carbón. El anfitrión había insistido en usar leña. Rubén lucía un aspecto mucho más desenfadado que el día anterior, vaqueros y una sudadera de la que se había deshecho en cuanto las llamas comenzaron a cobrar fuerza. Incluso llevaba el pelo revuelto. Tuve que admitir que le daba un aire pícaro mucho más atractivo.

—Y parece que le gustas—proseguí.

Mi hermana se deslizó de la mesa de piedra en la que nos habíamos sentado y tomó asiento en una de las sillas. No me miró, y solo le faltó suspirar y ponerse a dibujar corazoncitos en el aire. Allí había tema seguro.

—Somos amigos, buenos amigos.

—Amigos —repetí.

Me hubiera apostado a Cooper a que entre aquellos dos existía algún tipo de atracción, y que se mostrara reacia a confesarlo no hacía más que aumentar mi curiosidad al respecto.

—Sí, ya sabes, dos personas que se llevan bien y disfrutan estando juntas —replicó. Se frotó las palmas de las manos contra los pantalones y me costó no echarme a reír.

—¿Y sabe que estás enamorada de él? —le espeté de sopetón.

Me respondió con un empujón que no tuvo nada de juguetón y casi acaba con mis huesos en el suelo por segunda vez en el día. ¡Ay! Si las miradas matasen...

—Quieres hablar más bajo —me reprendió, tan nerviosa que la botella se le escapó de las manos y fue a parar a sus pies.

Solté una risita al comprobar que el aludido se giraba y nos sonreía. A Candela se le pusieron rojas hasta las orejas. Sí, sí que había tema.

—No hay nada entre nosotros —susurró mi hermana, pero en sus ojos había un anhelo que no había visto nunca.

Por lo general, afrontaba este tipo de situaciones con decisión, era de las que si le gustaba algo, iba a por ello. Lo de marear la perdiz lo dejaba para mí. Así que ¿por qué tantas dudas? Sus problemas parecían más fáciles de resolver que los míos. Me alegraba tener otro asunto en el que concentrarme, aunque ella no estuviera por la labor.

—Candela, que nos conocemos... ¿Cuál es el problema?

Suspiró y regresó a su sitio sobre la mesa. Enlazó su brazo con el mío, como hacía siempre que estaba disgustada por algo y buscaba consuelo.

—Tuvimos algo —aceptó por fin, sin dar más detalles.

—¿No funcionó?

Rubén seguía mirándonos de tanto en tanto, como si quisiera asegurarse de que seguíamos allí. Leo tampoco perdía la oportunidad para concentrar su atención en nosotras. Parecíamos niños de colegio, cuchicheando y buscando los ojos del otro.

—Tú lo has dicho, no funcionó —respondió Candela con resignación—. Él no funcionó.

Alzó las cejas en un gesto sugerente que me dio a entender que no se refería a la relación en sí.

—¡Oh! ¿Él no...?

No pude añadir nada más. Claudia atravesó el jardín contoneándose y se cruzó con Rubén, que vino directo a donde estábamos. Estaba claro que no podía mantenerse durante mucho tiempo lejos de ella.

—¿Otra cerveza? —Intentó coger la que Candela tenía en la mano, pero esta la agarró con más fuerza.

—Ya puedo yo sola.

Rubén, desconcertado, se quedó plantado delante de mí mientras mi hermana se marchaba en dirección a la casa pisoteando el suelo con furia. Sutil, lo que se dice sutil, no era.

—¿Qué le pasa? —me interrogó Rubén.

¿Sabéis esas imágenes inoportunas que se te aparecen mientras hablas con alguien? Pues allí estaba yo, mirando a Rubén y preguntándome si era de gatillo fácil. Me dieron ganas de sacarme los ojos.

—¡Nada! —exclamé con demasiado ímpetu. No me creía capaz de discutir con él sobre ese tema en particular.

Él, por supuesto, no me creyó. Se sentó a mi lado y agachó la cabeza. Yo continuaba imaginándomelo desnudo y...

«Tienes que estar de broma», se quejó mi Pepito Grillo. Él también quería sacarse los ojos. No pude culparlo por ello.

Rubén recobró la compostura y alzó la cabeza con una sonrisa en los labios, aunque había una buena dosis de tristeza escondida en aquella mueca.

—Siento lo de tu coche.

—Ya, sí, una pena —repliqué incómoda, batallando aún con mi imaginación.

—Y lo de Claudia. —Aquello sí atrajo mi atención—. Es...

—¿Una arpía?

Soltó una carcajada, pero negó con la cabeza.

—Un poco, tal vez, pero iba a decir que, a su manera, es demasiado protectora con Leo. Lo suyo no funcionó.

Parecía que en ese grupo las relaciones *no funcionaban*. Quise pensar que en el caso de Leo y Claudia el motivo había sido otro. No es que fuera a comprobarlo por mí misma...

—No creo que Leo necesite que lo protejan de nada.

Javi y Quique pasaron a nuestro lado cargados de platos repletos de chuletas, chorizo y salchichas. Colesterol en estado puro. Rubén se puso en pie.

—A veces todos necesitamos a alguien que nos proteja, Laura. —Hizo una pausa antes de continuar—. He oído que estás prometida.

Sonó a acusación. Me detuve a respirar un par de veces antes de contestarle, aunque me dieron ganas de decirle que se metiera en sus asuntos. Pero era obvio que todos cerraban filas en torno a Leo. Me pregunté cuánto de lo sucedido entre nosotros sabían sus amigos y por qué motivo se preocupaban tanto.

—Sí, lo estoy.

No dijo nada más. Lo seguí con la mirada. Al llegar junto al resto palmeó la espalda de Leo. Me sentí fuera de lugar. No quería dejar que la pulla de Rubén me afectara, pero en realidad llevaba razón. A ojos de sus amigos yo estaba jugando con Leo. Lo peor era que también jugaba con Sergio, y ambas cosas resultaban imperdonables.

Como si todo estuviera perfectamente orquestado para terminar de hundirme en la miseria, mi móvil comenzó a sonar. Por la melodía supe de inmediato que se trataba de mi prometido, el universo podía llegar a ser muy perverso. Contemplé la pantalla, sin decidirme a cogerlo, hasta que el timbre se detuvo. Pero lo que fuera que quisiera decirme Sergio debía ser importante, porque se reanudó acto seguido.

Me encaminé a la entrada trasera de la casa en busca de refugio, donde la vergüenza que se reflejaba en mi cara no fuera visible para los demás. Entré en la habitación que compartía con Candela como una exhalación. El teléfono proseguía con su insistente cantinela, pero lo que iba o no a decirle a Sergio pasó a un segundo plano al encontrarme con mi hermana tirada sobre la cama con peor aspecto incluso que yo. Los surcos húmedos de sus mejillas la delataban y se había acurrucado sobre el colchón, como una niña que hubiera extraviado su juguete favorito, ese sin el cual es incapaz de conciliar el sueño.

—Candy Candy —la llamé, haciendo uso del apelativo con el que me dirigía a ella de pequeña. Me tumbé junto a ella. Sus labios se curvaban formando arrugas alrededor de su boca—. Siento haber insistido.

A veces olvidaba que Candela, como cualquier otra persona, también estaba expuesta al sufrimiento. Era fácil olvidarlo cuando no dejaba de sonreír a todas horas y se tomaba la vida como una sucesión de aventuras.

Ella negó con la cabeza, en un ademán tranquilizador, pero yo sabía que estaba herida. Pasé un brazo en torno a sus hombros y esperé pacientemente. Si quería contarme lo que sucedía, allí estaba para escucharla. No obstante, si no era así, me contentaría con abrazarla. Puede que eso fuera todo cuanto necesitara.

Tras unos minutos en silencio pareció reunir las fuerzas para comenzar a hablar.

—Nos conocimos hace unos años, meses antes de que me fuera a París —relató, con la voz temblorosa—. Nos caímos mal de inmediato. A cada palabra que salía de su boca yo sentía deseos de arrancarle la lengua a Rubén, me parecía un pijo estirado y un niño de mamá. —El rostro se le iluminó de forma paulatina mientras narraba su historia en común—. No sé en qué momento comenzamos a soportarnos, aunque tardamos semanas en saludarnos sin fulminarnos con la mirada. Si no llega a ser por la mediación de Leo...

—¿Te lo presentó él?

Mi teléfono empezó a sonar de nuevo. Lo silencié sin prestarle mayor atención, ya apagaría ese fuego más tarde.

—Sí, se conocen desde que eran niños. Sus padres son amigos —aclaró. Se secó las mejillas con el dorso de la mano antes de continuar—. El caso es que una noche nos enzarzamos en una pelea épica. Leo y los demás estaban bailando mientras Rubén y yo discutíamos junto a la barra. Ya estaban acostumbrados a aquellas batallas dialécticas. Cuando quisimos darnos cuenta nos estábamos besando.

Alcé las cejas y sonreí, animándola a continuar.

—Nos fuimos del bar sin decir nada a nadie. Acabamos en su casa y una cosa llevó a la otra. Solo que cuando llegó el momento clave... no funcionó.

—Bueno, hermanita, esas cosas pasan —tercié yo, en un intento de quitarle hierro al asunto. No sería el primero ni el último al que los nervios y el alcohol le jugaban una mala pasada. Pero Candela cerró los ojos y agitó la cabeza varias veces, como si tratara de expulsar el recuerdo de su mente—. ¿Qué fue lo dijo él?

—Eso es lo peor, no dijo nada. No ha dicho nada al respecto desde entonces.

—Pero si os lleváis genial, y salta a la vista que está loco por ti.

Candela suspiró y volvió a negar.

—Creo que se avergüenza de lo que sucedió entre nosotros —señaló, apesadumbrada por la confesión—. Después de aquello no se acercaba a menos de un metro de distancia de mí. Me fui a París porque no soportaba tenerle cerca y que casi no me mirase.

—Pero las cosas han cambiado. Si no lo ves es que estás ciega —la reprendí. Era obvio que Rubén la adoraba, no había más que observarlos cuando estaban juntos.

—Desde que regresé no se separa de mí —admitió con desgana—. Pero no sé cómo abordarle, no sé qué decirle...

Se le humedecieron los ojos. Me partió el corazón verla así. Resultaba irónico que ellos, que no tenían ningún obstáculo real para estar juntos, se empeñaran en alzar muros que no existían.

—Habla con él, dile cómo te sientes.

Candela se sentó en la cama con un solo movimiento, como si le hubiera propuesto que se arrancara la ropa y se lanzara sobre Rubén, aunque quizás eso surtiera el mismo efecto.

—No, no quiero que vuelva a alejarse de mí.

Alguien llamó a la puerta, interrumpiendo la conversación. Candela se puso en pie y se pasó las manos por la cara y el pelo. Antes de que los golpes resonaran de nuevo, ya se había transformado en la pequeña hermanita feliz a la que estaba tan acostumbrada. No le llevó más de dos parpadeos.

—¡Ya vamos! —respondió, y me lanzó una mirada de advertencia, aunque sabía de sobra que no le diría nada a Rubén.

No pude evitar plantearme cuántas veces se habría escondido Candela tras una simple sonrisa y la misma pose indiferente que lucía en esos momentos.

Nos reunimos con los demás en el jardín, donde la comida ya llenaba los platos y la cerveza había empezado a correr de vaso en vaso y de boca en boca. Me retrasé de forma intencionada para observar al grupo. Charlaban sentados alrededor de la mesa. Leo en la cabecera, presidiendo la mesa como un buen anfitrión, agitaba la cabeza y sonreía a Rubén, que debía de estar contando alguna anécdota y acaparaba la atención de todos. Claudia se había descalzado y se sentaba en uno de los bancos de piedra junto a Quique. Candela se incorporó a la reunión y fue a ocupar el sitio libre entre Rubén y Javi, que se mostraba bastante más risueño que por la mañana. Fue como estar viendo un capítulo de *Friends*, solo que seguramente yo solo era uno de esos extras que desaparecen y nadie se da cuenta de que faltan.

—¡Ey, pelirroja! —gritó Quique, y todas las cabezas se giraron hacia mí—. Ven a sentarte.

Obedecí y me situé en el otro extremo de la mesa. Los labios de Leo se curvaron de una forma tan sutil que pensé que me lo había imaginado. Pero cuando Rubén retomó la historia que estaba contando, sus ojos siguieron puestos en mí.

La velada se desarrolló con normalidad, algo casi inaudito dada la propensión al drama que parecía revolotear a nuestro alrededor. Había un montón de historias inacabadas y asuntos pendientes latiendo en el corazón de aquel grupo de amigos, aunque ¿en cuál no los hay? Me dejé arrastrar por el ambiente festivo, por las carcajadas de Candela, el afilado humor de Leo, las batallitas de Rubén e incluso por las protestas de Claudia. También descubrí que Javi era de mi club, de los que empiezan el día a medio gas y no reaccionan a los estímulos hasta que cuentan con una buena dosis de cafeína corriendo por sus venas.

Durante toda la comida las miradas de los presentes se entrecruzaban en una especie de danza infinita. Sorprendía a Leo contemplándome y apartaba la vista para darme cuenta de que los ojos de Candela buscaban sin descanso a Rubén; los de Claudia a Leo. Quique aprovechaba para darle un repaso a las piernas de su compañera de mesa... Y así, entre nuestras idas y venidas de anhelos imposibles, se sucedían los chismes, los recuerdos y decenas de historias de las que la mayoría de las veces no reconocía a sus protagonistas.

Mi conciencia se tomó el resto de la tarde libre y yo, en honor a mi falta de responsabilidad, me olvidé por completo de anillos, compromisos, bodas y hasta de que Sergio me había llamado. Nunca ser tan mala persona me hizo sentir tan bien.

—¿Echamos unos dardos? —sugirió Javi, arrastrando ligeramente las palabras. A su lado había una pila de latas de cervezas aplastadas.

—No creo que fueras capaz de hacer una diana ni aunque ocupara todo el frontal de la casa —se rio Leo.

—Oh, vamos, tienes miedo de perder —exclamé yo, que tampoco me había quedado corta a la hora de remojar mi garganta.

Candela, contagiada por nuestro excesivo ánimo, se puso en pie de un salto y casi se va derecha al suelo. Rubén la agarró del brazo y tiró de ella, que acabó sentada en su regazo. Sonreí como una idiota al ver que él enrojecía.

Leo continuó en sus trece.

—¿Queréis llenarme la pared de agujeros?

Hice un amago de puchero, pero no estoy muy segura de lo que verían los demás. Estaba claro que yo sí que había bebido más de lo debido. En esas dos semanas había tragado más alcohol que en los dos últimos años.

—Agente Hernández —me burlé, acercándome hasta su silla y apuntándole muy seria con el dedo—, el código de la circulación no establece nada sobre la tasa máxima de alcohol en sangre para jugar a los dardos.

—Estás borracha —protestó Claudia, lo cual me fastidió mucho porque llevaba razón. Aun así le dediqué una sonrisa. Puede que estuviera entrando en la fase de ensalzamiento de la amistad.

—Qué perspicaz, Sherlock —repliqué, y me volví hacia los demás—. ¿Hay dardos o no hay dardos?

Leo esbozó una sonrisa, una sonrisa sugerente cargada de malicia que llevó a mi mente a lugares que no debería visitar. Pero ¿sabéis qué? A los borrachos no les importan esa clase de cosas y yo estaba ebria a medias por el alcohol y a medias por la presencia del guapo policía que tenía frente a mí. Él me embriagaba de una forma mucho más eficaz que cualquier otra cosa.

—Muy bien, pero espero que tengas un buen seguro de responsabilidad civil —me advirtió Leo.

—Nosotros recogeremos todo esto —comentó Candela. Seguía sentada sobre Rubén, que tampoco es que pareciera muy incómodo por la situación, y aceptó sin rechistar las tareas de limpieza.

—Prepárate para perder —alardeó Javi.

Trató de ponerse en pie y acto seguido desapareció bajo la mesa como si la tierra se hubiera abierto y se lo hubiera tragado. Todos nos acucillamos de inmediato y Leo reptó por la hierba para llegar hasta él.

«Madre mía, vaya cogorza lleva».

—¿Estás bien? —lo interrogó el anfitrión.

—Te está saliendo un chichón —indiqué, señalando su sien, justo al lado del ojo izquierdo.

—Sois como niños.

Claudia debió decidir ignorarnos desde ese mismo instante porque se levantó y echó a andar hacia la casa.

Si soy sincera, hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien. Quizá porque aquello era lo que faltaba en mi vida, y no me refiero al considerable mareo que amenazaba con tumbarme junto a Javi, sino al mero hecho de disfrutar, puede que de manera algo irresponsable, de un rato de risas absurdas y actos irracionales. De olvidar las consecuencias de mis actos y reír sin motivo como si el mañana nunca fuera a llegar.

—Creo que se suspende la partida —terció Leo.

Javi y yo protestamos argumentando una serie de incoherencias que no creí que entiendiéramos ni nosotros mismos.

—¡Pelirroja! —me llamó el accidentado mientras Leo y Quique lo alzaban y lo arrastraban al interior del caserón—. Guárdame un baile.

Me eché a reír, porque era obvio que estaba bastante peor que yo, pero le guiñé un ojo. Candela y Rubén se pusieron manos a la obra y comenzaron a apilar los platos. Entrecerré los ojos para observar cómo se movían el uno alrededor del otro. Ni siquiera creo que fueran conscientes de ello.

Mi hermana debió de percibir mis miradas porque con un empujoncito me dio a entender que no era bienvenida.

—Descansa un poco —sugirió, pero creo que en realidad era su forma de decirme: *piérdete*. Ah, el amor fraternal...

Le hice caso. La intensa luz del sol comenzaba a resultar molesta y el suelo temblaba bajo

mis pies, aunque puede que esto último se debiera a la precariedad de mi estado. El sofá del salón me recibió como al soldado que vuelve de la guerra. Me lancé sobre los cojines y fui engullida de manera instantánea. El móvil se me clavó en el trasero. Lo dejé caer, sin mucho tacto, sobre la mesa, o puede que fuera sobre la alfombra. No le presté atención. Es más, la sonrisa de felicidad que se extendía por mi rostro tenía que hacerme parecer un cruce entre el Joker de Batman y el gato de Alicia en el País de las Maravillas.

Candela traspasó el umbral de la entrada con los restos de nuestro almuerzo entre las manos y se quedó contemplando la feliz estampa.

—¡Hermanita! —exclamé con tanto entusiasmo que parecía que no nos hubiéramos visto en meses.

Rubén se asomó tras ella, me lanzó una mirada y liberó a Candela de su carga. Esta se acercó a mí y se sentó en la robusta mesa de centro.

—Te veo muy feliz.

—Creo que estoy borracha —admití, pero ella negó con un gesto.

—Pues yo creo que no.

Levanté la cabeza, pero la dejé caer de nuevo sobre el cojín que hacía las veces de almohada, demasiado cómoda para moverme.

—A mí no me engañas —prosiguió, y adoptó el tono de voz que yo empleaba cuando quería sonsacarle algún cotilleo.

—He bebido mucho.

—El fin de semana pasado te tomaste más copas y fui yo la que acabé vomitando.

En eso llevaba razón. Igual sí resultaba cierto que Leo era mi mejor estimulante. Me encogí de hombros, feliz y relajada, no tenía intención de entrar a debatir por qué me sentía tan bien.

Pero ella perseveró en sus observaciones.

—Creo que lo que te pasa es que por primera vez en mucho tiempo no estás pensando en lo que sucederá mañana.

—Ahora mismo soy incapaz de pensar en nada —me reí, y me di cuenta de que era verdad.

—Eso es toda una novedad. —Le di un manotazo en la rodilla—. Sigue así.

Se levantó y se marchó hacia la cocina tras los pasos de Rubén, mientras yo me limitaba a mirar las vigas del techo y a balancear los pies, que colgaban por encima del reposabrazos.

El momento de placentera relajación amenazó con evaporarse cuando Leo bajó las escaleras con el pecho descubierto y la camiseta en la mano.

—Deja de tentarme —farfullé entre dientes.

Pasó junto a mí, sin percatarse de mi presencia. Me recreé con las vistas unos segundos antes de hacerme notar.

—¿Nadie te ha dicho que las camisetas son para llevarlas sobre el torso y no en la mano?

Se giró en mi dirección con el ceño fruncido, pero su expresión se suavizó enseguida.

—¿Qué haces ahí tirada?

—¿Por qué vas medio desnudo? —insistí—. No es que me queje.

Comprendí que me estaba escudando en el alcohol para soltar más tonterías que de costumbre. Puede que Candela llevara razón.

—Me alegra saber que te resulta agradable a la vista —repuso él, y vino a ocupar el lugar que mi hermana acababa de dejar libre—. Pero aunque me gustaría decir que trato de seducirte, en realidad es solo porque Javi ha vomitado.

Hice una mueca. Acababa de restarle la mitad del encanto a la situación.

—Me gustaba más la primera opción.

—A mí también —aceptó, divertido, y se inclinó sobre mí—. No quieras saber cómo ha acabado Quique.

Perdí el hilo de la conversación, absorta en el azul de sus ojos. Estábamos tan cerca el uno del otro. Tan cerca... y tan lejos. Todo parecía posible e imposible a la vez.

Y en lugar de apartar la vista me quedé mirándolo fijamente, en silencio, evocando el sabor de sus besos.

—Espero que él no tenga la misma tendencia que tú a pasearse sin ropa por toda la casa —bromeé, intentando diluir la intensidad del momento.

Leo apartó un mechón de pelo de mi frente y el roce de sus dedos me produjo un escalofrío que no le pasó desapercibido.

—Nunca se sabe quién será el próximo en desnudarse —susurró, consciente del efecto que me producía su proximidad—. Recemos para que no sea él.

Sus dedos se deslizaron por mi sien y dibujaron la línea de mi mandíbula.

Me puse a rezar, pero mis oraciones no tenían nada que ver con Quique. Lo único en lo que podía pensar era en que, si no dejaba de tocarme, no sería su amigo el que se arrancaría la ropa.

—Estáis haciendo trampas —se quejó Candela.

—Nada de eso —negué muy seria, mientras Leo me pasaba una carta por debajo de la mesa.

Su mano se demoró sobre mi muslo más de lo necesario. Me dieron ganas de confesar, y no me refiero a las intrigas que nos traíamos entre manos jugando al cinquillo.

Rubén, Leo, mi hermana y yo habíamos acabado en la buhardilla después de que Rubén hubiera irrumpido en el salón con unos guantes de goma rosa en una mano y un estropajo en la otra, reclamando voluntarios para fregar los platos. No supe si mostrarme agradecida o explicarle usos alternativos para el utensilio que agitaba en el aire.

Aun así, continuaba imbuida en aquel espíritu de extraña paz mental, como si algo en mi cabeza se hubiera desconectado temporalmente.

«Tus neuronas han hecho cortocircuito. Del todo», proclamó mi Pepito Grillo.

—Cállate, ¿quieres? —contraataqué sin querer en voz alta.

Candela enarcó las cejas y Leo simplemente agitó la cabeza, como si ya se hubiera acostumbrado a mis extravagancias.

—Esto sería más divertido si os quitaseis la ropa. —La atención del grupo pasó de mí a Rubén, que puso los ojos en blanco—. *Strip póker*, ¿vale? Ahí sí que hay un aliciente.

Candela le dio un par de palmaditas en el hombro.

—Lo has intentado —se burló.

Alzó los brazos y se estiró para desentumecer los músculos, tras lo cual dejó sus cartas sobre la mesa, dando por finalizada la partida. Rubén siguió sus movimientos con expresión de cachorrito abandonado. No comprendía por qué no se lanzaba de una vez por todas cuando era obvio que estaba coladito por ella.

Le di un codazo a Leo y señalé discretamente a su amigo.

—Por qué no vais a descansar un poco —sugirió al comprender lo que trataba de decirle.

Candela debió de interpretar la propuesta como una invitación a dejarnos solos y tomó a Rubén del brazo.

—Vamos, Rubén —lo instó, con tono pícaro—. Nos echaremos un rato.

—Pensé que no me lo pedirías nunca —bromeó el chico, pero detecté un matiz de nerviosismo tras la burla.

Era como ver a una vaca de camino al matadero.

Extendí los brazos sobre la mesa y me apoyé sobre ellos, a la espera de que se marchasen. En cuanto se hubieron ido me puse el disfraz de detective.

—¿Cuánto tiempo llevan así?

Leo ni siquiera vaciló al contestar.

—Desde que tu hermana regresó de París.

Suspiré pesando en que, si no lo solucionaban pronto, alguno de los dos terminaría por sufrir un aneurisma.

—No lo entiendo —comenté, enderezando la espalda para mirarlo—. Salta a la vista que se gustan.

—Mucho —subrayó él—. Se gustan mucho. Pero a veces lo que más deseamos se convierte también en nuestro mayor temor.

Me removí en el asiento en busca de una postura más cómoda, al final decidí levantarme e ir a sentarme al sofá. Leo siguió mi ejemplo y se dejó caer junto a mí, aunque guardando las

distancias.

—Creo que le seguirán dando vueltas al asunto hasta que no les quede más remedio que enfrentarse a lo que hay entre ellos —prosiguió. Sus ojos buscaron los míos, como si no quisiera perderse mi reacción a sus palabras.

Yo, una vez más, solté lo primero que se me ocurrió. Lo del filtro entre cerebro y boca no era para mí.

—¿Seguimos hablando de Candela y Rubén, verdad?

Ladeó la cabeza y una fuerza invisible tironeó de las comisuras de sus labios. La dulzura que afloró en su rostro me obligó a grabar la imagen en mi mente, porque era imposible que no me temblara el corazón al contemplarlo.

Me recosté para ganar espacio entre nuestros cuerpos, aunque fuera mínimo, y su sonrisa se amplió de forma considerable.

—¿Por qué? ¿Quieres hablar de nosotros?

Pensar en él y yo como un *nosotros* resultó perturbador. Terrible y reconfortante.

—No hay un nosotros —repliqué. No me avergüenza decir que me sentía intimidada.

—Lo sé. —Fue todo cuanto respondió, pero me dio la sensación de que mentía.

Quizás los dos estuviéramos engañándonos.

—¿Crees que lo solucionarán? —inquirí, incómoda por su prolongado silencio.

—Depende solo de ellos.

Aproximó su rodilla a mi pierna, como si necesitase el contacto, y por alguna extraña razón que me tocara relajó la tensión que flotaba en el ambiente.

—Bien.

—¿Bien?

Ambos reímos, e incluso nuestras carcajadas parecieron sincronizarse. Si en algún instante de mi vida había habido un momento mágico, fue justo ese. Leo estiró el brazo para rodearme con él y yo resbalé hasta quedar recostada sobre su pecho. Llamadlo como queráis, pero entre nosotros se había establecido algún tipo de vínculo que yo estaba muy lejos de comprender.

Pasamos la tarde hablando. En esta ocasión me contó cómo había conocido a mi hermana en un bar de Malasaña. Él estaba aún en la academia, fue poco antes de graduarse como policía. Candela lo había asaltado con su desparpajo habitual y lo había sacado a bailar, a pesar de que la gente solo iba a aquel bar a tomar copas.

—Casi consigue que nos echen. Es como un pequeño terremoto —me explicó.

—Entiendo por qué te fijaste en ella —repliqué, sin ánimo de parecer dolida, aunque creo que no lo conseguí.

Nunca había sentido envidia de mi hermana pero en aquella situación, con el calor de Leo empapándome la piel y sus dedos enredándose en mi pelo, tuve que admitir que estaba celosa.

—No nos acostamos —confesó con una calma admirable, y pasó a trazar círculos sobre mi hombro.

Había tanta complicidad flotando entre nosotros que, si bien era consciente de que no debía estar allí a solas con él, era imposible que algo tan íntimo estuviera realmente mal.

—Algún día te hablaré de la importancia de los primeros besos —añadió, y cambió de tema como si tal cosa.

Nadie nos interrumpió, y eso que pasamos varias horas en la buhardilla. Me pregunté si mi hermana no habría establecido una barricada escaleras abajo o amenazado de muerte al resto del grupo. Fuera lo que fuese, dispusimos de todo el tiempo del mundo para contarnos media vida con todo lujo de detalles. No hubo más momentos tensos, no más malentendidos, como si

hubiéramos establecido un pacto de no agresión hasta que el sol se llevara los restos del día.

—¿Por qué te llaman Murphy? —lo interrogué, recordando de pronto el apodo.

Frunció el ceño, quizás sorprendido porque conociera ese detalle.

—Vas a tener que darme algo a cambio si quieres que te lo cuente. Prométeme que cumplirás la apuesta que hicimos y cenarás conmigo.

Acepté. Creo que podría haber aceptado cualquier cosa que me propusiera.

—Poco después de licenciarme me rompí los dos brazos. Me los tuvieron que inmovilizar y escayolar —admitió con vergüenza. Yo seguía sin verle la relación—. Los médicos de urgencias cortaron las mangas del uniforme para poder hacerlo.

—¿Se puede saber cuántas veces te los has roto?

—Solo las dos veces que te he contado. Lo prometo.

»Rubén fue a recogerme al hospital y no dejó de reírse hasta que llegamos a casa. Imagínate con los dos brazos en alto, andando de un lado a otro.

—Me hago una idea —repuse, conteniendo la risa.

—Pues lo primero que hizo Rubén fue ponerme Robocop y llamar a todos para informarles de mi lamentable estado.

—Así que de ahí viene —comprendí por fin—. Se llamaba Murphy, el policía que se convertía en Robocop.

Él asintió, resignado.

—Todavía me lo recuerdan de vez en cuando.

—Me hubiera gustado verte.

—Hice desaparecer las pruebas hace años —dijo, y se unió a mis risas—. Aunque si no fuera así, tampoco iba a enseñártelas.

Continuamos charlando. De la planta inferior nos llegaba de vez en cuando el sonido de pasos y creo que también escuchamos a Javi vociferar algo sobre la cena. Y no fue hasta entonces cuando nos dimos cuenta de lo tarde que era. Ambos remoloneamos todo lo que pudimos, reacios a reunirnos con los demás. Pero cuando Candela nos llamó por el hueco de la escalera tuvimos que afrontar que, por más que lo deseáramos, el tiempo fuera de aquellas cuatro paredes seguía corriendo.

Para nuestra sorpresa, al llegar a la cocina, descubrimos que Claudia se había marchado, llevándose su coche y dejando tirados a Javi y Quique, que habían venido con ella. El primero parecía bastante recuperado de sus excesos, aunque lucía un chichón y la sombra de un cardenal en la sien, mientras que Quique estaba enfadado por la estampida de su ligue en potencia.

Rubén y mi hermana se habían montado un picnic en el exterior al que declinamos unirnos. Los demás comimos juntos en el salón y decidimos que ya pensaríamos al día siguiente cómo haríamos para volver a Madrid si Claudia no regresaba, teniendo en cuenta que Cooper dormía en el depósito y éramos seis para un vehículo de cinco plazas.

Leo no dio muestras de estar en absoluto preocupado por ello. No sé si porque no tenía que trabajar el lunes o bien porque ya tenía una solución en mente.

—¿Estás bien?

Me di la vuelta y me encontré a Candela en el umbral de la entrada. Tras la cena, Rubén y ella se habían reunido con nosotros en el interior de la casa. Su rostro no reflejaba si el precario equilibrio que mantenía su amistad con el chico se había inclinado de un lado u otro, pero no había forma de interrogarla al respecto hasta que nos quedáramos a solas. Sin embargo, por el gesto de preocupación con el que me estaba mirando, era ella la que debía estar cuestionándose mi frágil estado mental.

—No lo sé —respondí con sinceridad.

Vino hasta mí y se sentó un escalón por debajo del que yo ocupaba. Había salido a tomar el aire poco antes y, al final, la serenidad que se respiraba en el exterior me había resultado tan placentera que no sabía muy bien cuánto tiempo llevaba allí, contemplando el reflejo de una luna creciente sobre el campo en torno a la casa y el puñado de estrellas que la acompañaban.

—Parece que Leo y tú habéis congeniado —dijo, y no me pasó por alto que empleaba el mismo término que yo había usado para referirme a mi relación con Sergio.

Le respondí con otra pregunta.

—¿Por qué muestras tanto empeño en que me acueste con él?

—No es eso lo que busco —me rebatió. Apoyó la espalda en mis rodillas y las ondas doradas de su melena me cubrieron las piernas—. No he dicho que tengas que acostarte con nadie.

—Ya, y tampoco es que me estés empujando a caer en sus brazos.

Solté una risita. Los razonamientos de Candela podían llegar a ser incluso más retorcidos que los míos, su mente era un pequeño laberinto del que pocos conseguían encontrar la salida. Y aunque la conocía bien, incluso a mí me sorprendía en multitud de ocasiones.

—Necesitas que alguien te demuestre que no hay que tener miedo de equivocarse —adujo, convencida de lo que decía.

—Me lo dice la que es incapaz de confesarle a su mejor amigo que está enamorada de él —repliqué, y me gané un siseo.

—Esto no tiene nada que ver conmigo.

—¿Conoces el dicho ese de la paja en el ojo ajeno?

Agitó la cabeza con desgana al comprender que me estaba desviando del tema de forma intencionada, pero no insistió.

Se levantó una brisa fría que me hizo tiritar. Me crucé la chaqueta de punto por encima del pecho y Candela se apretó más contra mí.

—Leo ha encendido la chimenea, dentro se está mucho mejor.

Como si necesitara otra fuente de calor cuando Leo y yo estábamos en la misma habitación. El pensamiento, muy a mi pesar, me hizo sonreír.

Del interior me llegó una melodía familiar que arrasó con la tranquilidad de la que disfrutaba. Me puse en pie de un salto y Candela protestó, creo que incluso se llevó un rodillazo de regalo. Antes de que pudiera correr al salón en busca de mi móvil, Quique apareció en la puerta sosteniendo el teléfono contra su oreja y con una estúpida sonrisa en los labios. Comencé a odiarle y a rumiar una venganza apropiada desde ese mismo instante. Si era Sergio el que estaba al otro lado de la línea, y así tenía que ser porque solo él tenía asignada esa melodía, se estaría preguntando por qué no había contestado yo al teléfono y quién demonios era aquel tío.

—Sí, tu prometida está aquí —comentó son sorna, manteniendo el móvil lejos de mi alcance—. Nos lo estamos pasando muy bien.

Leo apareció a su espalda, le arrancó el teléfono de la mano y me lo tendió con rapidez, como si le quemara los dedos. Tardé unos segundos en aceptarlo, sabedora de que no podía seguir evitando hablar con Sergio. Lo tomé y me alejé de la entrada para contestar. Leo empujó a todos de vuelta al salón.

—Eres un capullo. —Le oí reprender a Quique.

Que fuera tan comprensivo no ayudaba en nada y me pregunté de nuevo qué era lo que esperaba de mí.

Miré la pantalla con verdadero terror, como si el aparato fuera el mismísimo demonio y yo la incauta infeliz a punto de caer en sus redes.

—Hola —acerté a decir. Nunca una sencilla palabra se pronunció con tanta inquietud.

—¿Dónde te habías metido? ¿Y quién demonios era ese tipejo?

Tenía derecho a estar enfadado, más incluso del que él mismo era consciente, pero su tono irritado me molestó. Llevábamos días sin hablar, un simple «te echo de menos» hubiera estado bien. Aunque llegados al punto en el que estábamos tal vez no fuera la más indicada para exigirle nada.

—Un amigo de Candela —le expliqué—. Estoy con ella de escapada en una casita rural.

«Con ella y con un tío que me hace desear huir lejos de todo, incluso de ti».

Me mordí el labio con tanta fuerza que me hice sangre. Mi conciencia había elegido un momento nefasto para reaparecer.

—¿Tu hermana ha vuelto de Francia? —inquirió, con un tono reprobatorio que dejaba claro que no le hacía la más mínima gracia.

Candela y él no se habían visto nunca, pero mi madre no perdía ocasión para contar lo que su díscola hija hacía o dejaba de hacer y Sergio se conocía su vida al dedillo. No era necesario decir que no le caía bien.

—No me gustan sus amigos.

—No los conoces. Ni a ella tampoco —protesté, aunque sabía que era una batalla perdida—. Y bien, ¿qué tal todo por ahí?

No quería seguir discutiendo con él por teléfono, no cuando estábamos a miles de kilómetros el uno del otro y yo no dejaba de pensar en que había perdido el control de mi vida y de mis emociones. Los «Y si» retornaron con mayor fuerza que nunca, bombardeando mi mente hasta aturdirme y dejarme sin palabras. Agradecí que a Sergio le encantara hablar de sí mismo.

—El proyecto está a punto de finalizar, solo restan algunos cabos por atar y podré regresar a casa. ¿Este jueves tenéis la degustación del menú, no?

Se refería a la cita que mi suegra y yo habíamos concertado para elegir lo que se serviría en el banquete de nuestro enlace, una cita que yo había olvidado por completo.

—Sí, no lo he olvidado —mentí, poco dispuesta a mostrarle mis dudas.

Aquello estaba mal, todo estaba mal; la boda, mis charlas con Leo, que mi hermana me empujara a cometer una infidelidad, pero sobre todo, que no fuera capaz de tomar las riendas de mi vida.

Tomé aire y llené mis pulmones hasta el límite, como si fuera a sumergirme en un lago helado y necesitara hasta el último átomo de oxígeno que pudiera albergar en ellos.

—Sergio, tenemos que hablar.

—Lo sé, lo sé. Hay un montón de cosas por hacer, pero mi madre puede ayudarte con todo —se apresuró a contestar y sentí ganas de llorar y reír al mismo tiempo—. Confía en su criterio,

ya sabes que, para estas cosas, tiene mejor gusto que tú.

«¿Pero qué demonios...?»

—¿Perdón?

Desandé mis pasos para acercarme hasta el caserón, que sin querer había dejado atrás. Tras la ventana del salón se adivinaba la silueta de Leo y, aunque no podía atisbar su rostro desde donde me encontraba, os puedo asegurar que no estaba ni la mitad de enfadado que yo.

—Es mi boda, haré lo que me dé la gana —señalé, a pesar de que no era aquello de lo que quería hablar con él.

Escuché un golpe a través de la línea y pensé que la llamada se había cortado.

—Cariño, he de irme. Hablaremos la próxima semana —se excusó precipitadamente—. Ya te llamo yo.

Finalizó la llamada sin darme opción a responder. Si no lancé el móvil contra el suelo fue solo porque me había costado demasiado dinero para malgastarlo en un arrebato de rabia. Tuve que contentarme con fulminar el aparato con la mirada y soltar una retahíla de improperios al aire.

No me calmé hasta al menos cinco minutos después. El yoga siempre me había parecido una estupidez, pero en aquel momento hubiera dado lo que fuera por adoptar una de esas posturas tan incómodas que te hacen olvidar por completo tus problemas. Estaba convencida de que la disciplina se basaba en eso, en distraerte de lo demás obligándote a concentrarte en los tirones de tus músculos.

—¿Laura?

«No, ahora no, por favor».

No estaba preparada para hacer frente a las miradas curiosas, mucho menos para permitir que Leo me tratase como si no pasara nada entre nosotros, como si ambos no supiéramos que habíamos abierto la caja de los truenos y la tormenta que se había liberado amenazaba con destrozar todo a su paso.

Pasé a su lado, murmuré un escueto «estoy bien» y me dirigí directa a la planta superior. No me siguió. Tampoco Candela apareció en el dormitorio, lo cual agradecí. No tenía ánimos para hablar de ello, ni siquiera quería pensar en cómo había llegado a aquella situación. Cómo, en cuestión de días, todo se había vuelto del revés.

No bajé a cenar. Encerrada en la habitación y en mí misma, me había convencido de que aquella escapada se había terminado para mí. El lunes, con el comienzo de una nueva semana y con Cooper siendo reparado en el taller, todo lo sucedido quedaría atrás.

Me esforcé por pensar de una manera racional, al margen del enfado por las palabras de Sergio. De nada valía ignorar el futuro, porque este siempre terminaría por alcanzarme. La realidad estaba ahí, a la vuelta de la esquina, acechando pacientemente para abalanzarse sobre mí en cuanto me descuidara. Tenía un compromiso, tres años de mi vida que no podía borrar de un plumazo. La atracción que Leo despertaba en mí era solo el resultado de los nervios por la boda, como esos tíos a los que les tiembla el pulso de camino al altar, los mismos que no saben si serán capaces de dar el *sí, quiero* hasta que lo hacen.

Ahondé en ese pensamiento, en los días que habíamos pasado juntos, en todo lo que compartíamos. Yo seguía queriéndole. Sergio siempre había sido lo primero en mi vida, aunque nuestra relación en muchas ocasiones no marchara tan bien como desearía. ¿Y si lo estaba estropeando todo? ¿Y si lanzaba por la borda una sólida relación por una simple aventura? ¿Y si? ¿Y si? ¿Y si?

Gruñí de un modo muy poco femenino y estampé la cara contra la almohada. Un dolor sordo se extendió por mis sienes y sentí la cabeza a punto de estallar, pero la vergüenza me impidió ir en busca de un analgésico. Me contenté con cambiarme de ropa y meterme en la cama.

Apenas llevaba diez minutos entre las sábanas cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Laura? ¿Puedo pasar? —preguntó Leo desde el otro lado.

No sabía si Candela lo habría enviado con la intención de que sucediera algo entre nosotros o se habría ofrecido a subir allí para comprobar que no estaba golpeándome contra las paredes. De cualquier modo, aturdida como me encontraba por la avalancha de sentimientos de mi interior, lo dejé pasar.

—¿Todo bien? —me interrogó desde la entrada, más serio que de costumbre.

Me recosté contra el cabecero y aparté la vista de sus ojos, que parecían escarbar en los míos en busca de una respuesta más sincera de la que mis labios podrían darle.

—Solo estoy cansada —mentí. Intenté sonreír, pero nunca había tenido buenas dotes interpretativas.

Él, por el contrario, sí consiguió esbozar una sonrisa convincente, una que iluminó las sombras de la habitación e incluso algunas de las que poblaban mi interior. Alguien debería patentar la expresión de su rostro en esos instantes, apostaría a que tenía dotes curativas.

Si decir nada, sin ninguna otra pregunta, vino hasta el lateral de la cama y permaneció en pie observándome. Me pregunté qué era lo que veía, por qué actuaba de aquella forma conmigo. Al fin y al cabo, no me debía nada y apenas nos conocíamos, por mucho que yo me sintiera como si hubiéramos sido amigos desde siempre. O algo más que amigos.

Puede que simplemente conectáramos, que fuera verdad eso que contaban de que había personas que estaban destinadas a conocerse, a estar juntas... O bien puede que fuera lo que yo quería creerlo así.

—¿Quieres que te hable ahora de la importancia de los primeros besos? —se ofreció.

Enarqué las cejas, sin saber qué podía esconderse detrás de la pregunta. Había sacado el tema a raíz de nuestra conversación sobre Candela. ¿Era eso de lo que quería hablarme?

—Adelante —accedí, cautelosa.

Me hizo un gesto para que le cediera parte del colchón y se tumbó a mi lado, con su costado reposando contra el mío. Cruzó los pies a la altura de los tobillos y también los brazos frente al pecho. No supe si se ponía cómodo o se estaba protegiendo de algo.

—Para la mayoría de la gente los besos han perdido su significado real; los regalan, los dan, los toman... Pero no se paran a pensar en lo mucho que nos desnudamos ante alguien cuando lo besamos, lo que estás entregando.

Los músculos de todo mi cuerpo se tensaron a la vez, aquello no era lo que esperaba.

—Leo, no creo que quieras seguir hablando de esto —lo interrumpí, aunque era yo la que no quería seguir escuchando.

—Sí, sí quiero —me rebatió—, pero a ti te da miedo.

Negué una, dos y hasta tres veces con la cabeza.

—He besado a muchas mujeres —prosiguió, ignorando mis torpes intentos de dar por finalizada la conversación.

—Si con eso tratas de convencerme...

—Déjame acabar —me cortó—. He besado a muchas mujeres y, a la mayor parte de ellas, no deseé volver a besarlas. Eso fue todo cuanto necesité para comprobar que no eran para mí.

—Leo, no creo...

—¡Santo Dios! ¡Quieres dejarme terminar! —resopló, ladeando la cabeza para mirarme.

Cerré la boca y apreté los labios, a pesar de que empezaba a adivinar lo que iba a decirme y no creía que fuera a ayudarme en nada a aclarar mis ideas. Sin embargo, mi interrupción debió de hacerle perder el hilo de sus pensamientos porque pasaron varios segundos hasta que continuó hablando.

—Quiero volver a besarte —dijo al fin—. Lo deseo como no he deseado nada antes. No he podido dejar de pensar en ello durante todo el día.

No, definitivamente no era lo que me esperaba cuando había hablado de la importancia de los primeros besos. Pero no me dio tiempo a responder. Antes de que pudiera protestar, Leo se había arrodillado frente a mí y tomado mi cara entre sus manos.

Perdí el control de mi cuerpo tal y como ya había perdido el de mi vida. Mi cabeza se alzó, buscando el transparente azul de su mirada, y mis brazos rodearon su cuello. Sus labios se estrellaron contra los míos, ansiosos, y su lengua se adentró en mi boca. La devoción del beso, las caricias con la yema de los dedos sobre mi rostro, la respiración acelerada que hinchaba su pecho, desbarataron uno a uno cualquier pensamiento que osase enturbiar el momento.

Mis manos descendieron por su espalda para volver a ascender luego, pero esta vez por el interior de su camiseta, piel contra piel. Leo gimió con la caricia y hundió los dedos en mi pelo, aferrándose a mí como si pensase que iba a desaparecer al segundo siguiente. Su boca recorrió la curva de mi cuello y perfiló mi clavícula, empujándome más y más a un lugar del que sabía que no podría regresar. No lo detuve, no quería detenerlo. No obstante, fue él el que paró. Sus labios abandonaron mi piel y, con ellos, algo en mi interior se apagó.

—Ha sido mucho mejor que el primero —murmuró en mi oído, con la voz rota por el deseo. El mismo deseo que oprimía mi pecho.

—¿Y por qué diablos has parado? —le espeté sin miramientos.

Cabeceó y surgieron arruguitas en torno a sus ojos, de esas que indican felicidad. Pasó un dedo bajo mi barbilla y su pulgar rozó con delicadeza la herida que me había hecho llevada por la rabia. Me mantuve inmóvil, a la espera de que contestara a la pregunta o continuara besándome. Prefería, con mucha diferencia, la segunda opción.

—No quieres hacer esto.

De todas las razones por las que podría haber optado, no creía que *esa* fuera la que más se ajustara a la realidad. Quería, claro que quería. Cada fibra de mi cuerpo vibraba bajo su mirada y mi corazón lanzaba sangre a través de mis venas al ritmo que le imponía mi agitada respiración. Anhelaba sus labios aunque los tenía a solo unos centímetros. No había nada que deseara más.

—¿Pero qué dices? Sí que quiero —apunté, y tiré de él para que se tumbara sobre mí.

Apenas mostró resistencia. Apoyó los codos a los lados de mi cabeza y su nariz trazó el perfil de la mía hasta alcanzar mi frente, donde depositó un único beso.

—Te arrepentirás luego, y no estoy dispuesto a que eso pase.

Fruncí el ceño.

Gruesas gotas de lluvia comenzaron a repicar en el cristal de la ventana y, durante unos segundos, ese sonido, entremezclado con nuestras respiraciones, llenó el ambiente del dormitorio.

—¿Estás insinuando que esto es solo fruto de un calentón?

Por toda respuesta, se sentó a horcajadas sobre mí, me agarró de las muñecas y las colocó por encima de mi cabeza, para luego inclinarse poco a poco hasta que nuestros alientos se volvieron uno.

—Solo digo que no voy a traspasar esa línea contigo...

—¿Tiene esto algo que ver con tu teoría de los primeros besos? —lo interrumpí, insegura ante el temple que estaba demostrando cuando yo apenas podía refrenar mis ansias de él.

—Contigo, pequeña delincuente, no hay teoría que valga —expuso, con la vista clavada en mi boca—. Y ahora mismo me estoy reprimiendo para no desnudarte y explorar cada rincón de tu cuerpo, para no acariciarte y hacerte el amor hasta que no te quede más remedio que gemir mi nombre, hasta que... —Cerró los ojos y apretó los dientes—. No es no. No hoy, no de esta forma.

Me quedé sin palabras, pues las suyas se habían convertido en imágenes y no podía dejar de verlo, y sentirlo, sobre mí, dentro de mí; llenándolo todo, mi cuerpo y mi mente.

—Y ahora vas a quedarte muy quietecita —añadió, asegurando el cepo que mantenía mis manos atrapadas—. Voy a irme y dejarte descansar, pero antes quiero llevarme algo conmigo.

Sin más explicaciones, atrapó mis labios entre los suyos, pero en esta ocasión el beso fue más sosegado. Me besó despacio, con calma pero no por ello con menos pasión, como si me saborease, como si deseara retener ese sabor una vez que se hubiera marchado. Liberó mis manos, pero aun así fui incapaz de moverme, demasiado aturdida para hacer otra cosa que no fuera corresponder la declaración de intenciones en la que se había convertido aquel simple beso.

En el preciso instante en el que se separó de mí comprendí la importancia, no solo de los primeros besos, sino de lo que se puede llegar a entregar a otra persona en un momento así.

—¿Quieres cenar algo? —se ofreció mientras abandonaba la cama y se ponía en pie.

—¿A ti?

Soltó una carcajada.

—El buffet se ha cerrado por hoy. —Nunca me habían rechazado de una manera tan elegante. Abrió la puerta e hizo ademán de salir, pero se quedó parado en el umbral—. Pero no soy yo el que tiene las llaves del establecimiento.

Me incorporé y puse los pies sobre la alfombra. La indirecta de Leo tan solo era un recordatorio de algo que hubiera debido tener muy presente y que había apartado a un lado.

—¿Hay algo que quieras decirme? Porque mi capacidad para resolver acertijos es bastante penosa —comenté, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

—Tan solo quiero que sepas que voy a esperar impaciente esa cena que me debes —

respondió con un guiño. Dicho lo cual se marchó, dejando tras de sí a una versión de mí misma más abrumada e indecisa que la que había encontrado a su llegada.

21

Durante el domingo, Leo y yo no tuvimos muchas opciones para quedarnos a solas. Nuestros amigos parecían haber confabulado para que siempre hubiera alguien más a nuestro alrededor. Era como una vigilancia intensiva. Solo les faltaban los donuts, porque el café fue la bebida por excelencia la mayor parte de la jornada.

En honor a la verdad, yo también me esforcé por evitarlo. No conseguía asimilar del todo lo que estaba pasando. Pero ¿quién no ha dudado alguna vez de las decisiones importantes? ¿Quién no valora la posibilidad de estar cometiendo un error? Tal vez en mi caso la vacilación típica fuera un poco más allá, pero tras las últimas semanas aquello se me había ido de las manos. Leo había sugerido, o eso había entendido yo, que no era más que un calentón. Y sí, caliente seguro que estaba, de eso sí que estaba segura. Cada vez que él entraba en la habitación en la que yo me encontraba, la temperatura de esta ascendía de forma inevitable. Me sentía como un pollo dando vueltas en el horno: mareada y cociéndome a fuego lento en mi propio jugo.

Lo único que me quedaba era que retomar mi rutina me ayudara a centrarme y a dejar atrás lo sucedido. Había flaqueado, había estado a punto de acostarme con Leo. Todavía al recordarlo se me ponía la piel de gallina. Pero no era más que eso, ¿no? Un momento de debilidad.

—¿Me estás escuchando?

La voz de mi hermana me trajo de regreso de mis divagaciones.

—Sí —respondí, aunque no me hubiera enterado de nada.

Candela se agachó y tomó la maleta que había depositado a sus pies. En la otra mano cargaba con la chaqueta.

En el almuerzo habían acordado marcharse todos salvo Leo y yo. Ellos se llevarían su 4x4 y nosotros esperaríamos a que la aseguradora nos trajera el coche de sustitución a última hora de la tarde. Yo había hecho hincapié en que podía aguardar su llegada sola, pero Leo se negó en rotundo y se ofreció a realizar el camino de vuelta conmigo. Compartir con él el reducido habitáculo de un automóvil era una pésima idea, catastrófica, de las que no tienen posibilidad de salir bien de ninguna de las maneras pero que de igual modo llevas a cabo rezando para que se produzca un milagro.

Y soy atea, que conste, así que ya veis lo mal que estaban las cosas.

—¿De verdad estás bien? —me interrogó, con una preocupación real.

—Ajá.

En realidad mi ánimo había mejorado bastante. La noche anterior había transcurrido sin incidentes reseñables y, teniendo en cuenta que Claudia se había marchado, la mañana también resultó agradable.

—Estaré bien —añadí—. Confía un poco más en mí.

Un par de brazos me rodearon por la espalda y me alzaron en vilo.

—¡Pelirroja! —exclamó Javi, más risueño de lo que había estado en todo el fin de semana. Me puso en el suelo y me besó en la mejilla—. Tengo un vago recuerdo en el que me prometías bailar conmigo.

Efectuó una reverencia, con una elegancia sorprendente tratándose de él, y me tendió la mano. El gesto consiguió arrancarme una sonrisa. Acepté la invitación y, durante varios minutos, nos movimos por el salón con la espalda tesa como un palo y reprimiendo las carcajadas. Candela aplaudió nuestros esfuerzos por hacer de aquello algo similar a un baile de gala, hasta que Quique apareció y tiró de ella para unirse a nosotros. Todo el mundo parecía más relajado, y

me pregunté si Claudia crispaba los nervios de los demás al igual que sucedía conmigo.

—Parece que alguien me ha robado a mi pareja —se rio Leo desde la entrada.

Rubén apareció tras él y se nos quedó mirando con actitud paciente, como un padre que contempla a su hijo hacer una travesura.

—El aire del campo os sienta fatal —comentó cuando Javi me empujó en su dirección.

—En realidad, es la expectativa del regreso al asfalto de las calles y los atascos lo que nos impulsa —lo contradijo su amigo.

Leo se interpuso y me tomó por la cintura antes de que Rubén pudiera hacer algo al respecto.

—No sé por qué me molesto en sacaros de la ciudad —apuntó este, mientras me hacía girar sobre mí misma—, siempre estáis más contentos cuando toca marcharse.

Le dejé guiarme por la estancia, aferrándome a sus hombros para no perder el paso.

—Como si tú no estuvieras deseando montar a esa preciosidad durante el regreso —exclamó Quique.

Me detuve de forma tan brusca que Leo tropezó y me pegó un pisotón. Ni siquiera me dolió y hubiera saltado sobre Quique si no fuera porque mi pareja de baile se agarró a mí para no caerse. En cuanto se hubo estabilizado me solté de él y fui a por el imbécil que seguía bailando con mi hermana. Ambos se detuvieron al acercarme y no perdí la ocasión para estamparle la mano abierta en plena cara.

—¡Joder! —se quejó, aunque creo que fui yo la que se llevó la peor parte—. Se puede saber qué...

—¡Gilipollas! —lo increpé, interrumpiéndolo—. Ya estoy harta de tus pullitas malintencionadas.

Aunque lejos de ser un pulla, aquello era una directa en toda regla. Le grité unos cuantos improperios, pero él se cruzó de brazos sin más y no respondió nada. Candela me miraba como si hubiera matado a una camada de gatitos recién nacidos y, al girarme, me encontré con que Leo estaba apretando los labios para no echarse a reír. Se acercó a mí con cautela, como si temiera que fuera a abofetearlo también.

—¡¿Qué?! —protesté. No podía creer que lo fuera a defender.

—Laura, no es lo que estás pensando.

—Pues explícamelo porque no lo entiendo —repliqué, cada vez más enfadada.

Leo invitó al grupo a marcharse. Me despedí de todos salvo de Quique, al que le lancé una mirada envenenada. Mi hermana me dio un beso y traspasó el umbral, no sin antes recordarme que la avisara cuando llegase a Madrid para saber que todo había ido bien. No fue hasta que perdimos el coche de vista cuando Leo se dignó a ponerme al corriente de sus planes.

—¡Ah, no! Ni lo sueñes.

—Vamos... te va a encantar.

—No es no —repuse, citándolo. Estaba loco si pensaba que iba a acceder.

Ascendí por las escaleras y me dirigí a la habitación para recoger mis cosas. Leo me siguió. Ni siquiera pensé en que después de ese largo fin de semana, repleto de tensión sexual no resuelta, nos habíamos quedado solos y lo estaba guiando directo a una zona conflictiva: un dormitorio.

—Vamos, Laura, será divertido. No me digas que no te seduce la idea.

Llegué hasta la cama y me giré para mirarlo. Ese día, para mi desgracia, estaba particularmente atractivo, y no es que eso fuera algo fácil de conseguir. Llevaba puestos unos vaqueros negros metidos por dentro de las botas, también negras, con los cordones no del todo

ajustados. En la parte superior, una camiseta blanca de cuello redondo asomaba bajo la camisa verde oscuro que llevaba desabrochada y remangada hasta los codos. Fui incapaz de decidir qué le quedaba mejor, si el uniforme de policía con el que le había conocido o aquella ropa.

Abrí el armario y lo volví a cerrar, sin dar con lo que buscaba.

—¿Dónde está mi maleta? —Miré en el espacio entre las dos camas con idéntico resultado—. ¿Se puede saber qué ha hecho Candela con mis cosas?

Leo tomó una pequeña mochila roja que había junto a la puerta y la alzó. No me gustó la sonrisita que acompañó al gesto.

—El resto va de camino a Madrid —me informó, con un tono que pretendía asemejarse a una disculpa, pero que no sonó como tal—. No podíamos llevarlo en la moto.

A Leo se le había ocurrido que era una buena idea aprovechar la ocasión para trasladar la moto que guardaba en un cobertizo junto a la casa. Alegó que llevaba mucho tiempo deseando llevársela a la ciudad y que esta era la oportunidad perfecta. Me la había mostrado después de que los demás abandonaran la finca, una Harley Davidson preciosa, sí, y seguramente mortal. ¿Quién quería recorrer cientos de kilómetros tragando bichos y soportando el viento helado en la cara? Yo no, desde luego, por mucho que la experiencia conllevara viajar apretada contra su espalda.

—Ya sabía yo que esto no era una buena idea —murmuré entre dientes.

—No puedes saber lo que es disfrutar de la carretera hasta que no has hecho un viaje en moto —expuso, convencido, apoyado contra el marco de la puerta.

—Las carreteras son solo un medio para llegar a los sitios. Solo eso —repliqué, y le arranqué la mochila de las manos.

La abrí para ver qué había considerado Candela que iba a necesitar en las horas siguientes y lo primero con lo que toparon mis ojos fue un puñado de preservativos. ¡Santo Dios! ¿Es que no se iba a dar por vencida?

Me prometí sentarla en cuanto volviéramos a vernos y darle un buen sermón sobre las bondades de la fidelidad y lo frustrante que resultaba el acoso al que me estaba sometiendo. Sin pensarlo, agarré el regalito y se lo estampé a Leo en el pecho. Los recogió sin saber lo que eran, pero en cuanto se percató de que se trataba de un surtido de condones —de distintos sabores— abandonó la pose relajada que había mantenido hasta ese momento y se irguió para bloquearme el paso.

Dejé caer los brazos a los lados del cuerpo y suspiré.

—Poco sutil —comentó, encogiéndose de hombros. Se lo estaba pasando en grande—, pero efectivo.

Soltó el cargamento de profilácticos, me agarró por la cintura y fui yo la que acabé contra su pecho. Olía de forma deliciosa y era consciente, por propia experiencia, de que sabía aún mejor. Apelé a toda mi fuerza de voluntad para mantener mis labios lejos de los suyos.

—No hay coche de sustitución —aseguró en un susurro, palabra a palabra, y juro que la frase resonó en mis oídos como una proposición indecente. No quise pensar en qué interpretación le daría mi mente si me proponía llenar el depósito de gasolina de la moto.

—Sí lo hay.

Tenía que haberlo, Candela se había ocupado de llamar al seguro mientras yo me duchaba esa misma mañana y me había confirmado que lo traerían sobre las cinco de la tarde.

«¿Candela? ¿De verdad?», se rio mi conciencia, haciéndome sentir estúpida.

—No lo hay. O te subes a esa moto o nos quedamos aquí a pasar la noche —apostillé—. Tú decides.

Cometí el error de alzar la cabeza para mirarlo a los ojos y, de repente, fui consciente de todas y cada una de las partes de nuestros cuerpos que estaban en contacto, de la presión de sus dedos en la parte baja de mi espalda, de los músculos tensos de su abdomen contra el mío y de la cercanía de su boca entreabierta. Y comprendí que estaba deseando que me negara a subirme a la Harley.

—Bien —accedí sin pensármelo dos veces.

—¿Bien? ¿Eso quiere decir que tengo que encender de nuevo la chimenea?

Me permití esbozar una sonrisa maliciosa que alentara sus expectativas.

—Mejor vete arrancando la moto. Nos vamos ahora mismo.

—Todavía estás a tiempo de cambiar de opinión.

Me acomodé a su espalda tratando de guardar cierta distancia, pero sin conseguirlo. No había manera posible de que fuera a resistir todo el viaje sin apoyarme en él. El motor ronroneaba entre nuestras piernas y Leo había sugerido que lo abrazara. Me lo imaginé con una gran sonrisa de satisfacción. Al final me tenía donde quería, o casi.

Choqué el casco que me había entregado momentos antes y que ya protegía mi cabeza contra el suyo.

—O de llamar al seguro —propuse, a lo que él respondió dándole gas a la moto para dejar atrás la casa.

Avanzó despacio, con mucho cuidado de evitar los socavones que le salían al paso, aunque de igual forma no dejamos de botar sobre el asiento hasta que alcanzamos la carretera principal. Respiré, aliviada, pero la tranquilidad me duró lo que tardé en darme cuenta de que Leo se había equivocado e iba en sentido contrario.

Llamé su atención con un par de toquecitos en el hombro.

—¿Necesitas un mapa?

Rebasamos un cartel que indicaba claramente que nos dirigíamos al norte, pero no hizo ademán de disminuir la velocidad. Repetí los toques, esta vez sobre su casco.

—¿Leo?

Ahora era cuando descubría que el amigo de mi hermana, guardián de la ley y el orden para más señas, era en realidad un psicópata y me llevaba a su guarida para aprovecharse de mí.

«Más quisieras», se burló mi... ¿conciencia? ¿Se puede saber en qué momento mi parte racional se había vuelto contra mí?

—¿Te he dicho que acudo a clases de defensa personal todas las semanas? —bromeé, gritando para que pudiera escucharme a pesar del rugido del motor.

—Me encantaría verlo —contestó por fin—. Tranquila, daremos un pequeño rodeo.

—Pensaba que solo pararíamos para comer.

Adelantó a un coche y regresó al carril de la derecha antes de contestar.

—Y lo haremos, confía en mí.

Ni siquiera confiaba en mí misma. Cada vez estaba más convencida de que aquello no podía acabar bien. Deseé tener una tercera mano para sacar el móvil del bolsillo y enviarle un mensaje, amenaza incluida, a mi adorable hermana. No pensaba soltarme de Leo bajo ningún concepto. Bastante tenía con retener el corazón dentro de mi cuerpo cada vez que tumbaba la moto para zigzaguear entre los demás vehículos. No es que fuera precisamente despacio.

—Los límites de velocidad están para cumplirlos, y tiene gracia que sea yo la que tenga que recordártelo.

Oí sus carcajadas incluso a través del casco.

—Relájate, ¿quieres? —replicó, y tuve que reprimir el impulso de hundir los dedos en su estómago.

La aguja del velocímetro cayó hasta situarse en un valor más aceptable. Procuré seguir su consejo e intentar disfrutar del paseo, aunque mantuve mis brazos en torno a su cintura. A mí me encantaba conducir siempre que se tratara de un vehículo con cuatro ruedas, cierta estabilidad y una carrocería que me protegiera en caso de accidente. Las motos me parecían una forma absurda de poner la propia vida en riesgo. Pero a decir verdad aquello no estaba tan mal. Si

obviaba lo rápido que desfilaban las líneas blancas del suelo y lo cerca que parecía encontrarse el asfalto, puede que consiguiese divertirme.

No tardé ni veinte minutos en venirme arriba y comenzar a azuzar a Leo para que olvidara mis reticencias. ¿Cómo era posible que se pudiera disfrutar tanto con algo tan sencillo? Me había abierto la visera para poder sentir cómo el viento me acariciaba la cara e incluso me solté de él para alzar los brazos contra el cielo. El resultado fue liberador. Cada vez que tomaba una curva, mis muslos comprimían sus piernas y volvía a agarrarme a su cintura riendo. Al final, fue Leo el que tuvo que reprenderme para que dejara de cometer imprudencias.

—¡Estás loca! —gritó cuando, en una curva, la moto perdió estabilidad debido a mi balanceo en la parte de atrás.

Eran casi las dos de la tarde cuando alcanzamos nuestro destino y yo estaba muerta de hambre. Mis temeridades me habían abierto el apetito.

—¿Covanera? —inquirí al leer la señalización que indicaba el nombre del pueblo.

Un poco más adelante había unas formaciones rocosas bastante llamativas. Leo estacionó en un aparcamiento cerca de la carretera junto a varias casas y un restaurante. A su lado discurría un riachuelo con aguas tan cristalinas que mi garganta protestó por la sed de inmediato.

—No te ofendas —comenté mientras descendía de la Harley—, pero venir hasta aquí nos va a costar dos horas más de viaje y... bueno...

Levanté los brazos y giré sobre mí misma. No es que el pueblo no fuera bonito, que lo era, y además, no nos engañemos, no me importaba en absoluto alargar el viaje de regreso a casa, pero sentía curiosidad sobre lo que le había motivado a elegir ese lugar.

—Paciencia, pequeña delincuente —alegó, y acto seguido me tomó de la mano y me arrastró en dirección a un sendero.

—Vaya... —Fue todo cuanto se me ocurrió decir después de veinte minutos andando entre los árboles.

—Lo llaman El Pozo Azul.

El porqué del nombre me quedó claro al acercarme hasta el manantial. Frente a nosotros se alzaba una pared calcárea en la que el agua había excavado una cueva. Según me contó Leo, la entrada se encontraba a quince metros de profundidad y no se había explorado por completo, a pesar de que se hacían inmersiones muy a menudo. Pero lo más llamativo era el color azul de sus aguas.

Escalamos por uno de los laterales para poder observarlo desde arriba, donde el paraje resultaba aún más impresionante. Había algo mágico en aquel sitio. Al atípico tono del agua se sumaba la tranquilidad del entorno y las paredes imponentes de las que estaba rodeado. Parecía que en cualquier momento una sirena asomaría la cabeza sobre la superficie del agua o un hada se acercaría a la orilla para contemplar su reflejo.

—Es precioso —comenté, maravillada.

—¿Quieres mojarte los pies? El agua se mantiene caliente todo el año —señaló, y me invitó a descender de nuevo hasta la parte baja del manantial.

En cuanto llegamos junto a la poza me senté en el suelo y me saqué las botas y los calcetines. Él hizo lo propio, aunque desatar los cordones de las suyas le llevó algo más de tiempo. Descalza y con el bajo de los pantalones remangado lo dejé atrás y corrí a chapotear. Tenía que haberme imaginado que en aquel idílico paisaje no podía ser todo tan perfecto.

—¡Santo Dios! —grité con tanta fuerza que mi voz retumbó por toda la ladera—. Serás cabrón.

El agua estaba helada. Mis pies se convirtieron en dos cubitos de hielo y se volvieron tan

azules como el mismo líquido en el que se encontraban sumergidos. Salí de allí de un salto.

Leo ni siquiera se había acercado a la orilla, seguía sentado en el suelo riendo a carcajadas. Volví sobre mis pasos y, sin pensarlo, le estampé un pie sobre la camiseta.

—Si tienen que amputármelos será por tu culpa.

Empujé un poco más hasta conseguir que se tumbara, pero ni aun así cesaron sus risas.

—Me lo has puesto demasiado fácil —apuntó él, en absoluto arrepentido.

—Sabes que acabas de ganarte una enemiga, ¿no? Ni te imaginas lo rencorosa que puedo llegar a ser.

No parecieron importarle las amenazas.

—Estoy dispuesto a cumplir el castigo que me impongas —se burló.

Acto seguido, tiró de mi tobillo con una mano y con la otra me agarró del brazo. La jugada terminó conmigo sentada a horcajadas sobre su cintura. El sonido de su risa se extinguió en cuestión de segundos y fue sustituida por esa expresión pícaro que ya conocía tan bien. Pero no se contentó con eso, sino que con un rápido movimiento consiguió que fuera yo la que quedara tumbada de espaldas con sus caderas empujando contra las mías.

—¿Y bien? ¿Cómo piensas castigarme?

Abrí la boca para protestar, pero, antes de que pudiera decir nada, Leo se inclinó sobre mí y nuestras bocas quedaron separadas tan solo por unos pocos centímetros. Ni qué decir tiene que a estas alturas mis pies eran lo único que no había entrado en calor, y apostaba a que no por mucho tiempo.

Creo que había quedado bastante clara la influencia que Leo tenía sobre mí. Ya no sabía si considerarme débil ante la tentación o, en realidad, había encontrado mi talón de Aquiles. La verdad era que no estaba segura de querer adivinarlo.

—Agente Hernández, había prometido comportarse —lo amonesté.

—Eso hago, me estoy conteniendo —replicó, y sus dedos apartaron un mechón de mi rostro.

Si aquella era la forma que tenía de reprimir sus impulsos, no quería saber cuál sería su actitud en caso contrario. Recordé la ferocidad de nuestro primer beso, sus ansias, el frenesí con el que se había lanzado sobre mí, y no pude evitar sonrojarme.

—No sigas por ahí.

—No imaginas el esfuerzo que estoy haciendo para no besarte en este mismo momento.

«Oh, vamos», me lamenté en silencio. Él se esforzaba, yo me esforzaba... pero en el instante en que alguno de los dos flaqueara, aquello nos iba a estallar en plena cara.

—Tendrías que dejar de ser tan sincero —repuse.

Me mantenía lo más quieta posible bajo su cuerpo, porque el más mínimo roce me haría desear olvidar mis principios, los que no había dejado ya de lado, y eliminar el escaso espacio que restaba para unir nuestras bocas.

—¿Prefieres que te mienta? —inquirió, y apoyó las manos en el suelo para incorporarse.

«¡NO!»

—Si es necesario.

—Bien —aceptó él, y se retiró hasta quedar sentado a mi lado.

Todo, absolutamente todo en mí, protestó por la separación. Mi mente, mi cuerpo, incluso mi estómago se retorció y mi corazón se marchó a llorar a un rincón.

—¿Bien?

No pensé que fuera a decir nada más. No obstante, cuando sus ojos buscaron los míos y me lanzó las botas para que me calzara, supe que estaba a punto de soltar una barbaridad aún mayor.

No me equivocaba.

—Sí, perfecto —dijo, apartando la mirada de mí para atarse los cordones—. Entonces deberías saber que no me atraes, no me gustas, estoy deseando perderte de vista y, durante todo el fin de semana, no he pensado ni una sola vez en cómo iba a hacértelo...

La manera en que me tiré sobre él para taparle la boca no tuvo nada que envidiar a cualquier placaje de un jugador de rugby profesional. Caímos enredados y rodamos un par de metros. Mis intentos por silenciarlo se vieron interrumpidos cuando el agua de la poza empezó a empaparme los pantalones. Solté un alarido. Leo fue más comedido y tan solo resopló, pero ambos dejamos de luchar entre nosotros para volver a toda prisa a tierra firme.

Y al final lo que no había conseguido a base de razonamientos, lo consiguió un baño helado. O eso creía yo hasta que Leo me miró de arriba abajo con aire complacido y me dijo:

—Quítate la ropa.

23

—Ahora me dirás que no es lo que parece.

—No, es exactamente lo que parece —comentó sin ningún tipo de pudor—. Quítate la ropa. Enarqué las cejas y me crucé de brazos. Igual sí que era un psicópata.

—No voy a desnudarme delante de ti.

—Bien.

—Y dale con el *bien*. —Alcé los brazos, a modo de protesta, pero él no estaba sonriendo y eso me parecía muy mala señal—. No irás a violarme, ¿verdad?

Bufó, exasperado, y me dio la sensación de que estaba a punto de tirarse del pelo.

—Joder, Laura, eres imposible.

—Me lo dices o me lo cuentas —se me escapó en voz alta.

—Iré a por las mochilas. Tienes que cambiarte o cogerás una pulmonía.

Dio media vuelta y la ausencia de su característica sonrisa comenzó a ser preocupante. Corrí tras él y lo agarré del brazo. Estaba enfadado, hasta yo podía darme cuenta de eso. Se giró y quedamos frente a frente, y yo me atraganté con palabras que no sabía si quería pronunciar.

—Tienes los cordones desabrochados. —Fue cuanto me atreví a susurrar.

No hizo falta que me dijera que no le tocara las narices, la expresión que adoptó resultó de lo más reveladora. Hizo ademán de echar a andar de nuevo, pero no lo solté.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Leo? —le pregunté a su espalda, dado que en esta ocasión no se volvió para mirarme.

—¿Qué quieres tú de mí? —replicó él a su vez.

Dudé unos instantes antes de contestar, porque dijese lo que dijese era probable que no fuera a gustarle. Traté de ser sincera con él y le di la única respuesta que no implicaba mentir.

—No lo sé —acepté finalmente.

—Pues avísame cuando lo sepas.

Se soltó de mi agarre y marchó por el sendero con paso rápido, como si quisiera interponer la mayor distancia posible entre nosotros. Al menos eso era exactamente lo que estaba haciendo. Farfullé una maldición y fui a sentarme en una roca. Los pantalones se me pegaban a la piel y había comenzado a tiritar. Al cabo de un momento no me quedó más remedio que levantarme y dar saltitos para entrar en calor.

Leo no tardó en regresar con mi mochila en la mano. Me fijé en que se había cambiado los vaqueros y abrochado las botas. Me tendió mis cosas sin decir nada y se giró para darme intimidad. Suspiré y empecé a desnudarme. Me alegré de que Candela hubiera incluido una muda de ropa en el escueto equipaje.

Para ser sincera, esperaba que en cualquier momento Leo se diera la vuelta para pillarme en bragas. Pero eso no sucedió.

Todo aquel lío era culpa mía. Leo no dejaba de provocarme, pero yo tampoco ponía demasiado entusiasmo en pararle los pies. Mi comportamiento solo lo estaba alentando a persistir. Debería haberle dejado las cosas claras desde el principio y no esperar a estar metida en su cama para confesar que iba a casarme.

Terminé de vestirme y retomé el lugar sobre la piedra para ponerme los calcetines.

—¿Vamos a comer aquí? —pregunté, solo por entablar conversación y tratar de aligerar el ambiente entre nosotros.

—Sí.

Corrección: estaba muy cabreado.

Era lo que tenía jugar con fuego, que siempre acababas por quemarte.

Me calcé a toda prisa y me planté delante de él. No quería que el fin de semana culminara de esa forma, mirándonos como extraños y sin dirigirnos la palabra, no cuando yo sentía que no lo éramos. Más que eso, deseaba que no lo fuéramos. Con todo lo que había sucedido en su casa en esos dos días, incluyendo la desventurada hazaña de destrozar a Cooper, había disfrutado como no lo hacía en mucho tiempo. Y parte del mérito era suyo.

—Lo siento.

—No tienes que disculparte —repuso, con el semblante serio y endurecido.

—Pero quiero hacerlo. De verdad. —Viendo que no reaccionaba, cogí carrerilla—. A veces no sé mantener la boca cerrada y digo y hago cosas que no debería y...

Alzó la mano y me silenció posando los dedos sobre mis labios.

—No es tu boca lo que me preocupa.

No supe muy bien qué replicar a su comentario. Permanecí inmóvil, tratando de descifrar a través de su mirada qué era lo que quería decirme. Fui incapaz.

—¿Y qué es entonces?

Él alargó el dedo índice y me dio varios toques sobre la sien.

—Usas mucho esto —afirmó. Su mano voló hasta el lado izquierdo de mi pecho— y muy poco esto.

Abrí tanto los ojos que pensé que se me saldrían de las cuencas. ¿Pensaba Leo que me había enamorado de él o algo así?

—¿No creerás...? —me interrumpí antes de continuar. Aquello era bochornoso incluso para mí que no solía medir en absoluto mis palabras—. Por el amor de Dios, Leo, que no tenemos quince años.

Las comisuras de sus labios se elevaron de forma imperceptible. El movimiento fue mínimo, tanto que creí que me lo había imaginado.

—Vamos a comer algo —sugirió, sin añadir nada más al respecto.

No insistí, puede que sintiera cierto temor a lo que encontraría dentro de mi cabeza si Leo ahondaba en el tema. Pero eso no evitó que mientras regresábamos a la zona donde se encontraba el restaurante comenzara a darle vueltas, punto por punto, a nuestra particular relación.

¿Qué buscaba Leo? ¿Un polvo rápido? Porque si fuera así, y por mucho que me costara aceptarlo, hubiera podido obtenerlo durante ese fin de semana. Tal vez aquello iba más allá y se hubiera propuesto algún tipo de desafío. Ya sabéis, llevarse a la cama a la novia de otro justo antes de la boda, hacerle perder la cabeza y renunciar a la estabilidad para luego, una vez conseguido... En cuestión de hombres podía esperar cualquier cosa. Y aunque Leo no pareciera el tipo de tío que establece una competición o se propone arruinar un matrimonio, quizás el estímulo de lo prohibido le estaba llevando a poner un empeño que de otro modo no hubiera existido.

Cuando el camarero nos indicó una mesa libre, mi cabeza ya echaba humo, repleta de suposiciones y preguntas para las que no tenía respuesta. No presté demasiada atención a lo que me rodeaba, si bien el establecimiento estaba medio vacío y lo que más me interesaba se encontraba sentado frente a mí.

—Estás muy callada —comentó después de varios minutos en los que me dediqué a esconderme tras la carta—. No es bueno.

—¿Por qué? ¿Porque estoy usando esto? —repliqué señalando mi cabeza.

—Así que estás enfadada.

La verdad era que sí, lo estaba. Y me fastidió que él se diera cuenta incluso antes que yo. ¿Cuándo había llegado a conocerme tan bien? Solo habíamos pasado juntos dos días y ya había aprendido a leer mi expresión.

—No, no lo estoy —le contradije, aunque fuera mentira y me estuviera comportando como una cría.

—No lo he dicho para ofenderte, solo que me da la sensación de que no dejas de analizar cada cosa que te ocurre.

Crucé las manos sobre la mesa y me incliné hacia delante.

—¿Y qué hay de malo en ello? Oh, sí, puede que tú prefirieras que me dejara llevar por lo que tengo entre las piernas —le espeté.

Mi exabrupto no pareció molestarle, mientras que yo me arrepentí en el acto de usar la atracción, más que evidente, que existía entre nosotros como un arma arrojadiza. Ahora sí que estaba comportándome como una chiquilla. Que él sonriera no ayudó mucho a tranquilizarme.

—¿Sabes? Solo tienes una vida, y es demasiado corta para que esperes a ser feliz mañana, porque mañana puede que tampoco lo seas, ni pasado mañana... Y pasarás los días anhelando convertirte en otra persona, porque ya ni siquiera recordarás quién eres.

Volví a apoyar la espalda contra el respaldo de la silla y sonreí.

—¿Ahora te vas a poner filosófico? —me reí, a pesar de que el eco de sus palabras seguía rebotando en mi mente.

Cabeceó, más risueño de lo que debería teniendo en cuenta la tensión que reinaba entre nosotros, y no se dejó amedrentar por mis burlas.

—Di lo que quieras, pero sabes que tengo razón. Una parte de ti está deseando levantarse y ponerse a gritarme hasta quedar afónica...

—No me des ideas —le corté—. No me conoces, no creas que por pasar un fin de semana en la misma casa ya somos íntimos.

El camarero se acercó para tomarnos nota, pero Leo lo despachó con un gesto. Una pareja que había a tres mesas de distancia no nos quitaba ojo, aunque debo decir que ella parecía más pendiente de Leo que de la pelea que estaba teniendo lugar.

—Bien.

Resoplé y sí que me dieron ganas de gritarle. No obstante, tan solo enarqué las cejas en actitud interrogante.

—Me encantaría que me dejaras conocerte.

Leo sonrió, pero no una sonrisa cualquiera, sino una tan amplia que convirtió su rostro en el paraíso y reveló sus dos hoyuelos. Eso sí que era caer bajo. Parte de mi enfado se evaporó, soy así de débil.

—¿Solo eso? ¿Ser amigos? —inquirí, cediendo solo porque en realidad no quería continuar enfadada con él.

En mi defensa he de decir que la mera presencia de Leo, su postura relajada, la línea firme de sus hombros y su actitud franca —entre otras muchas cosas—, resultaban tan atractivos y fascinantes que era casi imposible resistirse a su llamada.

—Tampoco me importaría acostarme contigo —dijo en voz alta, y a la parejita que nos observaba les faltó sacar las palomitas y situar sus asientos en una posición más favorable. Los fulminé a todos con la mirada, primero a los dos curiosos y luego a Leo—. ¡Eh! No me mires así. Fuiste tú la que te metiste primero en mi cama.

—No fue de forma consciente —le rebatí, tratando de imprimirle a mi voz una dureza que no conseguí ni de lejos.

Leo detectó la mejoría en mi humor. Me lanzó su servilleta, que aparté de un manotazo. Tras lo cual se levantó y ocupó la silla junto a mí antes de susurrarme:

—Eso es lo que te dices.

—Estás tentando tu suerte.

El brillo malicioso de sus ojos me alertó de que fuera lo que fuese que lo había cabreado tanto junto a la poza, ya se le había olvidado.

—Me encanta tentar a la suerte contigo, pequeña delincuente.

—Hemos llegado —comentó Leo tras aparcar la moto frente al portal de mi casa, ya de vuelta en Madrid.

Las calles estaban prácticamente desiertas, típico de cualquier domingo por la tarde, y me alegré de no tener un público numeroso si nuestra despedida terminaba con algún numerito extravagante. No me fiaba de él y mucho menos de mí misma.

El viaje de regreso había sido más pausado que el trayecto desde Burgos a Covanera, incluso me pareció que cuando nos acercábamos a la ciudad Leo se tomaba con mucha más calma la conducción, como si buscara retrasar lo inevitable. Por mi parte, tenía demasiadas cosas en la cabeza para disfrutar de mi recién descubierta afición a los vehículos de dos ruedas. Sabía que una vez que pusiera un pie en mi apartamento todo cambiaría, el paréntesis que había abierto durante esos días se cerraría y la realidad me alcanzaría de forma irremediable.

Mi actitud frente a los intentos de Leo por acercarse a mí había variado conforme disminuían los kilómetros que nos separaban de la capital. En los kilómetros pares me esforzaba por convencerme de que no deseaba ningún cambio en mi vida, que lo que tenía era todo lo que quería y que, junto a Sergio, me esperaba la felicidad. Lo quería, eso no había cambiado. Pero en los impares se sucedían imágenes en las que me veía agarrando a Leo de la barbilla y lanzándome sobre su boca sin importarme cuáles fueran las consecuencias. Solo éramos él y yo y ese instante en el que me refugiaba en su pecho y, de una manera infantil y utópica, soñaba con que las cosas encajarían por sí solas de la misma forma perfecta en la que mi cuerpo encajaba con el de él.

—¿Laura? —me llamó. Ni siquiera había hecho ademán de bajarme de la moto, continuaba agarrada a su cintura y con la mejilla reposando en su espalda.

—Bien —repuse, invirtiendo en esa ocasión la réplica que se había convertido en nuestro particular santo y seña.

—¿Bien?

Me observó por encima del hombro y sentí su mirada perfilando mi rostro, como si quisiera asegurarse de grabar cada detalle de este en su mente.

Asentí y descendí hasta poner los pies en el suelo. El sol iniciaba ya su descenso imparable en busca del horizonte y a mí el final de aquel día se me antojaba mucho más que un simple final. Estiré las piernas y la espalda, entumecidas tras pasar horas en la misma postura. Leo no apartó la vista de mí en ningún momento.

Aquel era uno de esos momentos incómodos en los que no sabes muy bien cómo actuar o qué decir, y tenerle tan pendiente de mis movimientos no contribuía a normalizar la situación. Me estaba mirando con tanta intensidad que creí que iba a saltar sobre mí, cargarme en la moto y arrastrarme con él a quién sabe dónde.

—Bueno... —tercié, indecisa—. Gracias por el paseo.

—Ha sido un placer —repuso él, y la frase adquirió en sus labios un significado mucho menos banal del que en realidad tenía—. Un verdadero placer. —Hizo una pausa a la espera de que yo añadiera algo, pero no tenía ni idea de cómo ponerle fin a aquella historia o de si de verdad quería hacerlo—. Tienes mi número y me debes una cena.

—No se te pasa una... —bromeé, y me gané una de sus sonrisas torcidas.

—Tengo que jugar mis cartas con inteligencia.

Tiré de las asas de la mochila y las coloqué sobre mis hombros mientras me preguntaba si

de eso se trataba para él, de una partida en la que estaba dispuesto a todo para ganar.

—Leo... —Negó con la cabeza, consciente de que me había puesto seria a raíz de su comentario, pero no me detuvo—. Yo no estoy jugando a nada.

—Yo tampoco, pero he descubierto que pareces más feliz cuando no me tomas en serio. —Agachó la cabeza y fijó la vista en el casco que acababa de entregarle—. Y a mí... me encanta coleccionar tus sonrisas.

Se me aflojaron las rodillas, pero no de una manera figurada. Se me aflojaron de verdad. Tuve que hacer esfuerzos para mantenerme en pie. No solo por lo que había dicho, sino por el brillo de sus ojos al decirlo, por cómo estiró la mano en mi dirección para rodear mi muñeca y atraerme hacia él, por la forma en que sus manos se anclaron en mi cintura y la dulzura con la que apoyó su frente en la mía.

Me perdí en el océano azul de sus iris, dejándome arrastrar por la tormenta que se ocultaba tras ellos, y contuve el aliento al percibir sus labios moviéndose en dirección a mi boca. Fue tan solo un roce, una tímida caricia, pero el contacto despertó tantas emociones en mi interior que me sentí abrumada. Y deseé que se detuviera al mismo tiempo que rogaba para que me besara. Anhelé que me estrechara con más fuerza entre sus brazos mientras suplicaba en silencio que me dejara ir.

Pero Leo no hizo ni una cosa ni la otra, sino que ladeó la cabeza y depositó un único beso en mi sien. Sus labios se demoraron unos segundos sobre mi piel para luego ir a parar a mi oído.

—Piénsalo —me dijo en un susurro—, tu corazón te llevará mil veces más lejos de lo que puede llevarte esa cabecita tuya.

A continuación se apartó y se puso el casco. Me hubiera gustado ver su expresión antes de que la cubriera con la visera tintada, pero mi *cabecita* se había quedado anclada en el momento exacto en el que él había unido nuestras frentes, y continuaba asimilando lo que había sucedido.

—Espero tu llamada. —Fue cuanto dijo antes de arrancar la moto y desaparecer de mi vista.

Permanecí junto al bordillo unos diez minutos, creo que ni siquiera estaba parpadeando y si seguía respirando a intervalos regulares era porque mis pulmones conservaban su autonomía. Algo había saltado en mi interior, algo que había estallado y se había roto en cientos de fragmentos diminutos. Y no tenía ni idea de cómo empezar a reconstruirlo.

Al final, cuando comprendí que iba a tener que moverme para entrar en el edificio y llegar hasta mi casa, no podía dejar de preguntarme por qué me parecía que lo estaba haciendo todo mal.

Esa noche me metí en la cama temprano, buscando que el sueño se llevara consigo mi inquietud. Di vueltas sobre el colchón durante varias horas, tantas que al despertar me encontré con que en algún momento debía haberme levantado e ido a acurrucarme en el sofá.

De Cooper no me acordé hasta que, mientras tragaba un café a toda prisa, recibí la llamada de uno de los mecánicos del taller oficial para informarme de que tenían el coche en su poder e iban a empezar a trabajar en él.

—Su novio ha facilitado los trámites con el seguro —respondió al preguntarle por lo que me iba a costar el destrozo—. Tan solo deberá abonar la franquicia que su aseguradora haya establecido en la póliza. Lo tiene a todo riesgo, ¿no?

—Sí, claro. ¿Ha dicho usted mi novio?

Se hizo el silencio al otro lado de la línea y pensé que se habría cortado.

—Disculpe, he dado por hecho que el señor... —Hizo una pausa— Leo Hernández y usted eran pareja.

—Sí, bueno, es una larga historia.

Tan larga que parecía no tener fin.

El hombre comentó que tardarían alrededor de una semana en tenerlo listo y volvió a disculparse por el malentendido antes de colgar. Yo, en cambio, no dejaba de pensar en el hecho de que a las ocho y media de la mañana Leo ya se hubiera preocupado de llamar a mi compañía de seguros y solucionarlo todo. A saber qué les habría dicho para que dieran el visto bueno a la reparación con tanta rapidez.

Miré de reojo el móvil, tentada por la idea de llamarle para agradecerle las molestias, pero las manecillas del reloj me disuadieron. Si me entretenía, iba a llegar tarde a trabajar y no quería tener que soportar las miradas reprobatorias de mi jefe. Esa semana teníamos dos clientes muy importantes y sabía que estaría recorriendo el hotel en busca de cualquier fallo, ansioso por cargar contra alguien.

Di gracias por tener una parada de metro a pocos metros de casa, cogí las llaves y el bolso, y abandoné el apartamento a toda prisa. Al salir del portal iba pensando en si había apagado o no la cafetera eléctrica. Sí, también soy de esas que siempre creen haberse dejado una luz encendida, algún aparato enchufado o la puerta abierta, por lo que no reparé en el coche de policía que había aparcado en doble fila pocos metros más adelante.

—Señorita —me reclamó una voz familiar.

Giré en redondo y me encontré con el agente Hernández ataviado con todo la parafernalia policíaca. Ya casi había olvidado lo bien que le sentaba el uniforme y lo perturbador que me resultaba reunir a Leo y a unas esposas en el mismo pensamiento. No pude evitar sonreír y, siendo realista, no fue una sonrisa inocente.

Se acercó andando hasta mí de esa manera tan característica que tienen los policías de caminar, con los brazos ligeramente separados del cuerpo para que no tropiecen con el arma y los músculos en tensión, como si fueran a echar a correr en cualquier momento.

—He oído que necesita un transporte —comentó muy serio al llegar a mi lado.

Mi mirada alternó entre el coche patrulla y él.

—¿Puedes hacerlo? —inquirí, sorprendida aún por su presencia—. ¿No te meterás en un lío?

—Siempre podemos decir que te he detenido por desacato a la autoridad —terció él—. Seguro que durante el trayecto dices algo que respalde mi coartada.

Puse los ojos en blanco, si bien lo más probable era que llevara razón. Miré el reloj, iba a llegar tarde, aunque el tráfico en Madrid un lunes a primera hora podía ser infernal y acceder a su invitación tampoco era garantía de que eso no ocurriera de todas formas.

—Vamos, te dejaré poner la sirena —aseguró, y me guiñó un ojo.

He dicho ya que soy débil, ¿no?

En contra de lo que había dicho, no permitió que encendiera las luces del techo y mucho menos hizo sonar la sirena para abrirse paso por Gran Vía. Lo que le valió un puchero por mi parte y un juramento firme de no volver a creer en sus promesas. Tuve mi oportunidad para agradecerle lo de Cooper y él se comportó con la misma cercanía de la que había hecho gala los días anteriores cuando estábamos rodeados de sus amigos. No mencionó en ningún momento nuestra despedida de la tarde anterior. Puede que para él no hubiera resultado tan intensa como para mí o que estuviera esperando a que yo dijera algo al respecto, pero fuera como fuese, me sentí tan cómoda sentada en la parte trasera de un coche de policía como nunca creí que sería posible sentirse. Daba lo mismo que la maquinaria de mi cerebro trabajara a marchas forzadas dividiendo mi razón en dos y que los «Y si» se amontonaran esperando a que les llegara su turno. Era Leo y, por extraño que pudiera parecer, me calmaba tanto como me alteraba.

Charlamos durante el camino de cosas insustanciales. Esperaba que el ambiente se enrareciera en algún punto entre mi casa y el hotel, pero no sucedió y terminé por olvidar incluso a dónde nos dirigíamos.

—Así que es aquí donde trabajas —comentó, alzando la vista para contemplar la fachada del edificio a través de su ventanilla.

Descendió del vehículo para abrirme la puerta, ya que desde el interior era imposible, y me ayudó a salir. Había estacionado a pocos pasos de la entrada y Andrés, el botones, nos observaba con curiosidad. Debía estar preguntando en qué lío me había metido.

—Sí, y llego muy, muy tarde.

No conocía qué marcaba el protocolo para saludar o despedirse de un policía de servicio. Me quedé indecisa hasta que él me tendió la mano de una manera bastante formal. Se la estreché, aunque aquello me hizo sentir como una idiota, teniendo en cuenta que dos días antes había estado metida en su cama. Sin embargo, se entretuvo más de lo debido acariciando con el pulgar el dorso de mi mano y mi corazón respondió acelerando su ritmo. Nunca un apretón de manos había resultado tan excitante.

—Gracias por traerme —dije una vez que se hubo metido de nuevo en el coche, inclinada sobre su ventanilla.

—Vamos, será mejor que te vayas —sugirió, señalando el edificio, aunque sus ojos estaban fijos en mi boca.

Me obligué a hacerle caso, dar media vuelta y echar a andar. Él no era el único que se moría por otra clase de despedida muy diferente.

—El señor Vólkov ha llegado y te espera en el bar —me informó Marta, una de las recepcionistas, en cuanto puse un pie en el hall del hotel.

Mijaíl Vólkov era uno de nuestros clientes asiduos más problemático y también uno de los más adinerados. Era exigente hasta un punto obsesivo pero recompensaba el buen trato con unas propinas que volvían locos al personal. Había vetado a la relaciones públicas, de la que no quería ni oír hablar.

—Su llegada estaba prevista para mediodía —me quejé, aunque no había nada que pudiera hacer el respecto.

Marta se encogió de hombros y me entregó la llave de su habitación. Me dirigí al encuentro de Mijaíl lo más rápido que pude sin llamar la atención. Ponerse a correr por el hotel llevando unos tacones de casi diez centímetros de alto no era una buena idea.

—¡Laura! —me llamó la recepcionista—. El director ha preguntado por ti y le he dicho que ya estabas con el señor Vólkov.

Le lancé una mirada de agradecimiento antes de proseguir mi camino y me alegré de que se tratara de este cliente en particular. Tampoco tenía en mucha estima a mi jefe por lo que, con suerte, este nunca se enteraría de que había llegado tarde.

Apreté el paso y compuse mi mejor sonrisa al llegar al bar. Las butacas de cuero que rodeaban mesitas bajas de caoba estaban vacías a esas horas de la mañana, y en los taburetes de la barra solo había un hombre de espaldas anchas con una mata de pelo negro al que reconocí de inmediato. Lo que la fanática decoradora que había contratado la empresa entendía por lujoso a mí me parecía una horterada, pero nadie me había pedido mi opinión al respecto.

—Señor Vólkov —lo saludé, esforzándome por no resoplar después de la carrera.

El ruso me dedicó un asentimiento de cabeza y una sonrisa lánguida. Apuré su bebida, que tenía pinta de ser algo poco apropiado para iniciar la jornada, y, fiel a su estilo, no dudó en comenzar a despotricar contra todo el que había osado cruzarse en su camino desde su llegada.

—El estirado que dirige este antro ha pasado por aquí —comentó en español pero con un marcado acento. Solté una maldición que le arrancó una sonrisa—. No se preocupe, le he dicho que había ido a comprobar si mi habitación estaba lista.

El alivio me invadió y casi me lanzó sobre él. El tipo podía llegar a ser un verdadero ogro, pero conmigo siempre se comportaba de forma exquisita.

—Es usted lo único que hace que continúe alojándome aquí —añadió, poniéndose en pie.

Asentí y lo invité a seguirme.

A partir de ese momento y por el resto de la semana me concentré en cumplir con mi trabajo, lo que requirió toda mi atención y se llevó consigo mis fuerzas. Mi jefe estuvo particularmente irascible y no dejaba de exigirme informes y aumentar la lista de tareas pendientes de mi agenda. Para cuando llegaba a casa estaba tan exhausta que solo deseaba abrazar la almohada y hacerme uno con el colchón hasta que el despertador sonara a la mañana siguiente.

Sergio me llamó el miércoles y la conversación apenas si duró un par de minutos, lo justo para informarme de que su proyecto estaba casi listo. No tuve ánimos para alegrarme o ponerme nerviosa por su inminente regreso, estaba demasiado cansada.

—Te echo de menos —confesó en un arrebató de romanticismo muy poco propio de él.

—Yo también a ti.

Mi respuesta sonó más mecánica de lo que pretendía y me reprendí por no imprimirle más entusiasmo a mis palabras.

Para hacerme sentir más culpable, al día siguiente un mensajero apareció en mi puerta con un ramo de rosas rojas y una nota que rezaba: «Para mi futura esposa». No, Sergio no era muy original. Pero que hubiera tenido un detalle como ese, cuando nunca me había regalado flores, me sorprendió hasta tal punto que le devolví la llamada y me esforcé por centrarme en lo verdaderamente importante. Íbamos a casarnos en unos meses, a compartir nuestra vida, y yo quería que funcionase. Tenía que funcionar.

De mi hermana, por el contrario, no tuve noticias salvo por un mensaje en el que me comentaba que tenía que acompañarla a un sitio el viernes. Decir que no estaba preocupada por lo que hubiera planeado hubiera sido mentir descaradamente. Pero, como he dicho, mi máxima prioridad era salir ilesa, y sin ser despedida, después de esa semana infernal.

Al final lo conseguí y a cambio obtuve un dolor de espalda considerable y una propina de Vólkov que bien podría pagar parte de mis vacaciones de verano.

—¿Sabes algo de Leo? —le pregunté a Candela el viernes por la tarde cuando me la encontré sentada, en camiseta y bragas, en el salón de mi apartamento—. ¿Y se puede saber qué haces medio desnuda?

Puede que hubiera pensado en el agente Hernández más de lo debido y que mi voz tuviera un tono demasiado ansioso.

Bajó los pies de la mesa y esbozó una sonrisita maliciosa.

—¿Sabes? El orden de tus preguntas es bastante revelador.

Le tiré el bolso sobre el regazo y me fui directa al frigorífico. Madrid se había convertido en los últimos dos días en algo similar a un horno a plena potencia. Las previsiones decían que la ola de calor duraría hasta bien entrada la próxima semana. Me moría por una ducha y un refresco saturado de hielo, aunque puestos a pedir hubiera deseado meterme en el congelador y pasar allí todo el fin de semana.

Me serví la bebida y me deshice de la falda de tubo con la que había ido a trabajar, lo cual resultó tan placentero que no pude evitar que se me escapara un gemido.

—Deberías darte una buena ducha y arreglarte un poco.

—Hoy no, Candela, de verdad —protesté—. Sea lo que sea que hayas planeado puede esperar.

Se recostó sobre el respaldo del sillón con toda la tranquilidad del mundo. Nada de quejas ni de insistir hasta el agotamiento.

—Vale.

Fruñí el ceño. Allí había gato encerrado, seguro.

—Candela, escúpelo —le exigí, mientras me pasaba el vaso helado por las mejillas para refrescarme.

Se tomó su tiempo para contestar. Asió el mando de la televisión y fue cambiando de canal sin fijarse en lo que estaban poniendo. Pero si quería guerra, yo era una especialista en presentar batalla. Me acerqué hasta ella y, antes de que pudiese ponerse a cubierto, le metí un cubito de hielo por el escote. Sus gritos no se hicieron esperar.

—¡Joder! —exclamó, levantándose de un salto y tirando de su camiseta de forma frenética. Mis risas acompañaron a sus chillidos.

No paró hasta conseguir deshacerse del hielo. Me dejé caer en el sofá entre carcajadas mientras ella se dedicaba a lanzarme miradas que auguraban venganza.

—Creí que te vendría bien refrescarte.

Torció el gesto y se cruzó de brazos.

—Ya veremos quién de las dos acaba la noche más necesitada de una ducha fría.

—Candela... —la amonesté.

—Yo que tú comenzaría a vestirme, a no ser que quieras que Leo te encuentre en bragas.

Aunque igual no es mala idea...

El cansancio que había ido acumulando durante la semana se esfumó por completo. De repente estaba lúcida y dispuesta para correr un maratón. Mi cuerpo, una vez más, me traicionaba de la forma más vil.

Candela no pasó por alto el cambio en mi expresión.

—Os estáis poniendo muy serios —comentó sentándose a mi lado—. Y yo que pensaba que no pasaríais del primer revolcón.

—¡Candela!

—¡¿Qué?! Si saltan chispas entre vosotros cada vez que estáis en la misma habitación.

Me tragué el resto del refresco de un sorbo. Solo de pensarlo...

—No me ayudas en nada. —Metí la cabeza entre las rodillas e intenté respirar con normalidad.

¿Era así como se sentían los que echaban una última cana al aire antes de casarse? ¿De eso iba todo aquello? ¿De saborear una vez más la libertad antes de perderla? Porque la idea me hacía sentir despreciable. Y lo peor de todo era que no podía dejar de pensar en ello.

—¿Qué hay de Rubén? —la interrogué, solo para no seguir hablando de mí.

—No cambies de tema.

Detecté un matiz nervioso en su voz. Resultaba irónico que no dejara de presionarme con Leo y ella misma fuera incapaz de tomar las riendas de su vida amorosa. Al menos yo tenía una buena excusa.

—Vamos, Candela, si alguien debería lanzarse, eres tú.

—Leo va a pillarte medio desnuda —replicó, ignorando mi comentario.

—¡Pues que lo haga! —exclamé a voz en grito.

Alcé la cabeza y mis ojos tropezaron con el ramo de rosas, que había empezado a marchitarse más rápido de lo normal debido al intenso calor. Me quedé mirándolo fijamente y me pregunté si era algún tipo de premonición. Si, al igual que las flores, el amor que había sentido por Sergio se apagaba día tras día y terminaría reseco y sin vida.

Mi hermana terminó confesando que Leo había llamado para cobrarse el pago de nuestra apuesta y ella había aceptado en mi lugar. No sé durante cuánto tiempo le estuve reprochando su insensatez, pero lo más preocupante fue que me lanzara con tanta alegría en dirección al baño y luego incluso le pidiera su opinión respecto a la ropa con la que debería ir vestida. Todo ello sin dejar de gritarle. Me estaba convirtiendo en una hipócrita.

—¿Qué tal?

Avancé hasta quedar frente a ella. Me había decidido por un vestido blanco de lino, corto y sin mangas, y unas sandalias con poco tacón. Mis pies no soportarían otro maltrato esa noche. Llevaba el flequillo peinado hacia un lado y el maquillaje justo para no parecer un muerto viviente.

—¿Y bien? —la apremié—. Esto es una locura...

Di media vuelta, decidida a llamar a Leo y cancelar la cita. ¿En qué clase de persona me estaba convirtiendo? Era consciente de lo que provocaba en mí, de que salir con él no haría más que aumentar mis dudas.

—¿De qué tienes tanto miedo? —terció Candela, siguiéndome hasta el dormitorio.

—¿De tirar por la borda tres años de relación? ¿De hacerle daño a Sergio? ¿De cometer una locura y arrepentirme toda mi vida?

¿De que Leo me gustase más de lo que estaba dispuesta a admitir?

Me detuve frente al espejo, que me devolvió la imagen de una persona que ya no sabía si conocía. ¿Dónde había quedado aquella chica bocazas pero sensata de semanas atrás? La que había lucido con orgullo un anillo en su dedo y le había dado el «sí, quiero» a su novio sin pensárselo dos veces.

«Si lo hubieras pensado, igual no se lo hubieras dado».

—¿Y si es eso lo que tiene que pasar? ¿No te has planteado que puede que Sergio no sea para ti?

No contesté, pero aparté la mirada de mi reflejo, avergonzada.

—Pues quizás deberías afrontarlo y tratar de encontrar de una vez por todas una respuesta —apostilló. Me tendió el bolso y me empujó de vuelta al salón—. Solo sal y cumple con la promesa de cenar con Leo.

—¿Y qué hay de la promesa que le hice a Sergio?

—Esa, hermanita, va a tener que esperar hasta mañana.

Quise replicar, pero el sonido del portero automático que anunciaba la llegada de mi cita resonó por toda la casa como si del timbre final de un combate de boxeo se tratase. No supe si sentirme vencedora o, por el contrario, aceptar la derrota e irme a llorar a un rincón.

Al salir a la calle, Leo paseó la mirada por mi figura no una, sino dos veces, como si quisiera asegurarse de que estaba frente a él. Me hubiera sonrojado por la intensidad de su escrutinio, pero me entretuve dándole un repaso similar. Iba vestido de manera informal, con unos sencillos vaqueros y una camiseta blanca de cuello en pico, sobre esta lucía una camisa gris desabotonada y remangada hasta los codos. Aun así llamaba la atención de tal manera que atrajo las miradas de todas las chicas en un radio de cien metros a la redonda.

Lo más curioso es que no creía que fuera consciente de ello.

—¿No tienes calor?

—Ahora sí.

Esbozó una sonrisa traviesa, con las comisuras de los labios levemente elevadas, y entornó los ojos. Tenía que pedirle que dejara de hacer eso. Por algún motivo, cada vez que descubría esa expresión en su rostro, evocaba el momento exacto en el que nos habíamos besado. Y que decidiera que era el mejor momento para quitarse la camisa consiguió acelerarme el pulso y despertar un cosquilleo en la parte baja de mi vientre.

Tenía que admitirlo, ahora que lo conocía un poco más, la impactante primera impresión que había tenido de su apariencia se entremezclaba con la atracción que su carácter abierto y despreocupado ejercía sobre mí. Su cercanía bastaba para hacerme estremecer y para anhelar que sucedieran cosas que no deberían suceder entre nosotros.

El restaurante al que me llevó ofrecía una breve carta de platos italianos, pero, al menos los que probamos, estaban deliciosos. Leo rio complacido cuando gemí al mordisquear la *bruschetta* que había pedido.

Antes de tomar asiento se había acercado a mí para susurrarme al oído:

—Estás realmente preciosa.

Su voz se había filtrado hasta la zona más profunda de mi mente, esa en la que yo soñaba con arrancarle la ropa y tumbarlo sobre la mesa de un empujón. Me limité a sonreír y agarrar el bolso entre las manos como si de un escudo se tratase. Pero él fue mucho más allá. Inspiró despacio, sin separarse de mí, llenándose los pulmones con el aire que me rodeaba.

—Hueles a picante. —Fue hasta su silla y esperó a que yo me sentase para imitarme.

—¿Como el chili? —me aventuré a preguntar. Con las prisas, ni siquiera me había echado perfume. No tenía ni idea de a qué se refería.

Él negó, tomó la carta y se puso a ojearla antes de contestar.

—Como las cosas que sabes que podrían hacerte daño pero de igual forma no puedes evitar probarlas.

—Oh —me limité a contestar a su indirecta.

No obstante, él apoyó los codos sobre la mesa y sus ojos azules, oscurecidos por la iluminación del local, me traspasaron durante varios segundos. Si el ambiente entre nosotros ya estaba así de tenso en los entrantes, no quería ni pensar dónde acabaríamos cuando llegásemos al postre.

Agarré mi copa, le di un sorbo y dejé que el sabor del vino me llenara la boca.

—No sé si es muy apropiado lo que estamos haciendo —comenté, sin apartar la mirada del líquido borgoña.

—Es lo que hacen los amigos. Salir a cenar, pasar tiempo juntos, ¿no?

Alcé la vista. Leo me observaba impassible, sin dar muestras de comprender el verdadero sentido de mi comentario.

—Ambos sabemos que usted y yo no somos amigos, agente Hernández.

—¿Ah, no? —inquirió, y supe que entendía a la perfección a qué me refería.

Le dediqué una sonrisita suspicaz, esa que normalmente reservaba para mi jefe.

—Los amigos no suelen terminar en situaciones... incómodas. Ya sabes, nada de jadeos y frotamientos.

Leo, que bebía en ese instante de su copa, estuvo a punto de escupir parte del vino y se puso a toser. Me dieron ganas de golpearle la cabeza contra la mesa. Mi discreción dejaba bastante que desear.

—Me encanta —dijo una vez repuesto del ataque de tos.

Enarqué las cejas y él rio.

—¿Lo de los jadeos y frotamientos? —insistí—. Ya, y a quién no.

En vez de arreglarlo, mi boca parecía empeñada en hundirme más. Pero él negó de nuevo.

—Eso también, pero me refería a que me maravilla la forma que tienes de sorprenderme, el desparpajo del que te valiste el día que nos conocimos para que no te multara.

—No lo hice adrede —apunté.

—Lo sé, y eso es lo que te hace aún más encantadora.

El camarero se acercó para retirar los entrantes y servirnos el primer plato, aunque no le presté la más mínima atención. Pero la interrupción le valió a Leo de excusa para cambiar de tema. Charlamos mientras degustábamos el menú y, a pesar de que la conversación derivó hacia temas banales y menos comprometidos, el ambiente que nos rodeaba, e incluso nosotros mismos, parecía estar cargado de cierta expectación. Tenía la sensación de que, hiciera lo que hiciera, la tormenta que crecía en mi interior se convertiría en un huracán y me arrastraría sin remedio.

—Necesito vendarte los ojos —me explicó de regreso a su coche.

Me detuve en seco y miré alrededor. Había anochecido y, aunque la elevada temperatura invitaba a refugiarse en algún lugar provisto de aire acondicionado, la céntrica calle en la que nos encontrábamos bullía con el trasiego típico del fin de semana. Su proposición avivó mi imaginación, y no es que yo necesitara mucho para que esta se desbocara. Casi podía verle agitando en el aire las esposas y a mí sucumbiendo a él sin reparos.

Debería haber pensado en Sergio, en mi compromiso. Debería haberme negado e incluso mostrarme ofendida. Pero cuando se trataba de Leo había descubierto que el *deber* era un concepto abstracto y vacío que se diluía al ritmo de sus sonrisas. Eso no evitó que me sintiera mal.

—Una cena. Fue cuanto te prometí —aduje, poco convencida de lo que decía.

Tomó mi mano y me ayudó a subir al coche. Me pregunté si siempre era tan caballeroso o solo buscaba tocarme para aumentar mi nerviosismo. Estaba segura de que era consciente de que con cada roce de su piel me enviaba un poco más cerca del abismo, es decir, de sus labios.

—Deja de imaginar obscenidades —protestó, divertido—. Solo quiero enseñarte un sitio antes de llevarte a casa.

—La última vez que dijiste eso acabé con los vaqueros empapados en agua helada.

Sus carcajadas no resultaron tranquilizadoras. Rebuscó en la parte trasera del vehículo hasta dar con una cinta negra y permaneció a la espera. Por un momento sentí que la decisión que estaba tomando iba más allá de permitirle taparme los ojos. Que habíamos alcanzado un punto de no retorno, más allá del cual, seríamos incapaces de detenernos.

—Confía en mí —rogó, si bien en esta ocasión era él el que no parecía convencido de sus palabras.

Y aun así, me dejé llevar. Le permití cegarme porque, en realidad, lo único que deseaba era perderme con él y en él, aunque eso supusiera también perder todo lo demás.

No supe cuánto tiempo transcurrió hasta que el vehículo se detuvo de nuevo, pero, una vez que lo hizo, Leo no permitió que me deshiciera de la venda. Me sacó del habitáculo y me alzó en brazos sin previo aviso. Su aroma a cítricos me llenó la nariz. Percibía los músculos de su pecho tensos por el esfuerzo y, aunque no podía verlo, estaba bastante segura de que su boca se encontraba a pocos centímetros de la mía.

Mi corazón palpitaba descontrolado. Aún sumida en una total oscuridad, la imagen del rostro de Leo se perfilaba tras mis ojos con una precisión insuperable. Me pareció una estupenda metáfora de lo que me estaba sucediendo. Él me tentaba desde el lado oscuro, atrayéndome de forma irremediable, y a pesar de que la luz representaba la seguridad, lo conocido, anhelaba traspasar la frontera de lo prohibido como no había anhelado ninguna otra cosa antes.

Varios minutos después se detuvo y le escuché murmurar algo entre dientes.

—¿Con quién hablas?

—Con nadie —respondió con rapidez, lo que me dio a entender que estaba mintiendo.

El ruido del tráfico había menguado hasta casi desaparecer y el aire olía a humedad. Mis pies resbalaron al tocar el suelo y Leo me agarró de los brazos para estabilizarme. Decir que la situación resultaba rara era quedarse corta, muy corta. Pero, por alguna razón desconocida, no estaba nerviosa, no al menos de la manera en que debía estarlo teniendo en cuenta las circunstancias.

—¿Preparada?

—No —respondí. Aunque en realidad hubiera querido decirle que para lo que no estaba en absoluto preparada era para lo que él me hacía sentir.

Retiró la venda con lentitud y parpadeé hasta que mi visión se aclaró. No sé qué esperaba encontrar, pero todo lo que nos rodeaba era de lo más normal: el río, varias explanadas de césped, árboles y, más allá de estos, edificios de ladrillo rojo. El único detalle que llamó mi atención fue un puente que simulaba una especie de túnel y cuya iluminación se reflejaba en el suelo por debajo de él.

—¿Dónde estamos?

El vestido se me pegaba a las piernas. Bajé la mirada y me encontré con que mi resbalón había sido debido a que nos encontrábamos en mitad de un inmenso charco. Seguía sin comprender cuál era el propósito de Leo al llevarme hasta allí.

No me dio tiempo de insistir. Antes de que pudiera decir nada más, del suelo brotaron varios chorros de agua pulverizada. Se me escapó un grito, o varios, mientras el agua empapaba por completo mi vestido y la ropa de Leo. No pareció importarle, estaba ocupado riendo a carcajadas mientras contemplaba la lucha inútil que mantenía con la fuente.

—¡Estás loco! —le grité, con el pelo chorreando y pegado a la frente.

En cuestión de segundos me había transformado en *Miss camiseta mojada*, con lo que ello conlleva. La fina tela que me cubría dejaba traslucir incluso un lunar que tenía cerca del ombligo.

No tardé en reconocer el lugar. No había estado allí nunca, pero había oído hablar de la famosa playa de Madrid. El sitio se construyó años atrás en un intento por dotar a la ciudad de un espacio donde sus habitantes pudieran refrescarse en los días más calurosos. No era una playa de verdad, pero, dada la experiencia que estaba viviendo, cumplía su función.

No me quedó más remedio que unirme a sus risas.

—¿A quién has tenido que sobornar?

—Tengo mis recursos —se jactó, encantado con mi reacción—. Cierra los ojos.

Tiró de mí y me hizo caminar entre los chorros; mi espalda reposaba sobre su pecho y sus labios rozaban mi cuello. Y mientras el agua me enfriaba la piel, las caricias de Leo sobre mi estómago contrarrestaban su efecto e incendiaban mi cuerpo.

Abrí los ojos y me deshice de sus brazos. Eché a correr, a riesgo de terminar con el culo en el suelo. No me importaba si acababa dando con mis huesos sobre el pavimento. Estábamos envueltos por una nube de gotitas que desdibujaba nuestras siluetas y el eco de su risa resonaba en mis oídos con tanta fuerza que sentía que no podía pasarme nada malo. La situación resultaba irreal, como si de un sueño se tratase. Durante un rato solo fuimos dos críos jugando a perdernos y encontrarnos. Puede que eso fuera justo lo que habíamos sido desde el momento en que nos habíamos conocido.

Los nebulizadores dieron paso a potentes chorros y nuestros juegos se convirtieron en una batalla abierta para ver quién de los dos salpicaba al otro con más ímpetu, aunque ya estuviéramos empapados de pies a cabeza. Bañé su cara de un manotazo y él alzó las manos suplicando una tregua. Para demostrar que se rendía se situó sobre uno de los chorros y dejó que el agua resbalara por su cuerpo sin oponer ningún tipo de resistencia. El espectáculo consiguió que se me secara la garganta.

—Está bien —aceptó—. ¡Tú ganas, pequeña delincuente!

Empezaba a gustarme que me llamara así. El mote que me había adjudicado me hacía recordar todos y cada uno de los instantes que habíamos compartido hasta ahora. Jamás me había sentido tan viva, tan capaz de cualquier cosa, como a su lado.

Aproveché que me había quedado inmóvil, contemplándolo, para acercarse a mí. Y antes de que pudiera hacer nada por evitarlo me atrapó entre sus brazos, pecho contra pecho y con su rostro a solo un suspiro de distancia. Me alzó en vilo y giró sobre sí mismo hasta que la sorpresa dio paso a una nueva avalancha de carcajadas. Deseé permanecer allí y que el sol nos encontrara entrelazados al amanecer, ajenos al resto del mundo.

—¿Por qué siempre que estamos juntos acabamos mojados? —inquirí, con la mirada fija en su boca, incapaz de ignorar el reclamo que suponía para mí.

Se detuvo y me hizo resbalar hasta que mis pies tocaron el suelo. El movimiento se convirtió en una caricia sensual y mis piernas amenazaron con no sostenerme.

«Bésalo de una vez», berreó mi Pepito Grillo, pasándose de forma definitiva al lado oscuro y exigiendo lo que yo ni siquiera me atrevía a pensar.

—Tu pregunta está abierta a muchas interpretaciones —terció él. Sus manos pasaron de mi espalda a sujetar mi cara. Me obligó a mirarle a los ojos y, en cuanto atisé el brillante azul de sus iris, supe que estaba perdida—, y estoy bastante seguro de que todo lo que diga podría ser utilizado en mi contra.

—Siempre puedes pedir un abogado.

Se inclinó sobre mí y el roce de sus labios envió los restos de mi cordura fuera de mi alcance. Los chorros de agua variaron de nuevo, convirtiéndose en una lámina horizontal a ras del pavimento, pero ninguno de los dos se movió. Yo no hubiera podido aunque lo hubiera intentado. Alejarme de él era lo último que deseaba. Me sentía anclada a él de maneras que ni siquiera podía comprender.

—Creo que no lo voy a necesitar —murmuró y, sin perder ni un segundo más, se abalanzó sobre mis labios.

Me besó con la misma voracidad que la vez anterior, transformando mi deseo en una necesidad apremiante. Permití que su lengua irrumpiera en mi boca mientras mis uñas se

clavaban en su espalda, y el jadeo que escapó de sus labios fue la señal que ambos esperábamos para abandonarnos del todo y eliminar el muro que contenía nuestras emociones.

—Si no me pides que pare ahora, no voy a ser capaz de detenerme —gimió contra mi cuello, luchando por controlarse.

Sus manos descendieron por mis costados y se colaron bajo la falda del vestido. Me apretó más contra él. Ni siquiera pude contestar. No quería que parara, no quería dejar de sentir su piel contra la mía, su sabor en mi boca. Y necesitaba más, mucho más, todo lo que estuviera dispuesto a darme.

Pero la verdadera pregunta era: ¿cuánto estaba dispuesta a entregarle yo?

—¿Laura? —insistió el policía.

Por toda respuesta adelanté mis caderas y busqué sus labios. Profundicé en el beso hasta que quedó claro que lo único que iba a poder calmarme era llegar hasta el final con él. No obstante, aunque el gemido que exhaló Leo resultó de lo más prometedor, me sorprendió que me tomara de los hombros y diera un paso atrás para separarse de mí.

—¿Qué pasa?

Respiraba de forma acelerada y yo no estaba mucho mejor. La piel me ardía y el deseo se había convertido en una bestia feroz imposible de aplacar. Hubiera empezado a gimotear de no ser porque Leo esbozó una sonrisa torcida, me cargó sobre su hombro y echó a andar deprisa en dirección al coche.

—Vamos a hacer esto bien —señaló, y su voz fue poco más que un gruñido—. En mi casa. Tú y yo. Toda la noche.

—No tienes que decírmelo dos veces —balbuceé.

No veía más allá del momento en el que me cubriera con su cuerpo, de ese instante íntimo en el que mis fantasías se convirtieran en realidad.

El trayecto entre Madrid Río y su casa podría haber resultado eterno, pero habíamos llevado tan al límite la situación entre nosotros que cualquier gesto del otro se transformaba en una provocación.

—Ten, ponte esto.

Rescató su camisa del asiento trasero y me la tendió. Acto seguido arrancó y salió del aparcamiento con tanta precipitación que podía apostar a que las huellas de los neumáticos habían quedado impresas en el asfalto.

A pesar del calor del ambiente y del que emanaba mi piel, mi vestido chorreaba y empapaba el asiento. Sin pensarlo dos veces me lo saqué por la cabeza, exponiendo el conjunto blanco de encaje que había elegido para llevar bajo él. Leo apartó la vista de la carretera para mirarme.

—No creo que lleguemos a mi casa si sigues desnudándote —apuntó, y apretó el volante hasta que sus nudillos perdieron todo el color—. Conseguirás que tengamos un accidente.

Puede que me hubiera vuelto loca, porque sus protestas no hicieron más que alentar a la niña traviesa que creía haber dejado atrás hace años. Me vestí con su camisa y, cuando Leo empezaba a relajarse, elevé las caderas y me saqué las braguitas por las piernas.

Soltó el aire de golpe y yo no pude hacer otra cosa que reír, más aún cuando me percaté de cómo se retorció buscando un hueco que ya no existía en sus pantalones.

—Vas a matarme —aseguró, y lo siguiente que supe es que su mano ascendía por la cara interna de mi muslo.

Me lanzó una mirada hambrienta, repleta de desesperación, y todo mi cuerpo vibró al percibir la intensidad de su deseo. No podía creer que estuviéramos haciendo aquello, que nos hubiésemos lanzado en una carrera que terminaría, con toda probabilidad, con él moviéndose

dentro de mí, acariciando, besando, lamiendo...

Su mano recorrió mi pierna y se perdió bajo la tela de la camisa. Dejé de respirar, a la espera de su siguiente movimiento, muriendo por que me tocara. Dudaba de que, en toda mi vida, hubiera ansiado las caricias de ningún hombre como las de él. Sin mediar palabra ni apartar la vista del tráfico, sus dedos se hundieron en mi interior, arrancándome un jadeo. El calor se extendió desde la parte baja de mi vientre en todas direcciones, seguido de un estremecimiento de placer al que respondí abriendo más las piernas y adelantando las caderas para darle un mejor acceso.

—Enseguida llegamos —murmuró para sí mismo.

No supe si se refería al coche o a mí, pero si no dejaba de acariciarme estaba segura de que no tardaría demasiado en alcanzar el orgasmo. Cerré los ojos y me aferré al borde del asiento. A mi lado, la respiración de Leo no era más que una serie de jadeos entrecortados. El movimiento de sus dedos se aceleró y creí que me volvería loca. Aunque si lo pensaba bien, debía haber traspasado los límites de la razón hace tiempo.

—Leo... —Su nombre no fue más que un gemido ronco.

Abrí los ojos para mirarlo.

Él no dijo nada. Se concentraba en controlar el vehículo y agradecí que fuera él quien condujera, porque de ser yo a estas alturas ya nos hubiéramos salido de la carretera. Ni siquiera sabía dónde estábamos a pesar de que los edificios que íbamos dejando atrás me resultaban vagamente familiares.

En algún momento accedimos a un garaje. Mi cerebro se había desconectado y todo cuanto sabía es que mi cuerpo estaba a punto de estallar en llamas. Leo ni siquiera se molestó en parar el motor. La puerta aún no se había cerrado detrás de nosotros y ya lo tenía inclinado sobre mí. Me abrió la camisa de un tirón y varios botones salieron volando. Sus labios apresaron uno de mis pezones. Lo succionó con fuerza, hasta que resultó casi doloroso, a la vez que hundía dos de sus dedos de nuevo en mi interior. Alcancé el orgasmo en cuestión de segundos y estaba segura de que Leo pudo percibir el momento exacto en el que esto sucedió porque no pude evitar decir su nombre entre gemidos, sin importarme las consecuencias de lo que acababa de suceder entre nosotros.

Me relajé sobre el asiento, exhausta pero satisfecha. No obstante, Leo parecía decidido a no darme tregua.

—Ni por asomo creas que he acabado contigo —señaló—. Laura... —El tono de duda en su voz me hizo levantar la cabeza para enfrentarme al mar azul de sus ojos—. No quiero seguir portándome bien. No puedo.

Había una súplica velada en su voz y le costaba articular las palabras. Me conmovió que, aunque su excitación resultaba obvia, fuera capaz de apartarla a un lado y quisiera darme la oportunidad de no seguir adelante. Lo que él no sabía era que yo no quería detenerme, que lo único que había conseguido era incrementar mi necesidad. Que más allá de aquel garaje oscuro el mundo podía irse al infierno porque en ese instante todo lo que deseaba era que volviera a besarme.

—Lo que ha ocurrido... —Hice una pausa y él se encogió, como si temiera lo que fuera a decir a continuación—. No creo que pueda decirse que sea comportarse —bromeé.

Él, sin embargo, no reaccionó. Permaneció con los labios entreabiertos a pocos centímetros de mi boca y, durante unos segundos, compartimos el mismo aire. Habíamos roto las reglas y traspasado la línea, y yo quería más. Lo quería todo. Necesitaba más de él, más de nosotros.

«Nosotros. No hay un nosotros».

Me estampé contra su boca para no tener que pensar en ello. Acaricié su labio inferior con la lengua para luego mordisquearlo y Leo emitió un gruñido.

—Sal del coche —me ordenó, aunque no hizo nada por separarse de mí.

El matiz autoritario que empleó me recordó a nuestro primer encuentro, y no pude evitar soltar una carcajada que se perdió en el interior boca.

—Lo que usted diga, agente Hernández.

Aproveché su desconcierto para abrir la puerta y deslizarme fuera del vehículo. Leo titubeó unos instantes.

—Tengo que aparcar.

Asentí y cerré la puerta, pero no se movió. No dejaba de mirarme a través de la ventanilla del copiloto. Bajé la vista y comprendí qué era lo que tanto llamaba su atención. Llevaba puesta su camisa pero casi todo mi torso estaba a la vista, tan solo los dos últimos botones se habían salvado de su salvaje ataque. Me sonrojé, aunque ya fuera un poco tarde para mostrar vergüenza, y tiré de la tela para cubrirme el pecho.

—Aparcar —repitió, saliendo del trance.

Me mordí el labio para no echarme a reír y observé cómo maniobraba de forma precipitada. En dos ocasiones estuvo a punto de rozar el lateral contra una columna, tal era su nivel de

ansiedad. Paró el motor y saltó del coche como si este se hubiera incendiado, pero se detuvo a dos metros de mí. Volví a tirar del dobladillo de la camisa, esta vez hacia abajo, para tapar mis piernas. Apenas llegaba al comienzo de mis muslos. Me sentía ridícula vestida tan solo con aquella prenda y los zapatos de tacón. Y mi pelo, aún húmedo, debía de haberse convertido en una maraña descontrolada.

—Estás jodidamente sexy —afirmó, mostrándome una de sus amplias sonrisas, con hoyuelos incluidos.

Me sorprendió escucharle soltar un taco, pero mentiría si dijera que no me excité por su comentario. Eliminó la distancia que nos separaba con tan solo dos zancadas, me agarró de la mano y tiró de mí. No opuse la menor resistencia.

Llegar hasta su piso constituyó una verdadera prueba de fe y tuvimos suerte de no cruzarnos con ningún vecino. En cuanto hube puesto un pie en el ascensor, Leo me acorraló contra una de las paredes y no permitió que me diera la vuelta. Con una mano descubrió mi hombro y dejó un reguero de besos desde este hasta alcanzar el hueco detrás de mi oreja. Percibía su pecho, apoyado en mi espalda, subir y bajar a una velocidad vertiginosa.

No alcanzamos la cama, ni siquiera llegamos a entrar en el dormitorio. Accedimos a su casa como un torbellino, devorándonos mientras nos desnudábamos. Tiramos al suelo un perchero que había al lado de la entrada, su camiseta voló a una esquina y al pasar por delante de la barra americana que separaba el salón de la cocina, me alzó en vilo y me sentó en ella.

Mentiría si dijese que me fijé en algo de lo que me rodeaba. No reparé en el mobiliario ni en la decoración, todo lo que podía ver era a Leo desnudo de cintura para arriba y con los pantalones colgando de las caderas. Sus ojos oscurecidos por el deseo, los labios hinchados y enrojecidos y esa maldita sonrisa que podría derretir el Polo Norte con muchísima más rapidez que el agujero de la capa de ozono.

—No te muevas.

Salió corriendo por el pasillo y desapareció en el interior de una de las habitaciones para reaparecer apenas unos segundos más tarde con algo en la mano. Alcé una ceja —sí, solo una, por fin había aprendido a hacerlo— y solté una risita al ver que había cogido una caja de preservativos entera. Ni siquiera había retirado el envoltorio.

—Te veo muy optimista —me burlé, mientras desabrochaba los dos botones de la camisa que quedaban y la dejaba caer hacia atrás.

—Nunca se sabe, pequeña delincuente. Lo que sí sé es que no pienso volver a separarme de ti en lo que resta de noche —confesó, siguiendo el movimiento de la prenda hasta que esta reposó sobre el suelo—, ni siquiera para ir hasta la habitación de al lado.

—Bien.

—¿Bien? —Sus labios se curvaron en una sonrisa y me descubrí deseando que ese instante durara para siempre.

Ya no se trataba solo del ansia que rugía en mi interior ni de la intensa atracción que Leo ejercía sobre mí. Aquello era más que puro sexo, aunque me empeñara en disfrazarlo de ello. Él y yo conectábamos, era demasiado fácil para nosotros estar juntos, mucho más de lo que me hubiera gustado.

Alcé la mano y dibujé el perfil de sus labios. Me agradó ver cómo se estremeció cuando lo toqué. Y ese sencillo gesto puso fin a la tregua. Leo me agarró de las caderas y me atrajo hacia él, situándose entre mis piernas, y de repente sus manos estaban por todos lados, recorriendo cada centímetro de mi piel.

Mientras le besaba y nuestras lenguas se entrelazaban en una lucha frenética, desabroché su

pantalón, que cayó de inmediato al suelo. Ahogué un gemido al comprobar que no llevaba ropa interior. Y cuando digo comprobar, me refiero a que mis manos tropezaron, literalmente, con su erección.

Aquello fue demasiado para Leo. Emitió un profundo jadeo y cerró los ojos. Ser capaz de provocarle semejante nivel de excitación aumentó la sensación de urgencia que me rondaba desde que nos habíamos subido al coche. Me tumbé hacia atrás y Leo comprendió enseguida lo que le estaba pidiendo. Lo quería dentro de mí y no estaba dispuesta a esperar un segundo más. No tuve que hacerlo. Leo me penetró despacio y creo que ambos contuvimos el aliento a la vez. No respiramos hasta que nuestros cuerpos se acoplaron por completo. Encajamos, y me di cuenta de que, en el fondo, no podía ser de otra forma.

—Llevo semanas soñando con esto —susurró en mi oído.

Acto seguido comenzó a moverse con una lentitud desesperante. Yo bordeaba el precipicio y él continuaba tomándose su tiempo, conteniéndose para asegurarse de que disfrutaba tanto como él. Deslicé las manos por encima de mi cabeza hasta alcanzar el borde de la barra y me sujeté con firmeza. En cuanto se retiró, lo atraje con las piernas y alcé las caderas para recibirlo. El movimiento amenazó el auto control que trataba de mantener.

—Laura —pronunció mi nombre con un gruñido ronco y gutural.

—No aguanto más —gimoteé sin pudor.

Lo agarré del cuello y lo obligué a inclinarse para poder alcanzar sus labios. Mientras lo besaba, capté la sombra de una sonrisa.

Clavó los dedos en mi cintura y aceleró el ritmo. Con cada embestida todo mi cuerpo se estremecía, hasta que un latigazo de placer me sacudió y tuve que cerrar los ojos, abrumada por la fuerza de la sacudida. Me mordí el labio inferior para no gritar, pero Leo continuó moviéndose, hundiéndose en mí una y otra vez. Finalmente, su cuerpo entero vibró y se desmoronó contra mi pecho.

—Ha sido increíble —comentó, cuando recuperó el aliento—. Tú eres increíble.

Comenzó a trazar círculos alrededor de mi ombligo y fue depositando pequeños besos sobre mi piel caliente. Hundí las manos en su pelo y lo acaricié con mimo. Me había acostado con Leo. Era un hecho que acababa de traicionar a Sergio. Pero entonces, ¿por qué me sentía tan bien? ¿Por qué estaba deseando abrazarme a él, besarle de nuevo, volver a empezar, y seguir perdiéndome en él otra vez hasta que el agotamiento no me permitiera continuar?

—¿En qué piensas?

Me incorporé sobre los codos para mirarlo. Resultaba curioso que fuera él quién hiciera esa pregunta porque por norma general era la chica la que solía plantearse ese tipo de cuestiones. Me observó con una expresión cautelosa, como si esperase que de un momento a otro fuera a bajarme de la barra de un salto y salir corriendo de allí.

No sé qué debió de ver él en mis ojos, pero no esperó una respuesta sino que tomó mi rostro entre las manos y me besó. Fue un beso largo y profundo, sin prisas, como si estuviera disfrutando de mi sabor y quisiera grabarlo a fuego en su memoria.

En mi mente, que hasta entonces se había mantenido relativamente serena, se desató el caos. «Ay, madre, ¿qué estoy haciendo?».

Pero Leo atajó, sin ser consciente de ello, el amago de crisis.

—Ven aquí, preciosa. —Sus brazos me izaron sin esfuerzo y avanzó por el pasillo, directo hacia el dormitorio.

—Leo, yo...

No sabía muy bien qué decir. Allí, refugiada en su pecho, todo parecía más sencillo. No

había ningún «Y si»; solo su aroma y el latido de su corazón, y la sensación de que ese instante podía ser eterno. Un eterno segundo de felicidad.

El nuevo día nos sorprendió riendo bajo las sábanas. Tras el fogoso arranque de la cocina, volvimos a hacer el amor en su cama, esta vez de una forma más sosegada pero con idéntico resultado. Leo derrochaba ternura conmigo, era dulce pero apasionado, y cuando me miraba siempre descubría un brillo ansioso en sus ojos, como si los besos que no dejaba de repartir por mi piel no resultaran suficientes. Como si nunca se saciara.

Un rayo de luz penetró entre las finas cortinas blancas que cubrían el ventanal de su dormitorio y fue a parar sobre mi muslo. Leo yacía de lado junto a mí, apoyado sobre un codo, y sus dedos trazaron la zona de piel iluminada para luego ascender hasta mi cadera.

—Deberías dormir un poco —sugirió, y se inclinó para depositar un beso sobre mi estómago.

Él no parecía cansado en absoluto, pero yo empezaba a acusar la falta de sueño y luchaba por mantener los ojos abiertos. Me sentía tan bien observándolo, deslizando la yema de los dedos por su pecho, jugueteando con su pelo, que me resistía a dejarme vencer por el cansancio, no fuera que cuando despertara la complicidad hubiera desaparecido y me avergonzara de lo sucedido en las horas anteriores.

Leo fue ascendiendo por la cama hasta situar su rostro a la altura del mío. ¡Santo Dios! Estaba radiante. Su pelo lucía alborotado de un modo adorable y de sus labios colgaba una sonrisa torcida que atrajo de inmediato mi atención. Sopló sobre mi frente para apartar uno de mis mechones rebeldes.

—Tengo que darme una ducha.

—Ajá. —Asentí, con la vista fija en su boca.

Él soltó una carcajada.

—Si no me sueltas, no puedo ir hasta el baño. —Me sonrojé, abochornada, al darme cuenta de que una de mis piernas, sin pedirme permiso, se había enlazado en torno a su cintura y se resistía a dejarlo ir—. Entro a trabajar en menos de una hora.

Obligué a la extremidad rebelde a obedecer las órdenes de mi cerebro y puse los pies en el colchón, justo a los lados de su cuerpo. Había dado por supuesto que íbamos a permanecer encerrados en aquella habitación. Si por mí fuera, podría quedarme allí los siguientes dos o tres meses, alimentándome únicamente de sus besos. Sí, sonaba muy cursi, pero no os imagináis lo placentero que resultaba imaginarlo.

Pero había un mundo real tras esas cuatro paredes, un mundo al que yo me resistía a regresar. Me daba la sensación de que en los últimos días todo lo que había hecho era huir.

—Puedo dejarte algo de ropa si quieres —sugirió, mientras la realidad comenzaba a alcanzarme.

¿Sería esa una manera delicada de insinuarme que debía largarme de su casa? Nos habíamos acostado. Había superado el reto de llevarse a la futura esposa de otro a la cama y puede que ese fuera el final de nuestra historia. Me pregunté si lo siguiente que oiría sería un *ya nos veremos por ahí* o un *ha estado bien*, y el pensamiento me produjo un extraño dolor en el pecho.

—Sí, eso ayudaría —contesté, distraída, con la vista fija en el techo.

Leo percibió que algo no iba bien y su frente se pobló de arrugas. Tomó mi barbilla entre los dedos y me obligó a mirarle. Encontrarme con sus chispeantes ojos azules me hizo sentir terriblemente culpable.

—¿Estás bien?

Asentí, pero no debí de convencerlo. Echó un vistazo rápido al despertador de la mesilla y de repente pareció agotado.

—Tengo que irme, pero podemos hablar luego. —Depositó un beso en mi frente con una ternura infinita—. Me encantaría que estuvieras aquí cuando regresara.

¿Me estaba pidiendo que me quedara a dormir? ¿Que lo esperara en su casa? ¿Lo había malinterpretado? Mi boca se abrió y yo ni siquiera había decidido qué iba a decirle, no al menos de forma consciente.

—Bien.

Él sonrió, mostrándome sus espectaculares hoyuelos, y mi corazón se aceleró. Me mordí el labio inferior, indecisa. Puede que no debiera esperar, puede que fuera el momento ideal para huir, marcharme corriendo y no mirar atrás. Olvidar las últimas horas y convencerme de que nunca había habido nada entre nosotros, que seguía firmemente enamorada de Sergio. Pronunciar el nombre de mi prometido, aunque solo fuera en mi mente, dejó un regusto amargo sobre mi lengua. Apenas me había acordado de él en toda la noche, ni de Cooper (ya que estábamos hablando de las cosas importantes en mi vida), que seguía en el taller; ni de otra cosa al margen de Leo.

Emití un gemido involuntario y volví al presente. Leo había hundido el rostro en el hueco de mi cuello y su lengua trazaba deliciosas líneas sobre mi piel, excitándome de nuevo. Su mano bajó por mi costado y fue a parar a mi muslo. La piel se me erizó.

—Duerme un poco, estaré aquí antes de que puedas darte cuenta de que me he marchado.

No me dio tiempo a protestar o negarme. Me sujetó las manos por encima de la cabeza y sus labios apresaron mi boca. No tuve más opción que rendirme ante él y devolverle el beso. Pasó varios minutos torturándome, alternando los besos con pequeños mordiscos, hasta que fue evidente que iba a necesitar una ducha fría para recobrar la serenidad antes de marcharse.

Escapó de la cama de un salto y yo hice un puchero, mientras que dejaba mi vista vagar por su cuerpo. Tenía un aspecto envidiable. Hombros anchos y bien formados, un pecho firme con músculos perfilados, incluso se le marcaba una V perfecta en la parte baja del estómago. Tan solo llevaba puestos unos bóxer que apenas si contenían su potente erección. Cuando se percató de la forma en que lo estaba mirando soltó una risita entre dientes y yo me sonrojé, avergonzada, aunque lo que en realidad deseaba era que volviera a meterse en la cama y pusiéramos remedio a la tensión que acumulaba de cintura para abajo.

—Tengo que ducharme —repitió, pero su expresión decía otra cosa.

—Llegarás tarde.

Se pasó la lengua por el labio inferior y lo mordisqueó sin dejar de observarme. Tras unos segundos de duda, me tendió la mano.

—No si te duchas conmigo. Por favor. —Que me rogara con ese tono grave y ansioso me hizo sonreír.

No pude decirle que no. Salí de la cama, desnuda, sin rastro de la vergüenza que solía ser propia de mí. En otras circunstancias —o más concretamente con otra persona—, hubiera usado la sábana para taparme. Pero el policía me trastornaba de tal manera que suprimía incluso mis reacciones más instintivas.

Leo ladeó la cabeza y silbó por lo bajo. Sentí su mirada deslizarse por mi pecho, mis caderas y mis piernas como si de sus manos se tratase, y mis pezones reaccionaron endureciéndose. No le pasó desapercibido.

—Tú primero. —Se apartó a un lado para dejarme pasar.

Creo que estaba conteniéndose para no tocarme por miedo a que acabáramos haciéndolo de

nuevo sobra la alfombra y que no llegáramos nunca al baño. Salí al pasillo, con él a mi espalda, y me indicó una de las puertas.

—Tienes razón. Llegaré tarde —admitió una vez que ambos estuvimos dentro de la bañera y con el agua cayendo sobre nuestras cabezas.

Me agarró de la nuca y pegó su pecho al mío. Luego me empujó con delicadeza hasta que mi espalda quedó apoyada en la pared y me separó las piernas con la rodilla. Comencé a temblar como una cría, como si no hubiéramos pasado la noche perdidos en la piel del otro. Y el temblor se incrementó cuando la mano que tenía sobre mi cadera se movió hacia abajo. Contuve el aliento hasta que me rozó la entrepierna y solté todo el aire de golpe. Él retiró la mano de inmediato.

—¿Estás... dolorida? —inquirió con expresión culpable.

Lo estaba. En realidad sentía molestias en partes de mi cuerpo que no imaginé que pudieran doler. La sesión de sexo había sido salvaje, luego tierna, y luego salvaje de nuevo. Pero las endorfinas hacían un trabajo excelente y la pesadez de mis músculos resultaba reconfortante.

—Tal vez un poco —admití sonriendo. Él asintió e hizo ademán de separarse de mí, pero lo agarré del brazo y no se lo permití—. Pero no tanto —añadí, y sus ojos se incendiaron.

Las comisuras de sus labios se elevaron y el deseo se enroscó entre mis piernas. El agua le caía sobre el pelo, el cuello y los hombros, resbalando luego por la piel bronceada de su pecho. No pude evitar devolverle la sonrisa al pensar en que el agua parecía formar parte de la mayoría de nuestros encuentros.

Le rodeé el cuello con los brazos y me apreté contra él, que gimió al sentir mis pezones contra su pecho. Me puse de puntillas y pasé la lengua por sus labios, arrancándole otro jadeo. Me encantaban las reacciones que provocaba en él. Me sentía dueña y señora de su voluntad, aunque supiera que no poseía derecho alguno sobre él. Que no era mío y yo no era suya. Puede que fuera yo la que estuviera dejándome influir por el tabú que representaba estar juntos. Definitivamente, acababa de ingresar en el club de las arpías.

Aparté el pensamiento antes de que las dudas retornaran a mi mente y me obligaran a salir corriendo y, decidida, lo guié a mi interior.

Un nuevo gemido, gutural y profundo.

Me hizo retroceder hasta que mi peso reposó en la pared. Alcé la pierna y la enlacé en torno a su cintura. Leo adelantó su caderas y se hundió más profundamente en mí, y esta vez fui yo la que jadeé.

—No te imaginas lo que bien que se siente... —farfulló, con los párpados apretados y una intensa expresión de placer en el rostro.

—Sí, sí que lo hago —repuse con la respiración tan acelerada como la suya.

La vehemencia de mi comentario le hizo abrir los ojos para mirarme. Mis latidos redoblaron su velocidad al enfrentarme a la pasión que los desbordaba. Se movió adelante y atrás, saliendo y entrando de mí con premeditada lentitud y sin dejar de observar mi reacción. Le clavé las uñas en los hombros para evitar ponerme a gritar. Con cada embestida sentía que estaba a punto de partirme en dos, que el placer abriría una brecha en mi vientre y terminaría rota y desecha cuando alcanzara el orgasmo.

—¿Vas a quedarte? —me interrogó, y me pareció que había muchas más preguntas escondidas tras aquellas tres simples palabras.

A continuación me dio un beso, largo y profundo, sin permitir que contestara. No supe si para intentar convencerme de que accediera a permanecer en su casa o porque le inquietaba lo que pudiera responder.

Al despertar me encontré sola, tendida sobre las sábanas y con una pierna colgando del borde del colchón. Al menos no me había dado por vagar por la casa. Supuse que estaba demasiado cansada incluso para eso. Estiré los brazos por encima de la cabeza y mis músculos protestaron. Me sentía como si hubiera pasado las últimas horas disputando una maratón, lo que no se alejaba mucho de la realidad.

Dejé que mi mirada vagara por el dormitorio de Leo, absorbiendo los detalles en los que no había reparado durante nuestra intensa velada. La cama sobre la que me hallaba no levantaba más de un palmo del suelo y era de la misma madera oscura y elegante que el resto de los muebles. Me incorporé para sentarme y, acto seguido, me puse en pie. No me parecía bien rebuscar entre las pertenencias de Leo, pero seguía completamente desnuda e iba a tener que coger algo de ropa, así que hice de tripas corazón y abrí el primer cajón de la cómoda. Suspiré aliviada al ver dos montones de camisetas apiladas en su interior.

Cogí una y un aroma familiar me envolvió cuando me la puse. El olor desencadenó en mi mente una ráfaga de imágenes muy sugerentes. Antes de ser consciente de ello sonreía de una manera estúpida. Me miré al espejo. Sí, realmente estúpida. Mi pelo era una maraña caótica de mechones rojos que se disparaban en todas direcciones. Hice lo que pude para ordenar el desastre de mi melena, pero tras varios intentos abandoné dando la misión por imposible.

Caminé descalza por el parque hasta la cocina. La estancia principal se encontraba dividida por la barra sobre la que Leo y yo habíamos... Bueno, ya sabéis, la barra. Me sonrojé al pasar los dedos sobre ella y solté una risita histérica. Mi Pepito Grillo particular también se carcajeó, aunque la suya fue una risa algo más siniestra. Iba a tener que hacérmelo mirar.

El salón contaba, a grandes rasgos, con un sillón y un *chaise longue* de color crema, una mesita, una lámpara de pie y un mueble para una magnífica televisión que ocupaba la mitad de una de las paredes. Era sencillo, pero acogedor. Distribuidas por las paredes había multitud de marcos de distintos tamaños. En un principio no capté el sentido de las fotografías que había tras los cristales, hasta que me di cuenta de que eran detalles ampliados de cosas cotidianas: el entrelazado de una sogá, un trozo de césped, la agrietada madera de algún mueble... Me maravilló lo bien que transmitían las texturas, como si al alargar los dedos y rozarlas fuera a descubrir que no eran fotografías sino objetos de verdad.

Fui hasta el frigorífico, muerta de sed, pero mis ojos tropezaron con una caja de cartón rosa. Había un papel doblado con mi nombre sobre ella. Muerta de curiosidad, me acerqué y cogí la nota. Pero antes de leerla retiré la tapa. Una sonrisa, aún más bobalicona que la anterior, se extendió por mi rostro, y la docena de *cupcakes* del interior me hizo salivar de inmediato.

Me he escapado un momento, pero aún dormías. Pensé que tendrías hambre. Si te apetece cualquier otra cosa, siéntete como en casa y libre de atracar mi despensa. Volveré en unas horas.

El gesto me derritió. Ni siquiera recordaba en qué momento podía haber mencionado mi afición por aquellos succulentos pastelitos, pero estaba claro que lo había hecho y Leo había tomado buena nota de ello. No sé bien por qué pero pensé en Sergio y en las miradas de desaprobación que me lanzaba cada vez que me sorprendía cediendo a la gula.

Estaba siendo injusta, recreándome en lo malo de mi relación. Me sentí culpable, pero me tragué uno de los pasteles casi entero, esperando que el dulce aplacara mi amargura. Mientras masticaba esperé que apareciera un brote de pánico o que la ansiedad me empujara a abandonar

aquella casa. Pero estaba claro que mi sensatez estaba recluida en algún lugar de mi interior al que mi mente, de momento, no tenía acceso. Me tragué otro *cupcake* sin remordimientos y me bebí dos vasos de agua casi sin respirar.

Cuando me dirigía de vuelta al dormitorio la puerta de entrada se abrió y tuve que detenerme de forma brusca para no acabar empotrada contra Leo. Llevaba puesto el uniforme de policía y parecía agotado. Sin embargo, estaba sumamente atractivo. En cuanto me vio, sus ojos se iluminaron con un brillo cargado de anhelo y de algo más que no supe identificar.

—Hola. —Su voz no fue más que un susurro que puso de relevancia el cansancio que debía sentir.

El saludo se me atascó en la garganta. Permanecí plantada frente a él, en silencio, y sin saber qué decir. Leo alargó la mano y yo seguí el avancé de esta a través del espacio que nos separaba. A medida que se acercaba, mayor intensidad adquiría la fuerza que había comenzado a oprimirme el pecho. Me pasó el pulgar por la comisura de los labios, eliminando algún resto de mi reciente banquete, y esbozó una sonrisa repleta de hoyuelos.

Y la misteriosa tranquilidad de la que había disfrutado hasta ese instante se desvaneció, cediéndole el sitio al ataque de pánico más aterrador que hubiera tenido jamás. Di varios pasos atrás hasta que mi espalda chocó contra la pared y no pude seguir retrocediendo.

—¿Laura?

Negué con la cabeza. ¿En qué demonios había estado pensando? ¡Iba a casarme! ¡Boda! ¡Matrimonio! Las palabras se sucedieron en mi mente a la vez que varias imágenes de Leo y yo besándonos, acariciándonos...

Su mirada se ensombreció. Yo volví a agitar la cabeza en un gesto desesperado. Quería gritar, pero no encontraba mi voz. Había mantenido la calma incluso después de despertarme sola en la casa del hombre con el que le había sido infiel a mi futuro marido. Sin embargo, al volver a tenerle ante mí, todo lo que deseaba era que la tierra se abriera bajo mis pies y me tragara.

Me quedé inmóvil, sin dejar de mirarle, pero el suelo permaneció sólido. Ninguna brecha, ningún agujero. Nada salvo mi corazón rebotando contra las costillas con el ímpetu de una locomotora a pleno rendimiento. Tanteé el parqué a mi alrededor con la punta del pie. Era ridículo, pero mi mente debía de haber sufrido algún tipo de colapso tras la rotura del dique que contenía mis remordimientos y yo albergaba la esperanza de aparecer por arte de magia en el piso inferior y poder huir sin tener que enfrentarme a Leo.

Pero lo absurdo de mi actitud provocó una respuesta inesperada en él. Se pasó la mano por el pelo y prorrumpió en carcajadas. El sonido armonioso que brotó de su garganta consiguió que el pulso dejara de golpearme furioso las sienes, al menos en parte, pero me mantuve junto a la pared. Él, por su parte, me regaló una espléndida sonrisa y avanzó un par de pasos en mi dirección con las manos alzadas y mostrándome las palmas.

—Solo quiero que hablemos —comentó, y a mí se me antojó que se acababa de transformar en el típico negociador de película.

—No quiero hablar —atiné a contestarle con voz temblorosa, porque suponía que eso era lo que tenía que decir. No podía pensar con coherencia—. Quiero irme.

Suspiró y la sonrisa se desvaneció de su rostro, sustituida por una mirada comprensiva que me hizo desear convertirme en parte del mobiliario.

—¿Has descansado? —Asentí—. Y has comido —continuó, contemplando fugazmente la caja abierta en la que faltaban dos pastelitos.

Yo asentí de nuevo, aunque no fuera necesario. Lanzó las llaves sobre la barra y suspiró,

por tercera o cuarta vez.

—Ven aquí, pequeña delincuente.

Eso era caer bajo; muy, muy bajo. Pero, rastrera o no, su maniobra funcionó. Dejé de hiperventilar, algo que debía de haber empezado a hacer sin siquiera darme cuenta, y mi corazón recobró un ritmo menos cercano a la taquicardia. Aunque no duró demasiado porque Leo se acercó, me rodeó con los brazos, y mi pulso se desbocó de nuevo.

Pensaba que trataría de tranquilizarme, que me soltaría algún elaborado discurso sobre la poca importancia que tenía lo que habíamos hecho. Que no significaba nada. Que era un simple error del que Sergio nunca llegaría a enterarse. Pero no dijo ni una palabra, se limitó a mantenerme contra su pecho y a acariciarme el pelo con ternura, como si lo hubiera hecho miles de veces. Estuvimos durante un rato en la misma posición, hasta que Leo pasó a deslizar la yema de los dedos por mi nuca, justo en la zona del nacimiento de mi pelo, y yo tuve que esforzarme por no ponerme a ronronear como un gatito. El gesto consiguió que mi respiración se hiciera regular y que, poco a poco, me relajara.

—Has sido muy... visceral.

No sonó a reproche, al contrario, su tono era dulce.

—Desequilibrada —le corregí, con la cabeza baja.

Percibí el aire entrando en sus pulmones y a continuación exhaló un largo suspiro.

—Parecías aterrorizada, Laura. No quiero que tengas miedo de mí.

Yo sabía que más que aterrorizada debía haber actuado como una auténtica lunática, aunque agradecí que no lo mencionara. Pero no sentía miedo de él, de ninguna de las maneras. Quizás de lo que provocaba en mí.

—No te tengo miedo. —Meforcé por emplear un tono jocoso, restando seriedad al momento.

—Pero te arrepientes...

No finalizó la frase. No era necesario. Y tampoco era una pregunta, pero yo me lo planteé como tal. ¿Me arrepentía? Era consciente de que lo que habíamos hecho estaba mal, que nunca debíamos haber ido más allá del tonto inocente —o no tan inocente— al que nos habíamos entregado desde que nos conocíamos. Pero, ¿de verdad estaba arrepentida?

Miré en mi interior y me encontré con montañas y montañas de culpabilidad, con el rostro decepcionado y herido de Sergio si llegaba a enterarse, con la vergüenza de mis padres, y también con la felicidad que generaría en Candela. Pero fui incapaz de discernir si alguno de esos sentimientos me pertenecía realmente o eran solo el reflejo de lo que los demás esperaban de mí.

Me separé un poco de Leo y alcé la vista a sabiendas de que mirarlo a los ojos no era una buena idea. Pero tenía que preguntárselo. Tenía que saberlo.

—Y tú, Leo, ¿qué es lo que esperas tú de mí?

En un primer momento pareció desconcertado, pero apenas unos segundos después la arruga de su ceño se alisó y a sus labios asomó una tímida sonrisa.

—Duerme conmigo —respondió en voz baja, y se inclinó sobre mí para ganar el terreno que yo había interpuesto entre nuestros cuerpos—. Solo eso —añadió con tono solemne.

31

—Estás bromeando. —Negué con la cabeza y me reí—. No te creo.

—No, no —se apresuró a contestar—. Ocurrió tal y como te lo he contado.

Al final Leo se había salido con la suya y habíamos dormido juntos durante gran parte de la tarde. En realidad, él había dormido y yo me había dedicado a observarle y dormitar de forma alternativa. Contemplarle a placer, sabiendo que no era consciente de mis miradas, resultó un pasatiempo de lo más entretenido.

Se había tumbado boca arriba sobre la cama y yo me había acurrucado a su lado, con la cabeza apoyada en su hombro. Después de rodearme con el brazo y apartarme un mechón de la cara, me besó y cerró los ojos. Su respiración no tardó en hacerse profunda y regular, hecho que aproveché para apretarme más contra su cuerpo y enredar una pierna entre las suyas. Tracé círculos a lo largo de su estómago, deslicé los dedos siguiendo el perfil de sus músculos y contemplé el movimiento de sus ojos bajo los párpados, preguntándome con qué estaría soñando.

Pensé en muchas cosas durante las horas posteriores y no llegué a ninguna conclusión. Me sentía egoísta, culpable y mal, terriblemente mal. Pero también feliz y relajada como si, pese a todo, aquel fuera el lugar en el que tenía que estar. Sabía que esa sensación era pasajera y que estaba rehuyendo afrontar lo sucedido. Que la ausencia de Sergio me proporcionaba la excusa perfecta para posponer cualquier decisión. También era consciente de que el pánico reaparecería en algún momento, tal vez con mayor fuerza, y que tenía que atajar de algún modo aquella situación. Pero con Leo a mi lado, con su piel cálida en contacto con la mía y su sosegado semblante frente a mí, me resultaba imposible plantearme nada que no fuera permanecer junto a él.

—Es cierto —insistió—. Lo juro.

Agité la cabeza sobre su regazo, riendo.

Al despertar, Leo me había estrechado entre sus brazos hasta arrebatarme el aliento, como si hubiera querido asegurarse de que la chica tumbada en su cama era real y no un producto de su imaginación. Acto seguido, me dedicó una mirada juguetona y se lanzó sobre mis labios para darme un beso apasionado y abrasador que hubiera terminado convirtiéndose en algo más si no llega a ser porque mis tripas protestaron con una potencia obscena. Leo había soltado una carcajada y me había obligado a salir de la cama.

—Casi consiguen desnudarme —apostilló—. Deberías haber visto sus caras cuando se dieron cuenta de que era un policía de verdad y no un *stripper*.

Me imaginé en lo que habría pensado si Leo hubiera aparecido uniformado ante mi puerta antes de conocerle. Yo también lo hubiera creído. Era el policía más atractivo que hubiera conocido jamás. Tenía el cuerpo ideal para desnudarse ante cualquier público, sobre todo si era femenino. El abdomen duro, brazos bien formados, un trasero respingón y una sonrisa de escándalo, sin desmerecer el extraordinario azul de sus ojos enmarcados por aquellas pestañas infinitas.

—Podrías dedicarte a ello si alguna vez te quedas sin trabajo —comenté sin pensar—. Tienes todo lo que hay que tener.

Me sonrojé de inmediato y él rompió a reír al percatarse de mi arrobamiento. Tomé una porción de *sushi* de la bandeja y me la metí entera en la boca para evitar soltar alguna lindeza más que me dejara en evidencia. Leo paseó la mirada por mis piernas y su mano osciló entre la comida que había frente a nosotros y mi muslo. Murmuró por lo bajo un *eres adorable* y optó

por apurar la cerveza, aunque no dejó de acariciarme con la mirada.

—Tal vez debería vestirme —sugerí, más para mí misma que para él.

Todo lo que llevaba encima era su camiseta y un pantalón corto que Leo había rescatado del fondo del armario y que le quedaba pequeño; yo, en cambio, a duras penas conseguía mantenerlo a la altura de las caderas.

—Por mí no lo hagas —replicó, ganándose un codazo al que correspondió besándome en la mejilla—. Te sienta mejor que a mí —agregó, señalando la camiseta.

Sus ojos se cargaron de deseo en lo que yo tardé en pestañear y mi cuerpo se desprendió de la pereza con la misma rapidez. Me pregunté si en algún momento me acostumbraría a la intensidad con la que a veces me miraba o la atracción que despertaba en mí. La garganta se me secó de repente al comprender que aquello no iba a durar para siempre. No *debía* durar para siempre.

—¿Qué te gustaría hacer esta noche? —preguntó con total naturalidad, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos.

«Hacerte el amor. Huir. Besarte. Decirte adiós. Para siempre».

Me quedé callada, con los ojos muy abiertos y los labios apretados. Él no me presionó, esperó mi respuesta pacientemente, sin dejar de sonreír.

«Hoyuelos, hoyuelos», pensé, y me dieron ganas de sacarme los ojos con los palillos que habíamos empleado para comer.

—Tal vez... —Dudé lo justo para que parte del brillo de sus ojos se apagara.

Me rodeó la cintura con un brazo y me atrajo hacia él. Su aroma me envolvió, aturdiéndome, y supe que no iba a ser capaz de marcharme. No todavía.

—¿Quieres hablar? —Negué con la cabeza—. ¿Quieres que te lleve a casa? —Volví a negar y a Leo se le escapó un suspiro.

Su móvil comenzó a vibrar sobre la mesa, pero no hizo ningún amago de ir a contestar. Continuó acariciándome el pelo, consolándome, aunque yo no sentía que fuera a mí a quién debían consolar. La llamada se interrumpió para reanudarse casi de inmediato.

—¿No vas a cogerlo?

—Estoy contigo —adujo, como si con eso lo explicara todo, como si no hubiera nada más importante en ese instante que mantenerme entre sus brazos.

No obstante, el teléfono comenzó una carrera hacia el borde de la mesa empujado por una serie de vibraciones cortas, lo que significaba que estaba recibiendo un mensaje tras otro. Maldijo entre dientes y, aun así, se resistió a liberarme. Se inclinó para llegar hasta él sin soltarme, estirando el brazo hasta conseguir alcanzarlo. El gesto me hizo sonreír.

—Es Candela.

—Oh.

«Oh» era un buen resumen de lo que me esperaba. Me había quedado sin batería horas antes y con toda probabilidad, a estas alturas de la tarde, mi hermana ya se habría dejado los dedos dándole al botón de rellamada y enviándome mensajitos para saber dónde demonios me había metido.

—Quiere saber si estás conmigo —añadió, y me hundí en el cojín, porque era obvio que Candela daba por sentado que Leo y yo nos habíamos liado.

El teléfono vibró de nuevo y Leo contestó antes de que pudiera evitarlo. Acto seguido arrugó el ceño y lo separó de su oído. Los gritos de mi hermana se oían claramente a través del auricular.

—No sé de qué me hablas —comentó, sonriendo, cuando ella le permitió por fin hablar—.

No, ni idea... Está bien. En una hora.

Puso los ojos en blanco y asintió con la cabeza a lo que sea que le decía.

—Sí, sí, te he oído... —dijo, poniéndose serio. Me observó un segundo antes de decir—: Ya hablaremos.

Finalizó la llamada y, con un suspiro, lanzó el teléfono a su lado sobre el sillón. Luego se giró hacia mí y me pegó un repaso visual bastante exhaustivo. Su mirada dejó un rastro cálido sobre mi piel. A continuación se puso en pie y me agarró de la mano para que lo siguiera.

—¿A dónde se supone que vamos? —inquirí, intrigada. Se suponía que Candela iba a dar saltos de alegría en cuanto escuchara la confirmación de mis labios.

—A tomar algo.

Enarqué las cejas y tiré de la camiseta que llevaba puesta. Mi vestido no debía de ser más que una bola de tela arrugada en alguna parte del asiento trasero de su coche, y no tenía ninguna intención de irme de bares con su ropa. Sin contar con que no sabía hasta que punto estaba preparada para salir al exterior. Permanecer allí, escondida y comportándome como una cobarde, me parecía una idea mucho más sugerente.

—Tu hermana no sabe aceptar un no por respuesta —se excusó, tampoco parecía que él tuviera muchas ganas de abandonar su piso—. No te preocupes, pasaremos por tu casa.

Leo se cambió de ropa mientras yo esperaba en el salón. Al terminar lucía más tranquilo. Se presentó ante mí con esa endiablada sonrisa que me hacía desear desnudarle de nuevo y hacer uso de las esposas para mantenerlo justo donde yo quería: en la cama. Se había vestido con unos vaqueros desteñidos que, como pude comprobar cuando se adelantó para abrir la puerta, le hacían un trasero espectacular, y una sencilla camiseta de color gris humo. De igual forma, podría haber salido con una bolsa de basura y seguiría resultando un pecado no mirarlo.

Al tomar asiento en el coche de Leo no pude evitar recordar lo *accidentado* de nuestro último viaje. Eso me mantuvo en silencio durante todo el trayecto hasta mi casa, aunque no pude dejar de preguntarme qué diablos estaba haciendo y hasta dónde iba a llegar con aquel asunto.

El *Luster* era un garito de tantos de la zona de Moncloa. No parecía tener nada de especial. Apenas superaría los cien metros cuadrados y parte del espacio lo ocupaba la barra. El local se distribuía en dos alturas: la que encontrabas según accedías desde la calle, equipada con dos máquinas de dardos y el mostrador, y otra un poco por encima de esta con tan solo tres mesas y bancos de madera para sentarse.

Durante el trayecto, Leo me había contado que su grupo de amigos solía reunirse allí siempre que salían. Al ser un bar pequeño, casi todo el mundo se conocía y los que no, eran amigos de los clientes habituales, como en mi caso. No sabía qué esperar de aquella salida ni si me apetecía encontrarme con Quique, Claudia y el resto de la pandilla. Es decir, con Claudia seguro que no. Tampoco estaba demasiado segura de cómo actuaría Leo frente a ellos, teniendo en cuenta que habíamos pasado la noche anterior revolcándonos en su cama.

Gemí al pensar en ello, pero el sonido quedó amortiguado por la música del local.

Nos dirigimos a la barra, donde Javi y Quique charlaban con una cerveza ya en la mano. Quique fue el primero en captar nuestra presencia. Esbozó una sonrisa socarrona en cuanto llegamos hasta ellos.

—Mira a quién tenemos aquí. —Le faltó tiempo para tomarme de la cintura y plantarme dos besos.

Sus manos se entretuvieron más de lo debido en la zona baja de mi espalda. Javi le dio un empujón para apartarlo y darme un abrazo amistoso.

—Mi pelirroja favorita —comentó, con una sonrisa cargada de cariño.

Quique y él eran como la noche y el día. Mismos gestos, saludos casi idénticos, pero mientras que uno te hacía sentir como un trozo de carne, el otro conseguía borrar la incomodidad que provocaba la actitud de su amigo.

—¡José! —gritó, reclamando la atención del camarero, un tipo moreno con los dos brazos tatuados y bastante atractivo—. Una cerveza para esta preciosidad.

La mitad de los clientes se giró en mi dirección y Leo soltó una carcajada al ver cómo les daba la espalda y golpeaba a Javi en el brazo para reprenderlo. Sus ojos se dirigieron fugazmente a la mano que este mantenía en mi cadera, pero enseguida se volvió hacia la barra.

Una rubia, con el doble de talla de sujetador que yo, acudió rauda y veloz hasta donde estábamos con una Coronita en la mano y la deslizó en su dirección.

—Hola, Murphy. —Se inclinó sobre el mostrador y nos regaló a todos una amplia panorámica de su escote.

Leo le dedicó una sonrisa y tomó la cerveza.

—Hola, Iria.

Por la expresión libidinosa que apareció en el rostro de la rubita, parecía que Leo en vez de saludarla le hubiera propuesto una sesión de sexo salvaje cuando finalizase su turno. Resoplé en un volumen algo más alto de lo que pretendía, lo que atrajo la atención de la camarera. Javi me dio un leve apretón en la cadera, como si supiera con exactitud lo que estaba pensando.

Leo, en cambio, no parecía haberse enterado de nada.

—Iria, esta es Laura, una... amiga.

El breve momento de duda de mi ¿amante?, ¿amigo? —tenía que reflexionar sobre lo que éramos Leo y yo, pero no creí que fuera el lugar adecuado ni que yo tuviera la claridad mental para hacerlo— debió de inquietarla, porque todo lo que recibí de ella fue un mohín de disgusto

que no podía considerarse siquiera como un saludo. Claro que tampoco era que yo me hubiera mostrado entusiasmada de conocerla. Agradecí que se marchara para atender a un par de tipos a los que también recibió haciendo gala de su voluptuosa figura.

—¿Y Candela? —preguntó Leo a sus amigos. Se había apoyado en la barra, un poco retirado de mí, como si quisiera dejar claro que habíamos llegado juntos pero no estábamos juntos.

Javi me tendió mi cerveza antes de contestarle, ya que Quique andaba distraído comiéndose con los ojos a la *amable* camarera.

—Viene de camino con Rubén.

Esperaba que al menos mi hermana hubiera arreglado las cosas con Rubén. Alguna de las dos tenía que dejar de comportarse como una cobarde y yo estaba demasiado confusa para convertirme en la heroína de la familia.

Le di un largo sorbo a mi bebida, desesperada por aflojar el nudo de mi garganta. Empezaba a preguntarme por qué Leo —o Candela— había decidido que era una buena idea que saliera con su grupo, visto que ambos eran conscientes de lo extraña situación en la que nos encontrábamos. Cuando Quique dejó de babear, se concentró de nuevo en mí y me apuntó con la botella que tenía en la mano.

—¿Significa esto que ya os lo habéis montado? —El nudo se apretó y tuve que hacer un esfuerzo por tragar y no escupir el contenido de mi boca sobre su camisa.

—Quique, deja de decir gilipolleces —le espetó Leo—. Igualmente, no es asunto tuyo.

Javi soltó una risita bastante reveladora.

Que todos estuvieran pendientes de lo que sucedía entre nosotros solo consiguió convencerme de que tenía que ponerle fin a aquello, regresar a mi casa y a mi vida. No podía haber nada bueno en que, mientras mi prometido se encontraba a miles de kilómetros trabajando, yo estuviera de fiesta con el tío con el que le había engañado. La oleada de remordimientos me golpeó con tanta fuerza que tuve que agarrar a Javi para mantenerme erguida.

Me apoyé contra él intentando fingir que solo estaba cansada. Leo debió de darse cuenta de que estaba teniendo otro de mis ataques. Hizo ademán de acercarse, pero negué con la cabeza y permaneció en su sitio. Lo último que quería era montar una escenita.

—¡Joder! Eso es que todavía no habéis follado, ¿no?

Conservar la compostura pasó a un segundo plano y no lo dudé ni un segundo. Antes de que Quique hubiera acabado la frase, mi cerveza ya estaba chorreando por su cara. Mentiría si dijera que no disfruté viendo su expresión de sorpresa y el cabreo consiguiente. Leo abrió los ojos, entre perplejo y divertido, y Javi dejó de reprimir la risa, aunque enseguida me apartó de ambos y me llevó hasta la esquina opuesta del mostrador.

—No caigas en sus provocaciones, pelirroja. —Por encima de su hombro vi a Leo discutiendo airadamente con Quique—. ¿Qué te parece si echamos esa partida de dardos que tenemos pendiente?

—Es un imbécil.

Me bebí los restos de la cerveza y dejé el botellín sobre el mostrador. José se acercó hasta mí y me entregó otra, sonriendo, mientras jugueteaba con el *piercing* de su lengua. Parecía encantado con mi actuación. Pasó a caerme bien de inmediato.

—A esta invita la casa —comentó, dejando claro que tampoco tenía a Quique en muy alta estima.

Se alejó entre risas, pero volvió de inmediato sobre sus pasos. Colocó tres vasos de chupito frente a nosotros y los rellenó con tequila, para a continuación ofrecernos la consabida rodaja de

limón y un salero.

—Barra libre toda la noche si lo repites y me dejas que lo grabe con el móvil —me ofreció, con tono travieso, tras completar el ritual y apretar el limón entre sus labios.

Me dieron ganas de aceptar. Luego podríamos subirlo a YouTube, seguro que recibiría una buena cantidad de visitas.

—No me tientes.

—Lo digo en serio —se rio, pero estaba claro que le encantaría invitarme a copas durante el resto de la noche si cumplía mi parte del trato.

—Eso solo conseguiría que se sintiera importante —repuso Javi, y probablemente tuviera razón—. Vamos, déjame los dardos. Esta preciosa pelirroja y yo queremos poner a prueba nuestra puntería.

El camarero ignoró a Javi y apoyó los codos sobre la madera para mirarme.

—No creo que nos hayan presentado. Soy José. —Me tendió la mano y se la estreché.

—Laura.

—No importa si no lo repites —repuso en voz baja, cómplice, y señaló en dirección a Quique—. Merecía que alguien le bajara los humos. Pide lo que quieras, invito yo.

Le agradecí el ofrecimiento con una sonrisa, que se desvaneció cuando mis ojos tropezaron con la melena rubia de Claudia. Estaba recostada contra Leo, aunque recostada era quizá un término demasiado benevolente para lo que sucedía entre ambos. Si se pegaba más a él, iba a tener que recurrir a un disolvente para que volvieran a ser dos personas. Me imaginé que su siguiente paso sería meterle la lengua hasta la garganta.

Leo se giró y nuestra miradas se cruzaron unos segundos. Tragué saliva y aparté la vista. Esperaba que no hubiera visto mi mueca de desagrado. No tenía derecho a exigirle nada, pero eso no disminuyó las ganas de ir hasta allí y arrancárselo de los brazos.

—Aquí tenéis.

José nos entregó un vaso con dos juegos de dardos y puntas de repuesto y, antes de que pudiera negarme, Javi me arrastró hasta una de las máquinas del fondo del local. Había varias personas en la zona que enseguida se dispersaron y dejaron el espacio libre. Javi saludó a un par de chicos y yo me senté en un taburete al lado de la diana, a la espera de que terminaran de hablar. No estaba de humor para que me presentaran a más gente.

—No, hoy libro. —Oí que les decía—. Pero no sé cómo me las arreglo siempre para terminar aquí.

—Al menos las copas te salen gratis —comentó el más alto.

Él se rio y negó con la cabeza. Luego me señaló, dijo algo que no escuché y se despidió de ellos.

—¿Trabajas aquí? —le pregunté, cuando se acercó para meter una moneda.

La máquina se iluminó y Javi toqueteó varios botones.

—Así es —afirmó, y comprendí que por eso debían acudir todos allí al comienzo de la noche—. ¿Cricket o trescientos uno?

Sopesé mi elección. No era tan buena en los dardos como en el billar.

—Cricket. —Decidí, siempre lo había preferido.

Asintió y pulsó otro botón. La diana se iluminó de nuevo y él me hizo un gesto, cediéndome el honor de abrir la partida. No sé si era lo que pretendía, pero a partir de la tercera ronda, mi espíritu competitivo despertó y, gracias a sus bromas y su carácter jovial, comencé a olvidar el malestar que me producía la actitud distante de Leo.

Después de dos partidas y muchas carcajadas, la mesa alta que había junto a la diana estaba saturada de vasos de chupito. Cada vez que uno de los dos cerraba un número con un triple invitaba al otro a un tequila. Dado que ninguno estaba pagando realmente —él por ser empleado y yo porque José había mantenido su palabra de invitarme a todo—, ambos hacíamos todo lo posible por acertar.

—¿Otra?

Hice un gesto afirmativo y el suelo tembló de forma leve bajo mis pies. Me lo estaba pasando genial. No ya por el hecho de que hubiera alcanzado un estado *alegre* debido al alcohol, sino porque Javi era un tío amable y muy simpático, tal y como me había parecido desde el principio, y creo que se estaba esforzando para que me sintiera a gusto en la que para él era su segunda casa.

Alguien me tapó los ojos y reconocí de inmediato el perfume de Candela. Me deshice de sus manos y me giré. Rubén, que pasaba por detrás de ella en dirección a los demás, me saludó con un gesto y siguió adelante. Había evitado mirar hacia la barra y Javi había actuado como una excelente distracción hasta ese momento, pero me permití echar un vistazo a riesgo de descubrir que Leo y Claudia habían pasado de los frotamientos a los jadeos.

Sin embargo, me encontré con que Leo tenía la espalda contra la barra y me observaba fijamente con los brazos cruzados. Ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa torcida, provocándome un estremecimiento. Me reprendí por no tener ningún tipo de control cuando se trataba de él.

De Claudia y Quique no había ni rastro.

Mi hermana se interpuso en mi campo de visión. Por su expresión debía de estar deseando acribillarme a preguntas.

—¿Juegas? —inquirí, haciéndome la loca.

Su mirada fue de la mesa al rostro de Javi y luego regresó al mío. Tratándose de Candela, no me extrañaba que estuviera valorando cuántos chupitos habíamos tomado y si sería capaz de alcanzarnos. Javi apareció a mi lado y le tendió tres dardos. Tenía los ojos un poco empañados por la bebida y la expresión risueña de un niño de cinco años. Solté una carcajada, aunque seguramente yo lucía un aspecto similar.

—Tú y yo hablaremos luego —me amenazó. Le lancé una mirada elocuente y señalé a Rubén.

—Lo estoy deseando.

Soltó un suspiro y se deshizo del pequeño bolso que llevaba cruzado sobre el pecho para coger los dardos. Su incorporación atrajo a Rubén, que se acercó y me dio un beso en la mejilla, y de forma irremediable, también a Leo.

—¿Jugamos por parejas? —sugirió Candela, y sin esperar una respuesta se acercó a la máquina para cambiar el modo de juego.

—Somos cinco —señalé.

Rubén alzó las manos al tiempo que negaba.

—A mí no me miréis. No quiero dejar tuerto a nadie —alegó, y fue a sentarse al taburete.

Hizo hueco en la mesa para su cerveza y se entretuvo observando a Candela. Su expresión soñadora dejaba claro que continuaban manteniendo su extraño tira y afloja. Me encogí de hombros y busqué a Javi para formar equipo con él, pero el muy traidor ya estaba junto a mi hermana. Me guiñó un ojo y yo le enseñé la lengua.

—Parece que somos pareja —comentó Leo. Su afirmación, poco acertada dadas las circunstancias, desató mi lengua.

—Tal vez prefieras jugar con Claudia —escupí con sorna, alentada por el aire resignado con el que había hablado.

Se rio como si no acabara de soltar el comentario con bastante mala intención y se situó justo delante de mí, tan cerca que tuve que alzar la cabeza para mirarlo a la cara.

—Prefiero jugar contigo —afirmó, y las palabras sonaron a provocación—. A no ser que tú quieras hacerlo con Javi —añadió, alzando una ceja.

No resultó difícil captar lo que estaba insinuando. Aluciné. Pero no pude evitar soltar una carcajada.

—Sí, claro, en eso pensaba —le espeté, resentida—. Y puede que mañana quede con Quique para echar una partida de fútbol y dejar que me cuele un par de goles.

Trató de agarrarme de los brazos y sabía que, si se lo permitía, acabaría estampada contra su pecho. Su aroma me envolvería y, si además lo completaba con una de sus sonrisas, empezaría a dudar hasta de mi nombre. Así que me solté y lo fulminé con la mirada.

La canción que estaba sonando terminó y la voz de José anunció que el siguiente tema estaba dedicado a «todas esas chicas maravillosas que hablan sin pensar». Fruncí el ceño cuando *Hasta que pase la tormenta* de Despistaos comenzó a sonar a través de los altavoces. Era una versión que yo conocía, un dúo del grupo con Dani Martín, mucho más bailable que el original.

Leo aprovechó mi desconcierto para enlazar los brazos en torno a mi cintura. Puse la mano sobre su pecho y lo empujé para separarlo, pero se mantuvo firme.

—Deja que me quede un rato más aquí, solo hasta que pase la tormenta... —tarareó en mi oído, mientras se movía al ritmo de la música y me arrastraba con él.

Mi cuerpo reaccionó a su cercanía con voluntad propia. Mis caderas se alinearon con las suyas y la mano que mantenía sobre su pecho, se aferró por sí sola a su camiseta. Odiaba con todas mis fuerzas en lo que me convertía, pero adoraba ver que él también sufría las consecuencias de sus actos. Sus labios se entreabrieron y su respiración se aceleró.

—Maldito seas, agente Hernández —farfullé para mí misma.

Escuché a Candela reclamarme desde algún lugar a mi espalda, pero todo lo que yo veía era a Leo con los ojos repletos de deseo y desgranando frase por frase la letra de la canción en voz baja. Al llegar al estribillo elevó el tono.

—Y antes de que te des por vencida, piensa que es la única vida que podemos compartir...

—Leo —murmuré, absorta en su boca.

Pero él negó y sonrió.

—Simplemente juguemos a los dardos. Quiero que te lo pases bien esta noche —argumentó, y sonaba sincero—. No pienses en nada más, solo en ganar a ese par de pardillos. ¿Trato hecho?

No quería dejarlo pasar. No cuando sabía que en algún momento lo nuestro nos estallaría en la cara y alguien iba a salir herido. Y si os soy sincera, no tenía muy claro quién de los dos sería. Leo era...

«No es solo un rollo de una noche».

—Necesitamos tener una charla —señalé, y él pareció encogerse.

Tenía demasiadas conversaciones pendientes: Candela, Leo, Sergio... ¿Qué se suponía que iba a decirle a mi prometido?

—Está bien —aceptó—. Pero no ahora. No aquí.

Asentí y di un paso atrás. Esta vez me dejó ir.

Javi pasó por nuestro lado con una bandeja llena de chupitos y me lanzó una mirada de lo más elocuente.

—¿Jugamos? —dijo, alzando las cejas varias veces.

Solté una carcajada sin ganas. Era consciente de que emborracharme no iba solucionar mis problemas. Los había pospuesto demasiadas veces a la espera de que se obrara un milagro. Primero esperando que el retorno de Burgos a Madrid pusiera las cosas en su sitio, luego concentrándome en el trabajo, tras la que hubiera debido ser mi primera y última cita con Leo... Y en aquel instante comprendí que no había manera de que todo encajara sin más, que iba a tener que enfrentarme a mis dudas.

Alargué la mano y me hice con uno de los vasos. Me tragué el tequila de golpe. El líquido me abrasó la garganta y las lágrimas afloraron a mis ojos. No supe si fue debido a los grados de la bebida o a las emociones que pugnaban dentro de mí, pero decidí que no quería adivinarlo esa noche.

«Mañana», me dije.

Miré a Leo, que me observaba en silencio. El azul de sus ojos se asemejaba a un océano furioso, en plena tempestad, como si él también estuviera librando su propia batalla. ¡Dios, cómo me gustaba! Eso era lo que lo complicaba todo, que me sintiera tan cómoda con él, que me atrajera de esa forma irracional y que consiguiera, con una única mirada, despertar en mí el anhelo de sus labios.

—Bien.

—¿Bien? —replicó él. Deslizó la yema de los dedos por mi rostro, dibujando la línea de mi mandíbula, y asumí que, pasase lo que pasase a partir de entonces, había una parte de daño que ya estaba hecho.

Le sonreí y él me devolvió el gesto, pero la alegría no le llegó a los ojos. Eché de menos las arruguitas que se le formaban en torno a estos cuando reía y sus atractivos hoyuelos.

—Vamos —le tomé del brazo y lo empujé en dirección a la diana, deseosa de borrar la amargura de su expresión—, antes de que se crean que pueden ganar esta ronda.

—No voy a rendirme —murmuró.

No quise darle importancia a su comentario, aunque era probable que Leo no se estuviera refiriendo a una simple partida de dardos.

A pesar de mi inquietud, cerré el número veinte con un triple y todos acudieron junto a la mesa para beber. Candela aprovechó la oportunidad para esparcir su parte de la sal en el cuello de Rubén y la lamió sin recato, este se ruborizó y se puso tan nervioso que el vaso resbaló de entre sus manos. Pero no contenta con eso, embutió la rodaja de limón entre sus labios y se inclinó sobre él para tomarla directamente de su boca.

Crucé una rápida mirada con Leo, que asentía con la cabeza y sonreía, por fin.

—¡Oh, por Dios! Sois como los malditos osos amorosos —protestó Javi, poniendo los ojos en blanco.

—Eso sí que es coger el toro por los cuernos —comenté a mi hermana en un aparte, señalando a Rubén. Arrugué la nariz al darme cuenta de que el símil de los cuernos parecía una broma de mal gusto en mi caso.

Ella no le dio importancia. Seguía mirando a Rubén, mientras este charlaba con Leo. La tensión había desaparecido y Candela y él se comportaban como un par de amigos que compartían una noche de juerga cualquiera. Lo mismo sucedía con Leo y conmigo, aunque cada vez que me tocaba tirar y me entregaba los dardos aprovechaba para rozar mis dedos de forma cariñosa o colocaba la mano en mi cintura con su habitual soltura.

—No sirve de nada —dijo mi hermana, fastidiada, atrayendo de nuevo mi atención—. Solo me falta plantarme desnuda delante de él, y ni siquiera estoy segura de que eso funcionase. Creo que no le gusto.

Me sorprendió que se mostrara tan insegura. Si algo caracterizaba a Candela era su seguridad, aunque empezaba a creer que Rubén era su debilidad, tal y como Leo parecía haberse convertido en la mía. Desear algo con tanta intensidad podía resultar abrumador, bien lo sabía yo.

—Bromeas. Está loco por ti —afirmé, porque era obvio para cualquiera que los hubiera visto juntos. Ella negó, derrotada—. Solo necesita un empujoncito.

Ladeó la cabeza para mirarme.

—Si me insinúo más, me denunciará por acosadora.

Comenzamos a reírnos, al principio de manera comedida, pero en cuestión de segundos parecíamos dos locas. Me alegró que ambas conserváramos suficiente humor para reírnos de nosotras mismas.

Javi vino hasta nosotras agitando los dardos como si se trataran de unas banderillas.

—¿Jugáis o vais a seguir lloriqueando?

Le lanzó una mirada a Candela y esta le dio un empujoncito en el hombro.

—No lloriqueamos —me quejé—. Nos reímos.

Él agitó la cabeza, se colocó entre nosotras y pasó los brazos en torno a nuestras cinturas.

—Lloriqueáis.

Mi hermana resopló pero yo asentí. Llevaba razón.

—Entiendo lo de Laura, lo suyo es... jodido —comentó, arrastrando ligeramente las palabras. Me miró y, entre la bruma que el alcohol había levantado frente a sus ojos, advertí un brillo de comprensión—. Pero Rubén y tú ya habéis estado juntos. ¿Se puede saber qué os pasó?

Candela apoyó la cabeza en su hombro y exhaló un largo suspiro.

—Creo que no le atraigo.

—Ese no es el problema —repuso él—. Salta a la vista que está loco por ti.

Me separé de Javi para ponerme delante de ella y darle más énfasis a mis palabras.

—Ya se lo he dicho yo.

—No me entendéis. Me refiero a que no le atraigo de *esa* forma.

Dado lo que me había contado mi hermana sobre su fallido intento de acostarse con Rubén, me imaginaba a la perfección de qué hablaba. Javi también debió comprenderlo porque estalló en carcajadas y casi se le saltan las lágrimas. Candela trató de zafarse de él pero este la agarró por los hombros y no la dejó ir.

—Venga ya, Candela. Se ha comportado como una nenaza cuando le has chupado el cuello

—aseguró Javi. Me mordí el labio para no echarme a reír. Parece que no era la única que lo había notado—. ¡Joder! Si incluso yo me he puesto cachondo.

No es que estuviera siendo muy sutil, pero puede que eso fuera lo que necesitaba mi hermana, alguien que le dijera a las claras que Rubén la deseaba. Me alegró ver que ella correspondía sus palabras con un abrazo y su expresión se volvía menos melancólica. Javi le acarició el pelo con evidente cariño, escalando puestos en mi lista de personas con las que me gustaría contar como amigos.

Por el rabillo del ojo capté que nuestra charla había atraído la atención de Leo y Rubén, aunque ambos continuaban hablando alrededor de la mesa. Me di cuenta de que Javi también se había percatado de ello. Separó a Candela lo suficiente para mirarla a la cara.

—Está bien, probemos otra cosa.

Ella asintió casi con desesperación. Estaba claro que Rubén le gustaba. Le gustaba de verdad.

Javi inspiró y soltó el aire con lentitud.

—¿Sabes que te quiero como a una hermana? —señaló, y se volvió un segundo hacia mí, pero enseguida se concentró en ella otra vez.

Candela asintió de nuevo.

—Bien —aceptó él—. Pues no me lo tengas en cuenta.

Y a continuación la besó. No fue un mero roce, ni tan siquiera un simple beso. Javi acunó su cara entre las manos y capturó su boca con tal decisión que incluso yo me quedé sin aliento. La escena se alargó durante unos segundos interminables. Aquello no tenía nada de amor fraternal.

Aparté la vista y observé a Rubén con un disimulo innecesario, ya que él estaba tan absorto en la pareja que podía haber ido hasta donde estaba y abofetearlo y no se hubiera inmutado. Tenía el rostro desencajado y los ojos a punto de salirse de las órbitas. Leo, a su lado, no los miraba a ellos, sino a mí. Me encogí de hombros, tan perpleja como él. Si Rubén no reaccionaba al mazazo que acaba de recibir, no creía que lo hiciera nunca.

Escuché a Candela soltar una risita histérica y me giré en su dirección. Me sentía como una peonza dando vueltas sobre mí misma para capturar las reacciones de todos. Javi le susurró algo al oído y se marchó en dirección a la barra. Rubén se levantó y se dirigió a la salida. Por un momento pensé que iría tras él y le partiría algún hueso, o todos.

Mi hermana permaneció unos instantes inmóvil y con la expresión perdida, como si no se hubiera recuperado aún del arrebato de su amigo, y luego salió corriendo tras Rubén.

—Madre mía —exclamé, con la boca abierta por la impresión—. Eso sí que es un empujoncito.

—¿Qué demonios ha sido eso? —Leo se había situado a mi lado.

No contesté, demasiado alucinada para decir nada. Aunque Candela y Rubén ya habían abandonado el bar todavía seguíamos contemplando la salida cuando Javi apareció con tres cervezas en la mano. Lanzó una mirada a la puerta, nos entregó una botella a cada uno y se quedó plantado frente a nosotros con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—¡Madre mía, madre mía! —Fue cuanto atiné a decir.

No me di cuenta de lo cabreado que estaba Leo hasta que comenzó a gritarle.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—No sé a qué te refieres —replicó el aludido con tranquilidad.

Su respuesta me desconcertó más todavía. ¿Es que no pensaba decirle la verdad? Por lo que yo sabía, Rubén y Leo eran íntimos, se conocían desde la infancia. Era lógico que este estuviera enfadado por el proceder de Javi. A sus ojos, le acababa de dar una puñalada a su mejor amigo.

—¡Joder! Te acabas de morrear con Candela en las narices de Rubén —señaló, como si Javi no hubiera estado allí, metiéndole la lengua en la boca—. ¿Estás borracho? ¿Es eso?

Javi le dio un sorbo a su cerveza y apretó la mandíbula. Titubeó unos instantes. Leo puede que no se hubiera percatado de ello, pero yo imaginé que se planteaba contar lo que en realidad había sucedido.

—Rubén no ha hecho nada por estar con ella —terminó por contestarle—. Candela es guapa, inteligente, divertida... ¿Qué pensaba? ¿Que iba a esperar eternamente a que él se decidiera?

«Mierda», pensé para mí. Javi iba a llevar la mentira hasta sus últimas consecuencias.

Leo se había adelantado un par de pasos y no podía verme, así que me pasé la mano por delante de la garganta varias veces y de forma exagerada, sugiriéndole a Javi que dejara de hundirse más en el lodo. En otras circunstancias mis esfuerzos hubieran resultado cómicos, pero si él seguía adelante tenía muchas probabilidades de que terminaran enzarzados en una pelea.

Supe que no iba a hacerme caso en cuanto habló de nuevo.

—Si la quiere va a tener que luchar por ella.

Escuché a Leo exhalar tanto aire seguido que pensé que se desinflaría ante mis ojos. Javi me lanzó una mirada por encima de su hombro y enarcó las cejas. A sus labios asomó una sonrisa. Era consciente de qué trataba de decirme algo pero no entendí el qué.

—Las cosas que merecen la pena, Murphy, a menudo no son fáciles de conseguir.

Dejé caer los brazos a los lados del cuerpo. ¿De qué se suponía que estaba hablando ahora? Esperaba que Javi no estuviera dándole cuerda a Leo en lo que respectaba a nuestra relación. A este paso, nos ahorcaríamos todos con ella. Empezaba a desear que zanjaran la discusión a tortas y dejaran de hablar.

—Rubén la quiere, Javier —señaló, y que no empleara el diminutivo de su nombre resultó más preocupante que la dureza de su voz.

Su amigo se cruzó de brazos, lo miró a los ojos y, sin apartar la vista, le espetó con idéntica seriedad:

—Tal vez no la quiera lo suficiente, tal vez se le pase. —Yo ya no sabía de quién estábamos hablando, si de Rubén y Candela o de Leo y de mí. Pensé en intervenir pero me había quedado sin habla y, si estaba equivocada, no quería ponerme en evidencia—. O puede que yo la quiera más que Rubén.

Leo se adelantó un paso, encarándolo. A pesar de estar rodeados del bullicio del bar me pareció que lo único que oía era su respiración acelerada. Creí que lo golpearía, pero, tras unos segundos, se limitó a rodearlo y comenzó a andar en dirección a la puerta. Cuando no había avanzado más de dos o tres metros, se volvió para mirarnos.

—Puede que tú la quieras, pero ella lo ama a él —dijo, sin rastro de ira—. Lo ama a él.

Acto seguido abandonó el local.

Javi y yo acabamos la noche en un garito bastante cutre; uno de esos locales que permanecen abiertos toda la noche y en los que comer cualquier cosa que te sirvan se convierte en un acto de fe. El suelo estaba lleno de servilletas arrugadas y en la puerta ni siquiera había un cartel con el nombre del establecimiento. Estaba segura de que no pasaría una inspección de sanidad ni sobornando al funcionario, pero la hamburguesa que estaba engullendo me sabía a manjar de dioses. Me limité a cerrar los ojos y darle un bocado detrás de otro.

—Se te ha ido un poco la mano antes, ¿no? —le espeté a Javi entre mordisco y mordisco.

—Rubén se está comportando como un imbécil con Candela —replicó—. No me gusta verla así.

Había verdadero cariño impregnando cada una de sus palabras. Me alegraba que mi hermana contara con alguien que se preocupara de ella de esa forma. Aunque tal vez Javi se había excedido un poco esa noche.

—Somos amigos desde hace años —prosiguió, defendiéndose— y la conozco lo suficiente para saber que lo está pasando mal.

Contemplé su perfil mientras hablaba y, de repente, algo encajó en mi cabeza.

—Javier... Tú eres Javier —le señalé, como si lo viera por primera vez, y él sonrió—. Estás muy diferente.

No lo había reconocido hasta ese momento, pero en realidad Javi incluso había estado en casa de mis padres cuando Candela y yo aún vivíamos con ellos. Su transformación de adolescente a hombre había sido tan radical que casi parecía otra persona. Con el pelo más corto y algo más oscuro, la mandíbula definida y la forma física de la que hacía gala, apenas quedaba nada del muchacho con aparato dental y el típico acné juvenil que recordaba.

—¿Por qué no me dijiste que eras tú?

Se limpió la boca con una servilleta y bebió un trago de su refresco antes de contestar.

—No es una etapa que me guste recordar —repuso, avergonzado.

Podía imaginar por qué. Aunque su sonrisa amable —salvando el hecho de que ya no llevaba ortodoncia— continuaba siendo la misma.

Charlamos durante un rato, rememorando alguna escena del pasado y riéndonos de nosotros mismos con unos pocos años menos. Y aunque parecía reacio a decirme nada que mi hermana no me hubiera contado, terminó por admitir que la razón por la que Candela había regresado de París era Rubén.

—Lo echaba de menos —concluyó, ya de camino a mi casa—. Creía que se olvidaría de él, como hace con todo lo que no le gusta recordar, pero esta vez no ha sido así.

Así que se trataba de eso. A pesar de la tristeza que había mostrado Candela en ciertos momentos, no pensaba que mi hermana estuviera tan enamorada de Rubén como para regresar de su exilio parisino por él. Sabía que le gustaba, pero estaba claro que los sentimientos que albergaba eran mucho más profundos de lo que había creído.

—Es más frágil de lo que aparenta —apuntó Javi. Caminaba a mi lado con las manos en los bolsillos y la vista fija en el suelo. Me dieron ganas de abrazarlo solo para que se sintiera mejor—. Pero cree que tiene que demostrarle al mundo que no es así.

—Ha crecido y ni siquiera me he dado cuenta —repliqué—. Para mí sigue siendo mi alocada hermanita pequeña.

—Eso es lo que quiere hacerle creer a todos, especialmente a tus padres.

Comprendí enseguida a qué se refería. Ellos siempre la habían comparado conmigo. Yo era la responsable y ella la rebelde; yo sacaba buenas notas y ella no dejaba de salir los fines de semana aunque estuviera en plenos exámenes. Poco podían imaginar que su perfecta hija, esa que iba a casarse en tan solo unos meses, no tenía nada de perfecta.

El móvil de Javi vibró y este le echó un vistazo. Su expresión resignada al leer un mensaje hizo aflorar mi curiosidad, pero no me atreví a preguntar.

—Gracias por acompañarme a casa —dije, por contra, mientras sus dedos volaban sobre el teclado—, y por cuidar de Candela.

Levantó la vista del móvil y me sonrió. Aunque horas antes hubiera conseguido cabrear a todo su grupo de amigos, me bastaba saber que se preocupaba por mi hermana y que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que ella fuera feliz.

—No me las des. Y Murphy me mataría si no te dejo, sana y salva, en tu portal. —Hizo una breve pausa para guardarse el teléfono en el bolsillo—. Era él. Me ha dicho que no te diga nada, pero nos espera en tu calle. Está jodido por haberse marchado sin despedirse y dejarte tirada.

Suspiré, llenando mis pulmones de aire hasta que mi pecho se infló como el de un pavo real y soltándolo luego muy poco a poco. El dramatismo de mi gesto le arrancó a Javi una carcajada.

—Candela y tú os parecéis más de lo que creía —comentó, sin dejar de reírse—, y os metéis en los mismos líos.

—Espero que sea un halago —repuse en broma, porque en realidad para mí así era.

—Lo es.

Le devolví la sonrisa y enlacé mi brazo con el suyo.

Caminamos los siguientes metros en silencio. No había tenido ni un momento para reflexionar sobre lo que había sucedido durante ese fin de semana, y en pocos minutos Leo estaría de nuevo frente a mí. ¿Qué iba a decirle? Aunque la verdadera pregunta era: ¿qué *quería* decirle?

Un mes atrás mi vida era ordenada y sabía lo que me esperaba al día siguiente, y al otro, y al que vendría después de ese. Pero luego la seguridad de la que gozaba se había esfumado y en su lugar se encontraba un policía de ojos azules y sonrisa espectacular, un hombre dulce y a la vez tan sexy que me resultaba imposible resistirme a él.

En el lado contrario estaba Sergio, alguien con el que había compartido los tres últimos años, al que había querido con sus defectos y sus virtudes. La cuestión era si todavía seguía queriéndolo.

—Le gustas mucho. A Murphy, quiero decir. —Javi interrumpió el hilo de mis pensamientos, tal vez porque era obvio lo que me rondaba la cabeza—. Es raro verle así —prosiguió, captando por completo mi atención—. Tiene esa estúpida teoría de los primeros besos, no sé si te lo ha contado.

Apoyé la cabeza en su hombro y sonreí al recordar el día en el que Leo me había explicado aquella teoría. Pero inmediatamente me sentí mal por atesorar un momento tan bonito. No creía merecerlo.

Javi debió percibir mi melancolía porque cambió el tono de la conversación y me espetó con un marcado matiz jocoso:

—Deberíais echar un buen polvo. Los cuatro. —Me detuve y alcé las cejas—. Juntos no, por separado. Ya me entiendes. A no ser que... os vayan las orgías. Aunque con tu hermana sería un poco...

Le di un codazo en el estómago para que se callara antes de decir alguna barbaridad mayor.

—¿Tratas de animarme? —Asintió, avergonzado, mientras que yo negaba con la cabeza—.

Lo haces de pena.

Se echó a reír, con esa risa cantarina y algo infantil a la que ya me había acostumbrado. Le di un apretón de agradecimiento.

—A veces creo que en realidad lo que necesito es romper con todo —le confesé, aunque ni yo misma sabía que era eso lo que iba a decir—. Mandarlo todo a la mierda.

—Hazlo —replicó él, y esta vez fui yo la que estalló en carcajadas.

Hasta que me di cuenta de que lo decía en serio.

—No puedo hacer eso.

—Puedes hacer lo que quieras, Laura. Solo necesitas... hacerlo.

Mi vista se desvió hacia el cielo. Apenas se vislumbraban unas pocas estrellas, nada que ver con el firmamento de Burgos, pero de igual forma que en aquella ocasión en la que Leo estaba sentado a mi lado, me sentí sobrecogida. Y también pequeña y perdida.

—Me da la sensación de que actúas por impulso —terció él—, pero no siempre te guías por tu propio instinto. Deja de pensar en qué quieren los demás de ti y piensa en lo que quieres tú.

—No sé lo que quiero.

—No hay prisa —señaló, encogiéndose de hombros.

Pero sí que la había. La boda con Sergio sería en pocos meses y, si me atenía a mi futuro más inmediato, Leo me esperaba apoyado en su coche, con la vista fija en los adoquines del bordillo y un mechón cayéndole sobre la frente. Lo sabía porque lo estaba viendo a tan solo unos metros de mí.

Javi me dio un beso en la mejilla y un abrazo que casi me rompe todos los huesos del cuerpo. Se marchó enseguida, pero no antes de cruzar una mirada con su amigo e intercambiar un gesto de barbilla con el que me pareció que se lo habían dicho todo. Cosas de amigos, supuse. Los tíos, para esos temas, están hechos de una pasta especial. Pueden darse de hostias y al minuto siguiente abrazarse, tomarse una copa juntos y aquí no ha pasado nada.

—Hola —me saludó, irguiéndose y acercándose a mí.

—Hola.

Nos quedamos en silencio más rato del que suele resultar normal en una conversación, pero no me sentí incómoda. Simplemente nos miramos el uno en los ojos del otro.

Al final, fue Leo el que se decidió a hablar.

—Lo siento —murmuró, con la boca pequeña y un gesto de niño indefenso que casi consigue hacerme olvidar el resto del fin de semana—. No debí dejarte sola.

Agité la mano, rechazando su disculpa. Lo había pasado bien con Javi, era un tío interesante a pesar de esa imagen algo desfasada y su tendencia a tragar alcohol.

Estiró el brazo y sus dedos rozaron los míos. El contacto me produjo una descarga que me erizó la piel de la nuca. Pasaron algunos segundos más y esta vez la pausa sí que enrareció el ambiente. Por primera vez desde que lo había conocido, mirarlo a los ojos supuso un verdadero esfuerzo para mí. Tenía delante a un tío increíble, alguien con el que me reía y que había despertado en mí un montón de sentimientos y emociones que no había echado de menos hasta ahora.

En ocasiones, no nos damos cuenta de que hemos dejado de sentir algo hasta que aparece de nuevo en nuestra vida. Y entonces... Entonces todo se va a la mierda.

—Laura, yo...

Su mirada lo delató antes de pronunciar una palabra. Leo por fin estaba listo para darme respuestas y yo no sabía si estaba preparada para escucharlas. Puede que mi relación con Sergio no fuera idílica, puede que no removiera esa parte de mí que se estremecía cada vez que veía a

Leo. Pero era Sergio. Yo lo quería. No estaba segura de si era debido al tiempo que llevábamos juntos, a todo lo que habíamos compartido o a que continuase amándolo. Pero el sentimiento seguía ahí y yo había traicionado su confianza. Había resultado muy fácil, con él lejos, olvidar lo que nos unía y lo que éramos para el otro. Dejarme llevar por las sonrisas de Leo, por el cosquilleo en el estómago, por algo nuevo y excitante.

—Hay algo que tengo que decirte —prosiguió él, y mi cabeza negó por sí sola.

El peso de la culpabilidad cayó sobre mi pecho con tanta fuerza que tuve que concentrarme para seguir respirando. Había sido una estúpida y me había comportado como una niña egoísta. Me había dejado arrastrar por la burbuja de complicidad que se había establecido entre Leo y yo, y ahora ya era tarde.

—No me debes nada —repuse, aunque en realidad creo que trataba de convencerme de que era yo la que no le debía nada a él.

Inspiré hondo e intenté no dejarme llevar por el pánico.

—No puedo seguir con esto, Leo. —Desvié la vista y me miré los pies. Cobarde hasta el final—. Me he equivocado. No debería...

Las palabras se me atascaron en la garganta. No quería decirle que había sido un error. Él no era un error, era un tío estupendo y yo la zorra patética que había aprovechado que su prometido no estaba para ponerle los cuernos.

—No deberíamos volver a vernos —dije al fin, reuniendo los trozos de la Laura responsable que no se habían volatilizado.

—No quiero ponértelo difícil —replicó, sin saber que su mera presencia lo volvía todo más complicado—, pero me gustas, Laura. Adoro la forma que tienes de reírte, tus locuras. Nunca sé qué vas a hacer o decir a continuación, pero no me importa... Eres auténtica y lo peor de todo es que crees que eso representa un problema...

Negué una y otra vez con la cabeza, y seguí negando. No quería escuchar más. No quería saber qué era lo que le atraía de mí o por qué estaba allí mirándome como si fuera la única persona sobre la faz de la Tierra. Si continuaba, lo convertiría en una realidad, en algo más que unos besos robados y un apasionado fin de semana. No podía soportarlo. Tenía demasiado miedo.

En lugar de reafirmarme en mi decisión, hice lo que debería haber hecho el día en que lo conocí: di media vuelta y huí.

Irrumpí en mi apartamento con la humedad desbordando mis ojos y la respiración entrecortada. En realidad, no sabía muy bien lo que estaba haciendo. Tan solo escapaba de algo que no comprendía. Poner distancia de por medio me parecía la solución más coherente, pero la verdad era que solo se trataba de la más cobarde.

Ni siquiera tuve tiempo de recuperar el aliento. Supe que algo iba mal en cuanto me di cuenta de que la luz del salón, así como la televisión, estaban encendidas. Y sobre el sofá... Sobre el sofá dormitaba Sergio, mi prometido.

Una vez que posé mi mirada sobre él, fui incapaz de contener las lágrimas. Ahogué los sollozos que ascendían por mi garganta y me deslicé en dirección al dormitorio. ¿Qué hacía él aquí? ¿Por qué no me había avisado? Si aquello se trataba de un arranque de romanticismo, no podía haber llegado en peor momento.

Me lancé sobre la cama y ni siquiera intenté desvestirme. Apreté la cara contra la almohada y dejé que el llanto fluyera. Retenerlo dentro ya no era una opción. Resultaba imposible que las cosas se complicaran más. Apenas si quedaban unas horas para que saliera el sol y entonces no tendría más remedio que enfrentarme a mis mentiras, a mi traición.

Lloré hasta que el cansancio pudo más que los remordimientos y la culpabilidad y me quedé dormida, sabedora de que me había quedado sin tiempo.

—¿Esto es lo que has estado haciendo durante mi ausencia?

La pregunta de Sergio se me clavó en el pecho.

Estaba tirada sobre el colchón, desmadejada y rota, como una muñeca a la que una niña ha abandonado porque es demasiado mayor para jugar con ella. Me picaban los ojos y sentía que la cabeza me estallaría de un momento a otro. Mi despertar no había tenido nada de pacífico, el portazo que había resonado en mi dormitorio había conseguido arrancarme de golpe de los brazos un Morfeo que no había dejado de lanzarme de una pesadilla a otra durante toda la noche.

Me miré las manos y luego el vestido arrugado con el que había dormido. Sergio esperaba una respuesta, aunque creo que ya había sacado sus propias conclusiones.

—Esto es culpa de tu hermana —señaló con desprecio.

Ni siquiera se había acercado a darme un beso. Meses y meses sin vernos y lo único que le preocupaba era que hubiera vuelto a las tantas de la madrugada.

—No la metas en esto —la defendí.

—Llevo desde ayer por la mañana esperando que aparecieras y llamándote al móvil. ¿Se puede saber dónde estabas?

«En la cama con otro», pensé con amargura, y las lágrimas retornaron a mis ojos. Agaché la cabeza y las contuve a duras penas.

Recordé que mi teléfono se había quedado sin batería tras pasar la noche en casa de Leo. Sergio me debía de haber llamado al menos una docena de veces para avisarme de su llegada y yo mientras...

—Lo siento —murmuré, encogiéndome contra la almohada.

Mi disculpa encerraba mucho más de lo que mi prometido podía comprender. En realidad, quería decirle la verdad, contárselo todo, pero estaba bloqueada. Llevaba tanto tiempo sin verlo que ahora que lo tenía delante era como si los lazos que nos unían se hubieran deshilachado hasta casi romperse. Todo estaba mal, fuera de lugar. No me reconocía ni a mí ni a él.

—Mi madre me ha dicho que ni siquiera te presentaste para la degustación del menú —me reprochó, casi fuera de sí.

«Oh, mierda».

Lo había olvidado por completo. A mi suegra le habría faltado tiempo para llamarlo y ponerme verde por haberla dejado plantada. Razones no le faltaban. Me tenía merecido eso y mucho más.

—Sergio, yo...

—¿Tú qué? —Hizo una pausa. No supe qué contestar—. ¡Joder, Laura! Me marchó unos días y comienzas con tus gilipolleces. Estoy harto de tu inmadurez.

Me abstuve de decir que no habían sido unos días sino meses, no creí que fuera a ayudar a mejorar la situación. Alcé la vista y lo vi apoyado en el marco de la ventana, mirando al exterior. Su camisa estaba tan arrugada como mi ropa, era obvio que se había quedado dormido en el sofá mientras esperaba que apareciera. Se debía de haber cortado el pelo hace poco, porque lo llevaba más corto incluso que cuando nos habíamos despedido en el aeropuerto. También su piel gozaba de un aspecto distinto, mucho más dorada, y había perdido algo de peso. La verdad es que estaba más atractivo que nunca. Parecía como si no quisiera mirarme, y eso que no sabía nada de lo sucedido con Leo.

Pensar en él hizo que se me contrajera el estómago y dos segundos más tarde corría en

dirección al baño. Apenas si tuve tiempo de llegar y vomitar el *sushi* que había ingerido para cenar.

—Te está bien empleado —comentó Sergio, y puede que fuera verdad.

Esperé hasta que las arcadas cesaron para levantar la vista y mirarlo a los ojos. Aunque me lo mereciera, me dolió verlo inmóvil en la puerta, observándome sin un atisbo de compasión. Casi parecía estar regodeándose con la situación.

Me dejé caer sobre el suelo. Apoyé la cabeza en las manos y me di cuenta de que estaba ardiendo.

—Creo que tengo fiebre.

Su postura se relajó y frunció el ceño, preocupado. Se agachó junto a mí y comprobó con su mano mi temperatura. Sin decir nada me tomó en brazos y me llevó de vuelta al dormitorio para depositarme con cuidado sobre la cama. Lo dejé hacer. No tenía fuerzas para pelearme más con él, aunque seguía sin identificarlo del todo con el Sergio que yo conocía. Pero al menos no me estaba gritando.

—Te traeré agua y algo para la fiebre —afirmó, y el matiz dulce de su voz consiguió que me sintiera mejor—. Necesitas descansar.

Lo que en realidad necesitaba era olvidar. Borrar de un plumazo las últimas semanas.

Un pinchazo en la sien me obligó a tumbarme. Sergio regresó con el vaso y una pastilla que me tragué sin rechistar. Retiró un mechón de mi pelo y me acarició la mejilla. Su contacto me resultó... raro. Mi cuerpo protestó y a punto estuve de girar la cara, pero meforcé a aguantar. De él no iba a poder huir.

¿Qué me estaba pasando? ¿Tanto habían cambiado las cosas entre nosotros? ¿Y por qué si estaba frente a mi prometido me daba la sensación de que sus caricias eran... inapropiadas?

—Tengo una reunión. Llámame si necesitas algo.

—Es domingo —protesté, sin mucho entusiasmo. La posibilidad de quedarme a solas con mi vergüenza resultaba demasiado tentadora.

—No he venido de visita, Laura. Ha surgido un problema en la ejecución del proyecto y los inversores se han puesto muy nerviosos —me aclaró, y la desilusión de saber que no estaba allí por mí socavó un poco más mi ánimo—. Llegaré tarde. No me esperes despierta.

Había mantenido la vista fija en sus labios mientras hablaba, pero sus palabras no me decían nada. Mi conciencia había enmudecido y yo con ella. No tenía ni idea de lo que iba a suceder a partir de ahora, de quién era o en qué me había convertido; mucho menos de con quién iba a casarme.

Sergio me observó con extrañeza, como si detectara que había algo que no le estaba contando. Reprimí el impulso de confesar hasta el último de mis pecados. No creí que fuera lo mejor descargar mis miserias en él justo antes de una reunión tan importante... O eso me dije.

Tras depositar un beso fugaz en mi frente se metió en el baño. Poco después le vi atravesar el pasillo vestido con uno de sus trajes y la corbata a medio anudar. No tardó más de media hora en abandonar la casa, dejándome sola. No pude evitar pensar en lo que le había ocultado y, sintiéndome aún más despreciable, deseé con todas mis fuerzas ser capaz de mantener la boca cerrada por una vez y que el secreto muriera conmigo. Tal vez eso fuera lo mejor.

No supe muy bien cuántas de las siguientes horas pasé despierta y cuántas dormida, ni cuales de los sueños que tuve fueron pesadillas o si se trataron de delirios debidos a la fiebre. A media tarde, alguien me sacó del duermevela en el que me encontraba zarandeándome sin piedad.

—Madre mía, hermanita. ¡Ni siquiera te has cambiado de ropa!

Parpadeé para enfocar la vista y me encontré con el rostro de Candela. Estaba sentada en el borde de la cama y se inclinaba sobre mí con expresión divertida.

—Sergio —murmuré, sin fuerzas para nada más.

—¿Sergio? —Asentí y la sonrisa desapareció de su rostro—. ¿Qué ha hecho ahora ese mamarracho?

Las lágrimas me llenaron los ojos antes de que pudiera contestar a su pregunta. Él no había hecho nada, nada de nada. Ni siquiera me había dado un beso, más allá del casto roce en la frente con el que se había despedido. Aunque yo estaba convencida de que su indiferencia era un castigo merecido por mi traición; daba igual que él no estuviera al corriente de ello.

Me incorporé y pasé a apoyar la espalda sobre el cabecero. Mi estado era igual de lamentable que horas antes, si bien creo que se debía más al sentimiento de culpabilidad que a cualquier afección física.

—Está aquí —susurré, como si decirlo en voz alta convirtiera la presencia de Sergio en Madrid en algo más real de lo que ya resultaba—. Me lo encontré en el salón al llegar a casa anoche.

Candela enarcó las cejas con lentitud y bajó un poco la barbilla. Se quedó pensativa unos segundos, en silencio. Puede que buscara las palabras correctas o tan solo que valorase lo que debía decir, lo que yo quería escuchar.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió instantes más tarde—. Lo de Leo... —Me encogí un poco al escuchar de nuevo su nombre. Lo peor es que me moría de ganas de verlo y de salir huyendo, todo a la vez—. Es solo una aventura, ¿no?

La miré sin verla y me hundí en mi mente, en ese espacio caótico repleto de dudas e indecisión, de miedos y anhelos. Por mucho que deseara negarlo, el poli duro que conociera semanas atrás se había convertido en algo más que una simple aventura. No se trataba únicamente de un capricho o de la asoladora atracción que despertaba en mí siempre que estaba cerca de mí. Había deseo, pero también el asomo de otros sentimientos en los que me aterrorizaba pensar.

Aparté a Leo a un rincón de mi mente y me concentré en Sergio y en nuestra relación. Evoqué el recuerdo de los últimos años a su lado, de nuestra vida en común. Intenté ser sincera conmigo misma, algo nada fácil dada mi tendencia a evitar los conflictos. ¡Maldita sea! Me había convertido en una cobarde.

—No tienes por qué contárselo —prosiguió mi hermana con la vista fija en el edredón que me cubría. Ni siquiera ella podía mirarme a la cara—. Siento haberte animado.

—No es culpa tuya. Fui yo la que me...

No pude terminar la frase. ¿Qué había hecho? ¿Cómo demonios me había dejado llevar de esa forma? No había excusas posibles. Daba igual si lo mío con Sergio era solo una sombra de lo que un día fue. Nadie se merecía ese tipo de traición.

—¿Qué hay de ti? —tercié. Era consciente de que tenía que tomar una decisión, pero una vez más mi cobardía habló por mí—. ¿Y Rubén?

El rostro de Candela se contrajo en una mueca. Estaba claro que las mujeres de mi familia teníamos algún tipo de desorden que nos impedía mantener relaciones amorosas normales.

—Se niega a hablar conmigo. No coge el teléfono y he estado en su casa, pero por más que toco no responde.

El tono preocupado de su voz hizo que me olvidara del desastre en el que se había convertido mi vida. La rodeé con los brazos y la obligué a tumbarse. Se acomodó a mi lado y exhaló un largo suspiro. No dije nada, pero sabía que estaba conteniendo las lágrimas.

—¿Lo quieres? —pregunté con cautela.

Tardó un momento en contestar.

—No sé lo que siento. A veces creo que he pasado tanto tiempo deseando que funcionase con él que me he olvidado de lo que realmente siento —me explicó.

La estreché un poco más contra mí. Su respuesta me pilló desprevenida, pues había dado por supuesto que Candela estaba totalmente enamorada de Rubén, pero parecía que yo no era la única que vivía en un mar de dudas. O tal vez le daba miedo asumir que así era, volverlo real, porque si salía mal el golpe sería más duro.

—Todo irá bien —aseguré, y deseé que así fuera, tanto para ella como para mí.

Su teléfono móvil comenzó a vibrar. Candela se sentó en el borde de la cama y tomó su bolso del suelo. Miró la pantalla y, sin responder a la llamada, se giró hacia mí.

—Vuelvo enseguida.

Abandonó el dormitorio a paso rápido y la oí dirigirse hacia el salón. Poco después escuché su voz amortiguada por la distancia.

Los pinchazos de mi cabeza no habían desaparecido, pero al menos parecían haberse suavizado. Me llevé la mano a la frente. Ya no estaba caliente. Me obligué a levantarme con la intención de meterme en la ducha. Quizás el agua caliente pudiera mejorar mi ánimo y ayudar a prepararme para lo que se avecinaba. Tenía que tomar una decisión cuanto antes, Sergio volvería en algún momento y lo más probable es que su estancia en la ciudad no se extendiera más allá de unas pocas horas, como mucho hasta el día siguiente.

Me deshice del vestido y lo lancé al cesto de la ropa sucia. Un vistazo rápido al espejo me confirmó lo mucho que me hacía falta una ducha. Las ojeras se extendían bajo mis ojos y mi media melena no era más que una maraña de pelo enredado. Pero si algo necesitaba era una taza de café humeante y bien cargado.

Dirigí mis pasos al salón, pero me detuve al escuchar el tono airado de Candela.

—¡Joder, Murphy! ¿En qué estabas pensando?

Intenté no enfadarme al comprender que hablaba con Leo y que debía de estar echándole la bronca. Supuse que, visto mi estado, estaría ejerciendo de preocupada e indignada hermana, aunque ella misma me hubiera alentado a cometer una infidelidad. La lógica de Candela no siempre era la más adecuada. Agradecía su gesto, pero nada de aquello era culpa de Leo. Antes de que pudiera hacer acto de presencia en el salón e interrumpirla, continuó hablando:

—No, ni se te ocurra. Te pedí que coquetearas un poco con ella, no que le soltarás tu rollo de chico dulce y encantador. —Hizo otra pausa—. Por el amor de Dios, ¡se ha enamorado de ti! Lo has empeorado todo.

Mis pulmones se vaciaron de golpe y el estómago pasó a ser una masa apretada que amenazaba con escapar de mi cuerpo garganta arriba. ¿De qué demonios estaban hablando? ¿Candela le había pedido a Leo que se me insinuara?

Mis pies se movieron por voluntad propia y me planté delante de mi hermana. Mi repentina aparición consiguió que soltase un grito y el teléfono resbaló de sus manos para ir a estrellarse contra el suelo. No hizo ademán de recogerlo.

—¿Hay algo que quieras contarme?

No se movió y no dijo nada, ni siquiera parpadeó. Conocía de sobra la tendencia de mi hermana a meter en líos a los demás. De pequeña, sus «travesuras» siempre acababan por salpicarme a mí, pero la idea que comenzaba a formarse en mi mente no me gustaba en absoluto.

—¿Candela?

Se retorció las manos con nerviosismo, un gesto típico de ella cuando mi padre la pillaba

mintiendo, y el desconcierto que sentía se transformó en rabia.

—¿Qué es exactamente lo que le pediste a Leo?

—No es lo que piensas —se apresuró a contestar—. Yo solo quería que te replantearas tus alternativas... Sergio no es para ti.

Me froté las sienes con los dedos. Aquello empeoraba por momentos.

—¿Le dijiste que me sedujera? Todo ese rollo de los primeros besos... Que estuviera pendiente de mí...

Candela se mordió el labio inferior y no contestó.

La rabia dio paso a algo más. Pensé en el paseo en Burgos bajo las estrellas, en los jueguecitos y el tonto de Leo, el viaje hasta Covadonga... Incluso me había llevado a Madrid Río. ¿Cuánto de ese comportamiento había sido fingido? ¿Habría algo real?

—La multa —comenté, recordando cómo nos habíamos conocido— ¿Fue una casualidad?

Me fallaron las piernas al ver que negaba con la cabeza.

—Le dije dónde encontrarte —confesó.

A pesar de estar susurrando, su voz se coló en mis oídos como si de un alarido se tratase. Y en aquel momento tuve que admitir ante mí misma que ese estallido en mi pecho no era otra cosa que mi corazón estallando en mil pedazos.

Me hubiera gustado poder decir algo después de la confesión de Candela, arremeter contra ella o incluso enfadarme con Leo, pero todo lo que sentía era un dolor sordo en el centro de mi pecho. Supongo que era el dolor de la traición.

Me vestí a toda prisa y hui de mi propia casa sin querer escuchar ninguna otra explicación al respecto. Dolía demasiado, y era consciente de que resultaba irónico porque yo también había engañado a Sergio. Puede que me lo mereciera.

Recorrí calles y calles sin fijarme siquiera en los nombres de estas, evitando mirar a la cara a la gente con la que me cruzaba, con una única imagen en el fondo de los ojos, una imagen dividida: Sergio y Leo. Pensar en ambos me provocaba sensaciones muy similares, si bien, comprender que toda cuanto había vivido al lado del segundo se basaba en una mentira solo conseguía agravar el remordimiento por lo que le había hecho a mi prometido. Sabía que no había ninguna excusa válida para la infidelidad que había cometido, pero haber destrozado una relación estable por otra persona que ni siquiera había sido sincera conmigo no hacía más que empeorarlo todo.

Mis pensamientos se volvieron cíclicos y mi paseo errático. Caminé sin detenerme, puede que buscando que me dolieran los pies más que el corazón, pero no funcionó. Me sorprendí al encontrarme frente a la puerta principal del Parque del Retiro. No recordaba haberlo visitado desde la Feria del Libro del año anterior, una cita que nunca me perdía. No obstante, una vez allí, me dejé guiar igualmente por mis piernas.

La extenuante caminata finalizó cuando tropecé con el monumento del Ángel Caído. Al alzar la vista y contemplar la estatua se me llenaron los ojos de lágrimas. Nunca había albergado un interés especial por esa escultura, pero, en ese instante, deseé con todas mis fuerzas que alguien se hubiera apiado de ese ángel rebelde, quizás porque de repente creía merecer ser arrojada a los infiernos. Continué admirándola, perdiéndome en las líneas de su rostro, en la serpiente que se enroscaba de forma asfixiante alrededor de la figura de bronce, hasta que mi dolor se entremezcló con el suyo y dejé de pensar. Los «Y si» que me atormentaban se esfumaron y mi conciencia me dio una ansiada tregua. No pude evitar preguntarme cómo había llegado a aquella situación, pero aparté la cuestión sabiendo que era inútil darle más vueltas.

Cuando cometes un error, no importa lo que hagas después ni cuánto te esfuerces por solucionarlo, no puedes borrarlo y seguirá ahí por el resto de tus días. El paso del tiempo difuminará el recuerdo de lo que hiciste y pude incluso que haga sanar las heridas provocadas, pero nunca eliminará del todo el daño.

Sin perder de vista al ángel, me senté en una de las zonas de césped cercanas. Por mucho que me esforcé en conservar la tranquilidad, los remordimientos regresaron. ¿Qué iba a decirle a Sergio? ¿Cómo explicarle lo sucedido? ¿Y cómo enfrentarme a Leo? ¿Quería una explicación de su parte? Si tan solo me decía que todo aquello había sido un juego para él...

Doblé las rodillas y escondí la cabeza entre las piernas, tratando de recuperar el aliento. Ni siquiera me había percatado de lo entrecortada que se había vuelto mi respiración ni del temblor de mi cuerpo. Sabía que si no me calmaba sufriría un ataque de pánico de un momento a otro, y esta vez no habría nadie a mi lado para decirme que todo iba a salir bien.

Inspiré y espiré con lentitud varias veces. La tarde era soleada pero algo fría para ser principios de verano, y tan solo me había puesto unos vaqueros y una camiseta demasiado fina para abrigar lo necesario. La gente iba y venía por las tres vías que confluían en la glorieta,

disfrutando de la tranquilidad que les brindaba el entorno. Observé a una pareja que paseaba de la mano, ella llevaba el pelo recogido en un moño del que escapaban rizos oscuros sin control alguno y era menuda y de expresión aniñada. Él, mucho más alto que ella, se detuvo al llegar a la fuente, la alzó en brazos y la miró como si todo lo que pudiera ver fueran sus ojos y su rostro, como si no estuvieran en una ciudad con varios millones de habitantes, como si no le importara otra cosa que no fuera conservar la sonrisa de sus labios en el fondo de su mente y evitar que esta se desvaneciera.

Aparté la mirada, cohibida por la complicidad que destilaba la pareja y, en parte, sintiéndome culpable porque a mi mente acudiera la imagen de Leo. Tras unas pocas semanas había conseguido meterse bajo mi piel, no había mejor manera de definirlo. Y eso me asustaba más que cualquier otra cosa.

Me miré la mano y la ausencia de mi anillo de compromiso consiguió que me pesara aún más el corazón. Apreté el puño y las uñas se me clavaron en la palma, compitiendo con las punzadas que atacaban mis sienes y la presión de mi pecho. Inspiré y espiré de forma profunda una vez más, pero la ráfaga de imágenes que pasaba ante mis ojos no se detuvo. Era incapaz de dejar de ver a Leo: nuestro baile la noche que había salido con Candela, la caminata en busca de mi coche en Burgos y aquel cielo estrellado sobre nuestras cabezas, las conversaciones compartidas repletas de sonrisas y guiños... Me vi observándole, apretando mi pecho contra su espalda encima de la moto, sin poder evitar sonreír porque su mera presencia provocaba en mí una mezcla de tranquilidad y felicidad que me era imposible contener.

«Estás jodidamente enamorada de él», señaló mi Pepito Grillo, que hasta ahora había permanecido sumido en un silencio preocupante. No solía ser malhablado, pero obvié ese hecho porque en el fondo sabía que llevaba razón. En algún momento durante mis encuentros con Leo, entre risas, tiras y aflojas, confesiones en voz baja y besos repletos de pasión y traición, la atracción había empezado a convertirse en algo más profundo.

Me dejé caer hacia atrás. El frescor de la hierba traspasó la tela de mi camiseta y me enfrió la espalda, erizándome la piel. No hice nada para evitarlo a pesar de que comencé a temblar de inmediato. Cualquier incomodidad que sumara a mi estado era bien recibida, aunque fuera consciente de que ni siquiera la suma de todas ellas iba a compensar lo sucedido. Pero, en realidad, daba igual, porque era consciente de que lo había hecho todo mal. Traicionar la confianza de Sergio y dinamitar nuestra relación siéndole infiel, contaminar con esa traición cualquier recuerdo hermoso que pudiera albergar con Leo, aunque ni siquiera supiera si algo de lo que me había dicho era verdad, y Candela... Hubiera sido más sencillo enfadarme con ella, si bien mi hermana no tenía la culpa de lo que yo había hecho. Me sentía únicamente decepcionada, triste y herida porque no hubiera sido capaz de hablar conmigo de forma sincera.

«¿Quién eres tú para reclamar sinceridad?», me reproché a mí misma.

Pasé las siguientes dos horas sentada sobre el césped de aquel rincón del parque, desbordada por lo variado de mis sentimientos y dándome cuenta de que no había ninguna salida fácil. No hubo ningún «Y si», no esta vez. Aunque no tenía ni idea de lo que iba a hacer, mi conciencia debió de decidir no torturarme más con los posibles desenlaces. Supongo que para eso ya me bastaba yo sola. Cuando el sol empezó a caer me puse en pie y eché a andar sin más, sin tener demasiado claro si quería regresar a casa y encontrarme con Sergio, si tenía el valor de enfrentarme a mi prometido y contarle que no sabía quién era ni en qué se había convertido la mujer que iba a ser su esposa en tan solo unos meses.

—¿Se puede saber de dónde sales, hija mía? Tienes un aspecto lamentable.

La mirada de mi madre al abrir la puerta de su casa y encontrarme de pie frente a ella fue una de sus clásicas miradas recelosas. Nunca había sido una mujer demasiado dada a las muestras de cariño y, en ocasiones, tampoco demostraba mucho tacto. Supongo que lo de no tener filtro entre el cerebro y la boca lo había heredado de ella. Mi padre asomó a su espalda y él, en cambio, sí que pareció preocupado.

—¿Te ha pasado algo? —inquirió acercándose hasta nosotras.

Mi madre me invitó a pasar con un gesto y me fui directa a la cocina en busca de una bebida caliente o cualquier cosa que me arrancara el frío del cuerpo y del corazón. Lo último era poco probable que pudiera arreglarlo un café o un chocolate, pero no perdía nada por intentarlo.

—Me han robado el bolso —inventé sobre la marcha.

En mi precipitada huida ni siquiera me había molestado en coger las llaves o el móvil, mucho menos el bolso con el resto de mis pertenencias. No había caído en ese detalle hasta que, tras abandonar El Retiro, pensé en tomar el metro para regresar a casa. La mejor solución pasaba por ir hasta el piso de mis padres, situado a pocas calles del parque.

El entrecejo de mi padre se arrugó aún más y supe enseguida que había detectado mi mentira. Mientras que Candela solía conseguir engañarle a menudo, yo era pésima en ese aspecto. En lo que a mí se refería, mi padre tenía una especie de detector de trolas integrado.

—¿Y también te han arrastrado por el suelo? —terció mi madre mirándome de arriba abajo.

Mi aspecto era, como poco, lamentable, y estaba segura de que mi olor corporal no ayudaba en absoluto.

—Ve a darte un baño —sugirió mi padre—, te prepararé algo de comer.

Observé con cierto anhelo la cafetera automática que les había regalado las navidades pasadas, pero terminé por aceptar su oferta y me marché en dirección a mi antigua habitación. Todavía conservaba allí algo de ropa, pasada de moda eso sí, pero cualquier cosa era mejor que lo que llevaba puesto, y una larga ducha caliente tal vez consiguiera llevarse consigo parte de mi abatimiento.

El dormitorio que Candela y yo habíamos compartido de niñas era un refugio repleto de nostalgia y cariño. Entre esas cuatro paredes había compartido secretos con mi hermana, y también horas y horas de airadas discusiones que ahora me parecían ridículas. Ella solía robarme la ropa que tenía reservada para salir el sábado por la noche y yo dejaba de hablarle durante un par de días, hasta que me rogaba entre pucheros que la perdonara y al fin de semana siguiente volvía a hacer lo mismo. Sonreí al recordar la vez que fui yo quien estrenó un vestido que se había comprado para la primera cita con uno de sus compañeros de instituto. Aquello desató el drama y mis padres tuvieron que mediar para que Candela no acabara quemando mi parte del armario.

Luego, con el tiempo, dejamos las riñas de lado y nos convertimos en buenas amigas. Por eso me parecía increíble que hubiera sido capaz de involucrar a Leo y urdir semejante plan a mis espaldas. ¿Por qué simplemente no había hablado conmigo?

—¿Todo bien? —Me giré en dirección a la puerta y me encontré a mi padre con el ceño todavía fruncido.

Puede que consiguiera darle esquinazo a mi madre, pero con él lo tendría difícil. Sabía que me pasaba algo y siempre había tenido ese carácter afable y tranquilizador que te invitaba a

contarle cualquier cosa que te preocupara. Hubiera sido un psicólogo excelente si no se hubiera decidido por la Ingeniería Química.

Me senté sobre la colcha violeta que cubría la cama de Candela y suspiré. Ni siquiera sabía por dónde empezar: la inminente boda y mi indecisa actitud frente a ella, la infidelidad, los sentimientos que albergaba hacia Leo, la traición de mi hermana...

—Lo he hecho todo mal —apunté, al darme cuenta de que en las últimas semanas había cometido un error detrás de otro.

Mi padre sonrió de forma conciliadora y acudió a sentarse a mi lado. Era bastante más alto que yo y de complexión atlética, y aunque llevaba el pelo muy corto y contaba con unos rasgos faciales muy marcados que le daban aspecto de militar, sus ojos transmitían el tipo de fe ciega que solo un padre puede tener en sus hijos.

—No será para tanto.

—Oh, sí, sí que lo es —repliqué. Me descalcé y crucé las piernas sobre el colchón.

Él permaneció unos segundos en silencio antes de volver a hablar. Se me calentaron las mejillas de inmediato. Estaba convencida de que en cualquier momento me señalaría con el dedo al grito de infiel. Si había alguien que pudiera descubrir por sí solo lo sucedido, ese era mi padre.

—Es por la boda. —No fue una pregunta.

Laura, cero; padre con poderes adivinatorios, uno.

—Sí —contesté con la boca pequeña, aunque tampoco es que necesitara que yo se lo confirmase.

—No puedo decir que no lo esperase.

Esta vez fui yo la que arrugó el ceño y torció el gesto. Él exhaló una mezcla de suspiro y carcajada y me revolvió el pelo con una mano. Volví a sentirme como cuando tenía apenas quince años y mi padre me echaba una de sus charlas de «ya te lo decía yo».

—Laura, eres una mujer preciosa e inteligente, responsable y noble, y no lo digo porque seas mi hija —se apresuró a añadir—. Pero también eres una soñadora. —Fui a protestar sin saber muy bien el motivo, pero me hizo callar con la mirada—. La clase de mujer a la que hay que querer de la misma manera apasionada en la que ella ama, esa que quiere darlo todo, que ansía sentirse en casa y a la vez en territorio desconocido. A la que hay que alentar, nunca cohibir, porque si no terminará por apagarse y dejar de ser ella misma...

»Sergio es un buen chico —prosiguió, ladeando la cabeza para captar mi mirada—, y tal vez puedas ser feliz con él. No soy yo el que debe decidirlo.

—Pero tú no crees que vaya a serlo...

—Lo que yo crea no importa, hija. Solo quiero que seas feliz y nunca pierdas ese punto de locura que te hace ser tan especial. Eres especial —repitió, en un tono colmado de ternura—. No dejes que nadie te diga lo contrario.

Entorné los párpados y le di un pequeño empujón en el costado para agradecerle sus palabras.

—¿Alguna vez dudaste de tus sentimientos por mamá?

Alzó la vista y sonrió ante la pregunta. Pese al carácter de mi madre, mis padres siempre se habían llevado bien y, no solo eso, encajaban de una manera perfecta; las carencias de uno eran compensadas por las virtudes del otro.

—Tu madre no me lo puso fácil, ya la conoces, le encanta tenerlo todo bajo control y yo irrumpí en su ordenada vida de una forma bastante inusual.

Conocía la historia de sobra. Nos la habían contado en más de una ocasión. Mi padre fue un joven juerguista y mujeriego que se saltaba las clases y no se perdía una fiesta, cuando no era él

mismo el que la organizaba. Mi madre, en cambio, trabajaba en esa época en la empresa familiar; era una chica madura para su edad y con ciertas responsabilidades dado que mi abuela había fallecido y sobre ella recaía el peso del cuidado de mis dos tías y de mi abuelo. Mi padre solía relatar cómo había tenido que insistir una y otra vez para que accediera a tener una cita con él y, aún después de conseguirlo, lo mucho que le había costado conquistarla.

—No sé decirte en qué momento me enamoré de ella. Te confieso que al principio era más un reto que otra cosa —murmuró en voz baja—, pero puedo decirte que, una vez que supe que la amaba, no tuve la más mínima oportunidad de luchar contra ello.

—Pero ¿no pensaste nunca en que podías estarte equivocando?

Me sentí una imbécil al tener que hacer una pregunta así, dado que era obvio que pensaba más en mi relación con Sergio que en la de mis padres. No obstante, él no dio la menor muestra de que la cuestión le resultara banal. Se puso serio y miró hacia la puerta.

—Sara. ¡Sara! —gritó, llamando a su esposa.

Mi madre apareció unos instantes más tarde. Llevaba puesto un delantal, señal de que debía de estar preparándose algún tentempié, y secándose las manos con un trapo. Lucía una expresión relajada y tranquila, aunque bien sabía yo que la cocina no era una de sus debilidades.

—Fíjate en sus ojos —me susurró mi padre, y acto seguido desvió su atención a mi madre—. Te quiero, Sara.

Empleó un tono más dulce del que jamás le había escuchado usar con nadie de la familia. El gesto de ella no varió lo más mínimo. Le lanzó el trapo a la cara y negó con la cabeza, ni siquiera sonrió, pero me di cuenta de que su mirada se transformaba por completo, que sus ojos adquirían un brillo intenso e incluso diría que se empañaban a raíz del comentario.

—No digas tonterías —replicó, pero su voz y el amago de una sonrisa decían algo muy distinto.

Recuperó el paño de cocina de las manos de mi padre y abandonó la habitación, no sin antes mencionar que el aperitivo que estaba preparando estaría listo en apenas diez minutos. Mi madre era una mujer reacia a mostrar sus sentimientos. En ocasiones, de niña, había envidiado a algunas de mis amigas por tener madres más cariñosas. Pero en ese momento me di cuenta de que nunca me había fallado en los momentos importantes, que siempre había estado ahí para mí y que, a su manera, demostraba cada día lo mucho que nos quería.

—¿Has visto? —La pregunta de mi padre interrumpió el hilo de mis pensamientos—. Después de tantos años ambos seguimos siendo capaces de despertar emociones en el otro. Sé que no parece gran cosa, pero eso es lo que quiero para ti. Alguien que nunca te deje indiferente —afirmó. Pasó el brazo por mi espalda y me atrajo hacia él. Apoyé la cabeza sobre su hombro para seguir escuchándole—. La indiferencia acaba con las relaciones. Puedes odiar o amar, o amar y odiar al mismo tiempo.

»Siempre has sido una persona llena de vida, Laura, alguien apasionado y quizás demasiado visceral, y siempre has tratado de atajar esa parte de tu carácter. No lo hagas. Es parte de ti. Sergio debería amar esa parte de ti igual que yo quiero la parte de tu madre que, en ocasiones, no es capaz de expresar el cariño que siente por mí porque lo hace de otras mil maneras diferentes.

No quise decirle que el problema ya no se limitaba a mi relación con Sergio. Aunque, pensándolo bien, tal vez el problema siempre había sido yo y mi manera de tomar las grandes decisiones de mi vida. Lo más curioso era que Leo me hubiera hecho perder la cabeza y saltarme todos mis principios y las reglas que hasta ese momento habían regido mi vida, que hubiera conseguido de mí lo que a Sergio le había llevado tantos años lograr: que me entregara a él.

Mi padre debió de percibir mi inquietud porque ciñó más el brazo con el que me rodeaba la

espalda.

—Ve a ducharte. No tienes por qué decidir ahora el resto de tu vida —añadió, guiñándome un ojo.

Pero sí que tenía que hacerlo. Quizás no el resto de mi vida, pero sí mi futuro más inmediato. Y no tenía nada claro cuál iba a ser mi elección.

Tras una larga ducha, de la que solo consiguió sacarme mi padre tras mucho insistir en que la comida se enfriaría, me senté en la mesa de la cocina a degustar una sopa de verduras y una ración de pollo al chocolate, especialidad de la casa y que mi madre sabía que yo adoraba.

—¿Crees que tu hermana se dignará a hacernos una visita ahora que ha vuelto a Madrid?

La pregunta casi consiguió que me atragantase con un trozo de carne. Se me suele dar fatal disimular, y esta vez no resultó diferente. Mi padre soltó una carcajada y mi madre permaneció a la expectativa, esperando una respuesta.

—Oh, vamos... Sabemos que lleva semanas aquí —terció, cuando me mantuve en silencio.

—Es... Está... Yo no sabía... —tartamudeé, sin fuerzas para idear alguna justificación para el hecho de que Candela no les hubiera hablado de su regreso.

Mi madre resopló y empujó en mi dirección el vaso con zumo de frutas del bosque, uno de mis preferidos. Prepararme la comida que sabía que me gustaba era su particular forma de decirme que estaba preocupada por mí y de intentar hacerme sentir mejor.

—Dile que venga a vernos —intervino mi padre, sin dejar de sonreír—. No puedo imaginar qué locura se le ha metido ahora en la cabeza.

Mi madre se levantó y danzó por la estancia recogiendo y limpiando todo.

—Seguro que es por un chico —apuntó—. Las mujeres de esta familia siempre hacemos estupideces por los hombres.

Mi padre se acercó a ella por detrás y pasó las manos por su cintura. Le susurró algo al oído y la apretó contra su pecho. Mi madre giró la cabeza y le respondió con un fugaz beso en los labios. Aparté la vista para darles intimidad. No pude evitar pensar que, con todo, mi padre llevaba razón: esa era la clase de relación y de complicidad que yo quería también para mí.

Regresé a casa cuando el sol ya se había ocultado. Tomé prestadas las llaves de mi apartamento que mis padres guardaban en su casa y mi padre se empeñó en acercarme en su coche para que no tuviera que tomar el metro. La verdad era que, aunque agradecí el gesto, hubiera deseado tener un poco más de tiempo para reflexionar sobre lo que iba a hacer a partir de ahora. Ni siquiera estaba segura de que Sergio fuese a estar esperándome, bien podía haber emprendido ya el viaje de vuelta a Kuwait.

Pero la realidad fue que en cuanto mi padre estacionó en doble fila frente al portal me di cuenta de que no estaba en absoluto preparada para casarme con Sergio. Mi cariño por él no había menguado, pero ya no estaba segura de amarlo como se supone que debes hacerlo para compartir el resto de tus días con alguien. No solo eso, tenía serias dudas respecto a quién era la persona a la que él quería. ¿Le había mostrado yo a la Laura real? ¿O le había enseñado solo lo que quería que viera?

A veces resulta más fácil ser lo que los demás quieren que seas o lo que esperan que seas. Todos deseamos que nos quieran. Pero tras la charla con mi padre, yo albergaba la esperanza de que amaran cada parte de mí, tanto a la Laura responsable y eficaz que era en el trabajo como a la bocazas sin remedio en la que me convertía en otras ocasiones. El pensamiento me hizo sentir, en cierta medida, egoísta, porque me daba cuenta de que en el fondo yo nunca había aceptado en su totalidad la forma de ser de Sergio. Quizás por eso, a pesar de quererlo, albergaba tantas dudas acerca de nuestro matrimonio.

—¿Estarás bien?

Asentí de manera mecánica, lo que se tradujo en la aparición de varias arrugas de más en la frente de mi padre.

—¿Hay algo más que no me has contado?

—Un montón de cosas, papá —respondí sin pensar—. Pero primero creo que tengo que reconciliarme conmigo misma y asumir ciertos actos de los que no estoy demasiado orgullosa —admití, bajando la cabeza y reprimiendo unas lágrimas que parecían empeñadas en derramarse.

Conseguí no echarme a llorar para no preocuparle más de lo que ya debía estarlo, y también porque me estaba esforzando por no dar rienda suelta a la autocompasión.

—Bien, estaré aquí si necesitas hablar.

Volví a asentir y me bajé apresuradamente del coche. No obstante, una vez dentro del edificio, me quedé inmóvil frente al ascensor sin decidirme a apretar el botón de llamada. Lo único que había conseguido sacar en claro era que, antes que nada, tenía que hablar con Sergio.

«No puedes casarte con él», afirmó mi conciencia, muy seria. Y comprendí que si alguna vez había tenido razón era entonces.

Mis crisis «Y si», quitarme el anillo de compromiso y las dudas que había achacado a los nervios pre-boda debían haber resultado indicativo suficiente de que no podía dar ese paso. Pero lo sucedido con Leo era más que una señal, era como uno de esos carteles luminosos de Las Vegas que se ven a kilómetros de distancia; un neón brillante y colorido que yo había preferido ignorar.

Cerré los ojos y cogí aire hasta llenarme los pulmones, en un intento de calmarme y reunir el valor suficiente para seguir adelante. Cancelar la boda solo era el primer paso de un camino mucho más largo: no podía casarme con Sergio porque no era el hombre de mi vida. Comprender eso solo convertía todo aquello en algo mucho más duro. Tenía que romper con quien había sido

mi pareja durante los últimos tres años de mi vida y mentiría si dijese que no me aterraba la idea, por muy consciente que fuese de que era lo que debía hacer y lo mejor para ambos.

La decisión de romper mi compromiso se mantuvo firme tan solo unos minutos. Apenas traspasé el umbral de la casa, Sergio, que me esperaba en el salón, se abalanzó sobre mí y me alzó en vilo. Estaba radiante. Sonreía como un niño que ha conseguido salirse con la suya. Creo que jamás lo había visto tan feliz, ni siquiera cuando escuchó el «sí, quiero» de mis labios.

—¡Nos vamos a Nueva York! —afirmó casi gritando.

Era allí donde habíamos decidido pasar la luna de miel. Sergio ya había visitado la ciudad en dos ocasiones, mientras que yo no la conocía, y él estaba seguro de que desde el momento en que pusiera un pie en ella la amaría de la misma forma en la que él lo hacía. No obstante, me extrañó que de repente se mostrara tan eufórico teniendo en cuenta que era algo que ya habíamos acordado hace meses.

—¡A Nueva York! —repitió, y yo me encogí un poco más entre sus brazos—. No solo han aceptado la conclusión del proyecto tal y como lo había planificado sino que quieren ofrecerme un puesto en la filial de Manhattan —prosiguió, entusiasmado.

Me dejó en el suelo y aproveché para tomar cierta distancia. Mi cerebro continuaba trabajando a marchas forzadas para entender qué era lo que me estaba diciendo, hasta que comprendí que no hablaba del viaje de boda sino de su trabajo.

—Dos años. Ponen a nuestra disposición una casa y... ¡no quieras saber el sueldo!

Permanecí contemplándolo sin pestañear siquiera. La sonrisa le llenaba el rostro por completo, y eso era todo cuanto podía ver en ese momento. En realidad, veía algo más: la culpabilidad arremolinándose en la boca de mi estómago y obligándome a mantenerme en silencio. El contraste entre su felicidad y la angustia que no dejaba de crecer en el interior de mi pecho resultaba abrumador.

No había conseguido aún articular ningún tipo de respuesta cuando Sergio ya me estaba poniendo una copa de champán en la mano. Aquello era mucho peor de lo que me había imaginado. Me sentí incapaz de contarle nada de lo que había sucedido durante su ausencia y mucho menos hablar de la posibilidad de que la boda no se celebrase. ¿Qué derecho tenía yo a arruinar su vida de esa forma? Era consciente de que, en cuanto abriera la boca, haría saltar por los aires la dicha de la que disfrutaba en ese momento.

Y en aquel instante, viendo a Sergio sonreír y con aquel aspecto tan risueño, incluso mi Pepito Grillo corrió a esconderse en un oscuro y sucio rincón de mi mente. Él calló, pero la voz de la culpabilidad clamaba entre alaridos dentro de mi cabeza para que sonriera de una vez y le devolviera a Sergio el abrazo con la misma efusividad que él había mostrado. Y sonaba muy, muy persuasiva. Tanto que al final me encontré sonriendo, de una forma algo forzada, pero sonriendo al fin y al cabo.

—No te preocupes, encontrarás algo allí para ti —aseguró, confundiendo la tibieza de mi respuesta con preocupación por mi futuro laboral.

Controlé la necesidad imperiosa de negar con la cabeza y asentí. Acto seguido me bebí la copa de un solo trago y alargué el brazo en su dirección para que la llenara de nuevo. Dejé a la culpabilidad tomar el control de la situación y, aun sintiéndome cobarde y despreciable, no hubo ninguna otra voz que se impusiera a esa. Fue así como descubrí que el sentimiento de culpa es a veces poderoso y cruel, tanto que suele conseguir sumar nuevos errores a los ya cometidos.

A la mañana siguiente lo que se había apoderado de mí era una resaca de esas que te dejan postrada varios días en la cama y no sabes si el mundo se está acabando o eres tú la que se muere. Me desperté babeando sobre la almohada y con un dolor punzante taladrándome las

sienes. Parpadeé y volví a parpadear hasta que enfoqué la vista y conseguí ver con claridad el rostro masculino que tenía frente a mí.

—¡Joder! —exclamé, sentándome de golpe.

Tiré del edredón para cubrirme hasta el cuello.

—Llama al hotel y di que estás enferma —farfulló Sergio, que apenas si estaba consciente.

Me tiré de la cama sin esperar siquiera a que completara la frase y salí corriendo hacia el baño. Llegar tarde al trabajo, con la consiguiente bronca de mi jefe, no consiguió apartar de mi mente la idea de que Sergio y yo nos habíamos despertado el uno al lado del otro. No podía recordar nada de lo sucedido la noche anterior y, por extraño que pareciese, la posibilidad de que nos hubiéramos acostado acrecentó el pánico que había sentido al encontrarlo tumbado junto a mí.

El rostro de Leo apareció ante mis ojos en cuanto me miré al espejo. No me vi a mí misma, sino que fueron sus pupilas azules las que me devolvieron la mirada y no decían nada agradable.

—Tú tampoco eres un santo —murmuré a la imagen, aunque no me sentí mejor.

Me concentré en asearme, tragarme media caja de analgésicos y un café doble, y vestirme, por ese orden. Lo cual resultó útil hasta que regresé al dormitorio en busca de los zapatos y fijé la vista en la figura que reposaba entre las sábanas. Sergio continuaba durmiendo, boca abajo y con uno de los brazos enrollado en torno a mi almohada. Tenía el torso desnudo aunque conservaba los pantalones, y su rostro reflejaba una armonía de la que carecía cuando estaba despierto. No se podía decir que fuera menos atractivo que Leo. Sin embargo, en ese instante no sentí el más mínimo deseo hacia él. Lo único en lo que podía pensar era en que había cavado aún más hondo en mi propia tumba y tan solo me restaba esperar a que alguien comenzara a lanzar paladas de tierra sobre mi cabeza. Pero, ¿por qué me sentía así si Sergio era mi prometido y a Leo apenas lo conocía? ¿No debería haber sido al revés?

La cuestión era que, sea como fuere, todo parecía estar mal y fuera de lugar.

—¿Y si te vuelves a la cama conmigo?

Mi crisis retornó en cuanto formuló la pregunta. ¿Y si me había acostado con Sergio después de haberlo hecho con Leo? ¿Y si mi prometido lo descubría? ¿Y si lo hacía Leo? ¿Y si estaba enamorada de...?

—Ven aquí, cariño.

No me detuve a pensar en lo que poco usual que era que Sergio empleara un apelativo cariñoso conmigo, sino que agradecí tanto que interrumpiera el rumbo de mis pensamientos que apunto estuve de hacerle caso. En el último momento opté por tomar mis zapatos del armario y lanzarme a la carrera pasillo a través, dejándolo solo y con la mano extendida hacia mí.

—Llego muy tarde —grité desde la puerta principal, casi sin aliento y también sin vergüenza, dada la escenita de huida que estaba protagonizando.

No esperé para comprobar que me hubiera escuchado. La necesidad de abandonar mi propia casa era tan grande como el sentimiento de culpa que albergaba en mi interior; ahora más que nunca. Estaba confusa y decepcionada conmigo misma, y más perdida de lo que lo hubiera estado nunca.

Al traspasar el umbral y girar hacia el ascensor me empotré de lleno con una pared que no recordaba que estuviera allí, aunque no fuera la primera vez que me tropezara con ella. El ansia de alejarme de mi apartamento se transformó en lo contrario en cuanto me vi rodeada por los familiares brazos de Leo. No sé qué me sorprendió más, si que encajar contra su pecho resultara cómodo y reconfortante o que estuviera vestido de policía y plantado en la puerta de mi casa.

Inspiré hondo y el aroma cítrico de su perfume me cosquilleó en la nariz.

—Esto se está convirtiendo en una costumbre —susurró en mi oído.

En una mala costumbre, quise añadir, porque estar entre sus brazos no contribuía en nada a mejorar el estado de nervios en el que me encontraba. Pero me di cuenta de que en realidad sí que lo hacía. Lo peor de la situación era que sabía que no podía confiar en él. Y mucho menos en mí.

Deshice el abrazo con lentitud y di un paso atrás. Tuve que poner toda mi fuerza de voluntad en realizar ese simple movimiento, porque mi cuerpo parecía decidido a permanecer cuanto más cerca del suyo mejor. La sonrisa de Leo se esfumó y su mirada se tiñó de preocupación y de otra cosa que reconocí a la perfección: culpa.

—Déjame que te lo explique. —Hizo ademán de acercarse de nuevo, pero alcé la mano y lo detuve.

No había podido enfrentarme a Sergio y tampoco creía albergar el suficiente aplomo como para hablar con Leo. Sin embargo, mi boca respondió a su petición por sí sola con tal apasionamiento que no hubo manera de detenerla.

—¿Explicar qué? ¿Que todo ha sido una mentira? ¿Un juego? ¿Un acuerdo estúpido entre Candela y tú para, según ella, abrirme los ojos? —escupí con rabia—. Apuesto a que te inventaste esa ridícula teoría de los primeros besos. —Leo negó en silencio con la cabeza, pero yo proseguí—. ¿Organizasteis lo del bar? ¿Y el fin de semana en Burgos?

Pegué la espalda a la puerta en busca de estabilidad. En algún momento durante mi explosión había empezado a temblar y no sabía si podría mantenerme en pie. Tenerle delante provocaba en mí sentimientos encontrados, algunos de los cuales no estaba dispuesta a analizar en ese momento.

—No es como crees, Laura...

No quería escucharlo. De alguna manera sabía que negarme a atender sus explicaciones era un mecanismo de defensa, además de una actitud infantil. Pero si le dejaba hablar luego sería yo la que tendría que contarle que mi prometido dormía en mi cama a tan solo unos pasos de donde nos encontrábamos. Lo curioso era que sintiera una obligación de ser sincera con él mucho más intensa que con Sergio. Mi mundo se había vuelto del revés.

Hice ademán de rodearlo. Si era lo suficientemente rápida podría llegar a las escaleras antes de que me alcanzase. A este ritmo me convertiría en una profesional de las huidas. No sé por qué me vino a la mente de nuevo la película *Novia a la fuga*; empezaba a parecerme a Candela más de lo que pensaba.

Leo me agarró de la muñeca al intuir mis intenciones y, cuando su piel entró en contacto con la mía, el brazo entero se me incendió. No de una forma literal, pero fue como en las novelas que tanto me gustaba leer: una descarga de calor que brotó del punto exacto en el que me tocaba y se extendió por todo mi cuerpo. Sus ojos se iluminaron con un brillo codicioso, como si el fuego también lo estuviera consumiendo a él.

—Tienes que escucharme —supliqué, con los dedos rodeándome la muñeca con firmeza.

—Tengo que ir a trabajar —repliqué sin convicción, demasiado consciente de su cercanía.

Ladeó la cabeza y dejó escapar un suspiro. Durante un segundo pareció derrotado e impotente, y me dieron ganas de consolarlo. Era yo la que le estaba provocando ese dolor...

—Me gustas demasiado para dejarte marchar, Laura. No pretendía que esto llegara tan lejos. Me haces sentir... —Titubeó varios segundos, y una arruga se extendió por su frente. Sentí deseos de pasar mi dedo por ella y alisarla para eliminar su frustración—. No esperaba que fueras así.

—¿Y qué esperabas?

—No a alguien como tú. Cuando te ríes...

El apoyo sobre el que reposaba mi espalda desapareció de repente y me vi cayendo hacia atrás. Leo tiró de mí y consiguió mantener el equilibrio por muy poco, y acabé de nuevo contra su pecho. Para mi vergüenza, confieso que cerré los ojos para disfrutar de la sensación. No duró demasiado. La voz de Sergio a mi espalda preguntando qué estaba pasando se encargó de traerme de vuelta a la dura realidad.

—¿Ha pasado algo? —insistió en saber Sergio.

Leo y yo nos encontrábamos ya a una distancia prudencial, y él había adoptado una actitud más «profesional», con las manos reposando sobre el cinturón y la expresión seria de un antidisturbios en una manifestación que se ha salido de madre. Tal vez no distara mucho de la realidad.

La mirada de Sergio osciló entre ambos. Era obvio que encontrarse a su futura esposa en brazos de un policía uniformado resultaba, cuanto menos, inquietante. Aunque conociéndolo estaría pensando qué clase de locura había cometido para que las fuerzas de la ley y el orden vinieran a buscarme a casa.

Me olvidé de la pregunta de Sergio, si bien Leo contestó por mí. Una vez que me percaté de que iba a hablar mi corazón comenzó a latir de manera descontrolada. Había llegado el momento de afrontar las consecuencias de mis actos y no estaba en absoluto preparada para ello.

—Le decía a la señorita que hemos recuperado su vehículo del depósito —afirmó Leo, sin un ápice de duda en la voz. Me tendió las llaves de Cooper y me quedé mirándolas con recelo, como si fueran algún tipo de trampa que terminaría con mi mano apresada entre afilados dientes de acero—. Está aparcado en esta misma calle.

Sergio se volvió de inmediato en mi dirección.

—¿Qué demonios habías hecho con el coche? ¿Lo has vuelto a dejar abierto?

Me alegró que no pusiera en duda el hecho de que la policía no prestaba servicio a domicilio, concentrado como estaba en reprenderme por un posible descuido. Más de una vez había dejado el coche abierto o había olvidado dónde lo había aparcado. Sergio siempre convertía ese tipo de situaciones en armas arrojadizas con las que recordarme mi falta de responsabilidad en ciertos temas.

No rechisté, sino que continué mirando a Leo. Estaba encubriéndome delante de mi prometido, aunque él pudiera ser el primer sorprendido por encontrárselo allí. Estaba convencida de que Candela le habría puesto al corriente de que se encontraba fuera del país. Aun así, bajo la aparente calma, detecté un reproche silencioso al devolverme la mirada; reproche y decepción. ¡Joder, cómo dolía que me mirara así!

—Me lo dejé abierto —admití al fin, porque llegado a este punto hubiera admitido cualquier cosa salvo la verdad.

—Robado —dijo Leo a su vez—. Pero lo hemos recuperado en perfectas condiciones.

Sergio no parecía muy convencido con nuestras explicaciones, aunque supuse que esperaría a que estuviéramos a solas para reclamarme más información al respecto.

—Si me acompaña abajo podemos revisarlo y asegurarnos de que está todo en orden —agregó Leo.

La invitación a mí me pareció una encerrona en toda regla.

—Te acompaño —se apresuró a decir Sergio.

No deseaba quedarme a solas ni con uno ni con el otro, y mucho menos compartir el mismo espacio y tiempo con los dos. Pero, dado que no había manera de salir airosa de aquella situación, elegí el mal menor.

—Vuelve a la cama.

No pude evitar esbozar una mueca al comprender lo inoportuno de mi comentario. Sergio debió achacar mi expresión de arrepentimiento a lo bochornoso de la situación. Respiró hondo

antes de sentenciar:

—Bajo en un minuto.

La puerta se cerró, dejándonos a Leo y a mí a solas de nuevo.

—¿Cuándo ha regresado? —me interrogó, claramente molesto.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Todas las voces que me habían atosigado en uno u otro momento se silenciaron, fue como la calma que precede a la tempestad. Mi mente se vació por completo. No dudé y me dirigí con decisión a las escaleras. Escapar de ambos se convirtió en una prioridad, aunque huyera también de mí misma... O puede que precisamente lo que estuviera haciendo fuera salir en busca de mi yo verdadero. Sabía que tendría que enfrentarme a Sergio y que lo más probable era que no pudiera evitar tener una conversación con Leo. Pero antes que nada necesitaba desesperadamente charlar conmigo misma.

Salí a la calle y paseé la vista a lo largo de la acera hasta que localicé a Cooper aparcado unos metros más adelante. Me había olvidado de mi pequeño hasta ese momento y, aunque resultara frívolo dadas las circunstancias, me alegré de encontrarlo reluciente y como nuevo; los mecánicos habían hecho un buen trabajo. Comencé a andar a paso rápido y casi echo directamente a correr cuando vi a Leo atravesar la entrada de mi edificio.

—¡Estoy enamorado de ti!

Se me cayeron las llaves de Cooper de las manos al oír a Leo gritar, y juro que escuché aquella frase repetirse como un eco sin fin a lo largo de la calle, rebotando contra las paredes de los edificios.

Mi cuerpo tardó al menos medio minuto en reaccionar y comenzar a darse la vuelta lentamente. Mi mente, por el contrario, continuaba perdida asumiendo el significado de la afirmación de Leo. No podía creer que, de todo lo que hubiera podido escuchar de sus labios, fuera eso lo que hubiera elegido para detenerme. Aquella mentira empezaba a llegar demasiado lejos.

Pensé en nuestros encuentros, que ahora sabía que no habían sido casuales, en el momento exacto en el que me había besado en su casa en Burgos... ¿Cómo había estado tan ciega? Decirle que estaba prometida no había supuesto ninguna diferencia para él. Si le hubiera interesado de verdad le hubiera molestado, como mínimo, que estuviera a punto de casarme con otro. Sin embargo, yo había sucumbido a sus sonrisas y a esa dulzura que ahora sabía fingida.

—¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar? —inquirí—. Ese que acabas de ver es mi prometido, el hombre con el que voy a compartir el resto de mi vida.

Traté de sonar convencida. Quería sonar convencida. Puede que tan solo me estuviera empeñando en tomar la decisión que creía correcta, y estaba segura de que el daño provocado por la mentira de Leo me empujaba aún más en esa dirección. Pero me convencí de que eso era lo que realmente pensaba y, dado que había silenciado con éxito las vocecillas de mi cabeza, nadie protestó al respecto.

—Voy a casarme —repetí, esta vez con más firmeza.

Leo se aproximó hasta el bordillo sin dejar de observarme. No quise mirarlo a los ojos, no cuando era consciente de que el azul de sus iris podía convertirse en una trampa mortal. Necesitaba conservar la poca calma que me quedaba.

—No quieres casarte con él —replicó, y apenas pudo esconder el temblor de su voz.

—Sí que quiero.

—No —insistió—. Todo lo que deseas es huir, porque eso es más fácil que aceptar que te estás equivocando y dar marcha atrás. Y te asusta pensar en que lo que hay entre nosotros es real. Te estás aferrando a una mentira...

—A «tu» mentira —lo interrumpí—. Nunca te importó mi estado civil porque nunca te tomaste esto en serio. Solo he sido un reto para ti, una forma de demostrar que podías llevarte a la cama a una mujer comprometida.

Me agaché y recogí las llaves del suelo, evitando en todo momento cruzar la mirada con él. Tenía que largarme de allí antes de que Leo dijera algo que hiciera que el estado precario de mi voluntad se viniera abajo. A pesar de que una parte de mí ansiaba creerlo, la otra se había erigido como dueña y señora de la situación. Fuera o no el camino fácil, al menos era un camino conocido.

—No me conoces, no sabes nada de mí ni de lo que quiero.

Sin previo aviso, Leo se abalanzó sobre mí y tomó mi cara entre sus manos para obligarme a que lo mirara. Dejó su boca a tan solo unos centímetros de la mía, tan cerca que su aliento revoloteó sobre mi labios. El tacto de sus dedos sobre mis mejillas casi consiguió que me olvidara de todo.

Me reprendí a mí misma por permitir que su cercanía me afectara de esa forma.

—Sé todo lo que necesito saber —susurró, sin soltarme—. Sé que adoro la manera en que ríes y verte bailar con los ojos cerrados, la forma en la que gimoteas cuando te beso y cómo rehúyes mi mirada cuando te sientes avergonzada. Sé lo que provocas en mí, que cuando te abrazo es como si lo hubiera hecho desde siempre, no importa el tiempo que hace que te conozco... Es como estar por fin en casa. Y si de algo estoy seguro es de que tú sientes exactamente lo mismo.

»No me importa cómo empezara esto, me importa en lo que se ha convertido —prosiguió, sin darme opción a intervenir—. Nuestro primer beso fue único, la clase de beso que consigue que cualquier hombre no pueda hacer otra cosa que desear permanecer a tu lado el resto de sus días. El tipo de beso que no he dejado de buscar desde siempre y que no había logrado encontrar hasta que apareciste tú.

A punto estuve de ceder a la tentación de eliminar el espacio entre nuestros labios. La expresión de indignación que mostraba su cara rivalizaba con la dulzura impregnada en cada una de las palabras que había pronunciado, como si él también estuviera librando su propia batalla.

Permanecimos inmóviles; él con las manos extendidas sobre mi cuello y los dedos enterrados en mi pelo, y yo con los brazos colgando a los lados del cuerpo, incapaz de poner distancia entre nosotros. No obstante, tras unos pocos segundos, mi imaginación se disparó. Ante mis ojos apareció la catedral del pueblo en las afueras de Madrid en la que se celebraría la boda con Sergio, vi a los más de trescientos invitados —a la mayoría ni siquiera los conocía—, las calas blancas adornando el pasillo que me conduciría al altar, a mis padres y a mis suegros observándome, al cura, la limusina que nos llevaría hasta el hotel —a pesar de que yo solo deseaba que fuera Cooper el que disfrutara de ese honor— y el banquete... Lo vi todo. No como una ensoñación, sino de una manera real. Por si fuera poco, allí estaba Sergio, vestido de chaqué, con la corbata y el chaleco gris perla. Con las manos a la espalda y una sonrisa tranquila, esperando que llegara hasta él.

El alma se me cayó a los pies. Visualizar la escena mientras Leo me mantenía entre tus brazos fue más de lo que mi mente pudo soportar. Las lágrimas no tardaron en rodar por mis mejillas y, llevada no sé si por el miedo, la ira o la frustración, me encontré forcejeando con él para conseguir que me soltara. Cuando no lo hizo, pasé a golpearle en el pecho con los puños cerrados mientras los sollozos me llenaban la garganta. No me importó que la gente que transitaba por la zona se arremolinara en torno nuestro, que los coches disminuyeran la velocidad para contemplar el altercado, e incluso me permití ignorar la voz de Leo que me rogaba que me

detuviese. Supuse que finalmente estaba teniendo un ataque de ansiedad, y de los gordos, porque a pesar de saber que mi comportamiento era el de una desquiciada, no me planteé detenerme.

Los golpes no cesaron hasta que otros brazos me inmovilizaron por la espalda y me alejaron de él. Para entonces ya contábamos con un nutrido grupo de espectadores y era probable que, si no hubiera sido porque Leo iba de uniforme, alguien hubiera llamado ya a la policía.

—¿Te has vuelto loca?

La pregunta de Sergio no hizo otra cosa que empeorar la situación. Tardé apenas unos segundos en responder a su cuestión con la misma impetuosa reacción que había empleado con Leo, hasta que conseguí liberarme.

—¿Se puede saber qué te pasa? —inquirió, visiblemente trastornado por mi numerito—. ¿Esto es otro de tus disparates? ¡El jodido coche está bien!

Creo que en ese momento mi mente colapsó. Alguna conexión entre neuronas dejó de cumplir su función, o tal vez fue solo la manera en que Sergio se había referido a Cooper. Quizás la presión por la boda o puede que mi culpabilidad decidiera que era su oportunidad para explotar y salpicar a quien estuviera a mi alrededor. Sea como fuere, me giré en dirección a mi futuro esposo y, en cuanto puse la vista sobre él, no necesité ningún Pepito Grillo ni conciencia que gritara en mi nombre.

—Sí, cómo no. ¡Soy una loca! —grité, y la verdad era que lo parecía—. Me preocupo por bobadas y digo tonterías a todas horas. ¡Ah, sí! Y también reclamo un cariño que no debo merecer, porque tu trabajo y tus proyectos se llevan muchísima más atención de la que yo conseguiría de ti en dos vidas.

Sergio se me quedó mirando como si me hubiera brotado una segunda cabeza de la base del cuello; una con una lengua viperina, he de decir. Pero aún así continué con mi diatriba.

—No sé elegir un menú, ni las flores con las que se adornará la iglesia en la que *tú* has elegido que nos casemos. Y no importa lo que yo piense al respecto de abandonar a mi familia y la ciudad en la que he vivido siempre, porque ya has aceptado ese trabajo en Nueva York y yo debería estar agradecida de que me permitas acompañarte.

Los reproches no decayeron, y a lo largo de varios minutos escupí, por una boca que no parecía la mía, una buena cantidad de detalles sobre nuestra vida común. Ni siquiera había sido consciente de que albergara esa clase de resentimiento hacia Sergio, no al menos hasta aquel mismo instante. Le eché en cara sus desplantes, su falta de consideración conmigo en multitud de ocasiones, la manera en que a veces me ninguneaba, no sé si de forma consciente o no... Pero en ese instante, el poco filtro que hasta entonces había tenido entre boca y cerebro, dejó de existir.

Su gesto se fue transformando conforme escuchaba todo lo que tenía que decirle. Pasó del enfado inicial a la incredulidad, hasta que finalmente adquirió una expresión seria y estoica. Aguantó en silencio, y puede que eso fuera lo que más me molestara. Ni siquiera así parecía tener algo que decir.

—¡Te he sido infiel! —grité, herida por su impasibilidad.

En el fondo sabía que no era la mejor forma de confesar la traición cometida, que era cruel y retorcido, pero me di cuenta de que había algo que se había roto dentro de mí, algún tipo de muro de contención que había ido acumulando fisuras y grietas hasta terminar por reventar y volar en pedazos. Comprendí que, en realidad, estar con Sergio había sido el camino fácil, lo conocido, la opción más cómoda, a pesar de que ambos deberíamos habernos dado cuenta mucho antes de que no estábamos hechos el uno para el otro. Que el compromiso y la boda solo eran una huida desesperada hacia delante que no nos llevaría a ningún lado.

—Estás loca si crees que voy a cancelar la boda —ladró Sergio, fuera de sí. Y por unos

instantes ni siquiera fui consciente de las implicaciones de su afirmación.

No sabría decir qué me asustó más, si su mirada trastornada o el dolor que atisbé en los ojos de Leo. Mi prometido hizo ademán de acercarse a mí, pero no llegué a saber qué se proponía. Leo se interpuso en su camino, adoptó su mejor pose de policía de servicio y le bloqueó el paso. Pensé que terminarían llegando a las manos. No obstante, Sergio debió de pensárselo mejor y dio un paso atrás.

—No creo que esto sea un asunto de la policía —señaló, y pude percibir que se estaba conteniendo. Supongo que el uniforme ejercía un efecto disuasorio.

—No, no lo es —replicó Leo sin apartarse—, pero es asunto mío.

Supe el momento exacto en el que Sergio comprendió que la presencia de Leo nada tenía que ver con Cooper o con ningún otro asunto oficial. Su boca se torció en una mueca de desprecio y apretó los puños con tanta fuerza que las venas del dorso de sus manos se hicieron claramente visibles. Lo siguiente que supe fue que uno de esos puños se estampaba contra el mentón de Leo.

Más tarde comprendería cuánto daño innecesario había provocado de una forma egoísta e inmadura, pero en ese instante lo único en lo que pude pensar era en que íbamos a acabar todos en comisaría.

Candela se sentó a mi lado mientras esperaba para que me dejaran «libre». Sergio, que se paseaba a pocos metros de nosotras, no me había dirigido la palabra desde que unos compañeros de Leo nos habían escoltado a través de la entrada de la comisaría de Moncloa, y a este no se le veía por ningún lado. Suponía que estaría prestando declaración acerca de lo ocurrido.

No nos habían esposado, pero Sergio no se lo había puesto fácil. En cuanto a mí, una vez pasado el momento de locura transitoria, casi ni podía levantar la vista del suelo de lo avergonzada que estaba. La Laura responsable estaba dándose de cabezazos en un rincón de mi mente y murmurando palabras sin sentido. ¿Cómo podía haber sido tan inconsciente e insensible? De todas las formas posibles en las que Sergio se podía haber enterado de que le había sido infiel, había elegido la más rastrera. Y ese solo era el último error a añadir en una lista que ya era demasiado larga.

Allí sentada, bajo la mirada comprensiva de mi hermana que parecía estar diciendo: «yo he hecho cosas peores», me di cuenta de que, a pesar de todo, lo que más me dolía era el hecho de que en otro momento, en otro lugar y de otra forma, la de Leo y la mía podía haber sido, tal vez, una bonita historia de amor. Pero en esta realidad, él había mentido y yo engañado.

—¿Estás bien? —preguntó Candela, inclinándose hacia mí.

Tenía una expresión de culpabilidad idéntica a la mía. Se había deshecho en disculpas al llegar y yo, demasiado exhausta para seguir enfadada con ella, la había perdonado. Era mi hermana y no me encontraba con fuerzas para mantenerla alejada de mí, si bien parecía haberse abierto una brecha entre nosotras. Esperaba que, con el tiempo, nuestra amistad y el cariño que nos teníamos consiguiera eliminarla. Al fin y al cabo, a su manera, lo único que Candela había deseado era que fuera feliz, y ella parecía haberse dado cuenta antes que yo de que lo mío con Sergio no tenía futuro.

Me encogí de hombros por toda respuesta.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió a continuación, y su mirada fue a parar al que ya consideraba mi exprometido.

«Lo siento, pero no puedo casarme contigo», le había dicho una vez en el vehículo policial. La confesión me había valido una sarta de improperios por parte de Sergio. No se lo tuve en cuenta, me había ganado a pulso su desprecio. No obstante, me entristeció el hecho de que lo único que pareció importarle era lo que dirían los invitados y nuestras familias al enterarse de la cancelación de la boda. Imaginé que lo que le había hecho le reportaba el suficiente daño como para no pararse a pensar en que nuestra relación se había acabado.

Durante las horas que llevaba allí había comprendido varias cosas. La primera era que mis errores repercutían en mucha gente, no solo en mí. Puede que a simple vista no fuera una gran revelación, sino algo que debería haber tenido en cuenta desde siempre, pero quizás nunca me había parado a pensar en ello en la forma en que lo hice en aquel momento. Mi enfermiza indecisión me había ido llevando hasta ese punto, y mi incapacidad para enfrentarme al hecho de que me había equivocado al aceptar la proposición de Sergio solo había conseguido empeorar más si cabe la situación.

Otra de las cosas que había aceptado era que Leo me gustaba. Otra verdad simple y obvia a la vista una vez que dejé de engañarme a mí misma. Pero eso no cambiaba el hecho de que mi vida era un completo desastre y de que necesitaba encontrar mi propio camino antes de involucrar a nadie en ella. Fue duro admitir que, por más que doliera y sintiera lo que sintiera

Leo al respecto, me había enamorado de él; aunque no supiera si la versión de sí mismo que me había mostrado era real. Pero ¿quién era yo para reprocharle nada si ni siquiera me conocía a mí misma? ¿Cómo podía estar segura de que él sí había conocido a la verdadera Laura?

—No sé quién soy ni lo que quiero —murmuré tan bajo que no supe si Candela lo habría escuchado.

Debió de hacerlo, porque unos instantes más tarde replicó:

—Nunca es tarde para descubrirlo.

Rubén apareció a los pocos minutos, mientras yo continuaba asumiendo que necesitaba conocerme a mí misma, aprender a ser yo sin miedo a tomar decisiones, porque estaba claro que el no tomarlas no era un camino que quisiera volver a transitar. Si no hubiera estado tan inmersa en mis cavilaciones me hubiera sorprendido más ver a mi hermana besar en los labios a Rubén con total naturalidad y tomarlo de la mano para conducirlo hasta donde me encontraba. Pero todo cuanto hice fue elevar una ceja con cierto dramatismo. Tuve que guardarme para mí misma las preguntas que me quemaban en la lengua ante la irrupción de Javi en la sala en la que nos encontrábamos. Paseó la vista por el lugar y acto seguido estalló en carcajadas.

—¡Joder, sois los reyes del drama! —soltó ante la mirada reprobatoria de varios de los agentes que pululaban por los alrededores.

No les prestó atención. Se sentó a mi lado y me rodeó la espalda con el brazo. Correspondí su gesto dejando caer la cabeza sobre su hombro. La familiaridad de nuestro trato debió enfurecer aún más a Sergio, que chasqueó la lengua y se giró para no tener que contemplar la escena, si bien yo estaba demasiado exhausta emocionalmente para hacer nada por remediarlo. Javi, en ese momento, se me antojó lo más parecido a un oasis de calma, como una de esas pelotitas anti-estrés que aprietas para relajarte. Me hacía sentir bien, supongo que porque sabía que no me juzgaba por lo sucedido.

—Se ha liado gorda —señaló, sin dejar de sonreírme.

Me dieron ganas de reír y llorar al mismo tiempo.

—Soy un desastre —repliqué, hundiendo la cabeza un poco más en su pecho—. Esto no debería estar pasando.

Javi depositó un beso sobre mi pelo y le escuché suspirar. Alcé la barbilla y le pillé con la vista fija en Candela y Rubén, que cuchicheaban muy cerca el uno del otro. Me pregunté en cuántas ocasiones habría consolado a mi hermana a lo largo de los años del mismo modo que ahora me consolaba a mí, y si no habría algo más que amistad escondido tras aquella mirada.

—Ha pasado lo que tenía que pasar. No te culpes —afirmó—. Mira, Laura, no conozco a tu prometido, pero no pareces demasiado feliz con la idea de casarte y...

Se detuvo, dudando, y tuve que darle un pequeño empujoncito para que continuara.

—Leo es un buen tío y, o mucho me equivoco, o está loco por ti. —Me encogí al escucharle, aunque algo en mi interior explotó de alegría—. Pero hasta que no sepas lo que realmente quieres no serás capaz de ser feliz. Te diría que le dieras una oportunidad a Leo, porque es mi amigo, pero tú también lo eres... —Sonrió, y no pude evitar devolverle la sonrisa—. A veces hay que dejar ir lo que quieres para saber si es eso lo que necesitas.

Su atención volvió a la recién estrenada pareja y, tras unos segundos, comprendí lo que hasta ese momento se me había escapado: Javi estaba enamorado de Candela. Vi la tristeza reflejada en sus ojos, el cariño en su voz.

—Tú...

—No —se apresuró a contestar al adivinar lo que estaba pensando—. Hablamos de ti.

Callé por no ahondar más en su dolor, porque era obvio que ver a mi hermana junto a

Rubén le provocaba sentimientos encontrados. Él mismo la había animado a luchar para reclamar su atención, esperando que la hiciera feliz, aunque eso supusiera ser desdichado. Me pregunté si yo sería capaz de realizar ese tipo de sacrificio por alguien. Teniendo en cuenta que ni siquiera había podido ser honesta con Sergio, no estaba del todo segura de llegar a resultar tan abnegada.

Aquello me hizo ver a Javi con otros ojos. Si bien ya se había ganado mi respeto por la manera en que se preocupaba por mi hermana, descubrir que había empeñado su felicidad en favor de la de Candela, aumentó de forma considerable el cariño que ya sentía por él.

—Todo saldrá bien —murmuró, y no supe si se refería a mí o a su situación.

Asentí para darle fuerzas, porque preocuparme por él me pareció más importante que pensar en lo que sería de mí a partir de ese momento.

Leo apareció andando cabizbajo por uno de los pasillos. Javi, que también se percató de su presencia, me dio un apretón en el brazo.

—No tienes que decidir nada ahora, ya lo sabes —susurró, y volvió a regalarme una de sus sonrisas tranquilizadoras antes de que su amigo se plantara frente a nosotros.

—He conseguido que no se presenten cargos contra tu... Contra Sergio —se corrigió en el último momento—. Podéis marcharos.

Suspiré aliviada.

—Podéis marcharos —repitió en voz alta, atrayendo la atención de Sergio.

Me preparé para asistir a una nueva discusión entre ellos. No creía a mi exprometido tan irresponsable como para provocar otro enfrentamiento en mitad de una comisaría, pero, llegados a ese punto, preferí mantenerme alerta. No obstante, se limitaron a mirarse en silencio. Sergio con una mueca de desprecio y Leo, serio e inexpresivo.

Alterné la vista entre ellos. Había compartido muchas más experiencias con uno que con otro. Sin embargo, tuve que reconocer que al contemplar a Leo sentía cómo si alguien hubiera hundido la mano en mi pecho para apresar mi corazón con ella. Cuando este me devolvió la mirada, sentí los dedos de esa imaginaria mano cerrarse en un puño.

Javi me obligó a ponerme en pie y, cuando me soltó, pensé que me derrumbaría sobre el suelo. Tuve que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para que mis piernas no se doblaran y mantenerme erguida.

—¿Podemos hablar? —rogó Leo. Su tono era firme, pero en sus ojos descubrí tal cantidad de emociones que me costó continuar respirando.

—Os espero fuera —indicó Javi, y se marchó silbando con alegría.

Envidié la tranquilidad con la que pasó junto a Candela y Rubén y les invitó a seguirlo para dejarnos a solas. Ojalá yo hubiera podido ser tan fuerte como él y haber hecho lo correcto cuanto tuve la oportunidad.

Antes de que Leo pudiera siquiera abrir la boca, Sergio vino hasta nosotros. Me quedé paralizada, conteniendo el aliento. Tenerlos a los dos frente a mí, uno al lado del otro, hizo que me sintiera aun peor. Veía en sus expresiones el dolor causado, el desprecio, la decepción, los reproches... Contemplarme a través de sus ojos resultó más revelador de lo que lo había sido nada de lo sucedido hasta ahora. Daba igual que no deseara casarme con Sergio o que desconfiara de los motivos que habían llevado a Leo a acercarse a mí, la realidad me golpeó en ese instante de una forma arrolladora y cruel.

—No voy a perdonarte esto jamás —sentenció Sergio, tan indignado como dolido.

—Yo tampoco —repliqué, y supe que era verdad, que aunque nuestros caminos se separasen, aquello siempre sería motivo de tristeza para mí.

—Encárgate tú de decirle a todos que no habrá boda —escupió con rabia.

Me apenó que esa fuera la última frase que intercambiásemos. Tras eso, y tres años después de empezar a salir, lo mío con Sergio se convirtió en una historia acabada y, a pesar de todo, me dolió verlo marchar sin dedicarme ni una última mirada. Era consciente de que había sido yo la culpable de que lo nuestro terminara así, pero no por ello era menos doloroso. Al fin y al cabo, habíamos tenido nuestra ración de felicidad, aunque no resultara suficiente.

Una vez que se hubo ido, Leo y yo permanecimos en silencio varios minutos. Clavé la vista en su pecho, temerosa de enfrentarme a sus ojos azules. Finalmente, pasó sus dedos bajo mi barbilla y me obligó a mirarlo.

—Estoy enamorado de ti —afirmó, con tono claro y firme, tanto que era imposible pensar que no dijera la verdad.

Rogué porque alguna de mis voces tuviera algo que decir al respecto, pero me di cuenta de que esta vez estaba sola ante el peligro. Iba a tener que aprender a tomar decisiones y a afrontar las consecuencias, a ser yo misma, a arriesgarme. Porque de otra forma, nunca sabría quién era realmente.

—Laura, quédate conmigo —suplicó, al no obtener respuesta.

Supe que sospechaba lo que me proponía. Puede que él me conociera mejor de lo que nadie había llegado a conocerme jamás porque, aunque no era consciente de haber tomado una decisión, en el fondo sabía lo que tenía que hacer.

—No puedes quererme, no de verdad, no cuando has visto el daño que soy capaz de causar —argumenté, sabiendo que lo siguiente que tendría que hacer sería despedirme de él.

Quería hacer lo que me pedía, quería quedarme a su lado, hundir la cabeza en su cuello y dejarme llevar por la agradable sensación de sentir sus brazos en torno a mí. Pero sabía que no podía, no después de lo sucedido, no cuando había conocido la peor parte de mí. Por mucho que Leo insistiera en que deseaba estar conmigo, la realidad era que no había dudado en traicionar la confianza de mi prometido y en hacerle daño de una forma consciente, y para quedarme con él antes tenía que perdonarme a mí misma.

—No puedo estar contigo, Leo.

Mis palabras provocaron más dolor, más decepción, pero a la vez me hicieron sentir más segura de mi decisión.

—No quiero que pienses que estoy jugando contigo —replicó, convencido de que mi negativa se debía a la apuesta que había establecido con Candela—. Lo que siento por ti es real.

Sus dedos trazaron la línea de mi mandíbula y el contacto, tan cálido como doloroso, me hizo dudar. No obstante, estaba convencida de que por mucho que a Leo pareciera no importarle mi comportamiento, su visión de mí había quedado empañada. A su vez, yo siempre me sentiría culpable al haberme dejado arrastrar por lo que él despertaba en mí.

—Lo sé —admití—. Y eso es lo que más duele.

Frunció el ceño, y eché en falta las arruguitas en torno a sus ojos que siempre aparecían junto con su sonrisa. Estuve tentada de acercar los labios a su boca, anhelando el sabor de sus besos, pero me contenté con inhalar para llenarme los pulmones con el olor a cítricos que desprendía. Si iba a huir, quería llevarme de él al menos eso.

Me permití contemplar sus ojos. Conocer a Leo había resultado ser un punto de inflexión en mi vida y, a pesar de las circunstancias, sabía que no iba a poder olvidarle fácilmente ni mantenerme alejada de él. Pero no quería cometer nuevos errores ni que la nuestra fuera una de esas historias que empiezan mal y acaban peor. ¿Cómo podría confiar en mí después de lo sucedido? ¿Cómo podría hacerlo yo en él? En esa ocasión, la huida que iba a emprender no era otra cosa que un nuevo camino para sanar heridas y saber quién era yo y qué quería.

Me costó reunir el valor suficiente para pronunciar aquella única palabra e, incluso mientras lo hacía, dudé. Mi mente se llenó de «Y si», como en los viejos tiempos, pero conseguí no echarme atrás. Sabía lo que tenía que hacer y, fuera o no lo correcto, era mi decisión. Si me equivocaba, asumiría las consecuencias.

—Adiós, Leo.

Mantuve mi mirada en la suya el tiempo justo para contemplar cómo algo se rompía en su interior, para comprender que lo que sentía por mí era tan real como lo que yo sentía por él. Sus ojos se oscurecieron y se empañaron con lágrimas que no llegaron a brotar. Se me encogió el corazón cuando sus dedos abandonaron mi barbilla y su mano cayó a un lado, sin vida. Hice su dolor mío y me di media vuelta. Y, aunque por primera vez no estaba huyendo de mí misma, no pude evitar pensar que demostrar fortaleza a veces era tremendamente doloroso.

Sydney (Australia). Seis meses después.

—Un placer, señor Vólkov.

Sonreí a mi cliente predilecto. De una forma extraña, Mijaíl se había convertido en el único nexo de unión con mi vida anterior. El mismo día en el que rompí mi compromiso con Sergio y me despedí de Leo había acudido a mi puesto de trabajo sin siquiera pasar por casa. Habían estado a punto de despedirme, aunque tampoco era que me importara demasiado. Mi idea, desde el principio, había sido buscar un lugar remoto en el que desaparecer, emprender una aventura en solitario en la que nadie pudiera decidir por mí, en la que pudiera descubrir quién era realmente.

Tanto Candela como mis padres habían puesto el grito en el cielo al hacerles partícipes de mis intenciones. Trataron de convencerme de que no era necesario cruzar medio mundo para superar la ruptura de mi compromiso. Yo sabía que no era eso de lo que huía. En realidad, no estaba escapando de nada ni nadie, iba en busca de mí misma. Tal vez hubiera sido más valiente enfrentarme a dicha búsqueda en Madrid, rodeada de los míos, pero me pareció que necesitaba correr riesgos y depender tan solo de mi criterio para llegar a conocerme.

—Espero que haya disfrutado de su estancia —agregué, mostrando mi mejor sonrisa.

—Y yo espero no volver a perderle la pista —replicó, con cierto aire de reprobación.

Nunca llegué a saber cómo me había localizado el señor Vólkov, si bien me confesó que nuestro encuentro no había sido casual y que a su personal le había llevado cierto tiempo dar con mi nueva residencia. No quise preguntar más. Que me persiguiera a través de varios continentes resultaba inquietante, si bien prefería mantenerme al margen de cualesquiera que fuesen sus negocios. Pero la verdad era que su aparición, una semana antes, había traído consigo una serie de recuerdos que luchaba por mantener apartados de mi mente y me estaba costando no pensar en lo que había dejado atrás.

—Le sienta bien Australia —añadió—. Su sonrisa es... *яркue* —pronunció finalmente en ruso—, y parece más segura de sí misma.

Mi sonrisa, la que él consideraba más brillante que en el pasado, se amplió hasta llenarme las mejillas y fue recibida por Mijaíl con un leve asentimiento de cabeza. Durante los seis meses que había durado mi exilio había estado luchando con la indecisa crónica que llevaba dentro. No había sido fácil, pero las casi treinta horas que había durado el viaje de Madrid a Sydney habían dado mucho de sí. Había llorado mucho y a la vez había sentido una sensación de libertad que no comprendí hasta semanas más tarde, cuando me vi en un país distinto, sola y con una cantidad de posibilidades ante mí mucho mayor de la que jamás había tenido.

Conocí a personas de otros países que habían emprendido su propia búsqueda personal, estudiantes de una multitud de países, mochileros ansiosos por descubrir un mundo más allá de su mundo, gente local que me acogió sin hacer preguntas pero deseosa de saber quién era y por qué estaba allí, lejos de mi hogar. Al principio no supe responder a sus cuestiones, hasta que conocí a un entusiasta chico belga con el que recorrí durante más de veinte días el interior de Australia y que me hizo ver que no debía tener miedo a cometer mis propios errores.

—Siempre hay algo que aprender —me explicaba, mientras el jeep en el que viajábamos daba tumbos por una tortuosa pista de tierra—. No puedes ser infalible, pero tampoco dejar que otros decidan por ti. Si fallas, haz que merezca la pena, y nunca te odies por ello. Malgastamos demasiado tiempo lamentándonos por lo que ha pasado y preocupándonos por lo que puede

pasar, y la realidad es que lo verdaderamente importante es el ahora, es lo único sobre lo que tenemos poder.

Con esa sencilla reflexión consiguió que empezara a disfrutar de lo que estaba sucediendo a mi alrededor. Luego, dos noches más tarde, Maik me besaría bajo un cielo plagado de estrellas como no había visto otro en mi vida. Hubiera podido devolverle el beso a aquel chico rubio de sonrisa perenne y aire bohemio, y estaba segura de que hubiera sido una experiencia sumamente agradable. Pero no lo hice. Al besarme, me sorprendí evocando el sabor de otros labios y entendí que lo mío con Leo había sido algo más que un capricho pasajero. Sucumbir al deseo que despertaba en mí, por muy mal que estuviera, había sido inevitable. Solo me arrepentía de la situación en la que me había encontrado cuando sucedió, no de lo ocurrido entre nosotros.

Aceptar por fin ese hecho, me dio la tranquilidad suficiente para comenzar a vivir de nuevo y apartar a un lado el terror que sentía a equivocarme. Sabía que fallaría, que tropezaría de nuevo en multitud de ocasiones a lo largo de mi vida y tendría que volver a ponerme en pie, eso también era algo inevitable. No obstante, vivir con miedo a fallar resultaba mucho peor. Si en su momento no hubiera dudado a la hora de enfrentarme a mí misma y aceptar que Sergio y yo no teníamos un futuro juntos, tal vez no estaría a miles de kilómetros de mi hogar. Pero el pasado, por muy monstruoso que fuera, no iba a cambiar.

Mi cambio de actitud se inició al conocer a Maik, pero continuó con una llamada. Localicé a Sergio en Nueva York, como era de esperar, y empleé más de sesenta minutos en reconciliarme con él, en disculparme por el daño que hubiera podido hacerle al traicionar su confianza. No fue fácil ni agradable, al menos al principio, hasta que él terminó por admitir que, a pesar del cariño que sentía por mí, siempre había creído que le faltaba algo para ser feliz a mi lado.

Siempre es duro dar por zanjada una relación, comprender que alguien con el que has compartido parte de tu vida no es lo que creías que era. No porque sea mala persona o haya hecho algo reprochable, sino porque no estáis hecho el uno para el otro. Tan sencillo y a la vez tan complicado. Sabía que Sergio no me perdonaría de inmediato y tampoco esperaba que nos convirtiéramos en amigos, pero al menos pude hacerle entender lo mucho que lo lamentaba. Nos despedimos con un «hasta la próxima», aunque ambos supiéramos que era probable que no volviéramos a coincidir jamás.

Así fue como di por zanjada esa parte de mi pasado. Había otra, una que implicaba a cierto policía de ojos azules, que me resultaba algo más complicada de afrontar y que pospuse a la espera de... Tal vez a la espera de tener el valor de admitir que marcharme de Madrid sin despedirme de Leo había sido de todo menos adecuado.

—¿Señorita Arteaga? —La voz de Mijaíl me trajo de regreso al presente.

Miré alrededor y tuve que parpadear un par de veces para reconocer el hall del hotel de cuatro estrellas en el que trabajaba como relaciones públicas desde hacía dos meses. Durante los otros cuatro había vagabundado por el país haciendo uso del dinero que me había ahorrado al suspender la boda. Luego, cuando mis reservas se fueron agotando, me decidí a buscar un trabajo con el que poder mantenerme.

El señor Vólkov permaneció en silencio pacientemente mientras contemplaba el ir y venir de los clientes que llegaban al hotel a esas horas de la mañana.

—Discúlpeme —me excusé, una vez recuperada la compostura.

Alzó la barbilla unos centímetros y me dedicó una mirada de comprensión, muy similar a la que empleaba mi padre cuando le contaba alguna de mis locuras. Cuando se aseguró de que tenía toda mi atención me tendió un sobre negro.

—Para usted. Estoy seguro de que lo disfrutará.

Acto seguido se levantó y se marchó, sin tan siquiera dejarme agradecerle las dos entradas para el concierto de fin de año del *Opera House* que había en el interior. Me quedé mirando aquellos trozos de papel al menos durante cinco minutos y estaba bastante segura de que tenía la boca abierta e incluso puede que se me estuviera cayendo la baba. Había removido cielo y tierra para conseguir una, pero había sido del todo imposible. Para cuando conseguí reaccionar, Mijaíl y su séquito de guardaespaldas ya habían desaparecido.

Mi vista regresó al sobre y, en su interior, me encontré con una nota manuscrita: «Supuse que le gustaría asistir antes de emprender el viaje de regreso a casa».

Fruncí el ceño, intrigada por saber qué le había hecho pensar a Mijaíl que iba a volver a España. En ningún momento había comentado dicha posibilidad con él. Tras unos segundos de duda, me puse en pie y encaminé mis pasos hacia la recepción. No tardé en encontrar la ficha del señor Vólkov en uno de los ordenadores y, en ella, su número de móvil. Contestó al tercer tono.

—No me lo agradezca —expuso sin darme margen a decir nada antes.

De igual forma, murmuré varios «gracias» antes de ceder a la tentación de hacerle la pregunta que me rondaba la mente.

—¿Por qué cree que voy a regresar?

Se tomó su tiempo para contestar e incluso creí escuchar cómo exhalaba un suspiro antes de hacerlo.

—He visto a mucha gente huir, créame, y no quiere saber de qué o de quién. —Acepté su palabra y no insistí en ese punto, sino que me limité a escuchar. La realidad era que siempre había creído que sus negocios no eran del todo legales y prefería no saber más al respecto—. Y usted, señorita Arteaga, ya ha encontrado lo que quiera que viniera a buscar a este país. Solo es cuestión de tiempo que vuelva con los suyos.

No quise darle demasiado crédito a sus palabras ni plantearme la posibilidad de que pudiera estar en lo cierto. No obstante, creo que la idea fue germinando en mi mente como una semilla a la que se le prestan los cuidados adecuados. Varios días más tarde, al recibir una llamada de Maik, no dudé ni un segundo en interrogarle acerca de sus planes para terminar el año. Aceptó mi invitación, encantado con la idea de que nos volviésemos a ver, ya que, a pesar de mantener contacto telefónico regularmente, no nos habíamos vuelto a ver desde que yo me estableciera en Sydney.

Fue la primera vez que lo vi vestido con otra cosa que no fuera un pantalón holgado y una camiseta, y he de decir que lucía incluso más atractivo enfundado en unos pantalones de pinzas azul marino y una camisa de blanca remangada hasta los codos. No es que fuera de etiqueta, no hubiera sido su estilo, pero su sonrisa suplía con creces cualquier cosa que le pudiera faltar a su atuendo.

—Estás encantadora —comentó tras depositar un beso en mi mejilla y observar con atención el sencillo vestido negro que había elegido para poner fin a mi intenso año.

—Hubiera venido con unos vaqueros —repliqué, restándole importancia—. ¿Has visto eso?

Señalé la marabunta de gente que se apiñaba en el exterior del *Opera House*. Habíamos accedido hasta allí a pie ya que, conforme iba llegando gente, las autoridades procedían a cortar el tráfico en las calles de los alrededores. Había grupos de personas repartidos por las zonas ajardinadas, sentados en sillas o en mantas, y preparados para contemplar el magnífico espectáculo de fuegos artificiales que se lanzaba sobre Harbour Bridge. El ambiente era increíble, casi imposible de describir, y para mí representaba mucho más que la celebración del inicio de un nuevo año.

—¿Ves los barcos? —Maik señaló la bahía, en la que ya se apreciaban una pequeña

multitud de veleros y barcos—. En unas horas habrá muchísimos más, todos iluminados y engalanados para la ocasión.

Asistir al concierto fue una experiencia única. El auditorio entero parecía vibrar con cada nota y comprendí por qué conseguir entradas resultaba tan complicado. La música nos envolvía y la emoción de los asistentes se palpaba de tal manera que era imposible no contagiarse. Durante el descanso, Maik se hizo con una botella de champán y brindamos por nosotros, por la serie de casualidades que nos habían llevado a ambos hasta allí. Admití que, aunque en mi caso se trataban de fatídicas casualidades, me alegraba de estar allí y de todo lo que aquel viaje había supuesto para mí.

Para cuando la segunda parte del espectáculo finalizó, las lágrimas me desbordaban ya los ojos y corrían por mis mejillas sin pausa. No era la única. El público se puso en pie para aplaudir y la merecida ovación se alargó durante varios minutos.

—Ven, date prisa —me urgió Maik, tirando de mí hacia la salida—. No puedes perderte esto.

En alguna ocasión había visto en la televisión la llegada del nuevo año en Sydney y el despliegue que se realizaba, pero nada me había preparado para asistir a semejante espectáculo. Al igual que nosotros, los asistentes al concierto se apresuraron a abandonar el edificio y salir al exterior. Diez minutos más tarde, a las doce en punto, el cielo de Sydney se coloreaba de tonos brillantes y se llenaba de luz con cada explosión. Los barcos efectivamente habían inundado la bahía y se sumaban a la fiesta, y más de un millón de personas observaban entre risas y felicitaciones lo que a mí me pareció una exhibición mágica, algo digno de contemplarse al menos una vez en la vida.

—¡Feliz año nuevo! —Mi acompañante me abrazó y sus labios rozaron mi sien durante unos instantes.

—Feliz año nuevo, Maik.

Le devolví el abrazo y permanecimos aferrados el uno al otro durante un rato. Me di cuenta de lo cómoda que me hacía sentir y de lo mucho que había echado de menos ese tipo de demostraciones de cariño. No pude evitar pensar en Candela y en mis padres, que probablemente brindarían dentro unas horas en la terraza de la casa familiar, como era tradición. Lo normal hubiera sido que, de existir una ausencia, fuera mi hermana la que faltara a la cita. Pero esta vez era yo la que había emprendido mi propia aventura y me encontraba a medio mundo de ellos.

—¿Les echas de menos? A tu familia, quiero decir...

Alcé la cabeza y sonreí. Maik era muy perceptivo y no era la primera vez que me sorprendía adivinando mi estado de ánimo. Aunque seguramente él también extrañara a su madre y a los cuatro hermanos que sabía que tenía.

Asentí, pero dejé que la sonrisa se extendiera por mi rostro para evitar empañar la felicidad del momento. Volvió a besarme en la sien, y de ahí fue descendiendo, depositando pequeños besos en mi pómulos y mi mejilla.

Al darme cuenta de lo que se proponía, reconozco que cerré los ojos y disfruté tan solo unas milésimas de segundo de la sensación. Maik era un tío atractivo y, no solo eso, sino que proyectaba un aura de confianza que hacía que no pudieras evitar desear reclamar su atención. Hubiera podido dejarme llevar por la magia de aquella singular noche, por el entorno, el aire festivo, y esa necesidad de cariño que ni sabía que tenía. No obstante, no hubo una duda ni un «Y si» que me asaltara. Solo había una persona en la que pensaba cada noche, justo antes de quedarme dormida, y que me obligaba a olvidar por la mañana al despertar, aunque no hubiera sido consciente de ello hasta ese momento.

Fue curioso comprender, en brazos de otro, que Leo era el único hogar al que ansiaba regresar, ese «Y si» que jamás desaparecería hasta que pudiera volver a mirarme en sus ojos y confesarle que él era el único riesgo que me aterraba correr, pero que aun así estaba dispuesta a intentarlo. Sentía un miedo atroz a su rechazo, a que todo lo sucedido entre nosotros hubiera quedado en el olvido para él después de los meses transcurridos, pero la nueva Laura estaba dispuesta a afrontar ese miedo y a no rendirse sin antes haberlo intentado.

Empujé a Maik con ambas manos, suavemente pero de forma firme. En el cielo proseguían las explosiones y fue allí a donde él dirigió su mirada.

—Vuelvo a casa —murmuré, mientras admiraba el brillo multicolor que se reflejaba en sus pupilas.

Él tomó del suelo las dos copas con las que habíamos brindado a medianoche y me ofreció la mía.

—Por el regreso al hogar —proclamó, ofreciéndome una sonrisa triste.

No pude hacer otra cosa que secundar su brindis con la certeza de que la primera decisión de este nuevo año era, de alguna forma, la decisión más valiente que había tomado hasta ese momento.

Tomar decisiones, arriesgarse, cometer errores y asumir sus consecuencias. Eso me había propuesto como parte de mi cambio de actitud frente a la vida.

«Arriesgarse», me repetí mentalmente.

Una semana atrás había elegido regresar, no solo a mi casa, sino también en busca del hombre que cada fibra de mi ser reclamaba como su hogar. Ahora tocaba arriesgarse, ir en su busca y comprobar si lo que sentía por él era correspondido. Tal vez cometiera un error, quizás para Leo nuestra historia había terminado el día en el que le dije adiós en una comisaría, después de que recibiera un puñetazo de mi exprometido. Visto así, las circunstancias de nuestra despedida no resultaban demasiado halagüeñas. Sin embargo, la sola idea de imaginarle frente a mí dibujaba una amplia sonrisa en mi cara y conseguía disparar mi pulso hasta llevarme casi al borde del colapso.

No había puesto al corriente de mis planes a nadie, ni siquiera a Candela. Estaba segura de que se plantaría en el aeropuerto con una pancarta, en el mejor de los casos, y con un megáfono, en el peor. Mis nervios no daban para tanto. Durante el viaje mi nivel de ansiedad había ido creciendo sin control junto con la expectación de volver a pisar tierras madrileñas, y necesitaba hacerme a la idea de que estaba de nuevo allí antes de enfrentarme a la gente que había dejado atrás. Mi primera parada, sin duda, iba a ser un garaje cercano a mi apartamento. Había muchas cosas que habían cambiado, pero mi amor por Cooper no era una de ellas, y lo había echado mucho de menos. Reencontrarme con mi coche me parecía un primer paso bastante cauto.

El pensamiento me sorprendió. La cautela no solía ser una de mis virtudes.

—¡Joder! ¡¿Qué demonios?!—

Y hasta ahí llegó mi cautela y mi moderación.

El empleado del garaje se irguió y me observó a través del cristal de la garita. Me había entregado las llaves de Cooper y acto seguido había pasado a ignorarme y centrarse de nuevo en el sudoku que tenía delante. Por un momento dudé de si volver sobre mis pasos y golpearle con el libro de pasatiempos en plena cara, pero me convencí de que una agresión no era lo mejor que pudiera hacer para celebrar mi regreso. A no ser que quisiera terminar en comisaría...

Sonreí, y no debió de ser una sonrisa muy normal porque el chico apartó la vista con ademán nervioso. Apelé a mi sensatez y proseguí andando hasta llegar a Cooper. Lo peor no era la capa de polvo que cubría la carrocería, sino que alguien se hubiera aprovechado de ello para realizar una completa colección de dibujos a cada cual más «gráfico».

—¡Muy bonito! —grité para hacerme oír—. Este es realmente... —giré la cabeza para captar mejor el sentido del dibujo.

Me guardé para mí misma lo que pensaba y me volví hacia la garita.

—Había pagado para que lo mantuvieran en perfecto estado —protesté.

El chico alzó una ceja y, por su expresión, comprendí que no tenía ni idea de lo que le estaba hablando. O eso, o le importaban bien poco mis delirios.

Finalmente, y a regañadientes, se ofreció a lavarlo, pero decliné su oferta. Después de seis meses ardía en deseos de volver a conducirlo. El aspecto de Cooper me valió unos cuantos bocinazos y al menos dos comentarios fuera de tono de un par de conductores. Decidí tomármelo con humor e incluso me sentí un poco decepcionada cuando comenzó a lloviznar y la galería de arte se fue emborronando y convirtiéndose en barro. De igual modo, transitar por las calles de Madrid con mi pequeño y sin rumbo fijo me produjo el mismo placer culpable del que se salta la

dieta para zamparse una tarrina entera de helado de chocolate.

Después de recorrerme media ciudad aparqué delante de casa. Murmuré una disculpa antes de hacerme con el navegador y esconderlo en el fondo de la guantera; a Cooper no le iba a quedar más remedio que confiar en mí y en mi sentido de la orientación a partir de entonces. Me había perdido tantas veces mientras recorría Australia que había dejado de preocuparme por esas cosas.

Encontrarme de nuevo en mi apartamento resultó en cierta medida extraño. Antes de marcharme había recogido y guardado las cosas que Sergio tenía allí, si bien no eran los huecos en las estanterías o la ausencia de un segundo cepillo en el baño lo que me hicieron fruncir el ceño. Puede que lo que echara en falta fuera a Candela tirada en el sillón soltando alguna de sus puyas, o tal vez solo se tratase del olor a cerrado. Opté por no prestarle más atención al asunto y me planteé si debía deshacer las maletas primero o ponerme a limpiar. También debía llenar la nevera y...

«¡Por Dios! ¡Vete a buscar a Leo ya!», me ordenó una voz.

Estallé en carcajadas al darme cuenta de que, esa nueva voz mandona, era por fin la mía.

Una ducha, un cambio de ropa, dos, tres... Dos horas después tuve que obligarme a parar. Los vaqueros de pitillo y la blusa de color marfil iban a tener que servir. Fuera la fina lluvia de por la mañana se había convertido en un aguacero en toda regla. Tomé del armario un abrigo y puse rumbo a la casa de Leo. Tardé otra hora en llegar, y no fue debido al tráfico. Tampoco era que me hubiera perdido. Estaba retrasando de una forma totalmente consciente mi encuentro con él. La realidad era que me moría de miedo. Sin embargo, el deseo de contemplar de nuevo aquellos ojos azules y su encantadora sonrisa pulsaban con tanta fuerza en mi interior que, de una manera inevitable, acabé frente a su puerta.

Levanté una mano y la coloqué sobre la madera, con cuidado de no hacer el más mínimo ruido. A mi mente acudieron los recuerdos de la noche en la que me había invitado a cenar para llevarme luego hasta Madrid Río, esa noche en la que habíamos sucumbido por fin a la pasión que despertábamos el uno en el otro. La dulzura de sus besos, su manera de hacerme el amor, la paciencia que había demostrado a la mañana siguiente cuando yo me había sentido horrorizada por lo sucedido... ¿Cómo demonios había dejado escapar a un hombre como él?

«Necesitabas encontrar tu propio camino», me aseguré a mí misma, y supe que era verdad. Que por mucho que lo hubiera deseado, no estaba preparada para Leo. Pero en ese momento sí lo estaba.

Golpeé la puerta con el puño cerrado, un poco más fuerte de lo que hubiera querido, y esperé contando los segundos. Me maravilló que, a pesar de mis evidentes nervios, no hubiera ningún «Y si» en ese horizonte turbulento que solía ser mi mente. No pude evitar sonreír como una tonta, la clase de sonrisa que te muestra un niño al comprender que se ha salido finalmente con la suya. Continué esperando y contando. Me peiné mi melena pelirroja, que ya me rozaba los hombros, y me pasé tras las orejas algunos mechones rebeldes que caían sobre mis ojos. Cuando Leo abriera quería tener una visión perfecta de él. Ni siquiera me había planteado que no estuviera en casa. Y no me equivoqué. Escuché pasos del otro lado de la puerta, el pestillo descorriéndose...

Mis músculos se tensaron de forma involuntaria y mi sonrisa se ensanchó. La puerta se abrió y durante cinco segundos permanecí con esa mueca tipo *Joker* congelada en el rostro, hasta que asimilé la imagen que mis ojos enviaban a mi cerebro. De repente, fue como si me alcanzara un rayo y una descarga furiosa me atravesara el pecho, destrozando todo a su paso, quemando y abrasando mis esperanzas.

—Hola, Laura.

El saludo de Claudia fue acompañado de una expresión sorprendida. Por mí parte, no creía que ella estuviera más desconcertada por mi presencia que yo por la suya. Fui a contestar, pero las palabras se me quedaron atascadas a mitad de garganta. Ni siquiera podía mirarla a los ojos, mi vista estaba fija en la protuberancia de su abdomen, ese bulto sospechoso de tratarse de un embarazo de aproximadamente seis o siete meses.

¡Embarazada! ¡Estaba embarazada! Eché cuentas solo por ocupar mi mente en algo. No había demasiado que calcular.

—Leo no está en casa —señaló, y escuchar su nombre en sus labios desgarró un poco más la brecha que se había abierto en mi interior.

Se acarició la barriga con la mano y suspiró. Estuve a punto de vomitar. No porque el acto en sí fuera desagradable, sino porque desató mi imaginación. Vi a Leo repitiendo ese mismo gesto, entrelazando sus dedos con los de Claudia, murmurando palabras de cariño con los labios muy cerca de su ombligo...

—Estás embarazada —indiqué, con cierto retraso. Algo que por otro lado era evidente—. Vas a tener un bebé —añadí, por si no hubiera quedado claro.

Hubiera podido sentirme estúpida por la irrelevancia de mis comentarios, pero el *shock* en el que me encontraba no me permitía ni eso. Lo único en lo que podía pensar era que Leo estaba más lejos de mi alcance que nunca. Y era ese nunca el que me estaba destrozando. No habría un *nosotros*, porque ya existía un *ellos*.

—Tengo que irme —farfullé a duras penas, apartando la mirada por fin de ella.

Eché a correr escaleras abajo y cuando me quise dar cuenta estaba en mi tienda favorita de *cupcakes*, desesperada por rellenar un hueco que yo sabía que no estaba en mi estómago sino en mi corazón. Me pegué tal atracón que no acabé en urgencias de milagro. No contenta con ello, me llevé una caja con otros diez pastelitos.

Era una reacción infantil, puede que desmesurada, o puede que no. La razón por la que había regresado a Madrid, no sabía si la única pero sí la más importante, iba a ser padre en unos meses. Amaba a otra mujer, a Claudia en concreto, su exnovia, por la que había jurado no sentir nada. Y, aunque yo había escapado sin darle ninguna explicación, aquello era demasiado para mí. Sabía que iba a tener que hacerme a un lado, sin ningún derecho a protestar o reclamar nada.

«Tomar decisiones, arriesgarse, cometer errores y asumir sus consecuencias», me repetí. Y comprendí que ya no quedaba ningún «Y si» por contestar. Que había tenido una oportunidad con Leo para la que no estaba preparada y, ahora que lo estaba, la oportunidad había pasado. Y que asumir las consecuencias se traducían en un corazón roto y todas esas lágrimas que derramaría. Supuse que debía alegrarme por él, que cuando uno ama a alguien tiene que sentirse feliz si esa persona lo es. Siendo realistas, no creía ser tan buena persona. Solo era una chica enamorada de un chico con el que jamás podría estar por mucho que lo deseara.

Al regresar a mi apartamento y verme sola en el salón comprendí lo que me resultaba raro de estar allí. Leo nunca había pisado aquel sitio y, sin embargo, añoraba su presencia porque deseaba con todas mis fuerzas que hubiera conocido hasta el mínimo detalle de mí, de la verdadera Laura; esa chica bocazas y algo alocada, pero con las ideas más claras que nunca, que se moría por formar parte de su vida y a la que ya no podría llegar a conocer.

—¡Hermanita!

Candela había llamado al hotel en el que trabajaba en Sydney y alguien le había asegurado que me había trasladado a Madrid. Le faltó tiempo para venir a mi casa a buscarme y tenía que reconocer que la había echado muchísimo de menos. Pero mi estado de ánimo no alcanzaba ni por asomo al que se suponía que debía tener. Mi hermana se merecía algo mejor que tener que soportar mis lastimeros quejidos, si bien no protestó al verse envuelta en la sofocante y lúgubre atmósfera que reinaba en mi apartamento.

—Pues sí que te ha sentado bien Australia —ironizó, a la vez que se zampaba uno de mis *cupcakes*.

No tuve fuerzas para protestar por semejante afrenta. Todavía me dolía el estómago por el atracón del día anterior.

Desplacé mi atención al ventanal que presidía el salón y me ahorré cualquiera de las respuestas que hubiera podido darle. Me limité a contemplar las gotitas de agua que resbalan por el cristal. No había dejado de llover durante las algo más de veinticuatro horas que llevaba en el país.

Era consciente de que mi estado era lamentable, si bien no tenía ánimos suficientes como para mostrarle a Candela una versión mejor de mí misma. Creía haber madurado durante mi estancia en Australia, pero me daba cuenta de que, respecto a Leo, no había cambios posibles. Solo quedaba la certeza de haber perdido un tren que ya no volvería a pasar por mi estación.

—¿Por qué no me lo dijiste? —inquirí, sin ocultar un matiz de reproche en mi voz.

Enarcó las cejas mientras continuaba degustando el pastelito. Durante mi exilio, nunca había preguntado por Leo y mi hermana jamás lo mencionó. Establecimos una especie de pacto no escrito sobre ese aspecto. Me pregunté si hubiera cambiado algo conocer la buena nueva antes de darme de bruces con la realidad.

—¿De qué hablas? —replicó, con la boca llena de nata.

—Leo. Leo y Claudia y su... —La expresión desconcertada de Candela me indicó que no tenía ni idea de a qué me refería—. ¿Cuánto hace que no los ves?

Se encogió de hombros y reflexionó unos segundos. No tuve paciencia para esperar su respuesta sino que escupí a bocajarro lo que había descubierto en mi reciente visita a la casa de su amigo.

—¡No me jodas! —explotó—. ¡¿Claudia está embarazada?!

La herida de mi pecho comenzó a escocer de nuevo. Me sentía egoísta por ser incapaz de alegrarme de que fueran a tener un hijo, esa siempre debería ser una noticia feliz.

—No tenía ni idea —prosiguió, ajena al dolor que me provocaba hablar de ello—. Hace meses que no nos vemos. Leo ha estado muy... esquivo —concluyó.

«Muy ocupado», pensé a su vez. Ocupado dejando embarazada a su exnovia. Me hundí un poco más en el sillón y evité la mirada compasiva de Candela, que debía haber comprendido al fin lo que suponía para mí y el porqué de mi inesperado regreso.

—¡Que le den! —exclamó, y me pasó un *cupcake* de Nutella, mi favorito.

Pasamos la tarde acurrucadas en la cama, charlando sobre mi viaje y los meses que había pasado en el extranjero. En un intento de distraerme me acribillé a preguntas acerca de lo que había hecho, la gente que había conocido y los sitios que había visitado. Funcionó solo en parte. Mi atención se encontraba dividida entre la conversación con mi hermana y lo que me pareció un

repaso exhaustivo de los momentos compartidos con Leo. Si alguien me hubiera contado nuestra historia en común, tal vez me hubiera parecido que no era para tanto, tan solo un capricho pasajero aderezado por ese sabor a prohibido de la relación. No obstante, yo sabía que había mucho más.

En ocasiones, la vida pone en nuestro camino a personas que, por un motivo u otro, no necesitan más que unas pocas horas para ganarse un lugar en nuestro corazón. A veces, basta una mirada cómplice, una caricia en el dorso de la mano o un beso robado para conectar con alguien. Y de repente, y aunque suene a tópico, es como si os conocierais desde siempre.

—¿Me estás escuchando?

Candela, con los brazos en jarras, me observaba desde la puerta de la cocina. Tenía el ceño fruncido y sabía que estaba preocupada. Esbocé una sonrisa a la espera de que fuera suficiente para contentarla, aunque me conociera tan bien como para no tragárselo. Hizo como si no se hubiera percatado de la falsedad impregnada en mi gesto y cogió su bolso.

—Necesitamos comida decente —apuntó, tomando también su chaqueta y un paraguas—. Voy a comprar.

Se marchó a toda prisa.

Apenas pasaron diez minutos y mi móvil comenzó a sonar. La llamada se cortó y se reinició de nuevo de inmediato. Me incliné sobre la mesa de centro y observé el nombre que me mostraba la pantalla: Leo. Me quedé mirando el teléfono hasta que el timbre cesó. Supuse que Claudia le habría mencionado mi visita y que se veía en la obligación de darme algún tipo de explicación.

Hubo un tercer intento, pero tampoco contesté, sino que decidí llenar la bañera y meterme dentro. Cuando Candela regresara podríamos buscar alguna de esas películas tipo dramón y no tendría que luchar por esconder las lágrimas que ahora corrían por mis mejillas.

El agua se enfrió antes de que eso ocurriera y no tuve más remedio que abandonar mi refugio. Me envolví en una toalla y fui hasta el salón, sopesando la idea de llamarla y comprobar dónde demonios se había metido, cuando resonaron varios golpes en la puerta principal. Giré sobre mí misma y abrí sin pararme a pensar. Ni que decir tiene que no esperaba encontrarme con un policía inmóvil en el descansillo. La sola visión de aquel uniforme, de las esposas y la pistola colgando del cinturón, convirtió mis piernas en algo muy similar a la gelatina. Ni siquiera cuando mi mente registró que no se trataba de Leo, dejé de temblar.

—¿La señorita Arteaga? —preguntó el agente, muy serio, y me echó un vistazo de arriba abajo.

Aferré el borde de la toalla y asentí, consciente de que estaba semidesnuda.

—Necesito que me acompañe, por favor.

Si me hubiera dicho que me quitara la ropa, la poca que llevaba, no me hubiera sorprendido más. Asomé la cabeza al pasillo y miré a ambos lados, esperando que aquello fuera algún tipo de broma o cámara oculta. No me hubiera extrañado que a Candela se le hubiera ocurrido una de sus geniales ideas para animarme, una que incluyera a un policía buenorro quitándose la ropa y bailando en tanga delante de mí. La cuestión era que, por la expresión del agente y sus bien pasados cuarenta años, no tenía mucha pinta de *stripper*. Además, aunque mi hermana a veces no reflexionara dos veces antes de cometer una locura, no hubiera estado muy acertada al enviarme a un tipo disfrazado de policía. Tal vez si se tratase de un bombero...

—¿Señorita?

Regresé al mundo real y me quedé observándolo, sin saber muy bien qué esperar.

—Tiene que venir conmigo —insistió, y esbozó una media sonrisa mientras señalaba la puerta del ascensor.

Bajé la cabeza para echar un vistazo a mis pies descalzos y volví a alzarla.

—Estoy casi desnuda —señalé, como si no fuera obvio.

—Esperaré a que se vista.

Juraría que estaba reprimiendo una carcajada cuando cerré la puerta y fui a ponerme algo de ropa. No debía de estar en mi mejor momento, porque no fue hasta que regresé enfundada en unos vaqueros que me percaté de que no sabía a dónde iba a llevarme aquel tipo ni el por qué reclamaban mi presencia.

Abrí la puerta con cierta cautela, aún no estaba segura de que todo aquello no fuera una broma de Candela. Si me encontraba al policía con los pantalones bajados, pensaba cerrarle la puerta en las narices, sin más. Solo había un cuerpo de policía al que quisiera contemplar en esa situación, y estaba fuera de mi alcance. Cerré los ojos durante un instante para deshacerme del pensamiento y evitar ponerme a sollozar. Por mucho que intentara convencerme de que lo mío con Leo no podía ser, era consciente de que no iba a resultar fácil asumirlo.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Inspiré hondo antes de abrir los ojos.

—Laura, por favor. No me llame señorita —le indiqué con un hilo de voz—. ¿Dónde ha dicho que vamos? ¿Ha pasado algo? —añadí, aceptando que iba en serio.

—Hemos recuperado su vehículo, un Mini Cooper con matrícula...

Hizo una pausa y se sacó del bolsillo una libreta para consultarla. No había terminado de confirmarme la matrícula y mi cara ya había pasado por todos los tonos posibles, incluido el matiz verdusco que debía lucir cuando levantó la vista del papel.

—... revisar los daños y prestar...

—¿Daños? —lo interrumpí.

«Candela», pensé de inmediato, imaginando que podría haber tomado prestadas las llaves de Cooper para ir a por comida. El pulso se me aceleró.

—Candela. Candela Arteaga —tartamudeé—. Es mi hermana. ¿Le ha pasado algo? ¿Ha tenido un accidente?

El agente negaba con la cabeza, pero mi mente era incapaz de registrar dicha negativa. Todo lo que podía ver era el coche destrozado y a mi hermana en la cama de algún hospital. El pobre hombre tuvo que zarandearme para que le prestara atención.

—No ha habido heridos —aseguró—. Ningún herido.

Decir que me sentí aliviada hubiera sido un eufemismo. Amaba a Cooper, pero al demonio con él si Candela estaba bien. Me apoyé en la pared, buscando recuperar la compostura.

—Tranquilícese. Le explicaremos lo sucedido en comisaría.

Me dejé guiar hasta el ascensor, con los nervios aún a flor de piel y maldiciendo las leyes de Murphy, en concreto la que dice que si hay posibilidades de que algo salga mal, saldrá peor. Maldije de nuevo porque incluso esa ley no escrita tuviera que recordarme a Leo y su estúpido apodo.

Mi regreso a España no estaba siendo como había esperado. Leo se había olvidado de mí tan pronto como me había marchado, algo que, sin ser consciente de ello, yo había creído que no sucedería. Claudia estaba embarazada de él. Mi coche había sufrido *daños* a manos de mi díscola hermana. Y, ya puestos, mi estómago estaba vacío, la casa olía a cerrado y la nevera seguía sin llenarse.

—No nos llevará mucho —afirmó el agente al llegar a la planta baja.

A esas alturas ya casi había olvidado que lo tenía a mi lado. Mi mente trabajaba a marchas forzadas buscando otros asuntos en los que concentrarme para no tener que pensar en el principal

motivo de mi angustia. Casi lo había conseguido, hasta que salí a la calle y me di de bruces con una concentración de policías debidamente uniformados y perfectamente alineados. El portal del edificio se encontraba flanqueado por dos hileras de agentes, todos en posición firme, con las manos a la espalda y expresión hierática. Ni uno solo había desviado la vista para mirarme.

Pero aquella reunión de las fuerzas del orden no se limitaba solo a eso sino que había varios vehículos policiales y tres furgonetas de las que suelen usar los antidisturbios. Tenía que haberme metido sin querer en una manifestación o bien mi edificio había sido tomado por terroristas, porque aquello era demasiado incluso para Candela.

Claro que el singular despliegue dejó de tener importancia cuando descubrí unos familiares ojos azules clavados en mí.

Durante varios segundos, o quizás fueron minutos, me quedé paralizada en mitad de la acera. El resto del mundo se difuminó. Los policías, los coches con sirenas azules en el techo, los árboles de la calle, incluso las siluetas de los edificios se emborronaron y solo quedó Leo. Lucía el pelo negro revuelto y un asomo de barba que le endurecía la expresión si no fuera por esa maravillosa sonrisa que yo conocía tan bien. Durante mi exilio, había intentado borrarla de mis recuerdos porque despertaba en mí un anhelo desesperado de llamarlo y escuchar su voz. Porque si cerraba los ojos, la veía en el fondo de mis párpados y me hacía desear que estuviera conmigo, estrechándome entre sus brazos.

Y eso precisamente era lo que ansiaba sobre todas las cosas en aquel instante, si bien no me atreví a hacer ningún movimiento y tuve que recordarme que, esta vez, no podía dejarme llevar por mis impulsos. No dejaba de resultar curioso que, en las dos veces en las que el destino había cruzado nuestros caminos, hubiera existido un obstáculo para que estuviéramos juntos. Puede que fuese una señal, o tal vez solo una casualidad, quién sabe. La cuestión era que, fuera como fuese, lo nuestro se había convertido desde un principio en una de esas historias sin final feliz. Y esa certeza dolía.

«No te derrumbes», me dije a mí misma, aunque el agujero de mi pecho se desgarraba más y más a cada segundo.

Leo avanzó varios pasos y tuve que obligar a mi cuerpo a retroceder. No podía permitir que se acercara a mí, no cuando ya se había demostrado que, tratándose de él, era imposible que mi mente se mantuviera lúcida. Quizá por eso había huido, porque aun siendo consciente de que era lo que necesitaba hacer, no hubiera podido mantenerme alejada de Leo de no haber puesto medio mundo de distancia entre nosotros.

Volvió a moverse y yo, una vez más, me alejé de su figura. Cuando el gesto se repitió, mi espalda topó con algo o alguien. Al mirar por encima de mi hombro me encontré con el rostro del policía que había llamado a la puerta de mi apartamento. Me tomó de los brazos y me empujó con suavidad hacia delante.

—Debería escuchar lo que tiene que decirle —sugirió con la misma seriedad que había afirmado que debía acompañarlo a comisaría.

No dejaba de preguntarme por qué Leo había reunido allí a los que supuse eran sus compañeros y montado aquel dispositivo. ¿Qué pretendía acorralándome de esa forma?

—No voy a dejar que huyas. No esta vez —intervino Leo, y escuchar su voz se me hizo tan doloroso como placentero.

—Ya, ya veo. —Fue cuanto atiné a responder. Dado el despliegue de efectivos que nos rodeaba empezaba a resultar bastante obvio—. No hay ningún terrorista atrincherado en mi edificio, ¿verdad?

En su rostro se dibujó una sonrisa y agitó la cabeza en respuesta a mi ocurrencia.

—Tan solo una pequeña delincuente con cierta tendencia al escapismo —comentó, y avanzó un par de metros—. Australia está muy lejos, ¿sabes?

Me había quedado sin espacio para retroceder. Miré a los lados y calculé las posibilidades de sobrepasar la muralla humana que me cerraba el paso. Debo decir que por un momento casi me lanzo contra ellos, tal era mi desesperación. Si Leo continuaba acercándose, si llegaba hasta mí, no creía ser capaz de soportarlo.

—No tanto como Nueva Zelanda —señalé, tan solo para ganar tiempo.

Me imaginé subiendo y bajando montañas como Frodo Bolsón en *El señor de los anillos* y se me escapó una risita histérica.

—Nada de ataques de pánico. —Leo acortó distancias y se quedó a un metro escaso de mí.

Tuve que admitir que me conocía bien. Pero antes de que pudiera realizar cualquier comentario, ocurrió. Se levantó una leve brisa que trajo consigo el único aroma que jamás me hubiera sido posible olvidar. Su olor a cítricos me envolvió y me llevó de vuelta a Burgos, a Covanera, a un bar de Juan Bravo, a su casa, a Madrid Río... Me llevó de vuelta a mi hogar: a él.

—Dijiste que estabas enamorado de mí.

No diré que no fue una acusación en toda regla, porque lo fue. En ese momento comprendí por fin que yo lo estaba, que amaba a aquel policía encantador que, con engaño o sin él, había entrado en mi vida y puesto todo patas arribas. Que existía una conexión entre nosotros que nunca había tenido con otra persona. En resumidas cuentas: que Leo, para bien o para mal, era esa persona que aparece tan solo una vez durante nuestra existencia, esa por la que no importan las circunstancias, cuánta distancia llegue a separaros o qué impedimentos surjan en vuestra relación. Tú sabes que siempre será él.

Las lágrimas comenzaron a brotar aún contra mi voluntad y se intensificaron en cuanto percibí los dedos de Leo borrándolas de mi rostro. La fina llovizna que caía hasta ese momento se transformó en una tormenta en toda regla, como si el cielo de Madrid buscara congraciarse conmigo y concederme al menos un refugio para esconder mi llanto. Me era imposible saber en qué preciso instante había empezado a amar a Leo, pero si algo me había quedado claro era que ya tenía la respuesta para el único «Y si» que me importaba.

—¿Y si de verdad te quiero? —murmuré muy bajito.

No me dio tiempo a decir nada más. Leo tomó mi cara entre las manos y acercó muy despacio su boca a la mía. Puede que me estuviera dando la opción de retirarme, pero el tiempo que tardó en alcanzarlos a mí me pareció una tortura. El beso no duró más que unos pocos segundos. De igual forma, sus labios se deslizaron sobre los míos con infinita ternura y su lengua me acarició con tal mezcla de devoción y cariño que supe que jamás me recuperaría del todo, y entendí que a veces un simple beso puede mostrar más de nosotros mismos que cualquier otro acto.

—Vas a ser padre —anuncié, llorando ya sin control.

Se separó de mí en el acto. Imaginé que ahora llegaba la parte en que se daba cuenta de que ambos estábamos actuando mal y a mí se me rompía el corazón en mil pedazos. Pero se limitó a observarme con gesto de extrañeza y no decir una palabra. Esperé a que fuera él quien rompiera el incómodo silencio. No había nada que yo pudiera argumentar al respecto y tampoco hubiera podido hablar aunque quisiera.

—¿No debería notarse ya algo?

En esta ocasión fue mi turno para mostrar desconcierto.

—Se nota, y tanto que se nota. —Fue mi respuesta, y la imagen de Claudia, con todas sus redondeces, apareció ante mis ojos.

Leo estiró la mano y la depositó con cuidado sobre mi abdomen. Mi reacción, algo más lenta de lo normal, tardó un poco en llegar. Al comprender lo que estaba pensando le propiné un manotazo y aparté sus dedos de mí, totalmente indignada.

—¡Es Claudia la que está embarazada! —grité, y cada uno de los rostros de la patrulla que nos custodiaba se volvieron hacia nosotros—. ¡Claudia! ¡Tu ex!

Si no hubiéramos estado en una de las calles más transitadas de Madrid, hubieran pasado plantas rodadoras ante la expectación que despertó mi afirmación. Tras el tenso silencio, los

compañeros de Leo empezaron a murmurar por lo bajo, pero poco me importaba ya ser la comidilla de la comisaría de Moncloa.

—Bien —replicó él, conteniendo a duras penas una carcajada.

Me limpié la cara con el dorso de la mano a pesar de que la lluvia arreciaba y no me sirvió de nada.

—¿Bien? —contesté por pura inercia.

—Bueno, me hacía más ilusión que hubieras sido tú.

No suelo ser propensa a la violencia y me arrepentí en el acto, pero no pude evitar estamparle los dedos en la mejilla con todas mis fuerzas. Aquello solo consiguió que Leo se riera con más intensidad.

Giré sobre mí misma para marcharme. Bien podía vivir con un corazón destrozado pero su proceder me resultó de una crueldad innecesaria. No obstante, no llegué demasiado lejos. Leo me rodeó con los brazos y apretó su pecho contra mi espalda, inmovilizándome.

—Claudia va a ser madre —subrayó, y yo comencé a patalear para zafarme. No me soltó—, y Quique es el orgulloso padre. Te hubieras enterado por ti misma si no hubieras salido huyendo a la carrera.

Continué intentando liberarme hasta que mi mente registró cada palabra y comprendió su significado. Mi corazón se saltó uno o dos latidos.

—¡Oh! —exclamé, aturdida por las implicaciones de su confesión.

—Sí, oh —se rio él, con la boca muy cerca de mi oído—. ¿Sabes, pequeña delincuente? Solo hay alguien en la que pueda pensar como la madre de mis hijos, alguien con la que no me importaría compartir el resto de mi vida. Mi teoría de los primeros besos sigue vigente y tú la cumples más allá de toda duda.

Me deshice de su abrazo porque necesitaba mirarlo a los ojos.

—¿No vas a ser padre? —inquirí, asimilando todavía que estaba rozando la felicidad con la yema de los dedos.

—No. Al menos todavía.

Me dirigió una mirada cargada de intención y yo me eché a reír. No sé si fue debido al alivio, a los nervios o a que él acabara de admitir con la naturalidad que lo caracterizaba que no le importaría hacerme madre. Mi Pepito Grillo hizo amago de abrir la boca pero, antes de que dijera alguna barbaridad, salté sobre Leo, enlacé las piernas en torno a sus caderas y nos fundimos en un beso que no tuvo nada de tierno. Los silbidos y vítores del resto de policías inundaron el ambiente, pero me sentía demasiado bien aferrada a su cuello como para preocuparme porque estuviéramos montando un numerito. Iban a tener que llamar a los GEO si pretendían que me separase de él.

—Estoy totalmente enamorado de usted, señorita —apuntó, risueño, cuando tuvimos que parar para tomar aire—. Te amo, Laura.

—Yo también le amo, agente Hernández.

No relataré aquí el magreo posterior ni los besos que nos dimos, que fueron muchos. Para cuando la vergüenza nos pudo, las sirenas de los coches de policía brillaban contra el cielo nocturno y había una pequeña multitud a nuestro alrededor que los compañeros de Leo intentaban disolver.

—¿No te meterás en un lío por esto? —lo interrogué—. Has provocado un tumulto y hecho uso indebido de las fuerzas de la ley y el orden.

—Es posible —admitió, con los ojos brillantes por la emoción—. Pero cuando Claudia me dijo que habías vuelto me juré que no ibas a escaparte de nuevo así tuviera que movilizar a la

policía, los bomberos o incluso al ejército. Me alegra que haya bastado con los antidisturbios.

Se me desencajó la mandíbula al escucharle.

—¿Son antidisturbios?

Asintió y le propiné un golpe en el pecho a modo de reprimenda.

—Me pareció que, enfrentándome a ti, era muy probable que fuera a necesitarlos.

No tuve más remedio que reírme. Si acabábamos en comisaría debido a aquello, al menos esta vez lo haríamos juntos, sin ningún «Y si» ni ninguna duda, y con toda la vida por delante.

EPÍLOGO

Dieciocho meses después.
Los Doce Apóstoles, Victoria (Australia)

Los Doce Apóstoles, doce formaciones rocosas de piedra caliza que sobresalen del mar en la costa de Victoria, en el Parque Nacional de Port Campbell. Un lugar que había visitado en mi primer viaje a Australia y que no había podido olvidar. Los colores atípicos del cielo al atardecer, el sonido de las olas, las impresionantes vistas desde lo alto de los acantilados que los custodiaban... El sitio era un espectáculo en sí mismo.

No me había costado demasiado convencer a Leo para viajar a Australia, lo difícil había sido informar al resto de la familia y amigos de que debían recorrer más de quince mil kilómetros si querían asistir a nuestro enlace.

—Leo y yo vamos a casarnos —reflexioné en voz alta.

Mi padre me dedicó una mirada cargada de cariño y me alegré de que a pesar de mis nervios, más que evidentes, su rostro no reflejara ningún tipo de preocupación. Me conocía lo suficientemente bien como para comprender que aquello era lo que quería. La felicidad que sentía y que me había acompañado desde el momento en que Leo había regresado a mi vida resultaba «asquerosamente obvia», como bien le gustaba a Claudia recordarme. Había aprendido a tolerarla incluso a ella, aunque bien es verdad que la pequeña Elena tenía mucho que ver en el asunto.

Bajé la vista para admirar mi vestido de novia. Había elegido algo muy sencillo: un palabra de honor ceñido a la altura del pecho y que luego ganaba vuelo hasta llegar a la altura de las rodillas. La tela de color blanco estaba salpicada de pequeños detalles del mismo tono que las aguas del Pozo Azul de Covanera. Leo y yo habíamos roto casi todas las tradiciones y habíamos elegido el vestido juntos, al igual que habíamos acudido hasta el lugar del enlace en el mismo vehículo; Cooper, por supuesto. Traernos el coche hasta las antípodas nos dio más de un quebradero de cabeza. No obstante, al planteárselo a Leo, ninguno de los dos había dudado de que era lo adecuado. Al fin y al cabo, formaba parte de nuestra historia.

—Vas a ser muy feliz con él —señaló mi madre, y acto seguido procedió a intentar poner orden en mi pelo de manera metódica.

—Ya lo soy, mamá —admití, sonriendo—. ¿Se puede saber dónde demonios se ha metido Candela? —añadí, cambiando de tema para evitar ponerme a llorar como una tonta.

Mi querida hermana, la culpable de que mi futuro marido y yo nos conociéramos, llegaba tarde, cómo no. Javi y Rubén tampoco habían aparecido aún, y empezaba a preguntarme si el trío se habría perdido o andaría discutiendo en el arcén de alguna carretera. Lo de Rubén y mi hermana no había salido bien, aunque conservaban una bonita amistad gracias a la mediación de Leo, que había apoyado tanto al uno como al otro cuando rompieron. Candela era demasiado impulsiva para el carácter tranquilo de su amigo y, con el tiempo y tras algunas acaloradas discusiones, ambos se habían dado cuenta de que, por más que lo intentaran, no encajaban. Para mí fue muy triste asistir a su separación. Deseaba con todas mis fuerzas que mi hermana lograra encontrar a la persona adecuada para compartir su vida, y esperaba que tal vez Javi tuviera algo que decir al respecto.

—Va a perderse la boda —me quejé, y miré de reojo al funcionario que oficiaría la ceremonia.

Su presencia era un regalo del señor Vólkov. Tras semanas realizando trámites y rellenando formularios, había acudido desesperada a Mijaíl. No me quedó claro cómo había conseguido solucionarlo con una única llamada y tampoco quise preguntar, a saber a quién había sobornado o extorsionado.

—Llegará —aseguró Leo, situándose a mi lado.

Estaba radiante, incluso más que yo, vestido con un pantalón de tela fina y una sencilla camisa de botones, ambos blancos.

—Más le vale, porque he contratado una excursión para bucear y puedo pagar al instructor para que la lance de carnada a los tiburones. Ya sabes —expuse, guiñándole un ojo—, hacer que parezca un accidente.

Soltó una carcajada.

Contemplar el azul cristalino de sus iris, unido al sonido de su risa, me tranquilizó de inmediato. Nunca, en toda mi vida, había estado tan segura de algo. Incluso mi Pepito Grillo había soltado una lagrimita de alegría cuando Leo me había pedido matrimonio en Burgos, bajo las estrellas, de una forma espontánea y natural. Con él todo resultaba así, natural, como estar en casa.

—Ahí están. —Leo señaló un punto a lo lejos.

Un coche se aproximaba a toda prisa, levantando una polvareda de tierra a su paso. Al acercarse me percaté de que se trataba de un jeep cubierto de barro con tres ocupantes en su interior. Mi expresión fue variando conforme eliminaban la distancia que nos separaba. Para cuando el motor se detuvo y descendieron del vehículo, yo tenía los ojos como platos y estaba hiperventilando. Leo me sujetó en previsión de que cometiera una locura.

—¡Hermanita! No os habéis casado aún, ¿no? —añadió, al percatarse de mi enfado.

—¡Tienes que estar de broma! —le grité, luchando para que mi prometido me dejara ir hasta ella y estrangularla lenta y dolorosamente.

No se trataba solo de que estuvieran tan cubiertos de polvo como el jeep, ni de las tres tablas de surf que se apilaban de cualquier manera en la parte trasera, eso no hubiera representado un problema. La cuestión era que, o mucho me equivocaba o su retraso se debía a que habían estado haciendo surf, algo bastante obvio porque todos iban vestidos aún con un neopreno.

—Tenías que haber visto las olas —se excusó, convencida—. Este sitio es una maravilla, ahora entiendo que plantases a este —agregó, señalando a Leo— para pegarte una escapadita.

Paré de forcejear y esboqué una sonrisa maliciosa.

—Pues ya verás lo que vas a disfrutar buceando.

Y así fue mi boda, en mitad de la nada, con Cooper como testigo, amén de una dama de honor y dos invitados con el neopreno colgando de la cintura, una madre escandalizada por la actitud de su hija pequeña y un padre inmensamente feliz. Así fue mi boda: simplemente perfecta.

La historia de la luna de miel y la accidentada excursión de buceo tal vez os la cuente en otra ocasión.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Con cada nueva que escribo me doy cuenta de toda la gente que hay a mi lado apoyándome, gente sin la cual no me sería posible llevar a buen puerto ninguna historia. Ante todo tengo que dar las gracias a mis lectores, a todos los que me siguen, me leen y convierten el sueño que representa para mí escribir en una realidad.

A Marta Fernández, Nazareth Vargas, Yuliss M. Priego, Tamara Arteaga, Eva María Rendón y Natalia Alma, que fueron las primeras en conocer esta historia. Que me han animado siempre que lo he necesitado, lo cual ha ocurrido a menudo. Gracias por vuestro entusiasmo, sin vosotras no hubiera habido un final.

A mi hermana, Laly, por estar junto a mí en esta etapa de mi vida en la que tantos cambios ha habido. Gracias por escucharme, hermanita. También a mis padres, por hacer de mí la persona que soy, y a mi hija, Daniela, por conseguir hacerme sentir bien sin importar la situación.

No puedo olvidarme de Teresa Rodríguez, mi editora, y de Borja Puig. Gracias por confiar en mí, por vuestra paciencia, y por esas maravillosas cubiertas con las que vestís a mis criaturas. Ser una chica Kiwi es un honor para mí.

A María Martínez. Nuestras interminables charlas son un bálsamo para mí, tenemos que hacerlo más a menudo. A Érika Gael y a Ana González, compañeras de letras con las que es un placer compartir cualquier proyecto. Érika, gracias por estar siempre dispuesta a ejercer de madrina de ceremonias. Yo y mis nervios te lo agradecemos profundamente.

A Lorena Martín, por ser encantadora en cada ocasión. A Mire, Anne, Ina, Andrea, Raquel, Patry, Katty y Geli, y a todas las integrantes de mi grupo de Facebook. ¡Sois las mejores!

Y por último, aunque en ninguna medida menos importante, a ti, Mario, por volver a hacerme sonreír, por creer que es posible, por no rendirte. Por darme la ilusión y el cariño suficientes para seguir luchando. Yo también te quiero.